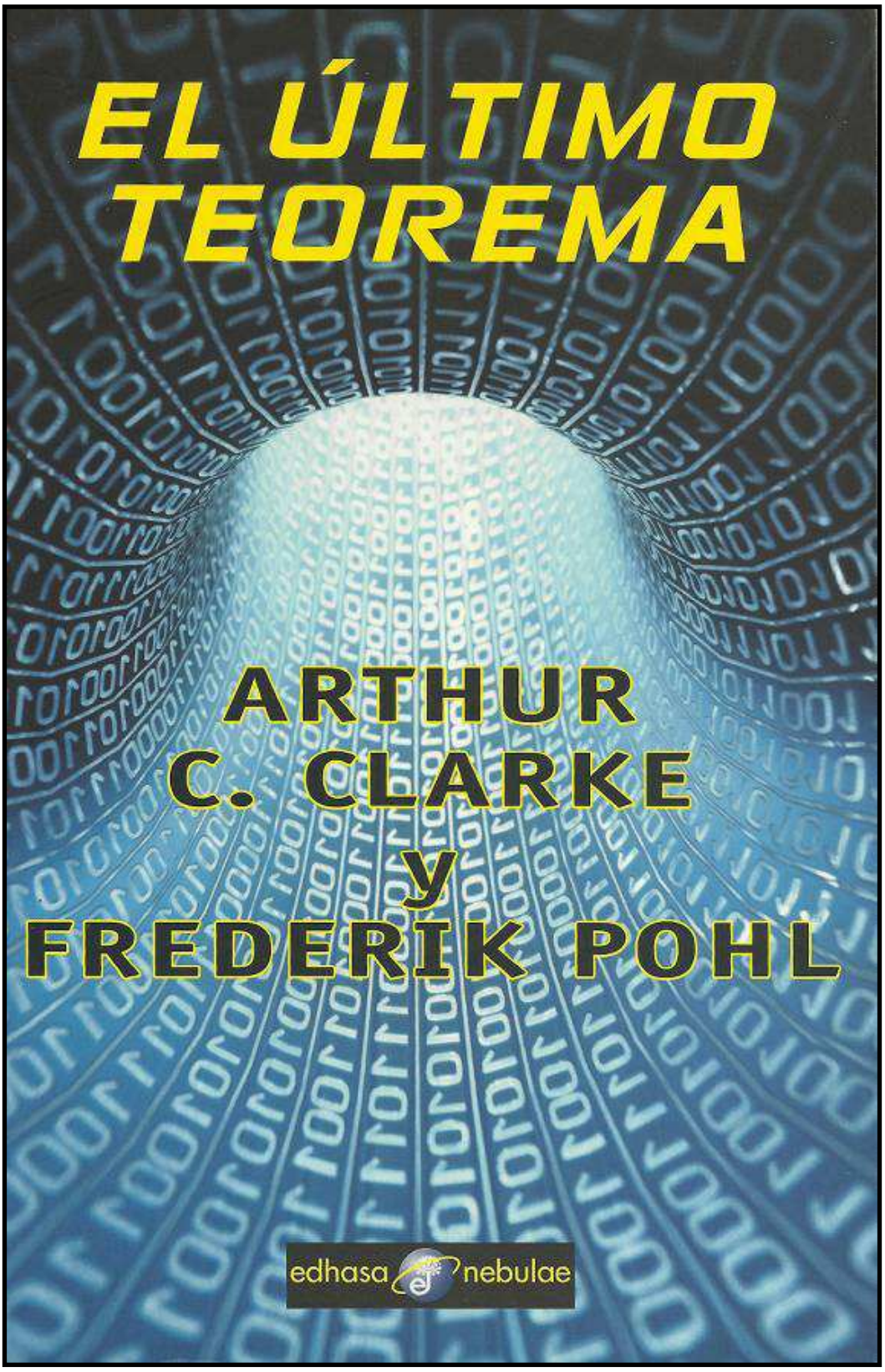

EL ÚLTIMO TEOREMA
ARTHUR C. CLARKE
y
FREDERIK POHL
edhasa
nebulae

ARTHUR C. CLARKE
Y FREDERIK POHL

EL ÚLTIMO TEOREMA

Traducción de David León Gómez

edhasa

Título original: *The Last Theorem*

© Ilustración de la cubierta: iStockphoto.com/Mikhail Tolstoy

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición: abril de 2010
© The Estate of Arthur C. Clarke and Frederik Pohl, 2008
© de la traducción: David León, 2010
© de la presente edición: Edhasa, 2010
Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2o piso, unidad 6
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-84-350-2122-7

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B-10.633-2010

Impreso en España

PRIMER PREÁMBULO

Del puño de Arthur C. Clarke

Aún no había ocurrido nada en Pearl Harbor y Estados Unidos seguía en paz cuando en Nantucket un buque de guerra británico atracó con lo que más tarde se conocería como «el cargamento más valioso que jamás hubiese arribado a las costas americanas». Se trataba de un cilindro metálico de poco menos de tres centímetros de altura, dotado de una serie de conexiones y aletas de refrigeración, y que podía transportarse con facilidad en una mano. Aun así, pese a su tamaño, podría decirse que la victoria obtenida tanto en Europa como en Asia se debió, en gran medida, a aquel artefacto (por más que, al final, recayese sobre la bomba atómica la labor de acabar con la última de las potencias del Eje).

Aquel nuevo invento no era otro que el magnetrón. En un principio dicho artefacto no constituía una idea tan novedosa, pues hacía tiempo que se sabía que un campo magnético potente podía hacer que los electrones girasen a gran velocidad en círculos no muy amplios y generasen, en consecuencia, ondas de radio. Sin embargo, tal hecho sólo dejó de ser una curiosidad de laboratorio cuando se descubrió que dichas ondas podían ser útiles en el terreno militar, ámbito en el que recibió el nombre de *radar.*

Cuando los científicos estadounidenses del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) recibieron aquel primer aparato, lo sometieron a numerosas pruebas, y se sorprendieron al averiguar que la potencia del magnetrón era tal que ninguno de los instrumentos de que disponían en sus laboratorios alcanzaba a medirla. Poco después, aquel radar británico, instalado en las antenas gigantes que se erigieron a la carrera a lo largo del litoral del canal de la Mancha, iba a desempeñar una función crucial al detectar a la miríada de aviones de guerra de la

Luftwaffe que se había congregado para atacar al Reino Unido. Es más: a él hay que atribuir, más que a ningún otro elemento, la victoria que obtendría la RAF en la batalla de Inglaterra.

No habría de pasar mucho tiempo antes de que los investigadores reparasen en que con aquel ingenio, además de detectar a los aviones enemigos que había en los cielos, podían elaborarse mapas electrónicos del suelo sobre el que volaba un aeroplano, lo que permitiría representar la configuración del terreno de un modo reconocible, por medio de un tubo de rayos catódicos, aun cuando reinara la oscuridad más absoluta o lo ocultasen las nubes. Tal cosa facilitaría la navegación… y las misiones de bombardeo. No bien se recibió el magnetrón en el MIT, un equipo encabezado por el futuro premio Nobel Luis Álvarez se preguntó lo siguiente: «¿No sería posible emplear el radar para hacer que los aviones aterrizasen con seguridad, en vez de usarlo sólo para derribarlos?».

Así fue como se creó el GCA *(ground-controlled approach),* el sistema de aterrizaje dirigido desde tierra, en condiciones atmosféricas desfavorables, mediante el uso de radares de aproximación de precisión. El modelo experimental Mark 1 se servía de dos radares diferentes: uno con una longitud de onda de diez centímetros, destinado a determinar la dirección del aeroplano merced al ángulo acimutal, y otro (el primer radar de tres centímetros de longitud de onda) para medir la distancia respecto del suelo. Así, sentado ante las dos pantallas, un operador podía guiar por radio el aterrizaje del aparato, informando al piloto con prontitud si debía volar hacia la derecha o la izquierda, o en casos de más urgencia, elevarse en el aire.

El GCA recibió una acogida entusiasta por parte del Bomber Command de la RAF que perdía más aviones cada día en los cielos europeos por causa del mal tiempo que por la acción del enemigo. En 1943, el Mark 1 y su dotación se hallaban apostados en un aeródromo de St. Eval (Cornualles). A la tripulación se le unió un equipo de las fuerzas aéreas británicas comandado por el teniente de aviación Lavington, quien tenía por ayudante a un piloto que acababa de recibir el grado de oficial y que respondía al nombre de Arthur C. Clarke.

* * *

Lo cierto es que Clarke no tenía que haber estado sirviendo en la RAF pues ocupaba, en calidad de funcionario del Ministerio de Hacienda de su majestad, un puesto reservado. Sin embargo, sospechando, no sin razón, que tal privilegio no iba a durar mucho, decidió escabullirse un buen día y presentarse como voluntario en el puesto de reclutamiento de las fuerzas aéreas más cercano. Y lo hizo en el momento más oportuno, ya que, semanas más tarde, el ejército se puso a buscarlo por prófugo… ¡con el fin de reclutarlo para el cuerpo de sanidad! Dado que no soportaba ver derramar sangre, y sobre todo si era la propia, huelga decir que tuvo una suerte tremenda.

En aquel tiempo, Arthur Clarke era ya un entusiasta aficionado al espacio que había ingresado en la Sociedad Británica Interplanetaria en 1933, poco después de su creación, y al verse al mando del radar más potente del mundo, capaz de producir rayos de sólo una fracción de grado de amplitud, no dudó en dirigirlo hacia la Luna y contar hasta tres segundos para ver si recibía alguna señal de vuelta.

Por desgracia, no ocurrió nada, y de hecho, aún habrían de transcurrir años antes de que alguien lograra hacer regresar de la Luna las ondas emitidas por un radar. A pesar de ello, y aun cuando entonces nadie podía haberlo sabido, cabía la posibilidad de que hubiese ocurrido algo muy diferente.

SEGUNDO PREÁMBULO

Del puño de Frederik Pohl

Hay dos elementos de mi vida que tienen, a mi ver, cierta relación con el tema del presente libro, y tal vez sea éste un buen momento para ponerlos por escrito.

En primer lugar, poco después de cumplir la treintena, me había visto expuesto al aprendizaje de no pocas materias del ámbito de las matemáticas (álgebra, geometría, trigonometría, cálculo elemental...), tanto en el Instituto Técnico de Brooklyn, en donde durante un breve período de mi juventud pensé de forma errónea que me convertiría en ingeniero químico, como durante la segunda guerra mundial, en la Escuela de Meteorología de la base aérea militar Chanute, sita en Illinois, cuyo profesorado trató de transmitirme conocimientos relativos a los principios matemáticos de los fenómenos atmosféricos.

Nada de ello me produjo una gran impresión; pero a principios de la década de los cincuenta, leí en el *Scientific American* un artículo que hablaba de un género de matemáticas del que jamás había oído hablar y que lo cambió todo. Aquella disciplina, llamada «teoría de los números», versaba sobre la descripción y catalogación de aquella unidad básica de todas las matemáticas, el número, y logró encender mi imaginación.

Envié enseguida a mi secretaria a la librería más cercana para que comprase un ejemplar de cada uno de los libros que se citaban en aquel trabajo, y leyéndolos, me volví adicto a la materia. Durante el año siguiente y los meses que lo sucedieron, dediqué todo el tiempo que pude arrancar a mi ajetreada vida a llenar de cálculos resmilla tras resmilla de papel (recuerde el lector que estamos hablando de los años cincuenta, y que en aquella época no disponíamos ni de ordenadores personales, ni siquiera de calculadoras de bolsillo: si quería tratar de

hallar submúltiplos a un número que, a mi entender, podía ser primo, había de emplear el mismo método de que se habían servido Fermat o Kepler, o de hecho, quizá también el mismísimo Aristarco, consistente en repetir hasta la saciedad tediosas operaciones aritméticas).

Jamás llegué a dar con la demostración perdida de Fermat, y tampoco a resolver ningún otro enigma matemático. Ni siquiera avancé demasiado en la única empresa en la que, según creí durante un tiempo, podía embarcarme con cierto éxito, y que no era otra que la de descubrir una fórmula generadora de números primos. Lo que sí logré (poca cosa para tamaño empeño) fue inventar un par de muestras de lo que podríamos considerar trucos de salón matemáticos. Uno de ellos constituía una técnica diseñada para contar con los dedos (cosa que, pensará el lector, puede hacer todo el mundo; pero ¿hasta 1.023?) y el otro consistió en completar una tarea en apariencia imposible. El verboso enunciado que lo acompaña es el siguiente:

Si alguien me dibuja una serie de monedas puestas en fila, cualquiera que sea el número de ellas que la componga, me bastan diez segundos para escribir el número exacto de permutaciones (cara-cruz-cara, cara-cruz-cruz, etc.) a que puede dar lugar en caso de ser lanzadas al aire. Más difícil todavía: puedo hacerlo si se me oculta cualquier cantidad de monedas a partir de uno u otro extremo de la serie, de modo que resulte imposible determinar cuántas la conforman.

Imposible, ¿verdad? ¿Se atreve el lector a tratar de dar con la solución? Volveremos a ello, aunque no ahora mismo.

* * *

El segundo elemento que, en mi opinión, puede resultar de relevancia es algo que ocurrió unos veinte años más tarde, cuando me encontré, por primera vez en mi vida, pasando unas semanas en el Imperio insular del Japón, adonde viajé en calidad de invitado de los aficionados nipones a la ciencia ficción, junto con Brian Aldiss, representante del Reino Unido; Yuli Kagarlitski, de lo que era aún la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; Judith Merril, del Canadá, y Arthur C. Clarke, de Sri Lanka y de la mayor parte del resto de las regiones habitadas del planeta. Recorrimos diversas ciudades japonesas acompañados de cierto número de escritores y editores del país, dando conferencias,

concediendo entrevistas y haciendo el indio a petición del público (Arthur bailó una variante ceilanesa del *hula* Hawaiano; Brian se propuso pronunciar una larga lista de palabras niponas, de las cuales la mayoría —a nuestros anfitriones les encantaban las bromas— resultó tener un alto contenido obsceno). A modo de recompensa, nos obsequiaron con un fin de semana de descompresión en el lago Biwa, en donde tuvimos la oportunidad de gandulear en quimono y dejar tiritando el bar del hotel.

Pasamos la mayor parte del tiempo informándonos los unos a los otros de lo que habíamos estado haciendo desde la última vez que nos vimos, y creo que, de todas las historias, la mejor fue la de Judy Merrill. Había llegado al Japón antes que los demás, y había hecho una escapada de un par de días a Hiroshima mientras nos esperaba. Siempre tuvo un gran talento para hacer descripciones, y supo atraer nuestro interés mientras nos refería lo que había visto allí. De todos son conocidos los restos retorcidos de armazones de hierro que sobrevivieron a la primera bomba nuclear empleada jamás contra el hombre, y que los japoneses han conservado a guisa de monumento conmemorativo tras la destrucción del resto de los edificios a los que sustentaban, y el rostro a medio derretir del Buda de piedra. Y nadie olvida (pues nadie puede sacarse de la cabeza aquella imagen una vez que la ha visto) la sombra humana que quedó grabada de forma permanente sobre los escalones de piedra en que se hallaba sentado quien la proyectó a causa del intolerable fulgor que produjo la explosión nuclear en el cielo que se extendía sobre su cabeza.

—Debió de ser luminosa de verdad —dijo alguien; Brian, creo.

Y Arthur le respondió:

—Lo bastante para que, a estas alturas, haya podido observarse desde una docena de estrellas de las más cercanas a nosotros.

—Si es que hay alguien en ellas para verla —repuso otro, que creo recordar que fui yo mismo.

Y todos estuvimos de acuerdo en que bien podría ser que hubiera alguien observando... Al menos, resultaba hermoso pensar tal cosa.

* * *

En cuanto a los juegos de manos matemáticos, sigue sin parecerme éste

el mejor momento para exponer la solución, aunque prometo que lo hará otra persona antes de que acabe el libro. Lo más probable es que sea un joven brillante, por nombre Ranjit Subramanian, al que está a punto de conocer el lector. Después de todo, las páginas que siguen no cuentan, en esencia, otra cosa que su historia.

TERCER PREÁMBULO

Pruebas atmosféricas

Durante la primavera de 1946, en un atolón del Pacífico Sur llamado Bikini, virgen hasta aquel momento, la Armada estadounidense reunió una flota de noventa y tantos buques, entre acorazados, cruceros, destructores, submarinos y toda una serie de embarcaciones de apoyo de muy diversa procedencia. Algunos, apresados a los alemanes o a los japoneses, formaban parte del botín de la recién concluida segunda guerra mundial; aunque la mayoría estaba conformada por barcos estadounidenses deteriorados por el conflicto o anticuados. No tenían por misión hacerse a la mar para combatir en ninguna gigantesca batalla naval contra enemigo alguno, y de hecho, no iban a ninguna parte: aquella isla era su último destino. El motivo que había llevado a los almirantes a reunirlos allí no era otro que el de hacerlos servir de blanco para un par de bombas atómicas, lanzadas una desde el aire y la otra desde el mar, a fin de que el alto mando pudiese hacerse una idea del daño que podían sufrir sus fuerzas navales en caso de desencadenarse un conflicto nuclear en el futuro.

Huelga decir que el atolón de Bikini no representó el final de ese género de pruebas, sino sólo el principio: durante la docena larga de años que siguió a aquella fecha, Estados Unidos hizo estallar una bomba tras otra en la atmósfera para tomar cumplida nota del alcance y los daños correspondientes a cada una, así como de cualquier otro dato susceptible de ser extraído de tal experimentación. Poco después, además, seguirían su ejemplo los soviéticos y los británicos, y más tarde, también los franceses y los chinos. En total, las cinco primeras potencias nucleares (que no por casualidad resultaban ser los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas) lanzaron al aire más de mil quinientas de esas armas, en

lugares como las islas Marshall, sitas en el océano Pacífico; Argelia y la Polinesia francesa; zonas desérticas de Australia; la ciudad kazaja de Semipalátinsk, bajo dominio soviético, y Nóvaia Zemliá, archipiélago del océano Ártico; en los yermos pantanosos de Lop Nor, pertenecientes a China, y en otros muchos puntos de todo el mundo.

De cualquier modo, con independencia de dónde se originaran, todas las explosiones provocaron un resplandor de intensidad inimaginable («más brillante que un millar de soles», conforme a la descripción del físico Hans Thirring) que se expandió en dirección al espacio en una cúpula hemisférica de fotones a razón de trescientos mil kilómetros por segundo.

* * *

Por aquel entonces, los fotones de aquel raquítico destello de radar que enviara a la Luna el joven Arthur Clarke habían recorrido un largo trayecto desde el lugar de la galaxia en que se había encontrado la Tierra en el momento de lanzarlos. ¿Cuánto? Veamos: habían transcurrido unos treinta años desde que había regresado el haz de su radar sin proporcionar dato alguno. La luz (como las ondas de radio o cualquier suerte de radiación electrónica) viaja, como ya sabemos, a unos trescientos mil kilómetros por segundo, y aquellos fotones se habían alejado cada año un año luz, lo que los había hecho recorrer los sistemas planetarios de varios centenares de estrellas. Muchas de ellas tienen planetas; algunas, planetas capaces de albergar vida, inteligente en una fracción reducida de los casos.

Los humanos jamás llegaron a saber qué seres de otros soles detectaron por vez primera lo que estaba ocurriendo en la Tierra. ¿Los de Groombridge 1.618, quizá? ¿Los de Centauri B (o ya puestos, A)? ¿Los de Lalande 21.185, los de Eridani o acaso los de Ceti? Nunca lo supieron, y tal vez fuera mejor así, ya que sólo habría servido para inquietarlos. Fuera cual fuere el sistema planetario que hubiesen habitado, los astrónomos que había entre aquellas criaturas (quienes, por cierto, no se denominaban *astrónomos,* sino *catalogadores de exterioridades)* prestaron no poca atención a aquella pulsación que, aunque débil, los dejó preocupados.

Aunque su aspecto no se asemejaba, en absoluto, al del hombre,

poseían, sin lugar a dudas, «emociones» casi humanas, entre las que se contaba algo similar al miedo. A la propagación de microondas procedentes de la Tierra, primer motivo de desasosiego con que toparon, fueron a unirse los estallidos, mucho más brillantes, que llegarían poco después desde White Sands, lugar en que se efectuaron las primeras pruebas nucleares; desde Hiroshima y Nagasaki, y desde otras muchas partes. Tales destellos llevaron a aquellos observadores extraterrestres del firmamento a mantener acaloradas discusiones entre ellos, pues daban a entender que había problemas, y de los gordos.

No puede decirse que aquellos primeros espectadores tuviesen miedo de lo que estaba haciendo la humanidad en el pequeño y remoto planeta en que vivía: tanto se les daba lo que pudiese ocurrirle a la Tierra; lo que los preocupaba era que aquel hemisferio radiactivo en expansión no se extinguiera una vez que sobrepasase su estrella y siguiera viajando por la galaxia, pues más tarde o más temprano, toparía con otros individuos que sí iban a tomárselo mucho más en serio.

EL ÚLTIMO TEOREMA

CAPÍTULO I

El peñón de Svãmi

Ha llegado, por fin, la hora de que conozcamos a Ranjit Subramanian, la persona en torno a cuya vida, tan larga como extraordinaria, gira todo el presente libro.

En aquel tiempo contaba dieciséis años de edad y, pese a ser poco más que un novato de la principal universidad de Sri Lanka, situada en la ciudad de Colombo, se mostraba más engreído, si cabe, que cualquier adolescente medio. Estaban a finales del semestre, y a instancia de su padre, había cruzado al sesgo la isla para hacer el dilatado viaje que lo separaba del distrito de Trincomali, en donde éste gozaba de la enorme distinción de superior del templo hindú de Tirukonesvaram. Lo cierto es que Ranjit adoraba a su padre, y siempre se alegraba de ir a verlo; y sin embargo, en aquella ocasión no podía decir tal cosa, porque apenas le costaba imaginar de qué quería hablar con él el venerable Ganesh.

Ranjit era un muchacho listo; tanto que casi alcanzaba el grado de inteligencia que él mismo se atribuía. También era bien parecido, y aunque no fuese alto como una torre, es de reconocer que la mayoría de los ceilaneses tampoco lo es. Pertenecía al pueblo tamil, y tenía el color de la piel del intenso castaño oscuro de una cucharada de cacao en polvo un instante antes de sumergirse en leche caliente. Lo segundo, sin embargo, no se debía a lo primero: los habitantes de Sri Lanka presentaban una extensa variedad de complexiones, desde el blanco cercano al escandinavo a un negro tan oscuro que rayaba en el púrpura. La ascendencia de su mejor amigo, Gamini Bandara, era cingalesa pura hasta la generación mas remota a que nadie se hubiera molestado en remontarse, y aun así, los dos muchachos tenían el mismo tono de piel. Su amistad había comenzado hacía mucho, la noche espeluznante en que el fuego había devorado la escuela de

Gamini, probablemente por causa de los cigarrillos que habían dejado olvidados en un trastero dos de los alumnos de más edad.

A Ranjit, como a todo hijo de vecino capaz de recoger un trozo partido de contrachapado y lanzarlo a la parte trasera de un camión, y de hecho, como a todos los estudiantes de su propia escuela, lo habían llamado para ayudar en las labores de emergencia. Había sido una tarea pesada, mucho más que la que estaban acostumbrados a ejercer los músculos en desarrollo de un jovenzuelo, por no hablar ya del dolor provocado por las astillas o por los numerosos cortes recibidos de los cristales rotos que lo cubrían todo. Aquélla fue la peor parte, aunque la experiencia tuvo también momentos buenos, como ocurrió cuando Ranjit y otro muchacho de su edad dieron, al fin, con el origen de ciertos sonidos lastimeros procedentes de un montón de escombros, y rescataron, intacto aunque aterrorizado, al viejo gato siamés del director. Después de que uno de los profesores tomara al animal para llevarlo con su dueño, los dos se miraron sonrientes, y Ranjit, tendiendo la mano a la manera inglesa, anunció:

—Yo me llamo Ranjit Subramanian.

—Y yo —respondió el otro, estrechándola con júbilo—, Gamini Bandara. Menuda hazaña, la nuestra, ¿eh?

Los dos estuvieron de acuerdo, y cuando, por fin, se les permitió dar por concluido el trabajo de aquel día, se pusieron juntos en la cola de la especie de gachas que constituía su cena y no dudaron en colocar uno al lado del otro sus sacos de dormir aquella noche. Desde entonces, habían sido amigos íntimos; a lo cual había ayudado, sin lugar a dudas, el hecho de que, inutilizado el colegio de Gamini por culpa del fuego, sus alumnos se vieran obligados a realojarse en las aulas del centro de Ranjit. Gamini había resultado tener todo lo que pudiera desearse de un buen amigo: hasta en lo tocante a la gran obsesión que dominaba la vida de Ranjit, que no estaba dispuesto a compartir con nadie y por la que su amigo no sentía interés en absoluto.

Había, claro está, otro aspecto importante de la persona de Gamini, y era precisamente éste el asunto sobre el que quería hablar con él su padre, por más que el joven no lo desease en absoluto.

Ranjit torció el gesto. Tal como le habían instruido, se dirigió de inmediato a una de las entradas laterales del templo; pero no para encontrarse con su padre, sino con un monje de edad anciana llamado

Surash, quien se limitó a comunicarle (de un modo más bien oficioso, según imaginó) que habría de esperar un poco. Y esperó, durante un período que consideró bastante largo, sin más ocupación que la de escuchar el bullicio procedente del edificio sagrado en que trabajaba su padre y que a él le provocaba emociones encontradas, pues si por una parte había brindado a su procreador un motivo para vivir, no poco prestigio y un quehacer profesional gratificante, también lo había incitado a perseguir el estéril designio de persuadir a su hijo a seguir sus pasos. Ranjit jamás iba a hacer tal cosa: ya desde niño, le había resultado imposible creer en la compleja cohorte de deidades, masculinas y femeninas, del hinduismo con cuyas imágenes, provistas algunas de cabezas de animales y de un número insólito de brazos, se hallaban exornados los muros del templo. Sabía el nombre de todos ellos, y también enumerar sus poderes especiales y los principales días de ayuno consagrados a cada uno, desde que tenía seis años; pero no por fervor religioso, sino por su afán por complacer a su queridísimo padre.

Recordaba haberse despertado, de niño, a primera hora de la mañana para verlo levantarse al alba con la intención de hacer su ablución en el pozo del templo. Lo observaba desnudarse de cintura hacia arriba de cara al sol naciente, y lo escuchaba pronunciar un *om* largo y resonante. Siendo algo mayor, aprendió a articular por sí mismo dicho mantra, así como la ubicación de las seis partes del cuerpo que tocaba, y a ofrecer agua a las estatuas de la sala de la *pūjā.* Después, sin embargo, se fue de casa para asistir al colegio, y dado que no se le exigían observancias religiosas, éstas acabaron por desaparecer. Con diez años, tenía claro que jamás abrazaría el credo de su padre.

No es que la suya no fuese una profesión magnífica. Bien cierto era que el templo de Ganesh Subramanian no era ni tan antiguo ni tan grandioso como el edificio al que había tratado de sustituir. De hecho, aunque se le había asignado, no sin arrojo, la misma denominación del centro de culto original, Tirukonesvaram, ni siquiera su superior se refería a él con otro nombre que el de «el templo nuevo». Hubo que esperar a 1983 para verlo acabado, y en lo que al tamaño se refiere, no podía compararse, ni por asomo, con el célebre «templo de las mil columnas», cuyos comienzos contaban con el amparo de dos milenios de historia.

Finalmente recibieron a Ranjit, aunque no fue su padre, sino el viejo Surash, quien se dirigió a él en tono de disculpa.

—Es por esos peregrinos —le hizo saber—. ¡Son tantos…! Más de cien, ¡y tu padre, el sacerdote principal, se ha propuesto dar audiencia a todos! ¿Por qué no vas a sentarte en el peñón de Svāmi a ver el mar? Él irá a buscarte dentro de una hora, quizá; pero en este instante…—Y dejando escapar un suspiro, meneó la cabeza y se dio la vuelta para seguir ayudando a su superior a hacer frente al aluvión de peregrinos, dejando a Ranjit que se las arreglara solo.

* * *

Lo que, de hecho, no estaba nada mal, ya que el muchacho agradecía la posibilidad de pasar todo ese tiempo en solitario en el peñón. Una hora antes el peñón debía de haber estado plagado de parejas y familias enteras que habrían ido a comer al aire libre o a disfrutar de la vista o de la brisa fresca de la bahía de Bengala; pero a esas alturas, una vez que el sol había comenzado a ocultarse tras las colinas occidentales, estaba poco menos que desierto.

Él lo prefería así. Le encantaba aquel lugar. Siempre le había gustado, aunque, pensándolo mejor, había de reconocer que a la edad de seis o siete años no se había sentido tan atraído por el peñón mismo como por las lagunas y las playas que lo rodeaban, en donde podía coger crías de tortuga estrellada para ponerlas a competir entre sí. Pero eso era entonces; con dieciséis años, ya se consideraba un hombre adulto en toda regla, y tenía cosas mejores en las que pensar.

Encontró un banco de piedra libre y se sentó en él, recostándose para disfrutar tanto de la calidez del sol que comenzaba a ponerse a sus espaldas como del viento suave proveniente del mar que se extendía ante él, mientras se disponía a pensar en los dos asuntos que ocupaban su mente. Al primero, en realidad, no tuvo que dedicarle mucho tiempo. Lo cierto es que no lo había decepcionado la ausencia de su padre: Ganesh ya le había dado a entender sobre qué quería hablar con él, y Ranjit estaba seguro, mal que le pesara, de saber qué era.

Se trataba de algo vergonzoso, y lo peor de todo era que podía haberlo evitado por completo con sólo haberse acordado de cerrar con llave su habitación para impedir que el conserje de la residencia

universitaria en que vivía topase con los dos aquella tarde. Sin embargo, no lo había hecho, y aquél los había sorprendido. Ranjit sabía que Ganesh Subramanian había hablado con aquel hombre hacía mucho tiempo, con la única intención, a su decir, de asegurarse de que su hijo no necesitaba nada. Aquellas conversaciones, sin embargo, tenían la ventaja adicional de mantener al sacerdote bien informado de cuanto ocurría en la vida del muchacho.

Dejando escapar un suspiro, deseó poder eludir la discusión que estaba a punto de estallar; pero eso no era posible, y en consecuencia, optó por poner su atención en el segundo de los dos asuntos, el que predominaba sobre el resto de sus pensamientos.

Desde la posición elevada que le ofrecía la cumbre del peñón de Svāmi, que se alzaba a un centenar de metros de las calmas aguas de la bahía de Bengala, dirigió la mirada al este. Sobre la superficie, iluminada por el crepúsculo, no se veía otra cosa que el mar, y de hecho, no había nada más en un millar largo de kilómetros, a excepción de un puñado de islas dispersas, hasta alcanzar el litoral de Tailandia. Aquella noche había amainado el monzón del nordeste y el cielo se encontraba totalmente despejado. Hacia levante, a escasa altura, vio una estrella brillante cuya luz se presentaba ligeramente teñida de un tono rojo anaranjado. Ninguna resplandecía como ella, y Ranjit, distraído, se preguntó cuál sería su nombre. Su padre tenía que saberlo, por supuesto: como buen sacerdote, Ganesh Subramanian creía, con devoción sincera, en la astrología; pero además, había sentido siempre un gran interés por todas las ciencias seculares. Conocía los planetas del sistema solar, así como los nombres de muchos de los elementos, y sabía cómo se generaba la energía eléctrica suficiente para iluminar una ciudad a partir de unas cuantas barras de uranio. Además, había sabido transmitir a su hijo parte de su entusiasmo. Aun así, en el corazón de Ranjit no habían anidado tanto la astronomía, la física y la biología como una disciplina que las ligaba a todas: las matemáticas.

Ranjit era consciente de que esta afición también se la debía a su padre, ya que había sido él quien le había regalado, al cumplir trece años, el libro de G. H. Hardy *Apología de un matemático.* Fue allí donde dio por vez primera con el nombre de Srīnivāsā Rāmānujan, modesto oficinista que, pese a carecer de adiestramiento formal alguno en la

materia, se convirtió en el mayor genio del mundo matemático durante los sombríos años de la primera guerra mundial. Fue Hardy precisamente, quien, tras recibir una carta suya en la que recogía un centenar de los teoremas que había descubierto, lo llevó a Inglaterra e hizo que alcanzase fama mundial.

Rāmānujan sirvió de inspiración a Ranjit, pues su caso demostraba que el talento matemático podía hallarse dentro de cualquiera, y el libro de Hardy logró inculcarle un interés específico y subyugador por la teoría de números; en particular, por las ideas extraordinarias que dominaron la obra del genio Pierre de Fermat, nacido siglos atrás, y de un modo aún más concreto, aquella cuestión imponente que había dejado a la posteridad: la demostración de la existencia, o la inexistencia, de su celebérrimo último teorema.

Ésa era la obsesión de Ranjit, y el asunto sobre el que se había propuesto reflexionar en el transcurso de aquella hora que tenía por delante. Por desgracia, no llevaba consigo la calculadora; pero había sido su mejor amigo quien lo había advertido del peligro que corría de haberla incluido en su equipaje.

—¿Te acuerdas de mi primo Charitha —le había preguntado—, el que sirve de capitán en el ejército? Dice que algunos de los guardias de los trenes confiscan calculadoras para luego venderlas por lo que puedan sacarles: la tuya de doscientos dólares de Texas Instruments puede acabar, por diez nada más, en manos de alguien que sólo la quiera para seguir la pista a sus inversiones monetarias. Así que más te vale dejarla en casa.

Y él había tenido la sensatez de seguir su consejo. Aun así, el engorro que suponía su ausencia no era demasiado importante, ya que lo más maravilloso del último teorema de Fermat era, precisamente, su simplicidad. Después de todo, ¿qué podía ser más sencillo que $a^2 + b^2 = c^2$? El cuadrado de la longitud de uno de los catetos de un triángulo rectángulo, sumado al cuadrado de la longitud del otro, es igual al cuadrado de la hipotenusa (el caso más simple es el que presenta dos catetos de tres y cuatro unidades respectivamente y una hipotenusa de cinco; pero existen muchos otros ejemplos con números enteros).

Cualquiera es capaz de comprobar por sí mismo esta sencilla ecuación usando sólo una regla y escasos rudimentos de aritmética. Pero lo que había hecho Fermat para obsesionar a generaciones enteras

de matemáticos era aseverar que semejante relación se verificaba sólo en el caso de cuadrados, y no en el de cubos ni potencias mayores. Además, decía poder probarlo. Sin embargo, jamás llegó a publicar su demostración.*

Ranjit se desperezó y, bostezando, sacudió la cabeza para zafarse de sus ensoñaciones. Entonces, tomó un guijarro y lo lanzó con todas sus fuerzas para oírlo caer al agua poco después de perderlo de vista en la oscuridad del crepúsculo. Sonrió al reconocer para sí que parte de lo que, por lo que sabía, decían de él no era del todo falso. Así, por ejemplo, no erraba por entero quien aseguraba que estaba obsesionado. Hacía tiempo que había elegido a qué quería ser fiel, y fiel a ello se había mantenido; de modo que, a esas alturas, se había convertido en lo que podría calificarse de *fermatiano.* Si Fermat decía haber demostrado el teorema, Ranjit Subramanian, como muchos otros matemáticos antes que él, tenía por artículo de fe que dicha prueba debía de existir.

Pero con ello Ranjit no se refería a ninguna aberración como la que había dicho hallar Wiles y él había tratado de hacer que analizase en la universidad su profesor de matemáticas. Si aquel viejo fiasco (databa ya de las postrimerías del siglo XX) podía llamarse «prueba» —término que él dudaba en emplear para referirse a algo que era incapaz de leer ningún ser humano biológico—, él no negaba su validez técnica. Tal como había hecho saber a Gamini Bandara poco antes de que aquel condenado conserje abriera la puerta y los encontrara, saltaba a la vista que no era la demostración de la que se había jactado Pierre de Fermat en las notas marginales de su ejemplar de la *Aritmética* de Diofanto.

Ranjit volvió a dejar asomar al rostro una sonrisa triste al recordar que lo siguiente que había dicho a su amigo era que estaba dispuesto a hallar por sí mismo la demostración de Fermat. Aquel comentario había sido, precisamente, el que había dado origen a las risas, las burlas y las payasadas amistosas que habían desembocado en la escena con que se había topado el portero al entrar. Tan ensimismado se hallaba rememorando aquel momento, que no oyó los pasos de su padre, ni llegó siquiera a reconocerlo hasta que él, posando una mano sobre su

* Quien desee leer una exposición más completa del último teorema de Fermat, puede consultarla al final del presente volumen, en el Tercer epílogo.

hombro, le preguntó:

—¿Soñando despierto?

* * *

La presión de la mano de Ganesh le instó a permanecer sentado. El sacerdote, tomando asiento a su lado, escrutó con ademán metódico el rostro, el atuendo y la figura de su hijo.

—Estás muy delgado —se lamentó.

—Tú también —contestó Ranjit, sonriendo, aunque también un tanto preocupado al advertir en el semblante de su padre una expresión que jamás había visto antes: un desasosiego y un pesar que no se ajustaban al optimismo habitual del anciano—. Tranquilo: en la universidad me dan de comer bastante bien.

—Sí. —Ganesh hizo un gesto de asentimiento con el que reconoció tanto la precisión del comentario como el hecho de que sabía de buena tinta que la alimentación que recibía su hijo era la adecuada—. ¿Y qué más hacen por ti?

La pregunta se prestaba a ser interpretada como una invitación a decir algo respecto del derecho que poseía de tener su propia vida sin que lo anduviese espiando el personal de servicio. Sin embargo, prefirió aplazar aquel asunto tanto como le fuera posible.

—Sobre todo —improvisó a la carrera—, me han tenido ocupado las matemáticas. Sabes lo del último teorema de Fermat… —En aquel momento, asomó por vez primera el interés al rostro de Ganesh—. Claro que lo sabes —añadió su hijo—. ¡Si fuiste tú quien me dio el libro de Hardy! El caso es que se tiene la comprobación de Wiles por la verdadera prueba. ¡Menuda abominación! ¿Cómo la construye Wiles? Se remite al vínculo que dijo haber descubierto Ken Ribet entre la formulación de Fermat y la conjetura de Taniyama-Shimura, que afirma que…

Ganesh lo interrumpió con una palmada en el hombro.

—Sí, Ranjit —dijo con dulzura—. No hace falta que te molestes en explicarme lo de Taniyama-Shimura.

—Vale. —Y tras meditar unos instantes, prosiguió— Voy a simplificar: la médula del argumento de Wiles descansa sobre dos teoremas: el primero afirma que una curva elíptica dada es semiestable,

pero no modular; el segundo, que todas las curvas elípticas semiestables poseedoras de coeficientes racionales son, en realidad, modulares. La contradicción es evidente, y...

Ganesh soltó un suspiro afectuoso.

—Te interesa de veras ese tema, ¿no es así? —observó—. Pero sabes que, en matemáticas, estás mucho más adelantado que yo. Así que, ¿por qué no hablamos de otra cosa? ¿Qué me dices del resto de tus estudios?

—¡Ah! —exclamó él, algo perplejo, pues tenía por cierto que su padre no lo había hecho viajar a Trincomali para charlar sobre sus clases—. Claro, claro: las demás asignaturas. —En lo que a temas de conversación se refería, aquél no era tan malo como el que podía haberle revelado el conserje a su padre; pero tampoco podía considerarse de lo más apasionante. En consecuencia, soltó aire y se decidió a hacer frente a la situación—. ¿Para qué voy a aprender francés? —dijo al fin—. ¿Para ponerme a vender recuerdos en el aeropuerto a los turistas llegados de Madagascar o Québec?

Su padre sonrió.

—El francés es una lengua de gran importancia cultural —señaló— que, por cierto, también hablaba tu héroe, monsieur Fermat.

—Aja... —fue la respuesta de Ranjit, quien, aun admitiendo que había mucho de cierto en ello, seguía sin convencerse del todo—. Pero ¿qué me dices de la historia? ¿A quién puede importarle eso? ¿Para qué queremos saber lo que dijo a los portugueses el rey de Kandy?; ¿o si expulsaron los holandeses a los ingleses de Trincomali o fue al revés?

Su padre volvió a darle una palmadita.

—Aun así, la universidad te exige que apruebes una serie de asignaturas si quieres obtener el título: ya tendrás tiempo de especializarte en lo que quieras cuando accedas a un grado superior. Además de las matemáticas, ¿no hay nada que te interese de lo que te enseñan en la facultad?

Ranjit se animó un tanto.

—Ahora mismo, no; pero el año que viene, al menos, me libraré de la biología. ¡Menudo tostón! Entonces podré elegir una asignatura científica diferente, y pienso matricularme en astronomía. —Aquello le trajo a la memoria la reluciente estrella roja, y al alzar la vista hacia ella pudo comprobar que en aquel momento dominaba con su luz el

horizonte oriental.

El sacerdote no le defraudó.

—Sí, es Marte —anunció siguiendo la mirada del muchacho—. Hoy brilla con más intensidad de lo habitual: esta noche va a ser espléndida para mirar las estrellas. —Y volviendo la vista a su hijo, agregó—:Ya que hablamos del planeta Marte: ¿recuerdas quién fue Percy Molesworth? Hemos visitado su tumba a menudo.

Ranjit buscó entre sus recuerdos de infancia y halló, satisfecho, la pista que estaba buscando.

—Claro, el astrónomo. —Ambos se referían al capitán del ejército británico que había estado apostado en Trincomali a finales del siglo XIX—. Era especialista en asuntos marcianos, ¿no? —Feliz al ver que aquella conversación resultaba agradable a su padre, siguió diciendo—: Él fue quien demostró lo de… mmm…

—Los canales —lo ayudó su padre.

—¡Eso: lo de los canales! Demostró que no eran construcciones reales de una civilización marciana avanzada, sino un ejemplo más de lo que pueden llegar a engañarnos nuestros ojos.

Ganesh asintió con un gesto alentador.

—Fue un astrónomo eminente, e hizo la mayor parte de su trabajo aquí, en Trinco. Además, fue…

Se detuvo antes de completar la frase, y volviéndose para mirar de hito en hito a su hijo, suspiró.

—¿Te das cuenta, Ranjit —le preguntó—, de que lo único que estoy haciendo es retrasar lo inevitable? No te he pedido que vengas a verme para hablar de astrónomos: lo que quiero que tratemos es algo muchísimo más serio. Se trata de tu relación con Gamini Bandara.

Había llegado el momento. El joven se llenó de aire los pulmones antes de exclamar:

—¡Créeme, papá: no es lo que piensas! Gamini y yo sólo lo hacemos por juego. No significa nada.

De súbito, el sacerdote adoptó una expresión de sorpresa.

—¿Que no significa nada? ¡Claro que lo que estabais haciendo no significa nada! ¿O es que acaso piensas que no estoy al tanto de todos los modos que gustan de emplear los jóvenes para experimentar con toda clase de comportamiento? —Meneando la cabeza en ademán de reproche, le espetó—: Créeme, Ranjit: lo que importa no es que

estuvieses experimentando con conductas sexuales, sino la persona con quien lo hacías. —Su voz volvía a sonar tensa, como si a las palabras les estuviese costando salir—. Recuerda, hijo mío, que tú eres tamil, y Bandara, cingalés.

En un principio, al muchacho le costó creer lo que estaba oyendo de labios de su padre. ¿Cómo era posible que él, que siempre le había educado en la convicción de que todos los hombres eran hermanos, le estuviese diciendo algo semejante? Ganesh Subramanian había permanecido fiel a sus principios pese a que las heridas que habían abierto los disturbios étnicos que estallaron en la década de los ochenta aún iban a tardar generaciones en cicatrizar. Los desmandamientos de la multitud habían provocado la muerte de varios de sus familiares más cercanos, y él mismo había estado a punto de perder la vida en más de una ocasión.

Aun así, todo aquello había ocurrido hacía mucho tiempo, cuando Ranjit ni siquiera había nacido —de hecho, su difunta madre había visto la luz no hacía mucho—, y en aquel momento reinaba una tregua que se había sabido mantener durante años. El joven alzó la mano.

—¡Por favor, padre! —rogó—. Eso no es propio de ti. Gamini no ha matado a nadie.

Inexorable, Ganesh Subramanian repitió aquellas terribles palabras:

—Gamini es cingalés.

—Pero ¡padre! ¿Y todo lo que me has enseñado? ¿Y el poema del Puranānūru, que hiciste que me aprendiera de memoria? «A nuestro ver, todas las ciudades son una, y todos los hombres parientes nuestros, porque tal nos han revelado las visiones de los sabios.»

En realidad, sabía que se estaba engañando al esperar que su padre se dejara persuadir por unos versos tamil de hacía dos milenios. Ni siquiera respondió: se limitó a sacudir la cabeza; pero su semblante hizo ver a Ranjit que a él también se le hacía muy doloroso.

—Está bien —cedió Ranjit, compungido—. ¿Qué quieres que haga?

—Nada menos que lo que debes hacer, hijo. —La voz del sacerdote tenía un tono severo—. No puedes mantenerte cerca de un cingalés.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué ahora?

—No tengo elección —respondió su padre—. Debo anteponer a todo lo demás los deberes propios del superior del templo, y este asunto está

siendo causa de discordia. —Y tras dejar escapar un suspiro, añadió—: Sé que tu educación te lleva a ser leal, Ranjit, y no me sorprende que quieras permanecer al lado de tu amigo. Lo único que espero es que logres hallar el modo de ser fiel también a tu padre, aunque tal vez te esté pidiendo un imposible. —Meneando la cabeza, se puso en pie y miró a su hijo—. Ranjit —dijo—, tengo que decirte que no eres bienvenido en mi casa: uno de los monjes te buscará un lugar en el que dormir esta noche. Si te decides a poner fin a tu relación con Bandara, házmelo saber por teléfono o por carta; hasta entonces, no hay motivo alguno por el que debas volver a ponerte en contacto conmigo.

Al verlo dar media vuelta y alejarse, Ranjit se sumió de súbito en el desconsuelo...

Acaso valga la pena examinar más de cerca dicho estado, pues si bien se encontraba de veras triste por el abismo que se acababa de abrir de forma repentina entre él y su amadísimo padre, nada de cuanto había ocurrido lo hacía pensar que pudiese estar transitando el camino equivocado. Después de todo, sólo tenía dieciséis años.

* * *

A unos veinte años luz de allí, sobre la faz de un planeta tan corrompido y sucio que apenas cabe imaginar que pudiese vivir en él criatura orgánica alguna, subsistía, sin embargo, una raza constituida por seres de aspecto extraño conocidos como *unoimedios*. Y la pregunta que bullía en su mente colectiva mientras se disponían a acatar las órdenes ineludibles de sus señores, los grandes de la galaxia, no era otra que cuánto tiempo iban a ser capaces de prolongar su supervivencia.

Cierto es que aún no habían recibido las instrucciones pertinentes para ponerse en marcha; pero sabían bien lo que estaba a punto de ocurrir, pues también ellos habían detectado las lamentables emisiones procedentes de la Tierra al ver pasar cerca de ellos las sucesivas oleadas de fotones. Asimismo, sabían en qué momento iban a alcanzar éstas a sus señores y, por encima de todo, conocían bien cuál iba a ser la reacción más probable de los grandes de la galaxia, y la sola idea de lo que comportaría tal cosa para ellos bastaba para hacer que se estremecieran dentro de su armadura.

La única esperanza real que les quedaba a los unoimedios

consistía en ser capaces de llevar a término cuanto les exigieran los grandes de la galaxia. No obstante, una vez acabada su misión, aún habría de quedar con vida el número necesario de congéneres para mantener la existencia de la raza.

CAPÍTULO II

La universidad

Los primeros meses lectivos del año habían constituido las mejores vacaciones que hubiese podido desear Ranjit Subramanian, y no, claro está, por las propias clases universitarias, que le resultaban sumamente aburridas. A la postre, éstas apenas le ocupaban unas cuantas horas al día, tras las cuales Gamini Bandara y él tenían todo el tiempo que no hubiese acaparado ya la universidad para explorar aquella ciudad apasionante, y cada uno de los dos tenía la suerte de poder recorrerla en compañía del otro. La visitaron de cabo a rabo, desde el orfanato de elefantes de Pinnawela y el zoológico de Dehiwala hasta el club de críquet y una docena de lugares de peor reputación. Claro está que Gamini había vivido en Colombo buena parte de su existencia, y hacía mucho tiempo que había ido a todos aquellos sitios y a muchos más; pero el tener que enseñárselos a Ranjit los hacía nuevos. Llegaron a componérselas para entrar en algún que otro museo y en un par de teatros sin tener que hacer un desembolso excesivo, dado que los padres de Gamini poseían abono de temporada o carné de socio de cuanto había en Colombo. Al menos, de todo lo respetable; para las atracciones que no lo eran tanto, ya se bastaban ellos dos. No faltaban, por supuesto, los bares, los antros de copas y los casinos que habían hecho a la ciudad merecedora del título de «Las Vegas del Índico». Por supuesto, los dos amigos los habían probado, aunque lo cierto es que no se sentían demasiado atraídos por el juego, ni necesitaban mucho alcohol para estar a gusto. De hecho, su estado natural era precisamente ése, estar a gusto.

De ordinario, se reunían en el comedor de estudiantes tan pronto acababan las clases matinales. Por desdicha, no compartían ninguna de ellas, circunstancia que había sido inevitable por causa del interés, de

inspiración paterna, que profesaba Gamini al derecho y la política. Si no tenían tiempo de ir a la ciudad, lo pasaban igual de bien explorando el propio campus. No tardaron en dar con una entrada de servicio por la que podían acceder a la sala destinada al personal docente de la Facultad de Medicina, objetivo muy prometedor por disponer en todo momento de bandejas de golosinas y de una reserva inagotable de bebidas (sin alcohol, claro). Desgraciadamente, parecía estar siempre fuera del alcance de los dos muchachos, ya que era raro que el lugar no estuviese plagado de profesores. Fue Gamini quien descubrió las rejillas de ventilación del vestuario femenino del gimnasio de Pedagogía, y también quien más uso hizo de tamaño hallazgo, lo que dejó un tanto desconcertado a Ranjit. Además, en una estructura sin acabar y al parecer abandonada adosada al edificio de Queens Road, encontraron un tesoro. A juzgar por los rótulos maltrechos, aquella zona se había proyectado con la idea de que albergase la Facultad de Derecho Indígena, organismo creado durante uno de los períodos en que el Gobierno se había consagrado a tender ramitas de olivo no sólo a los tamiles, sino también a musulmanes, cristianos y judíos.

La estructura en sí había quedado casi acabada, y de hecho, se habían comenzado a construir despachos y aulas, por más que estuviesen en mantillas. La biblioteca se hallaba en un estado mucho más avanzado; tanto que hasta disponía de libros. Al decir de Gamini, que, instigado por su padre, había aprendido de pequeño la lengua árabe común, la sala albergaba obras de las escuelas Hanaf, Malik y Hanbal en el lado destinado a los suníes, y de a'afar, sobre todo, en el que se había dedicado a los chiíes. Y entre las dos secciones, en un apartado de escasa magnitud, aguardaban un par de terminales informáticos silenciosos pero en funcionamiento.

Aquel edificio a medio acabar convidaba a los dos muchachos a aprovecharse de sus instalaciones, y lo cierto es que no dudaron en hacerlo. No tardaron en descubrir un recibidor, amueblado aunque de manera sencilla. La mesa del recepcionista era de madera contrachapada, y las sillas que había pegadas a la pared eran como las plegables que suelen emplearse en las funerarias. Aquél, sin embargo, no fue el descubrimiento más interesante: sobre la mesa encontraron una revista ilustrada estadounidense de las consagradas a la vida de las estrellas de Hollywood, cerca de un hervidor eléctrico con agua en

ebullición y un recipiente envuelto en papel de aluminio con el almuerzo de alguien. La guarida privada de los dos amigos no lo era tanto como ellos habían supuesto. Aun así, todavía no los habían cazado, y esta circunstancia los hizo reír entre dientes mientras se apresuraban a abandonarla.

Si explorar aquel territorio desconocido constituía todo un placer para Ranjit, estudiar en la universidad no lo era en absoluto. De los muchos conocimientos que había adquirido cuando tocaba a su fin aquel primer año académico, eran pocos los que consideraba que valía la pena poseer. Dentro de la categoría de los desdeñables, por ejemplo, incluía la recién descubierta habilidad para conjugar los verbos regulares del francés y también una porción de los más importantes de entre los irregulares, como era el caso de *être.* Lo bueno, así y todo, era que se las había ingeniado para obtener, de un modo u otro, un aprobado en aquella asignatura, y tal cosa le permitía conservar un curso más su condición de alumno.

Hasta su odiada biología se volvía casi interesante cuando el no menos detestable profesor se quedaba sin ranas que disecar y abandonaba la discusión teórica de vectores patógenos para abordar alguna historia real recogida por los medios de comunicación de Colombo en torno a una nueva pestilencia, llamada *chikungunya,* que se estaba extendiendo como la pólvora. Con aquella palabra suajili, que significaba «lo que se estira hacia arriba», se describía el encorvamiento excesivo que adoptaban cuantos padecían el insufrible dolor de articulaciones provocado por esta artritis epidémica. Todo apuntaba a que el virus se hallaba presente desde hacía un tiempo, aunque en cantidades relativamente desdeñables. Sin embargo, había resurgido de repente para infectar las legiones de mosquitos *Aedes aegypti* con que contaba la región. En las Seychelles y otras islas del océano Índico habían ido apareciendo miles de afectados, aquejados de erupción, fiebre y dolores articulares que les impedían moverse. Y según les recordó el profesor, Sri Lanka seguía poseyendo incontables colonias de dicho insecto y de aguas estancadas, ambiente por demás propicio para su proliferación. No apoyaba, ni tampoco negaba, el rumor que afirmaba que el organismo causante podía haber sido fruto de la investigación destinada a crear armas biológicas (si bien no había nadie dispuesto a determinar qué país era el responsable ni contra qué otro

estado pretendía utilizarlas) y haber escapado, de un modo u otro, a las regiones del océano Índico.

Aquello era lo más interesante que había tenido oportunidad de oír Ranjit en el erial de Biología 101. Estados perversos, una enfermedad convertida en arma... Estaba deseando hablar de ello con Gamini, pero le iba a ser imposible: su amigo tenía una de sus clases de ciencias políticas poco antes del almuerzo, y en consecuencia, no iba a estar disponible antes de, cuando menos, una hora.

Aburrido, hizo lo que había estado evitando hacer durante buena parte del semestre: acudir al curso de asistencia voluntaria destinado a aspirantes a filántropos y dedicado a la escasez mundial de agua, al que, por supuesto, faltaba la mayor parte del alumnado pese a las encarecidas recomendaciones del personal docente, pensando que quizás así pudiese dormitar sin que lo molestase nadie.

Sin embargo, el ponente comenzó a hablar del mar Muerto, asunto al que Ranjit no había prestado nunca especial atención y que aquél parecía tener por un tesoro escondido. Propuso que se excavasen acueductos desde el Mediterráneo hasta dicha extensión de agua, sita a una altitud de cuatrocientos metros bajo el nivel del mar, a fin de aprovechar la diferencia de altura para generar electricidad. La cabeza del muchacho comenzó a bullir ante semejante idea, una solución colosal que valía la pena poner en práctica sin lugar a dudas. Ardía en deseos de poner al corriente a Gamini.

* * *

Pero cuando éste se presentó, al fin, en el comedor, no dio muestra alguna de hallarse impresionado.

—¡Pues vaya una primicia! —le respondió—. El doctor al-Zasr, un amigo egipcio de mi padre, que fue con él a la escuela en Inglaterra, nos habló una vez de eso durante una comida. Lástima que el proyecto no vaya a hacerse nunca realidad: se trata de una idea israelí, y a las naciones de alrededor no les gustan las ideas israelíes.

—¿Qué? —El profesor había omitido esto último, como también que la propuesta se hubiera formulado veinte años antes, y que si en dos décadas no se había llevado a término, no era probable que fuese a ponerse por obra en aquel momento.

Gamini, a quien tampoco interesaba la fiebre *chikungunya,* sintió que había llegado el momento de instruir a su clínico.

—Tu problema —le hizo saber— es lo que llaman *síndrome de GSSM.* ¿Sabes lo que es eso? Claro que no; y si embargo, es precisamente lo que te ocurre. Se trata de tu afán de hacerlo todo a la vez, Ranj. Te partes en demasiados trozos. Mi profesor de psicología dice que hay muchas probabilidades de que eso te vuelva estúpido, porque, por lo visto, te interrumpes cada vez que cambias de una a otra de tus ocupaciones, y eso, a la larga, puede afectar de forma permanente a la corteza prefrontal de tu cerebro y provocarte ADD.

Ranjit arrugó el entrecejo mientras jugueteaba con el portátil de Gamini, pues hacía poco que se había propuesto aprender cuanto le era posible de informática.

—¿Y qué es ADD? Bueno; ya puestos, también podrías explicarme qué es el síndrome de GSSM.

—Deberías tratar de distraerte menos, Ranj —respondió Gamini con una mirada reprobatoria—. El ADD es el trastorno de falta de atención, y GSSM son las iniciales de los cuatro científicos que dirigieron la investigación en torno al síndrome que sufren quienes tratan de embarcarse en demasiadas tareas a la vez. Uno de ellos se llamaba Grafman, y los otros, Stone, Schwartz y Meyer. También había una joven llamada Yuhong Jiang, aunque supongo que ya no debía de haber sitio para más iniciales. El caso es que me da la sensación de que te preocupan demasiado cosas que no puedes dominar.

Estupendo. Sin embargo, aquella noche, antes de acostarse, se empeñó en ver las noticias, aunque fuese sólo para demostrar que no iba a permitir que las ideas de su amigo guiasen su conducta. No eran muy prometedoras. Aún había una veintena larga de estados que propugnaban con ensañamiento su derecho a poner en práctica cualquier programa de defensa nuclear que les viniese en gana, y la mayoría, de hecho, los estaba poniendo en práctica. Corea del Norte, como de costumbre, se presentaba como dechado de «país perverso». En Iraq, nación siempre agitada, la incursión de los chiíes en territorio kurdo rico en petróleo amenazaba con desencadenar uno más de los trastornos habituales en aquella región. Y así sucesivamente.

* * *

Al día siguiente, durante el almuerzo, habría de sumarse a la lista de malas noticias una de índole personal.

Ranjit no se dio cuenta de manera inmediata. Al ver a Gamini, sentado frente a él mientras examinaba con escepticismo lo que el personal del comedor consideraba, con no poca benevolencia, la especialidad del día, sólo sintió alegría por volver a encontrarse con él. Sin embargo, al tomar asiento, reparó en la expresión de su rostro.

—¿Pasa algo malo? —le preguntó.

—¿Malo? ¡No, claro que no! —contestó su amigo de inmediato antes de soltar un suspiro—. ¡Joder! —exclamó a continuación—. La verdad, Ranjit, es que necesito contarte algo. Se trata de una promesa que le hice a mi padre hace años.

A Ranjit lo invadió una repentina sensación de recelo, pues supo, por el tono de voz de su interlocutor, que de semejante género de compromiso no podía esperar nada bueno.

—¿Qué promesa?

—Le dije al viejo que iba a solicitar el traslado a la Escuela de Economía de Londres tras cursar mi primer año aquí. Hace unos años pasó un tiempo allí, y según él, no hay en todo el mundo un centro de enseñanza mejor en lo que a ciencias políticas se refiere.

—¿Ciencias políticas? —replicó Ranjit, entre indignado y sorprendido—. ¿En una escuela de economía?

—En realidad, su nombre completo es el de Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres.

Ante tal justificación, no pudo menos de responder con su universal:

—Ajá... —A lo que, no obstante, añadió en tono malhumorado—: Así que vas a pedir que te admitan en ese centro extranjero para poder mantener la promesa que le hiciste a tu padre, ¿no?

Gamini tosió.

—No exactamente. Quiero decir que no lo voy a hacer, sino que ya lo he hecho. Hace ya varios años, de hecho. Fue idea de mi padre, que estaba convencido de que cuanto antes estuviese mi nombre en la lista de aspirantes, más posibilidades tendría. Y parece ser que tenía razón. El caso, Ranjit, es que me han aceptado: recibimos la carta la semana pasada, y tengo que mudarme a Londres tan pronto acabe el año

académico.

Y ésa fue la segunda desgracia que sobrevino a la amistad de Ranjit Subramanian y Gamini Bandara. La peor de todas, con diferencia.

* * *

Ranjit no vio mejorar su situación. Al final, llegó la remesa de ratones blancos embalsamados que había pedido el profesor de biología, y se reanudó, en consecuencia, la horripilante labor de disección, sin que jamás volviesen a salir conversaciones relativas a asuntos como el *chikungunya.* Hasta la asignatura de matemáticas, que tanto le había ayudado a hacer soportables las demás, comenzaba a defraudarlo.

Al acabar su primera semana en la universidad, se había persuadido de que ya sabía toda el álgebra que jamás iba a necesitar. La solución del colosal enigma de Fermat no dependía de las secciones cónicas ni de la notación de Einstein. Así y todo, había cursado los primeros meses con los ojos cerrados, pues cosas como hallar la factorización de un polinomio o el uso de funciones logarítmicas le resultaban, al menos, moderadamente entretenidas. Sin embargo, llegado el tercer mes, había quedado patente que el doctor Christopher Dabare, el profesor auxiliar de matemáticas, no tenía intención alguna de enseñar nada relacionado con la teoría de los números, disciplina de la que, de hecho, daba la impresión de no saber demasiado. Y lo que era peor: ni pretendía aprender, ni tampoco hacer nada por ayudarlo a adquirir conocimientos al respecto.

Durante un tiempo, se las arregló con los recursos disponibles en la biblioteca de la universidad; pero los volúmenes que poblaban sus estanterías tenían un número finito, y cuando se agotaran, sabía que habría de echar mano de alguna de las publicaciones periódicas consagradas a la materia, si no de todas ellas: el mismísimo *Journal of Number Theory*, publicado por la Universidad Estatal de Ohio, o el bordelés *Journal de Théorie des Nombres de Bordeaux*, para el cual acaso iban a serle útiles, a fin de cuentas, los rudimentos de francés que con tanto sudor había obtenido. Sin embargo, la biblioteca no se hallaba suscrita a ninguna de aquellas revistas, y Ranjit no tenía ningún otro modo de acceder a ellas. El doctor Dabare podría facilitarle

las cosas con sólo permitirle hacer uso de su contraseña privada de docente; pero dudaba mucho que fuese a estar dispuesto a hacer tal cosa.

A medida que se acercaba el final del curso sentía la necesidad de un amigo a quien hacer partícipe de sus decepciones; pero tampoco podía contar con eso. Si ya era penoso hacerse a la idea de que Gamini fuese a estar el año siguiente a nueve mil kilómetros de allí, para empeorar aún más la situación, ni siquiera iba a poder compartir con él aquellas últimas semanas, pues el señorito Bandara debía atender, por encima de todo, a sus obligaciones familiares. Primero, tuvo que pasar un fin de semana en Kandy, la «gran ciudad» que había sido en otro tiempo la capital de la isla y hogar de la parentela de Gamini. En ella había permanecido, tenaz, parte de ésta después de que el poderoso «gran imán» en que se había trocado la bulliciosa Colombo arrastrase a los intelectuales, los poderosos y los ambiciosos sin más al centro en que residía entonces el poder. Después, pasó otro fin de semana en Ratnapura, donde tenían un primo supervisando los intereses que poseía la familia en las preciadas canteras del lugar, y otro más en el municipio en que su anciana abuela dirigía sus plantaciones de canela. Ni siquiera cuando estaba en la ciudad se libraba de las visitas de cumplido, y en esos momentos tampoco podía albergar la menor esperanza de estar con él.

Entre tanto, pues, no tenía otra cosa que hacer que asistir a clases aburridas de asignaturas poco atractivas que ningún interés le suscitaban. Y fue entonces cuando empezaron a surgir preocupaciones más apremiantes.

* * *

Ocurrió al final de una de las clases de sociología que tanto había aborrecido. El profesor, por el que siempre había sentido una aversión todavía mayor, era un tal doctor Mendis. Cuando se disponía a salir del aula, se lo encontró de pie ante la puerta, sosteniendo el cuaderno de tapas negras en el que anotaba las calificaciones.

—Acabo de repasar los resultados del examen de la semana pasada —lo informó—, y los suyos me han parecido muy poco satisfactorios.

Para Ranjit, tal cosa no constituyó sorpresa alguna.

—Lo siento —respondió con aire distraído mientras veía desaparecer a la carrera a sus compañeros—. Intentaré mejorar —añadió, resuelto a salir tras ellos.

Pero el doctor Mendis no había acabado.

—Quizá no lo recuerde —dijo—, pero al principio del semestre dejé claro cómo pensaba calcular la nota final. Voy a tener en cuenta el examen parcial de mitad de evaluación; las preguntas formuladas en clase de cuando en cuando; la asistencia y participación, y el examen final, conforme a una proporción del veinticinco, el veinte, el veinticinco y el treinta por ciento respectivamente. Y he de comunicarle que su comportamiento y las respuestas que ha ido ofreciendo en clase distan tanto de la media aceptable que, a menos que obtenga un resultado razonable en el parcial, habrá de superar usted el ochenta por ciento del examen final si quiere raspar el suficiente. Si he de serle sincero, dudo que sea capaz de lograrlo. —Tras estudiar por un instante las anotaciones que había ido recogiendo en su cuaderno, lo cerró de golpe mientras meneaba la cabeza—. En consecuencia, le recomiendo que estudie la posibilidad de abandonar la asignatura. —Dicho esto, alzó la mano como si quisiese atajar las objeciones de Ranjit, aunque él no tenía intención de plantear ninguna—. Ya sé que con un No Presentado va a ser muy difícil que pueda renovar la beca; pero estará de acuerdo conmigo en que es mejor eso que un suspenso. ¿O no?

El muchacho no tuvo más remedio que asentir, aunque se negó a complacer al doctor Mendis haciéndolo en voz alta. Cuando al fin salió de la clase, no quedaba en la residencia más alumno que una estudiante burguesa, bastante agraciada y algo mayor que él. Ranjit sabía que estaba con él en el curso de sociología, aunque la había tenido por poco más que una de las piezas del mobiliario de que estaba dotada el aula. Nunca se había relacionado demasiado con los burgueses o *burghers*, que era como se denominaban los individuos de la reducida fracción de ciudadanos ceilaneses que descendía de alguno de los colonizadores europeos de la isla; y en particular con los integrantes de sexo femenino.

Aquel integrante en particular estaba hablando por teléfono, aunque cerró el móvil al verlo acercarse.

—¿Subramanian? —le preguntó.

—¿Sí? —respondió con un gruñido Ranjit, que no estaba de humor

para conversaciones triviales.

—Me llamo Myra de Soyza —le anunció ella, sin dar la impresión de haberse ofendido ante el tono que había empleado él—. He oído lo que te ha dicho el doctor Mendis. ¿Piensas seguir su consejo de no presentarte?

Molesto de verdad con ella, contestó:

—Supongo que no. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Es que no deberías hacerlo, lo único que necesitas es que alguien te eche una mano. No sé si te habrás dado cuenta, pero yo he estado sacando sobresaliente en todo; y si quieres, podría darte clases particulares.

Aquella proposición, por completo inesperada, lo hizo recelar de inmediato.

—¿Y qué te mueve a hacer algo así? —inquirió.

Ella, fuera cual fuere el motivo real —quizá sólo el que Ranjit era un joven apuesto—, respondió:

—Que creo que Mendis no está siendo justo contigo.

Así y todo, la contestación de él parecía haberla defraudado, y aun se diría que la había ofendido, a juzgar por la brusquedad con que añadió:

—Si no quieres que te ayude, no tienes más que decirlo. Pero deja que te informe de que lo que el doctor Mendis llama *sociología* no es más que memorizar lo que dice el libro, y casi siempre, las partes que se refieren a Sri Lanka. Yo podría explicártelo todo con tiempo de sobra para el examen final.

El muchacho sopesó por unos instantes la oferta.

—Gracias —dijo al fin—, pero creo que puedo arreglármelas. —E inclinando la cabeza a fin de mostrar el reconocimiento suficiente para no parecer desconsiderado, se dio la vuelta y se marchó.

Aun así, no pudo hacer caso omiso de lo que le había dicho la joven que había dejado tras sí. Lo cierto es que no andaba errada: a fin de cuentas, ¿quién era aquel profesor para decirle que no iba a ser capaz de obtener un buen resultado en el examen final? Aquel maestrucho cingalés y aquella burguesa no eran los únicos que conocían la historia de Sri Lanka, y él estaba convencido de saber de un lugar concreto en el que se almacenaba dicha información, así como de que los encargados estarían encantados de compartirla con él.

* * *

Y lo cierto es que aprobó, y no con el ocho sobre diez que el doctor Mendis consideraba imposible y que tan divertido parecía resultarle, sino con un nueve con uno (lo que situaba la suya entre las cinco calificaciones más elevadas de aquel año). ¿Algo que decir, doctor Mendis?

Ranjit había confiado en que el hecho de que su padre no le hablara no comportase que fuera a negarse a ayudar a su hijo, y había estado en lo cierto. Tras exponer a Surash, el monje que había atendido su llamada, lo que necesitaba, había recibido la respuesta que esperaba:

—Debo consultar con el superior —había dicho el anciano con cautela—. Vuelve a llamar dentro de una hora.

Sin embargo, sabedor de antemano de cuál iba a ser la contestación, él ya había metido en su mochila el cepillo de dientes, una muda limpia y las demás cosas que iba a necesitar para quedarse en Trincomali antes de volver a telefonear.

—Sí, Ranjit —había dicho el religioso—: Ven en cuanto puedas, que vamos a darte lo que necesites.

El único modo que había hallado para viajar a Trincomali había sido subiendo a dedo en un camión que olía al curri del conductor y a su carga de aromática canela. Aquello había hecho que llegase al templo mucho después de la medianoche. Su padre, claro está, llevaba tiempo dormido, y el sacerdote auxiliar que había quedado en vela no se ofreció a despertarlo. Sí se mostró, en cambio, dispuesto a otorgar al joven todo cuanto pidió: una celda y un lecho en que dormir, tres comidas al día (sencillas aunque apropiadas) y acceso al archivo del edificio.

Los documentos no se hallaban escritos en pergaminos antiguos ni en vitela tal como había temido Ranjit: el templo de su padre, siempre al día, contaba con todo género de artículos modernos. Y así, cuando se despertó al día siguiente, se encontró con que, sobre la mesilla situada al lado del catre, habían dejado un ordenador portátil con el que poder consultar toda la historia de Sri Lanka, desde los días de los vedas tribales, primeros habitantes de la isla, hasta su presente. Había mucha más información de la que había mencionado su profesor; pero Ranjit

se había preocupado de llevar consigo el libro de texto, no para estudiar, sino con la intención de tener una idea de cuáles eran las partes del pasado de la nación de las que podía hacer caso omiso sin temor. Sólo disponía de cinco días antes de tener que regresar a la universidad, y sin embargo, aquel tiempo resultaba más que suficiente para un joven tan brillante y motivado como Ranjit Subramanian si consagraba toda su atención al estudio de aquella asignatura (puesto que no se había dejado arrastrar por la diversificación de actividades: un punto para la teoría del síndrome de GSSM). También había aprendido cierto cúmulo de cosas que no iban a aparecer en el examen final, como el expolio del ingente tesoro de perlas y oro que habían perpetrado los portugueses en el templo de su padre antes de derribarlo. Asimismo, había descubierto que en determinada ocasión, los tamiles habían ejercido su gobierno sobre toda la isla durante cincuenta años, y que el general que los había derrotado para «liberar» a su pueblo seguía gozando, como era de esperar, de un gran respeto entre los cingaleses modernos (incluida la familia del mismísimo Gamini, dado que a su padre, Dhatusena Bandara, le habían puesto su nombre).

Cuando la furgoneta del templo lo dejó en la universidad, Ranjit se dirigió de inmediato a la habitación de su amigo. Al llamar a la puerta, se sonrió pensando que sería divertido hacérselo saber. Sin embargo, le fue imposible, porque Gamini no estaba. No dudó en despertar al conserje nocturno, quien, adormilado, lo informó de que el señor Bandara había abandonado la residencia dos días antes. ¿Para visitar la casa de su familia en Fort? No, no: para viajar a Londres, capital de Inglaterra, en donde tenía planes de completar sus estudios.

Cuando, al fin, llegó a su propia habitación, topó con que lo aguardaba una carta que le había dejado Gamini para comunicarle lo que él ya sabía: que habían adelantado unos días su vuelo al Reino Unido; que iba a tomarlo, y que lo echaría de menos.

Aquélla no fue la única desilusión de Ranjit, pues si bien podía entender que el personal del templo no hubiese querido molestar a su padre a su llegada a tan altas horas de la noche, no le parecía tan normal que él tampoco hubiera querido molestarse siquiera en ir a verlo en los cinco días que había estado alojado en el edificio que dirigía.

Al ir a apagar la luz que tenía al lado de la cama, pensó que

resultaba casi cómico que no lo hubiese perdonado por la estrecha relación que lo unía a Gamini Bandara cuando, en realidad, éste se encontraba a nueve mil kilómetros de distancia. Había perdido a sus dos seres más queridos, y se preguntaba qué iba a hacer con su vida en adelante.

* * *

En aquel momento estaba teniendo lugar otro acontecimiento de relieve más, aunque ni él ni ningún otro ser humano tenían noticia de ello. Ocurrió a muchos años luz, en las inmediaciones de una estrella que los astrónomos de la Tierra conocían sólo por los números correspondientes a su ascensión recta y su declinación. Uno de los colosales hemisferios de protones en expansión, procedente tal vez de Eniwetok, o debido acaso a una de las monstruosas bombas de los soviéticos, llegó, al fin, al lugar en que sus pulsaciones dieron origen a una decisión que iba a resultar fatídica para los terrícolas. Aquellas señales habían alarmado a ciertos sabios eminentísimos (o a uno de ellos, pues su naturaleza hacía difícil determinar el modo como habrían de llamarse con propiedad) que habitaban (si no todos, sí cierta fracción de ellos) un remolino de riachuelos de materia oscura de aquella parte de la galaxia.

Una vez alertados, aquellos pensantes, a los que se conocía como *los grandes de la galaxia*, elaboraron todo un abanico de contingencias imaginables, y la muestra que resultó de ello fue a coincidir con sus peores suposiciones. Aquellos seres albergaban muchos planes y objetivos, aunque los humanos de la Tierra apenas habrían sido capaces de comprender un puñado de ellos. Una de sus ocupaciones principales consistía en observar el funcionamiento de las leyes físicas naturales de la galaxia. Los terrícolas también lo hacían, pero en tanto que su intención era la de tratar de entenderlas, los grandes de la galaxia pretendían, por encima de todo, asegurarse de que no hacía falta cambiar dichas leyes. Además, tenían otros intereses aún más recónditos. Aun así, uno de ellos, cuando menos, sí podía exponerse de un modo sencillo: «Preservar a los inofensivos —sería una traducción aproximada—, poner en cuarentena a los peligrosos y destruir a los perniciosos, siempre después de haber guardado una muestra en un

lugar seguro».

Aquello era, precisamente, lo que preocupaba a los grandes de la galaxia en aquel momento: las especies que desarrollaban armamento de cualquier género eran muy propensas a ponerlo a prueba con otras especies, y ellos no podían consentir algo así. En consecuencia, y por decisión unánime (que era el modo de acuerdo al que llegaban en todo caso), cursaron una serie de órdenes a una de las razas a las que habían convertido en satélites suyos de forma más reciente, pero que era, a la vez, la más útil de todas: la de los eneápodos. Las instrucciones emitidas constaban de dos partes. La primera consistía en preparar un mensaje de radio para la Tierra, en cada uno de los varios miles de lenguas y dialectos de dicho planeta que se emplearan en las comunicaciones que pudiesen recoger e interpretar sus expertos por haberse emitido de forma electrónica. El mensaje debía decir, en definitiva, algo como: «Depongan su actitud». (Los eneápodos destacaban precisamente en idiomas, y esta característica no era nada frecuente entre las razas satélites de los grandes de la galaxia, quienes preferían no animar a los miembros de unas a hablar con los de otras.)

La segunda parte les instaba a seguir vigilando de cerca la Tierra como hasta entonces, y aun con más celo. Un observador ajeno tal vez habría considerado curioso el hecho de que los grandes de la galaxia otorgasen tamaña responsabilidad a una especie de cuyos servicios, al cabo, llevaban relativamente poco tiempo sirviéndose. Sin embargo, ya habían dispuesto de ellos en otras empresas durante el puñado de milenios que había transcurrido desde que habían añadido la suya a la lista de especies satélites, y habían tenido oportunidad de observar la persistencia, la curiosidad y la minuciosidad que desplegaban a la hora de desempeñar sus cometidos. Y a los grandes de la galaxia, que tenían en gran estima cualidades como aquéllas, no se les pasó por la cabeza que los eneápodos podían poseer, además, cierto sentido del humor.

CAPÍTULO III

La aventura del desciframiento de códigos

Entre el final del primer año académico de Ranjit y el principio del segundo hubo casi dos meses de vacaciones estivales. Semejante ajuste del calendario seguía teniéndose por un experimento por demás radical en un sector nutrido del profesorado universitario. Hasta la fecha, no se había permitido la interrupción de las clases durante el verano por la sencilla razón de que, al hallarse Sri Lanka tan cerca del ecuador, jamás había tenido estaciones. Sin embargo, tras algunos años de tensión estudiantil, y después de comprobar que los jóvenes de edad universitaria necesitaban desconectar de la disciplina docente de cuando en cuando, las autoridades competentes habían optado por ensayar las prácticas académicas occidentales.

Ranjit no pudo acoger con entusiasmo aquel tanteo, pues, estando ausente Gamini, no tenía nadie con quien compartirlo, y además, las noticias internacionales seguían siendo poco prometedoras. Lo peor de todo era que, durante un tiempo, había dado la impresión de que mejoraba la situación. Las grandes potencias se habían comprometido a reunirse para poner fin a algunas de las devastadoras guerras menores que azotaban el planeta; pero, a pesar de lo lisonjero de tal proyecto, su puesta en práctica se vio frustrada desde la elección misma del lugar en que debía celebrarse el encuentro. Rusia propuso la ciudad ucraniana de Kiev, aunque, a la hora de votar, perdió por dos votos a uno. China ofreció entonces Ciudad Ho Chi Minh, en Vietnam, pero se rechazó la oferta por idéntico margen; y otro tanto ocurrió con la idea estadounidense de emplear la población canadiense de Vancouver. Después de aquello, los representantes chinos abandonaron el edificio de la ONU hechos unos basiliscos, y declararon que las potencias

occidentales realmente no tenían ningún interés en alcanzar la paz mundial. Sin embargo, esperando semejante reacción, Estados Unidos y Rusia ya habían hecho sus propios planes por si ocurría. Así, presentaron una serie de declaraciones conjuntas en las que lamentaron que China no hubiese sabido supeditar su arrogancia nacional a las necesidades de paz, y anunciaron su intención de dejar a un lado las diferencias irreconciliables que, según habían reconocido en numerosas ocasiones, los separaban a fin de convertir la cumbre en un hecho sin la presencia de China.

Eligieron como escenario la ciudad sueca de Estocolmo, la hermosa Venecia nórdica, y a punto estuvieron de lograr su objetivo. Convinieron en la necesidad urgente de poner freno inmediato al conflicto entre Israel y los palestinos; entre los fragmentos islámicos y los cristianos de lo que en otro tiempo había sido Yugoslavia; entre Ecuador y Colombia..., y en general, entre cada par de naciones que estuviesen haciéndose guerra, declarada o no, en cualquier parte del orbe. Había candidatos de sobra, y nadie dudaba de que unos cuantos cohetes lanzados al lugar adecuado habrían obligado a cualquiera de ellos a deponer las armas. Los estadounidenses y los rusos coincidían en que tal empresa era pan comido para ellos, en calidad de matones más temibles del barrio; pero había algo en lo que no lograban ponerse de acuerdo, y era a cuál de los contendientes de cada uno de los pares mencionados debían lanzar sus proyectiles.

* * *

Ranjit Subramanian decidió hacer cuanto pudiese por vivir ajeno a todas aquellas cosas, pues le estaban echando a perder el verano, un tiempo precioso que, al no hallarse sometido a programa alguno, le permitía hacer lo que se le antojara. De hecho, tenía muy claro a qué lo iba a dedicar; pero cuando consiguió atrapar al doctor Christopher Dabare en su despacho, el profesor de matemáticas se sintió ofendido.

—Si no le he permitido usar mi clave de acceso durante el año académico, ¿qué le ha hecho concebir la idea descabellada de que voy a permitírselo mientras estoy en Kuwait?

—¿En Kuwait?

—Sí, en Kuwait, en donde me contratan cada año para dar clases

de verano a los hijos de los jeques del petróleo, a cambio, por cierto, de una remuneración bastante más jugosa que la que recibo aquí por tratar de meter en la mollera de estudiantes como usted los principios matemáticos más rudimentarios.

A esto, Ranjit no pudo sino responder, tras pensar con rapidez:

—¡Vaya! Lo siento: no sabía que fuese a estar fuera. Que tenga buen viaje.

Y dicho esto, salió en busca del ordenador más cercano. Si aquel dichoso doctor Dabare no pensaba confiarle su contraseña, tendría que recurrir a otras posibilidades, y en particular a las que se presentaban en caso de que un docente decidiera viajar a un par de miles de kilómetros con el objetivo de hacerse de oro, de las cuales pensaba aprovecharse gracias al plan que había concebido de inmediato.

El primer paso que debía dar era sencillo: la universidad disponía de una breve biografía archivada de cada uno de cuantos la componían, y Ranjit apenas necesitó unos instantes para hacerse con la de Dabare. Diez minutos después, se alejaba de allí guardándose en un bolsillo la copia impresa de los sustanciosos datos preliminares con que echar a andar su proyecto: la fecha de nacimiento del profesor, la extensión telefónica de su despacho, su dirección de correo electrónico, su pasaporte, el nombre de su esposa (y de los padres de ella), el de sus padres y aun el de su abuelo paterno, al que habían incluido en la reseña por haber sido alcalde de cierto municipio del sur. También llevaba apuntado el nombre por el que atendía su terrier Jack Russell, *Millie,* y la dirección de la casa que tenía en la costa de Uppuveli. Ahí no acababa todo, y lo más seguro es que ni siquiera bastase con eso; pero sin duda constituía una buena porción de datos para empezar.

La pregunta que quedaba por resolver era dónde encontrar un lugar en el que ejecutar las aplicaciones adecuadas. Era evidente que no iba a poder servirse de ninguno de los terminales que solía emplear para hacer sus trabajos académicos, pues estaban demasiado expuestos al público. Sabía muy bien que, una vez que acabase de programarlo, el ordenador iba a necesitar un tiempo considerable para efectuar las combinaciones y permutaciones deseadas, y no quería que nadie de cuantos pasasen por allí llegara a preguntarse en qué debía de estar ocupado aquel aparato.

¡Sí que había un sitio ideal! ¡El que habían descubierto Gamini y él

en la Facultad de Derecho Indígena sin acabar! Sin embargo, al llegar allí se llevó un buen sobresalto. Utilizó el camino que acostumbraba hacer con su amigo, su atajo, y se alegró de comprobar que los dos ordenadores seguían allí y arrancaban a funcionar al pulsar el botón de encendido. Pero también percibió una música distante, del género de basura de moda muy poco melódica que tanto odiaban los dos, y cuando se asomó al recibidor se encontró nada menos que con la recepcionista, una mujer mayor algo metida en carnes que se preparaba una taza de té para llevarse con una publicación sensacionalista en la mano. Como si tuviese el oído de un murciélago, alzó la mirada y la dirigió hacia el lugar en que se había agazapado el joven.

—¿Hola? —preguntó—. ¿Hay alguien ahí?

Ranjit pensó por unos instantes que tendría que buscar otro sitio para sus intrigas informáticas, aunque luego resultó que la recepcionista no tenía por uno de sus cometidos el de velar por la seguridad del edificio. Se presentó como la señora Wanniarachchi, y él, desplegando no poca imaginación, dijo llamarse Sumil Bandaranaga. Ella se mostró feliz de tener compañía entre las estanterías de aquel lugar apartado. Dio por supuesto que el señor Bandaranaga debía de tener, cuando menos, una optativa de religión comparada, y él le aseguró que así era. Y ahí quedó todo: la señora Wanniarachchi se despidió con un gesto amistoso y volvió a sumergirse en la lectura de sus chismes, y Ranjit pudo disfrutar de la libertad que le ofrecía aquella biblioteca.

Todo seguía igual: los dos terminales estaban allí, listos para usarse, y a Ranjit apenas le costó poner en marcha su programa e introducir los retazos de información que había ido reuniendo. Cuando se dispuso a marcharse, la mujer de la recepción, de pie ya y a punto de ponerse el chubasquero, le preguntó en tono distraído:

—Lo ha apagado todo, ¿verdad?

—Claro que sí —le aseguró él. Lo cierto era que no, aunque el ordenador se apagaría una vez que hubiera dado con la contraseña que estaba buscando el joven, o si se veía incapaz de generarla a partir de los datos que le había suministrado. Por la mañana, podría volver a por los resultados.

* * *

Tal como había temido, no había nada: el programa no había tenido suficiente información para completar su tarea. Sin embargo, a esas alturas ya tenía más detalles con que alimentarlo, pues aquella noche había pasado una hora revisando, disfrazado de trapero, la basura que había sacado la familia del doctor Dabare para quienes tenían de veras por oficio recoger cuanto desechaban los demás. Casi todo lo que encontró fueron cosas sin ningún valor pero desagradables al olfato; aunque también dio con varias docenas de hojas de papel de no poco interés: extractos de cuentas de diversos establecimientos y proveedores, ofertas de viajes, alquiler de coches y préstamos en línea, y lo mejor de todo: un puñado generoso de cartas personales. Por desgracia, la mayor parte estaba escrita en alemán, lengua oficial del país en que había cursado estudios de posgrado y que a él le resultaba tan ininteligible como el esquimal-aleutiano o el iroqués. Aun así, tomó, de las que estaban redactadas en inglés o cingalés, el número de su permiso de conducción, su altura exacta en centímetros y la clave de su tarjeta de crédito. Esto lo llevó a preguntarse si no sería justo hacerse con unas mil rupias por todas las molestias que le estaba causando Danbare, aunque llegó a la conclusión de que no lo sería: un acto semejante era execrable e ilegal; aun así, resultaba divertido pensar en ello.

Era evidente que hacía muchísimo que el ordenador se había detenido tras agotar todas las permutaciones posibles. En consecuencia, Ranjit introdujo todas las nuevas opciones, y tras pulsar el botón que volvería a poner en marcha el aparato, se ausentó de nuevo. Cierto: podía ser que se estuviese separando del mundo real; pero la verdad era que éste tenía muy poco que ofrecer a un muchacho tamil sin amigos —al menos de forma temporal— y sin padre.

Entonces, al llegar a su habitación para tomar el reposo que tanto tiempo había postergado, topó con que lo esperaba algo que iluminó todo aquel día: un sobre con matasellos de Londres remitido por Gamini.

Querido Ranjit, viejo amigo:

He llegado sano y salvo, y rendido por completo. Después de un

vuelo de nueve horas, que incluía dos cambios de avión, aterricé en Londres y pude comprobar que, oficialmente, sólo habían pasado cuatro horas y media. Así que tuve que esperar casi ocho más antes de irme a dormir, ¡y eso que estaba destrozado! Te he echado de menos horrores.

Había tardado en llegar a la parte buena, pero al final, se había decidido. Ranjit se entretuvo en leer la frase tres o cuatro veces antes de seguir. La carta estaba plagada de noticias, aunque no era muy personal. Las clases de Gamini eran interesantes, si bien un tanto más agotadoras de lo que él hubiese deseado. La comida de la Escuela de Economía era horrible, por supuesto; pero en todas partes de la ciudad abundaban los establecimientos de comida rápida india, y en algunos de ellos no eran mancos con el curri. La residencia universitaria no era mucho mejor que la comida; sin embargo, Gamini no iba a tener que alojarse en ella indefinidamente: no bien recibiera la aprobación de los abogados londinenses de su padre, tenía intención de firmar el contrato de arrendamiento que le permitiría disfrutar de «una soberbia mansioncita», a decir de la definición del casero, sita a cinco minutos de la mayoría de sus clases. Ése es el género de cosas que, tal como pensó Ranjit en ese momento, puede uno hacer cuando le ha caído en suerte un padre rico. Eso sí: la carta decía, a continuación, que a Ranjit le encantaría aquel lugar, porque la facultad apenas distaba diez minutos de los teatros y restaurantes de Leicester Square. Gamini ya había sacado tiempo para ir a ver una puesta en escena de *La dama sirvienta* y un par de musicales.

Así que, pese a encontrarse a nueve mil kilómetros de distancia, Gamini Bandara se lo estaba pasando bien. Ranjit soltó un suspiro y, tratando de convencerse de que se alegraba por él, se dejó caer sobre su cama solitaria y cerró los ojos para dormir.

* * *

Tardó bastante en concluir su labor de desciframiento (once días, para ser más exactos, durante los cuales consagró buena parte del tiempo a rebuscar más entradas posibles o a ingeniar nuevos métodos para que la computadora las mezclara y combinase). Aun así, acabó por llegar el

día que, sin esperar gran cosa, accedió a la sala para topar con el placer supremo de leer en la pantalla el siguiente mensaje: Identificada contraseña Dr. Dabare. A la postre, resultó ser el lema de la Universidad de Colombo (BUDDHIH SARVATRA BHRAJATE, «La sabiduría resplandece en todas partes»), en el que había insertado, en dos partes, la fecha del cumpleaños de su esposa:

Buddidh.4-14.Sarvatra.1984.Bhrajate

Así fue como se abrió ante él el mundo de las publicaciones matemáticas.

CAPÍTULO IV

Cuarenta días recogiendo datos

En el transcurso de las seis semanas que quedaban para el comienzo del nuevo curso escolar, Ranjit se encontró ahogándose casi, por primera vez en su vida, bajo la afluencia de la clase precisa de información que tanto había deseado obtener.

De entrada, tuvo acceso a las publicaciones periódicas de teoría de los números: dos de gran relieve en inglés y alguna que otra en francés, alemán y aun chino, aunque desde el principio mismo decidió que no iba a molestarse en estudiar nada para lo cual fuera necesario encargar una traducción. ¡Y cuántos libros! Todos estaban a su alcance gracias al servicio de préstamo interbibliotecario. Algunos parecían interesantes pese a no atañer, quizá, de manera directa al asunto de su investigación. Uno de ellos era la traducción de *Von Fermat bis Minkowski*, de Scharlau y Opolka, o la misma *Basic Number Theory* de Weil, que al decir de las reseñas no era precisamente elemental (y de hecho, parecía demasiado complejo hasta para él). Menos prometedores, aunque todo apuntaba que habían sido escritos para un público más profano que Ranjit, resultaban *El enigma de Fermat,* de Simón Singh, y la *Invitation aux mathématiques de Fermat-Wiles,* de Yves Hellegouarch, así como el volumen de Cornell, Silverman y Stevens titulado *Modular Forms and Fermat's Last Theorem.* La lista ya podía considerarse dilatada si se contaban sólo los libros y se hacía preterición de los artículos relativos al más célebre de los misterios matemáticos que se habían publicado, a cientos, tal vez a miles, en todas partes: en la inglesa *Nature* y la estadounidense *Science,* en revistas especializadas supervisadas por expertos y respetadas que circulaban por todo el planeta y en las de universidades desconocidas de lugares como Nepal, Chile o el ducado de Luxemburgo, carentes quizá de todo prestigio.

No sin cierto pesar, reparó en que no dejaba de encontrar detalles curiosos que le habría encantado compartir con su padre. Todo apuntaba a que en los escritos hindúes podían hallarse no pocos elementos de la teoría de los números ya desde el siglo VII, y aun antes, tal como podía verse en la obra de Brahmagupta, Varahamihira, Pingala y, sobre todo, en el *Lilavati* de Bhaskara. También abu al-Fatūh 'Umar bin Ibrā-hāīm al-Jayām, personaje árabe de importancia fundamental, más conocido por todos aquellos que habían oído hablar de él en algún momento (y entre los que hasta entonces no se había incluido Ranjit Subramanian) como 'Umar al-Jayām, autor de la extensa colección de cuartetas *Rubā'iyāt.*

Nada de esto daba la impresión de serle de gran ayuda en su terca búsqueda de Fermat. Ni siquiera el renombrado teorema de Brahmagupta tenía significado alguno para él, pues poco podía importarle que, en determinado género de cuadrilátero, una clase concreta de perpendicular pudiese bisecar siempre el lado opuesto al punto de partida. Sin embargo, al dar con la cuarta o quinta mención del triángulo de Pascal y la obtención de raíces cuadradas en relación con al-Jayām, no dudó en redactar un mensaje de correo electrónico para su padre a fin de ponerlo al corriente de lo que había descubierto. A continuación, se detuvo unos instantes con el dedo sobre el botón que pondría en marcha el envío, y al fin, con un suspiro, optó por cancelar la operación, considerando que si Ganesh Subramanian deseaba mantener alguna clase de relación social con su hijo, era obligación suya, y no de éste, dar el primer paso.

* * *

Cuatro semanas más tarde, Ranjit había leído, cuando menos en parte, los diecisiete libros y los casi ciento ochenta artículos que tenía en su bibliografía. Y lo cierto es que semejante labor apenas había sido gratificadora, pues albergaba la esperanza de hallar alguna idea capaz de aclararlo todo sin ambages, y en lugar de eso, se había encontrado recorriendo una docena de callejones sin salida diferentes; y de forma reiterada, ya que los matemáticos que firmaban los distintos trabajos habían seguido el mismo reguero de artículos que él mismo. Así, se vio reexaminando cinco o seis veces los exponentes relativamente primos

de Wieferich, así como la obra de Sophie Germain acerca de ciertos números impares, la de Euler, claro está, y por supuesto, la del resto de matemáticos que, incautos, habían topado con el tentador lago de asfalto del teorema de Fermat, donde habían quedado atrapados para siempre, rugiendo de miedo y de dolor como los lobos, mastodontes o tigres de dientes de sable que también habían caído allí.

El plan no estaba dando resultado: faltaba menos de una semana para el comienzo del año académico, y Ranjit seguía tratando de abordar la cuestión desde demasiados ángulos a la vez, tal como hacían los afectados del síndrome de GSSM del que lo había advertido Gamini. En consecuencia, se resolvió a simplificar la acometida. Como era de esperar, dado su carácter, lo hizo cargando de frente contra la demostración, tan odiada por él como prolija, de Wiles, la cual sólo se había atrevido a asegurar que entendía un puñado de los matemáticos más destacados del planeta.

Apretando los dientes, se puso manos a la obra. Los primeros pasos no fueron difíciles, pero a medida que avanzaba en la engorrosa sucesión de razonamientos de Wiles, la tarea comenzó a resultarle... digamos que no ardua exactamente (algo impensable entre los del temperamento de Ranjit Subramanian), sino laboriosa, al menos, por cuanto exigía un gran esfuerzo de concentración en la lectura de cada línea. Ello es que había llegado al momento en que Wiles comenzaba a considerar las ecuaciones correspondientes a curvas en el plano *x-y* y a curvas elípticas, así como las muchas soluciones de la ecuación relativa a la modularidad. Aquél fue el instante en que Wiles logró demostrar, por vez primera en la historia de las matemáticas, la validez de lo que se denominó la *conjetura de Taniyama-Shimura-Weil,* es decir, la condición modular de cualquier clase infinita de curvas elípticas. En tanto que Gerhard Frey y Kenneth Ribet habían demostrado que podían darse curvas elípticas no modulares, Wiles pudo probar que tenían que serlo necesariamente.

¡Ajá! ¡Acababa de dar con una contradicción manifiesta! La contradicción era el tesoro que, en ocasiones, aguardaba al final de algunas sendas matemáticas en apariencia interminables, el objeto a cuya búsqueda consagraban con gusto su vida los matemáticos, puesto que, si las deducciones lógicas que se desprenden de determinada ecuación de partida desembocan en dos conclusiones incompatibles,

ésta debe de ser errónea.

Y así fue como se demostró —o se pretendió haber demostrado— que Fermat tenía razón. El cuadrado era el límite: no había dos cubos cuya suma fuese un tercer cubo, y otro tanto cabía decir del resto de exponentes que existían a este lado del infinito. Sin embargo, Ranjit no se hallaba más cerca del hallazgo de su propia comprobación amedrentadora de lo que Fermat había mencionado con tamaña despreocupación siglos antes.

Y huelga decir que ni siquiera sospechaba que alguien pudiese estar fotografiando cuanto hacía.

* * *

Los seres encargados de esto último pertenecían a otra de las especies satélites de los grandes de la galaxia. Se les conocía como *archivados*, aunque Ranjit, claro está, jamás los había visto. De hecho, ellos no tenían intención alguna de ser detectados. Lo cierto es que, por lo común, resultaba imposible verlos, aunque, en casos en los que se había dado una combinación excepcional de la luz estelar, la lunar y el resplandor conocido como *Gegenschein*, había seres humanos que los habían avistado, si bien los habían catalogado, de ordinario, como «platillos volantes», con lo que habían ido a sumarse a la extensa relación de falsificaciones, confusiones y mentiras manifiestas que hacían poco menos que imposible que ningún científico respetable fuera a prestarles la menor atención.

Lo que hacían los archivados en la Tierra en aquel momento no era sino anticiparse a las necesidades de los grandes de la galaxia, cuyos deseos se afanaban siempre por satisfacer, y aunque sus señores no habían ordenado tal cosa, les permitían actuar a su arbitrio en determinadas circunstancias restringidas. Lo especial de su condición radicaba en que habían destrozado su planeta con una diligencia mayor aún que la que habían desplegado los unoimedios; en tal grado, que la vida orgánica se había hecho imposible sobre su faz. Y si estos últimos habían afrontado el problema añadiendo prótesis infinitas a sus vulnerables cuerpos biológicos, la solución que habían adoptado los archivados había consistido en abandonar su entorno físico y, de hecho, todo cuanto tenían de físico para reconstituirse en algo semejante a

programas informáticos y permitir así a sus cuerpos, ya frágiles y enfermizos, el privilegio de morir mientras que ellos se perpetuaban en el ciberespacio. (Desde entonces, el planeta que habían exprimido antes de partir había comenzado a mostrar ciertos indicios de regeneración, y así, por ejemplo, parte del agua que poseía en estado líquido había perdido su carácter tóxico. Con todo, aún no había dejado de ser un verdadero infierno para cualquier forma de vida orgánica.)

En cuanto a la propia raza de los archivados, había optado por volverse de alguna utilidad a los grandes de la galaxia, quienes recurrían a ella para que se hiciera cargo de la mudanza cuando deseaban trasladar determinada cantidad de objetos o seres de un sistema solar a otro. Por eso, al detectar aquellas primeras microondas y las pulsaciones nucleares procedentes de la Tierra, habían tenido por cierto que sus señores iban a interesarse por ellas, y sin esperar siquiera a recibir órdenes al respecto, habían comenzado de inmediato a inspeccionar el planeta y cuanto contenía, así como a enviar los datos obtenidos al rincón de la galaxia en que nadaban los grandes sumergidos en sus oscuros ríos de energía.

Claro está que los archivados no habían sido capaces de formarse una idea cabal de lo que estaban haciendo los seres humanos en las diversas actividades a las que se consagraban. Para ello, habrían necesitado entender sus lenguas, y no se daba el caso: los grandes de la galaxia preferían que las razas a ellos sometidas ignorasen todo idioma que no fuese el suyo propio, temerosos de cuanto podrían poner en conocimiento unas de otras en el caso de poder hablar con libertad entre ellas.

Ranjit se habría quedado estupefacto si hubiese sabido que su propia imagen estaba viajando por el espacio interestelar de semejante guisa. Y lo cierto es, sin embargo, que no sólo era la suya la que estaba recorriendo el mismo trayecto a gran velocidad, sino la de casi todo, por cuanto, si no omnipotente, la de los archivados era una raza por demás diligente, que albergaba la esperanza de que sus señores supiesen apreciar, o cuando menos tolerar, tal virtud.

* * *

Cuando la radio de su despertador le anunció que había llegado el

primer día del nuevo trimestre, se levantó de un salto a fin de apagarla. Tenía clase de Astronomía 101: Geografía del Sistema Solar, asignatura que constituía algo semejante a su última esperanza de que la universidad fuese a resultarle de interés en el transcurso de los próximos tres años. Si este hecho ya podía considerarse medianamente alentador, cuando se disponía a salir del edificio, el conserje le entregó una carta (proveniente de Londres, y en consecuencia, de Gamini) que le alegró de forma decisiva la mañana.

La leyó encorvado ante el desayuno, aunque no tuvo que dedicarle demasiado tiempo, pues era aún más breve que la precedente, y estaba dedicada casi por entero a la descripción de la «soberbia mansioncita» de Gamini.

> Al entrar desde la calle, subes un tramo de escalones y llegas a la sala de estar, que los ingleses llaman *sala de visitas*. Al lado hay una cocina como de casa de muñecas, y eso es todo lo que encuentras en esa planta. Hay otros escalones que bajan del cuarto de estar a la parte trasera, en donde hay una habitación que da a unos cuantos metros cuadrados de barro que pretenden pasar por jardín. Creo que voy a llamarla *cuarto de invitados,* aunque no tengo intención de hacer que nadie pase la noche en él (a no ser, amigo mío, que pienses dejarte caer por aquí algún fin de semana). En la sala de estar hay otro tramo de escalones que lleva directamente al dormitorio y al cuarto de baño, lo cual no resulta muy cómodo para nadie que duerma en el cuarto de invitados y necesite evacuar a medianoche. En cuanto a la cocina, tiene de todo lo que uno pueda desear en una de las más modernas, aunque, como ya te he dicho, a escala de casa de juguete: el frigorífico es diminuto; los fogones y el fregadero, también, ¡y dudo que hayas visto nunca una lavadora con secadora más pequeña que la que me ha tocado! Yo estaba convencido de que tenía el tamaño justo para lavar un par de calcetines hasta que Madge me aseguró que para eso iba a necesitar meterlos por separado.
>
> Pero en fin: esté como esté la casa, lo cierto es que es mía, aunque los muebles sean de estilo espantosiano. Y ahora tengo que dejarte, porque vamos a ir unos cuantos a ver la reposición de una de Stoppard y queremos cenar antes.

Ranjit se las compuso para sonreír al pensar en Gamini haciendo la colada, el mismo Gamini que siempre se había llevado consigo a casa la ropa sucia para dársela al servicio a fin de encontrársela, al día siguiente, limpia, planchada y doblada.

Semejante táctica, sin embargo, no le impidió preguntarse quién debía de ser aquella tal Madge. Y en ello estaba cuando apareció por su primera clase, dispuesto a llevarse una nueva decepción. Pero hete aquí que, milagrosamente, lo que ocurrió fue algo muy distinto.

CAPÍTULO V

De Mercurio a la nebulosa de Oort

El curso de Astronomía 101 no se daba en un aula como las demás, sino en una semejante a un teatro en miniatura en cuyos bancos curvos podía acomodarse un centenar de alumnos. Casi todos los asientos estaban ocupados, desde arriba hasta el nivel del suelo, en donde se ubicaban una mesa, una silla y un profesor que no parecía mucho mayor que el propio Ranjit. Se llamaba Joris Vorhulst, y si su condición de burgués saltaba a la vista, no parecía menos obvio que había optado por licenciarse fuera de la isla.

Ranjit también quedó impresionado por la relación de los centros a los que había asistido, lugares que gozaban de la veneración de los astrónomos de todo el mundo. El doctor Vorhulst había cursado estudios de posgrado en la Universidad de Hawái en Hilo, en donde había hecho prácticas en los colosales telescopios del viejo observatorio de Keck, y se había doctorado en el Instituto Tecnológico de California, el Caltech, lo que le había permitido, por si fuera poco, trabajar en el JPL, el Laboratorio de Propulsión a Chorro de Pasadena. En este último, había formado parte del equipo encargado del *Faraway*, la nave que había pasado por Plutón para internarse en el cinturón de Kuiper (o en el resto del cinturón de Kuiper, tal como lo habría expresado Vorhulst, leal a la decisión, adoptada por el común del gremio, de despojar a aquél de su condición de planeta y convertirlo en una más de las incontables bolas de nieve que conforman el cinturón). De hecho, Vorhulst había aseverado a la clase que, a esas alturas, el *Faraway* había atravesado la región de cuerpos menores de Kuiper y se aproximaba a los confines más inmediatos de la nebulosa de Oort.

A medida que el profesor explicaba lo que eran todas aquellas realidades desconocidas (cuando menos para Ranjit), el muchacho no

pudo menos de quedar fascinado. Entonces, a punto de concluir la clase, participó a los alumnos una buena noticia al anunciar que todos tendrían el privilegio de mirar por el mejor telescopio de Sri Lanka: el del observatorio instalado en la ladera del Pindurutalágala.

—Tiene un excelente reflector de dos metros —aseguró—, regalo del Gobierno del Japón, que nos lo dio en sustitución del que nos había concedido con anterioridad.

El alumnado recibió sus palabras con un sonoro aplauso, que sin embargo, quedó corto ante el que le otorgaron cuando dijo:

—¡Ah!, por cierto: mi clave personal de entrada a la red es *Faraway*, y os invito a usarla para acceder a todo el material astronómico que hay recogido en ella.

De los vítores que se lanzaron tras estas palabras, pocos fueron tan clamorosos como los que profirió el muchacho cingalés que ocupaba el asiento contiguo al de Ranjit. Cuando Vorhulst, mirando el reloj de la pared, anunció que dedicaría los diez minutos restantes a responder las preguntas que quisiesen plantear, Ranjit fue uno de los primeros en levantar la mano.

—¿Sí —dijo el docente mientras estudiaba la tarjeta de identificación que descansaba sobre su pupitre—, Ranjit?

El joven se puso en pie.

—Me estaba preguntando si ha oído hablar de Percy Molesworth.

—¿De Molesworth? —Vorhulst colocó la mano a modo de visera a fin de verlo con más claridad—. ¿Eres de Trincomali? —Y ante el gesto afirmativo del alumno, añadió—: Allí es donde está enterrado, ¿no? Sí: he oído hablar de él. ¿Has visto alguna vez el cráter lunar que lleva su nombre? Pues hazlo: con *Faraway* puedes acceder a la página del JPL.

Y eso fue precisamente lo que hizo no bien acabó la clase. Corrió a la hilera de ordenadores del vestíbulo y localizó de inmediato el Laboratorio de Propulsión a Chorro en la Red, tras lo cual descargó una imagen espléndida del cráter Molesworth. Aquella depresión de casi doscientos kilómetros de diámetro resultaba de veras impresionante. Pese a presentarse como poco menos que una simple planicie, contenía en su interior una docena de cráteres menores de los auténticos, provocados por meteoritos, y entre ellos había uno con un magnífico pico central. No pudo menos de recordar las visitas que había hecho con su padre a la tumba del astrónomo, y pensar en lo maravilloso que

habría sido participarle que había tenido oportunidad de ver el cráter lunar. Sin embargo, esto último parecía imposible.

* * *

Huelga decir que el resto de las asignaturas no era, ni mucho menos, tan interesante como la de Astronomía 101. Se había matriculado en un curso de antropología con el convencimiento de que le sería fácil aprobarlo sin tener que pensar demasiado en el contenido, y aunque si bien era cierto que no revestía una gran complejidad, tuvo ocasión de averiguar que, además, resultaba tedioso hasta lo sumo. También había escogido psicología con la intención de conocer más detalles acerca del síndrome que, al parecer, padecía. Sin embargo, el profesor le había dejado claro ya en la primera clase que no creía en el GSSM, con independencia de lo que pudiesen afirmar los docentes de otros cursos.

—Si la circunstancia de hacer muchas cosas a la vez los volviera estúpidos —había sentenciado—, ¿cómo se las iba a ingeniar ninguno de ustedes para acabar la licenciatura?

Por último, se había inscrito en filosofía porque daba la impresión de pertenecer al género de materias en las que era posible capear el temporal sin estudiar demasiado. Y se había equivocado: el profesor De Silva era aficionado a preguntar en clase semana sí, y semana también, y si tal hecho podía llegar a resultar tolerable, Ranjit se había dado cuenta enseguida de que pertenecía a la clase de docentes que exigían a sus alumnos la memorización de datos. Al principio, trató de interesarse por la asignatura, convencido de que ni Platón ni Aristóteles constituían, en el fondo, una pérdida de tiempo. Sin embargo, cuando el profesor De Silva se internó en la Edad Media y la obra de gentes como Pedro Abelardo o santo Tomás de Aquino, la cosa fue empeorando. ¡Tanto se le daba a él la diferencia entre la epistemología y la metafísica, la existencia de Dios o lo que era en realidad la realidad! Así que la débil llama de su interés acabó por apagarse del todo.

Aun así, el placer de explorar los otros mundos del sistema solar no dejaba de tornarse cada vez más maravilloso. En particular cuando, durante la segunda clase, el doctor Vorhulst señaló que era posible visitar algunos planetas (quizá, cuando menos, uno o dos de los menos inhóspitos), y los repasó uno por uno. Mercurio, no: ¿quién iba a querer

viajar a un astro tan ardiente y seco, por factible que fuera dar con agua (o más bien con hielo) en uno de sus polos? Venus resultaba aún menos deseable, dado que el manto de dióxido de carbono que lo envolvía tenía la virtud de atrapar el calor.

—Se trata de la misma clase de capa —les comunicó el profesor— que está provocando aquí, en la Tierra, el calentamiento del planeta, del que espero que seamos capaces de librarnos algún día. Por lo menos, de los efectos más negativos.

Se refería, según añadió, a la temperatura que había alcanzado en consecuencia la superficie venusiana, capaz de derretir el plomo.

A continuación se hallaba la Tierra.

—Ésa ya no hace falta que la colonicemos —bromeó Vorhulst—, porque todo apunta a que alguien o algo ya lo hizo hace mucho tiempo. —Y sin dar tiempo siquiera a que ninguno de sus alumnos reaccionase ante el comentario, prosiguió—: Pasemos, pues, a Marte. ¿Nos interesa visitarlo? O lo que es más interesante: ¿hay vida allí? El hombre lleva años planteándose esta pregunta.

El astrónomo estadounidense Percival Lowell se había persuadido no sólo de que la había, sino de que quienes habitaban el planeta eran gentes por demás civilizadas poseedoras de sorprendentes avances tecnológicos que les habían permitido construir la gigantesca red de canales que había observado sobre su faz Giovanni Schiaparelli. Sin embargo, la llegada de telescopios más potentes, y la ayuda del capitán Percy Molesworth, cuyo cuerpo yacía en Trincomali, dieron al traste con aquella idea al demostrar que los *canali* del italiano no eran sino marcas casuales que su ojo había tomado por líneas rectas. Al final, las tres primeras misiones del programa Mariner de la NASA zanjaron el debate al fotografiar su superficie árida, fría y llena de cráteres.

—Sin embargo —concluyó el profesor—, desde entonces se han tomado instantáneas más precisas del planeta que muestran indicios de la existencia de corrientes de agua. No es que las haya aún, claro; pero sí que las hubo, con certeza, en algún punto del pasado. Los partidarios de la existencia de vida en Marte volvían a tener motivos para estar eufóricos después de que el péndulo volviese a estar de su lado. Y ¿quién tiene razón? —Tras recorrer con la mirada a la concurrencia, concluyó sonriente—: Creo que el único modo de determinarlo consistirá en enviar a un grupo de exploración, dotado, a ser posible, de

herramientas de excavación.

Dicho esto, se detuvo antes de continuar:

—Supongo que ahora os estaréis preguntando: «¿Y en busca de qué van a excavar?». Pero antes de responder, quisiera saber si alguien piensa que nos hemos saltado algún planeta en la lista que hemos hecho hasta ahora.

El silencio se apoderó de la sala mientras el centenar de alumnos contaba con los dedos (Mercurio, Venus, la Tierra, Marte), hasta que una joven de la primera fila inquirió:

—¿Se refiere a la Luna, señor Vorhulst?

Mirando su nombre en la placa de identificación, inclinó la cabeza a tiempo que reconocía:

—Eso es, Roshini. Pero antes de visitar la Luna, os voy a enseñar unas fotos de un lugar en el que sí he estado yo. Me refiero a Hawái.

A continuación se volvió hacia la pantalla que tenía desplegada a sus espaldas, y en la que ya podía verse una instantánea nocturna de una oscura loma que descendía hasta el mar. Se mostraba salpicada de manchas de color rojo encendido como las fogatas del campamento de un ejército, y en el punto en que alcanzaban la costa se apreciaban violentos fuegos de artificio producidos por los ardientes meteoritos que saltaban sobre su superficie.

—Esto es Hawái —anunció el profesor—, la isla. El volcán Kilauea ha entrado en erupción, y lo que veis es la lava que corre hacia el mar. Cada uno de los ríos comienza a solidificarse por la parte de fuera a medida que desciende, con lo que forma una tubería de piedra endurecida por la que fluyen las deyecciones. De cuando en cuando, eso sí, la lava rompe el conducto. ¿Veis las manchas de materia incandescente?

Dejó transcurrir unos instantes a fin de dar tiempo a la clase a preguntarse qué hacían observando Hawái cuando tenían que tratar de la Luna, y acto seguido volvió a accionar el mando para hacer aparecer en la pantalla una fotografía en la que aparecía él mismo con una joven de no poco atractivo provista de un exiguo traje de baño. Ambos se hallaban a la entrada de lo que parecía una cueva plagada de maleza en medio de una selva tropical.

—La que está conmigo es Annie Shkoda —hizo saber a los alumnos—, mi directora de tesis en Hilo. Y que nadie se imagine nada,

porque un mes después de la foto se casó con otro. Aquí estamos a punto de entrar en lo que los estadounidenses llaman el «túnel volcánico de Thurston». A mí me gusta más la denominación Hawaiana de *Nahuku*, porque, en realidad, el tal Thurston no tenía nada que ver con aquella formación: fue sólo un editor de periódico que hizo campaña en favor de la creación del Parque Nacional de los Volcanes. En fin: lo que ocurrió fue que, hace quizá cuatrocientos o quinientos años, entró en erupción el Kilauea, o tal vez el Mauna Loa, más antiguo. La lava que despidió formó conductos, y al apagarse el volcán, la materia que permanecía en estado líquido siguió deslizándose hasta salir de ellos, en tanto que aquellas gigantescas cañerías de piedra quedaron en el sitio. Con el tiempo, fueron a cubrirse de barro, tierra y Dios sabe qué más; pero seguían allí. —Se detuvo y alzó la vista para mirar a las filas de alumnos—. ¿Alguien se atreve a adivinar qué tiene que ver todo esto con la Luna?

Como movidas por un resorte, se levantaron al instante veinte manos. Vorhulst eligió al muchacho que había sentado al lado de Ranjit.

—¡Dime, Jude!

El joven se puso en pie con gesto de entusiasmo.

—En la Luna también había volcanes.

El profesor asintió con la cabeza.

—Que no te quepa la menor duda. En tiempos recientes, no, ya que la Luna es muy pequeña y se enfrió hace mucho; pero aún salta a la vista que los hubo, ¡y de unas proporciones tremendas! Los ríos de lava basáltica que vemos aún se extienden por cientos de kilómetros cuadrados, y la Luna está llena de colinas (en terreno llano o en el interior mismo de los cráteres) que pueden ser de origen volcánico. Si hay regueros y elevaciones, es porque hubo lava, y si hubo lava, tuvo que haber... ¿qué?

—¡Túneles volcánicos! —exclamó a un tiempo una docena de estudiantes, entre quienes se encontraba Ranjit.

—En efecto: túneles volcánicos —convino Vorhulst—. En la Tierra, los túneles como el Nahuku raras veces alcanzan más de un par de metros de diámetro; pero la Luna es harina de otro costal. Dado que allí la gravedad es insignificante, pueden tener diez veces el tamaño de los de aquí, lo que los haría comparables al túnel que une Inglaterra y

Francia por debajo del canal de la Mancha. Y allí siguen, esperando a que se presente cualquier ser humano, cave hasta dar con uno de ellos, lo selle a conciencia y lo llene de aire para alquilarlo a inmigrantes llegados de la Tierra. —Dicho esto, y viendo que la luz que había sobre la pantalla a fin de indicar el tiempo restante de clase había comenzado a parpadear tras pasar del verde al ámbar y al rojo, anunció—: Hemos terminado por hoy.

* * *

Tal cosa fue, sin embargo, imposible, porque aún había al menos una docena de manos alzadas. En consecuencia, el doctor Vorhulst miró compungido a la implacable luz roja y acabó por ceder.

—Está bien: una pregunta más.

Los alumnos bajaron la mano para mirar con entusiasmo al muchacho que Ranjit había visto cerca de Jude, el compañero que tenía al lado.

—Doctor Vorhulst —dijo enseguida, como si hubiese estado aguardando la oportunidad de hacerlo—, a algunos de nosotros nos gustaría saber cuál es su opinión respecto de cierto asunto. A menudo da la impresión de que esté convencido de que en la galaxia sea algo común la vida inteligente. ¿Es eso lo que cree?

El profesor lo miró con gesto socarrón.

—¡Venga, hombre! ¿Cómo sé yo que ninguno de vosotros no tiene un cuñado periodista, y que si digo lo que queréis que diga no vamos a leer un titular que rece: «Astrónomo universitario revela la existencia de incontables razas alienígenas dispuestas a competir con la humanidad»?

—Pero ¿lo cree? —El estudiante seguía en sus trece.

Vorhulst soltó un suspiro.

—Está bien —dijo—: una pregunta razonable merece una respuesta razonable. No conozco motivo científico alguno por el que en nuestra galaxia no pueda existir cierto número, tal vez bastante amplio, de planetas habitados por seres vivos, ni tampoco por el que parte de éstos no puedan haber desarrollado civilizaciones dotadas de avances científicos significativos. Esa es la verdad, y yo nunca la he negado. No hace falta que diga —agregó— que no estoy hablando de los individuos

sobrenaturales de los tebeos, chalados que quieren convertir a los humanos en sus esclavos, cuando no exterminarlos por completo. Como... ¿Cómo se llamaban los enemigos de Supermán, a los que capturó su padre antes de que reventara su planeta para meterlos en una prisión espacial flotante que parecía un pisapapeles cúbico, hasta que ocurrió algo que los sacó de allí?

Apenas había acabado cuando se elevó de las últimas filas una voz que decía:

—¿Se refiere usted al general Zod?

A ésta fue a sumarse otra que añadió:

—¡Y Ursa, la mujer!

Tras lo cual completaron la información media docena más de estudiantes que gritaron a una:

—¡Y Non!

El profesor sonrió.

—Me alegra comprobar que sois muchos los que estáis versados en los clásicos. De cualquier modo, quiero que confiéis en mi palabra cuando digo que no existen; ningún alienígena espacial de aspecto repugnante va a proponerse exterminarnos. Y ahora, más nos vale ir saliendo antes de que llamen a la policía del campus.

* * *

Pese a desconocer por entero la existencia de los grandes de la galaxia o de cualquiera de sus especies satélites (de hecho, de haber tenido noticia de ellos, su respuesta habría sido, acaso, bien diferente), el doctor Joris Vorhulst seguía estando en lo cierto, al menos técnicamente: ningún alienígena espacial iba a decidir exterminar a la especie humana, pues los únicos interesados ya habían tomado dicha resolución para ocuparse, a renglón seguido, de asuntos más amenos.

Lo que movía a los grandes de la galaxia a mantener su zona de influencia libre de especies enemigas no era el deseo de vivir en paz y concordia, sino el anhelo, por demás satisfecho, de que los distrajesen lo menos posible de sus intereses principales. Algunos de ellos iban ligados a los planes que albergaban de conseguir un entorno galáctico ideal, cosa que esperaban lograr antes de que transcurriesen otros diez o veinte mil millones de años; pero también los había más cercanos a lo

que los humanos calificarían de *apreciación de la belleza.*

Según ellos, eran muchas las cosas que podían considerarse hermosas, incluidas materias que los terrícolas habrían llamado *numeración, física nuclear, cosmología, teoría de cuerdas* (y también de *gravedad cuántica de bucles*), *causalidad* y muchas otras. El disfrute que les producían los aspectos fundamentales de la naturaleza los podía llevar a consagrar siglos enteros, y aun milenios, si se lo proponían, a la contemplación de los abundantes cambios espectrales que tenían lugar a medida que determinado átomo iba perdiendo, uno a uno, los electrones de su órbita. Asimismo, podían optar por estudiar la distribución de los números primos mayores de 10^{50}, o la lenta maduración de una estrella, proceso que seguían desde el momento en que no es más que un cúmulo de gas enrarecido y partículas dispersas hasta la iniciación de la explosión nuclear con que se origina; la fase terminal de su existencia, en que se convierte en una enana blanca en curso de enfriamiento, o el momento en que vuelve a quedar reducida a una nube de gases y partículas.

Tenían, por supuesto, otras ocupaciones. Una de ellas, por ejemplo, era el proyecto de aumentar la proporción de elementos pesados en relación con el hidrógeno primordial de la composición química de la galaxia. Tenían sus motivos para hacerlo, y lo cierto es que éstos no carecían de validez, aunque ningún ser humano de entre sus contemporáneos habría podido llegar jamás a entenderlos. Otras de las cosas que los preocupaban habrían resultado aún menos incomprensibles a los habitantes racionales de la Tierra. Sea como fuere, consideraban una labor útil la de suprimir las civilizaciones que podían suponer peligro alguno.

Por ende, no iban a quedarse de brazos cruzados ante los datos relativos al planeta Tierra. La orden de deponer su actitud que habían enviado a quienes lo poblaban aún iba a tardar años en alcanzar su objetivo a la calmosa velocidad de la luz, y eso era demasiado tiempo. De cualquier modo, se hacía necesario emprender acciones más urgentes, pues aquellos presuntuosos vertebrados bípedos poseían no sólo los conocimientos necesarios para poner en práctica la fisión y la fusión nucleares en el grado necesario para crear armas capaces de causarles molestias, sino también fábricas de armamento repartidas por todo el planeta con las que construirlas. La situación resultaba aún

más enojosa de lo que habían imaginado los grandes de la galaxia, y cumple decir que no eran seres muy inclinados a tolerar inconveniencia alguna. A aquélla, en particular, se hallaban resueltos a ponerle fin.

Los grandes de la galaxia podían elegir entre varios sistemas a la hora de transmitir órdenes a alguna de sus razas satélites. Así, por ejemplo, disponían de la sencilla radio, un medio eficaz aunque lento hasta la exasperación. No había señal electromagnética (luz, radar y ese género de cosas) capaz de alcanzar una celeridad mayor que la amadísima *c* del doctor Einstein, que supone una velocidad máxima absoluta de unos trescientos mil kilómetros por segundo. Y aunque habían diseñado máquinas más rápidas, destinadas a colarse por los resquicios de la relatividad, lo cierto es que no pasaban de cuadruplicar o quintuplicar dicho valor.

No podía decirse que ellos mismos (ni tampoco ninguna de las partes que de ellos podían extraerse) adoleciesen de tales limitaciones, dado que eran seres no bariónicos hasta extremos inefables. Por motivos vinculados a la geometría del espacio-tiempo decadimensional, sus viajes estaban compuestos por una serie de etapas: de *a* a *b*; de *b* a *c*, y de *c*, quizás, al destino fijado. Sin embargo, el tiempo de tránsito correspondiente a cada una era cero, con independencia de que se tratara de salvar el diámetro de un protón o de trasladarse del corazón de la galaxia al más remoto de sus brazos espirales.

Optaron, en consecuencia, por dar el incómodo paso de destinar un fragmento de ellos mismos a hacer llegar las instrucciones a los unoimedios, quienes, por lo tanto, recibieron el mandato de ponerse en marcha en el instante mismo en que se lo propusieron los grandes de la galaxia. Y dado que los unoimedios habían previsto cuál iba a ser su decisión, para cuando recibieron la orden ya se habían puesto manos a la obra. No tenían motivo alguno para retrasarse: su ejército de invasión estaba listo para emprender la ofensiva, y no dudaron en dar la orden de atacar.

Eso sí: la suya era una raza por entero material, sometida, por ende, al imperio de la velocidad de la luz; de modo que aún habría de nacer en la Tierra, aproximadamente, una nueva generación humana antes de que sus huestes alcanzasen su objetivo y exterminaran a aquella especie indeseable. Sea como fuere, los combatientes ya se habían puesto en camino.

CAPÍTULO VI

Entre tanto, en la Tierra...

La vida parecía sonreír a Ranjit Subramanian..., siempre, claro está, que se dejaran a un lado el hecho de que Gamini seguía a nueve mil kilómetros de él y el de que su padre bien podía hallarse a una distancia similar. Por otro lado, la situación había vuelto a caldearse en Iraq, en donde un contingente de musculosos matones cristianos armados de fusiles de asalto custodiaba una de las cabezas de un puente a fin de impedir que lo cruzasen los islamistas, en tanto que la otra estaba guardada por mahometanos radicales no menos fornidos ni peor pertrechados que no estaban dispuestos a permitir que los cristianos contaminaran su margen del río.

Estaban sucediendo muchas otras cosas como ésta, aunque ninguna, claro, contribuía al estado de felicidad provisional en que se encontraba el joven. No faltaban, sin embargo, las que sí. Así, por ejemplo, la asignatura de Astronomía 101 no sólo le estaba resultando amena, sino que le iba a pedir de boca en el plano académico. Cuando el profesor preguntaba en clase, jamás bajaba del notable alto, y a juzgar por los halagos que recibían sus preguntas y comentarios, la estimación que le tenía el doctor Vorhulst merecía una calificación aún mayor. Había que reconocer que éste encontraba siempre un modo de alabar a casi todos los demás alumnos de la clase, aunque Ranjit tenía claro que tal cosa no se debía a que fuese un educador indulgente o desidioso, sino, más bien, a que entre los matriculados no había uno solo a quien no fascinase la idea de ver, en algún momento, sea donde fuere, a un ser humano salir a explorar alguno de aquellos mundos extraordinarios. Tras obtener su tercer diez en clase, Ranjit pensó, por vez primera, que quizá poseía los elementos necesarios para convertirse en el género de estudiante capaz de enorgullecer a su padre.

En consecuencia, y a modo de experimento, trató de tomarse un tanto más en serio el resto de las disciplinas. Y así, repasó la bibliografía complementaria que les había proporcionado el profesor de filosofía y eligió un libro que, cuando menos, tenía un título interesante. Sin embargo, el *Leviatán*, la gran obra de Thomas Hobbes, dejó de resultarle tan atractivo no bien comenzó a leerlo. ¿Sostenía que el intelecto humano era comparable a una máquina? Ranjit no lo tenía muy claro, ni tampoco lograba entender, por ejemplo, la diferencia entre el *meritum congrui* y el *meritum condigni.* Asimismo, si bien estaba convencido de saber lo que quería decir Hobbes al ensalzar el «Estado cristiano» en cuanto la forma de gobierno más elevada posible, era evidente que semejante idea no podía resultar cautivadora al hijo porfiadamente agnóstico del superior de un templo hindú. En realidad, no había en su obra nada que pareciese pertinente a la vida de nadie que él conociera. Abatido, devolvió el libro a la biblioteca y se dirigió a su habitación sin más pretensiones que la de poder disfrutar de una hora de sueño.

Allí lo esperaban dos cartas. Una de ellas iba en un sobre de tacto sedoso que llevaba estampado el sello de oro de la universidad, y pensó que debía de ser una notificación remitida por los encargados de los asuntos financieros de los estudiantes a fin de informarlo de que su padre le había abonado un trimestre más de residencia. Pero la otra procedía de Londres, y por lo tanto era de Gamini; así que Ranjit no dudó en abrirla de inmediato.

Sin embargo, si esperaba que el hecho de tener noticias de su amigo iba a alegrarle aquel día poco satisfactorio, estaba abocado a una nueva decepción. La carta era breve, y en ella, Gamini no decía en ningún momento estar echándolo de menos. Sobre todo, hablaba de la representación de una de las comedias menos divertidas de Shakespeare a la que había asistido en un teatro llamado el Barbican. Por un motivo u otro, el director había vestido a todo el elenco de un blanco de lo más anodino, de tal manera que Madge y él habían pasado buena parte de la obra sin poder decir quién estaba hablando en cada momento.

Mientras se disponía a abrir el sobre de la universidad reparó en que aquélla era la tercera, acaso la cuarta vez que su amigo mencionaba a aquella tal Madge, y estaba planteándose las

implicaciones que podía tener este hecho cuando, tras extraer el contenido, escrito en una hoja del mismo papel sedoso, apartó de su cabeza por entero la posible debilidad de Gamini. La nota llevaba el membrete del decano de estudiantes, y decía:

> Tenga a bien apersonarse en el despacho del decano a las 14.00 del martes próximo. Se han formulado contra usted acusaciones de haber hecho, durante el pasado curso, uso ilegítimo de la contraseña informática de uno de los integrantes del claustro, y por consiguiente, se le recomienda encarecidamente que lleve consigo cualquier documento u otro material que considere relevante respecto al particular.

Y lo firmaba el decano en persona. A juzgar por la placa que llevaba inscrito su nombre, la mujer que ocupaba la mesa de la antesala de éste era de origen tamil, lo que resultaba alentador. Sin embargo, debía de tener la misma edad que su padre.

—Lo están esperando —le comunicó mientras le lanzaba una mirada fría—. Vaya directo al despacho privado del decano.

Ranjit no había tenido nunca, hasta entonces, la ocasión de visitar a quien ocupaba aquel cargo, si bien no ignoraba qué aspecto tenía, dado que la nómina de profesores de la página electrónica de la universidad ofrecía una foto de cada uno de ellos, y no le cabía la menor duda de que no era el señor de edad avanzada que leía el periódico sentado ante aquel colosal escritorio de caoba. Sea como fuere, aquel hombre dejó el diario y se puso de pie, no con una sonrisa en los labios, pero sí, sin lugar a dudas, sin el gesto de censor catoniano que Ranjit había esperado encontrar en su rostro.

—Entre, señor Subramanian —lo llamó—, y siéntese. Soy el doctor Denzel Davoodbhoy, jefe del Departamento de Matemáticas, y dado que todo apunta a que mi disciplina representa un papel importante en este asunto, el decano me ha pedido que sea yo quien tenga con usted esta entrevista de su parte.

Aquello no era ninguna pregunta, y como Ranjit no tenía la menor idea de cuál podía ser la respuesta más adecuada, se limitó a mirar de hito en hito al matemático con una expresión que, según esperaba, manifestaba una gran preocupación aunque no revelaba admisión

alguna de culpa. Al doctor Davoodbhoy pareció no importarle.

—En primer lugar —declaró—, hay un par de preguntas formales que debo formularle. ¿Se ha servido usted de la contraseña del doctor Dabare para obtener un dinero al que de otro modo no habría tenido acceso?

—¡Por supuesto que no, señor!

—¿Acaso para modificar sus calificaciones?

Esta vez, el interpelado no pudo por menos de ofenderse.

—¿Cómo que...? Quiero decir: no, señor. Jamás se me habría ocurrido hacer algo así.

El inquisidor dio a entender, inclinando la cabeza, que había esperado ambas respuestas.

—Creo que puedo revelarle que no se ha presentado prueba alguna en apoyo de ninguno de estos dos cargos. Por último, dígame exactamente cómo obtuvo la clave.

Ranjit no veía ningún motivo para ocultar cualquier detalle. En consecuencia, y con la esperanza de no estar equivocándose, lo reveló todo, desde el momento en que supo que el profesor iba a ausentarse del país durante un tiempo considerable hasta el instante en que regresó al ordenador de la universidad y se encontró con que lo aguardaba la solución en la pantalla. Cuando hubo acabado, Davoodbhoy lo observó en silencio antes de comunicarle:

—¿Sabe, Subramanian? No le costaría ganarse la vida trabajando en el ámbito de la criptografía; al menos, le luciría mejor el pelo que si malgasta su existencia tratando de demostrar el último teorema de Fermat.

Miró al joven como si esperase una respuesta, y al ver que Ranjit optaba por no concederle ninguna, añadió:

—No es el único, ¿sabe? Cuando yo tenía su edad, también me sentí fascinado, como cualquier otro estudiante de matemáticas del planeta, por ese enigma. Resulta apasionante, ¿verdad? Sin embargo, con los años renuncié a ello, ya que... Lo sabe, ¿no es así? Es muy probable que Fermat no tuviese, en realidad, la prueba que decía haber encontrado.

Ranjit no estaba dispuesto a verse hostigado, así que se mantuvo atento con gesto cortés y la boca cerrada.

—Lo que quiero decir —prosiguió el veterano— es que, tal como

debe usted de saber, Fermat pasó buena parte de su tiempo, hasta el día mismo de su muerte, tratando de demostrar que el teorema también era válido para exponentes de la tercera, la cuarta y la quinta potencias. Párese a pensar en ello. ¿Tiene algún sentido hacer una cosa así? Es decir: si ya tenía una prueba general de que la regla era aplicable a todos los exponentes mayores de dos, ¿para qué iba a molestarse en demostrar unos cuantos ejemplos aislados?

Ranjit apretó los dientes. Él también se había preguntado lo mismo no pocas veces mientras consagraba largas noches y días de frustración a aquel asunto, y no había dado con una respuesta satisfactoria. Aun así, dio a Davoodbhoy la que había empleado para intentar contentarse a sí mismo:

—¿Quién sabe? ¿Qué probabilidades hay de que alguien como usted o como yo acierte a comprender por qué tomaba tal dirección o tal otra, según su antojo, un cerebro como el de Fermat?

El matemático lo miró con un semblante que expresaba tanto tolerancia como, en cierto grado, respeto.

—Permita —dijo al fin con un suspiro al tiempo que extendía las manos— que le exponga una tesis diferente de lo que debió de ocurrir en realidad, Subramanian. Supongamos que en... en 1637, ¿no? Supongamos que Fermat acabó de completar lo que él tenía por una demostración. Imaginemos que aquella misma noche, mientras leía en su biblioteca a fin de conciliar el sueño, no pudo evitar, en un arranque de euforia, hacer aquella anotación apresurada en el libro que tenía en la mano.

Llegado a este punto, se detuvo y miró al estudiante con un gesto que sólo podía calificarse de socarrón. Aun así, cuando retomó el hilo de su discurso, adoptó un tono que habría podido resultar igual de apropiado ante un colega respetado que ante un graduando que sabe que va a recibir una reprimenda.

—Supongamos que, un tiempo después, revisa su demostración a fin de comprobar que es correcta y topa con un error garrafal. No habría sido la primera vez, ¿no es verdad? Con anterioridad ya había reconocido la incorrección de algunas de sus «demostraciones». —Davoodbhoy demostró no poca indulgencia al añadir sin esperar respuesta alguna de Ranjit—: En consecuencia, se afanó por enmendar aquel desacierto por todos los medios; pero, por desgracia, no lo

consiguió. Entonces, con la esperanza de rescatar cuanto le fuese posible de su error, se propuso la labor, menos ambiciosa, de probar lo acertado de su argumento para un caso más sencillo, como *p* igual a tres, y lo logró, y también tuvo éxito con el de *p* igual a cuatro. Jamás llegó a dar con la solución en el de *p* igual a cinco, aunque estaba convencido de que debía de existir. Y también aquí estaba en lo cierto, por cuanto llegó a demostrarse tras su muerte. Durante todo aquel tiempo, la anotación que había hecho en una de las páginas de su Diofanto dormía en uno de los anaqueles de su biblioteca. Si en algún momento llegó a acordarse de ella, tal vez se le pasó por la cabeza que debía borrarla por errónea; pero al fin y al cabo, ¿qué probabilidades había de que nadie fuese a dar con ella? Luego, cuando murió, alguien la vio mientras hojeaba sus volúmenes... sin saber que aquel gran hombre había cambiado de opinión.

—Sin duda —contestó Ranjit sin mudar su expresión— se trata de una teoría muy sensata, aunque no creo que fuese eso lo que ocurrió en verdad.

Davoodbhoy soltó una carcajada.

—Está bien, Subramanian. Dejémoslo ahí. Y no vuelva a hacer nada parecido. —Entonces, echando un vistazo a los documentos que tenía ante sí, cerró la carpeta que los contenía y anunció—: Ahora, puede volver a sus clases.

—Sí, señor. —El muchacho vaciló unos instantes tras recoger su mochila, y al fin preguntó—: ¿No me van a expulsar?

—¿Expulsarle? —replicó el matemático con aire sorprendido—. No, no: nada de eso. Ésta ha sido su primera falta, y por lo general no se echa a nadie si no ha cometido un delito muchísimo más grave que robar una contraseña. Además, el decano ha recibido varias cartas de apoyo entusiasta en extremo en su favor. —Dicho esto, volvió a abrir el expediente de Ranjit para hojearlo—. Sí, aquí están. Una es de su padre, quien asegura estar convencido de que, en general, es usted un joven de buena condición. No hace falta que le diga que, de suyo, la opinión que tenga una persona de su hijo cuando éste es único no constituye un testimonio de peso; pero lo cierto es que a ella hay que sumar esta otra, tan elogiosa como la de su padre, aunque procedente de alguien que, pese a no hallarse ligado a usted, en mi opinión, por un lazo tan estrecho, posee una gran importancia en el seno de esta

institución. De hecho, no es otro que el abogado de la universidad: Dhatusena Bandara.

Ranjit quedó así con otro misterio sobre el que meditar. ¿Quién podía haber sospechado que el padre de Gamini iba a esforzarse por salvar al amigo de su hijo?

CAPÍTULO VII

En camino

El año escolar se arrastraba lento hacia su final, y aunque si bien tomaba una velocidad asombrosa durante los períodos, demasiado breves, en que Ranjit se encontraba en clase de astronomía, el resto de las horas de la semana parecía no tener la menor prisa por transcurrir.

En determinado momento, albergó esperanzas de contar aún con un instante prometedor, muy prometedor. Recordando la conferencia en la que se había hablado de lo que llamaron el *plan hidrosolar* para el mar Muerto de Israel, volvió a asistir a otra de las de aquel ciclo. Aun así, el ponente había centrado la atención en la creciente salinidad de una serie nada desdeñable de pozos costeros de todo el mundo, y en la circunstancia de que algunos de los grandes ríos del planeta habían dejado de desembocar en el mar, en ningún mar, porque se hallaban secos a causa de los regadíos y las cisternas de los inodoros de las ciudades, así como, sobre todo, del césped de los jardines de entrada a las casas urbanas. Ranjit no necesitó mayor motivo para dejar de acudir.

Incluso llegó a acariciar la idea de tomarse en serio sus estudios, o al menos fingir que se los tomaba en serio. Podía entenderlos, por ejemplo, como un juego, uno que no le iba a costar mucho ganar. No cabía decir, por supuesto, que sintiese nada semejante a la sed insaciable de conocimientos que había caracterizado su dedicación al teorema de Fermat. Lo único que tenía que hacer era imaginar qué preguntas era probable que formulase cada uno de sus profesores en los diversos exámenes y buscar las respuestas. Y si bien es cierto que no siempre acertaba, también lo es que no lo necesitaba para obtener un simple suficiente.

Huelga decir que nada de lo dicho era aplicable a Astronomía 101. El doctor Vorhulst seguía ingeniándoselas para convertir cada sesión en una delicia. Fue eso precisamente lo que ocurrió cuando hablaron de la ingeniería planetaria como disciplina dedicada a modificar la superficie de un astro con el propósito de hacerlo habitable al ser humano, y cuando se planteó la pregunta de cómo trasladarse a él para llevar a cabo tal cometido. Ranjit pensó enseguida en cohetes espaciales. Ya tenía la mano medio alzada a fin de responder cuando el profesor lo hizo desistir al suponer:

—Vais a contestar: «Con cohetes espaciales». ¿No es así? —Lo dijo dirigiéndose al común de la clase y, en particular, a la docena aproximada que, como Ranjit, habían levantado la mano—. Bien: vamos a dedicar unos segundos a pensar en ello. Imaginemos que queremos empezar a transformar Marte, y para ello no disponemos más que de una cantidad mínima de maquinaria pesada destinada a remover tierra. Una retroexcavadora enorme, por ejemplo, una pala niveladora, un par de volquetes medianos... Y claro, suficiente combustible para tenerlos en marcha durante... digamos seis meses, que podría ser el tiempo necesario para empezar con la tarea.

Llegado a este punto, se interrumpió al ver que en la segunda fila acababa de asomar una mano.

—¿Sí, Janaka?

El alumno en cuestión se levantó de un salto.

—Pero, señor Vorhulst, ¡si ya hay un proyecto entero destinado a fabricar carburante a partir de los recursos que existen en Marte!

—Tienes toda la razón, Janaka —respondió, sonriente, el profesor—. Si, por ejemplo, hay de veras una cantidad considerable de metano bajo la capa de hielo permanente que recubre la superficie de Marte, tal como piensan muchos, podríamos obtener energía de él... siempre que encontrásemos oxígeno con el que quemarlo. Por supuesto, para hacerlo, haría falta contar con más maquinaria pesada, que necesitaría disponer también de suficiente combustible hasta que estén en marcha las plantas de extracción. —Y adoptando un gesto amable, concluyó—: Quiero decir con esto, Janaka, que si quisieses comenzar en el futuro cualquier plan de modificación planetaria, lo más seguro es que quisieras llevar contigo el combustible. Veamos. —Y volviéndose hacia la pizarra, comenzó a escribir—. Pongamos que podemos empezar

con seis u ocho toneladas. Las máquinas destinadas a remover la tierra... ¿cuánto podrían pesar? ¿Veinte o treinta toneladas? Para transportar a Marte todas esas toneladas de cargamento, veintiocho como mínimo, desde la órbita terrestre baja, u OTB, tendremos que recurrir a algún género de nave espacial. No sé lo que podrá pesar una cosa así; pero vamos a suponer que oscila entre las cincuenta y las sesenta toneladas, a lo que hay que sumar el combustible que necesitará para propulsarse. —Dio un paso atrás para observar las cifras que había ido anotando y arrugó el entrecejo—. Me temo que tenemos un problema —anunció a los alumnos mirando a la clase por sobre su hombro—. Todo eso no va a partir de la OTB, ¿verdad? Antes de que pueda poner rumbo a Marte, tendremos que llevar allí la nave. Y me da la impresión de que no va a ser barato.

Se detuvo y miró a la clase, que lo observaba con gesto compungido. Aguardó a que alguno de los estudiantes se pusiera a la altura de las circunstancias, cosa que hizo, al cabo, una de las chicas.

—Porque tendría que salir del campo gravitacional de la Tierra; ¿no es así, señor Vorhulst?

—¡Exacto, Roshini! —respondió él sonriendo de oreja a oreja, mientras reparaba en que el piloto que indicaba la duración de la clase se había puesto de color ámbar—. Como podéis comprobar, ese primer paso ya constituye un obstáculo de tomo y lomo. ¿Hay algo que podamos hacer para volverlo un tanto más sencillo? Trataremos de averiguarlo en la próxima clase. Aun así, si alguno de vosotros es incapaz de esperar hasta entonces, que sepa que para eso están los buscadores de la red.

Y cuando se disponían a levantarse, añadió:

—¡Ah! Otra cosa: estáis todos invitados a la fiesta de fin de curso que voy a celebrar en casa. Venid vestidos como venís a clase, y no traigáis más regalo que vuestra asistencia. Pero no faltéis, por favor, si no queréis dar un disgusto a mi madre.

* * *

Una de las cosas que más gustaban a Ranjit del profesor de astronomía (aparte de alegrías tan inesperadas como una fiesta de fin de curso) era que no dedicaba demasiado tiempo a la práctica normal de la docencia.

Cuando, al final de cada clase, informaba a los alumnos de cuál iba a ser el contenido de la siguiente, sabía perfectamente que el centenar de apasionados cadetes espaciales que tenía por alumnos iba a buscar el material necesario mucho antes de que comenzase la sesión. (Los pocos estudiantes que se habían matriculado en el curso sin tamaña motivación, llevados de la incierta esperanza de que se tratara de un coladero en el que no iba a ser difícil obtener un sobresaliente, no habían tardado en abandonar la asignatura o quedar contagiados del entusiasmo de sus compañeros.) Así, el doctor Vorhulst podía jugar siempre con aquella clase siguiente.

En aquella ocasión, sin embargo, a Ranjit no le fue posible consagrarse de inmediato a la búsqueda por los diversos portales electrónicos, pues tenía otros menesteres. El primero era la hora y media, tediosa hasta extremos casi criminales, de filosofía. Luego, debía engullir a la carrera un detestable bocadillo y el cartón de cualquier variedad anónima de zumo tibio que constituían su almuerzo a fin de coger a tiempo el autobús de las dos y llegar a la biblioteca.

No obstante, en la puerta misma del comedor se encontró con el alumno que ocupaba el asiento contiguo al suyo en Astronomía 101. Estaba charlando con otros compañeros de clase, y tenía noticias para él.

—¿No te has enterado de lo que ha prometido el doctor Vorhulst para el próximo día? Ahora mismo se lo estaba diciendo a ellos. Conoces el proyecto Artsutanov, ¿verdad? Bien, pues, según Vorhulst, ¡puede que lo construyan aquí mismo, en Sri Lanka! El Banco Mundial acaba de anunciar que ha recibido una solicitud de financiación de cierto estudio centrado en la creación de una terminal ceilanesa.

Ranjit estaba justo abriendo la boca para preguntar qué quería decir todo eso cuando se interpuso uno de los otros.

—Pero tú dices que igual no pasa nada de eso, Jude.

El muchacho se abatió de súbito.

—Sí —reconoció—: son los dichosos estadounidenses, los dichosos rusos y los chinos del demonio los que tienen todo el poder… y también todo el dinero. Lo más seguro es que detengan el proyecto, porque una vez que haya en funcionamiento un ascensor espacial de los ideados por Artsutanov, hasta el país más insignificante del mundo podrá contar con su propio programa espacial. ¡El nuestro mismo, ya puestos!

Adiós a su monopolio. ¿Tú qué piensas?

A Ranjit lo salvó de la vergüenza de tener que admitir que no tenía respuesta para aquello (ya que, de hecho, ni siquiera se había enterado de cuanto estaba exponiendo Jude) el que los cingaleses no vieran la hora de ir a comer. Más tarde, en la biblioteca, mientras navegaba por la red, se consagró a empaparse de información con todas las velas desplegadas. Cuanto más aprendía, tanto más compartía la excitación de su amigo. ¿Difícil, trasladarse de la superficie de la Tierra a la órbita terrestre baja? ¡Con un montacargas Artsutanov no constituía problema alguno!

Cierto era que los estudios de viabilidad no hacían pensar, precisamente, en que pudiese disponerse en breve de nada semejante a un vehículo en el que pudiera uno meterse de un salto a fin de transportarse a gran velocidad a la OTB, ni de los millones de litros de líquido propulsor explosivo necesarios; pero lo importante era que podía ocurrir; que tal vez fuera a ocurrir, más tarde o más temprano, y entonces incluso Ranjit Subramanian podría convertirse en uno de los afortunados que viajarían alrededor de la Luna y por entre los satélites de Júpiter, y acaso llegarían a caminar por los desiertos, áridos en extremo, de la faz de Marte. Al decir de las páginas electrónicas que había visitado, Konstantín Tsiolkovski, el primer teórico ruso que puso la atención sobre los viajes espaciales, concibió por vez primera semejante idea en 1895 mientras observaba la torre Eiffel de París. En aquel momento, se le ocurrió que la construcción de una estructura similar de dimensiones colosales provista de un ascensor podía servir para hacer ascender una nave hasta el extremo superior antes de dejarla vagar por las alturas.

Sin embargo, en 1960, el ingeniero Yuri Artsutanov, nacido en Leningrado, se dio cuenta de inmediato, tras leer el libro de Tsiolkovski, de que su plan no podía funcionar debido a una circunstancia que ya habían descubierto los antiguos egipcios, y varios miles de años después, en el otro extremo del mundo, los mayas: que la altura de una torre o una pirámide estaba limitada por un elemento concreto: la compresión.

En una estructura de compresión, es decir, construida desde el suelo hacia lo alto, cada uno de los niveles que la componen debe soportar el peso de todos los que tiene por encima. Para alcanzar la

órbita terrestre baja iban a ser necesarios cientos de kilómetros de pisos, y no cabía imaginar material estructural alguno capaz de resistir tamaño peso sin desmoronarse. Artsutanov tuvo la genial idea de proponer, después de darse cuenta de que la de compresión no era sino una de las formas posibles de construir una estructura, la tensión como una alternativa también viable.

Una estructura fundada en la tensión (conformada por cables unidos a un cuerpo en órbita, por ejemplo) consumía una opción elegante desde el punto de vista teórico, aunque casi inalcanzable si se consideraba desde el de un ingeniero que, para fabricarla, no disponía más que de los materiales existentes a mediados del siglo XX. Aun así, según su argumentación, nadie podía asegurar que décadas más tarde no fuera a ser posible crear cables capaces de acometer tal desafío.

Cuando al fin se fue a acostar aquella noche, Ranjit llevaba impresa en el rostro una sonrisa que no perdió ni siquiera durante el sueño, por cuanto, después de mucho tiempo, había encontrado un motivo verdadero por el que valía la pena sonreír.

* * *

Aún tenía el mismo gesto a la mañana siguiente, durante el desayuno, y no veía la hora (y eso que aún quedaban casi ciento cuarenta) de comenzar la siguiente clase de Astronomía 101. No le cabía la menor duda de que aquella asignatura constituía el punto más brillante de su año académico...

¿Y por qué no cambiar, en consecuencia, las matemáticas por la astronomía como asignatura principal? Dejó de masticar a fin de pensar en ello, aunque no llegó a ninguna conclusión satisfactoria: dentro de su cabeza había algo que le impedía renunciar a aquélla. Con razón o sin ella, tenía el íntimo convencimiento de que tal cosa equivaldría a abandonar el teorema de Fermat. Por otra parte, no dejaba de ser extraño, tal como le había hecho ver su orientadora académica durante la única sesión que él se había dignado concederle, que un futuro licenciado en matemáticas no estuviese matriculado en ningún curso de dicha materia. Con todo, sabía cómo resolverlo, y tenía toda una mañana libre para hacerlo. Así que, no bien estuvo en su despacho la orientadora, se presentó ante ella para esclarecer su situación, y al

mediodía se hallaba ya matriculado, de forma tardía, en un curso de fundamentos de estadística. ¿Por qué de estadística? Pues porque, al fin y al cabo, no dejaba de formar parte de las matemáticas. Y ¿no iba a suponer un problema integrarse estando tan avanzado el año académico? Ninguno, según aseguró a la orientadora: no había curso de matemáticas con el que él no fuese capaz de hacerse al instante. En consecuencia, llegada la hora de comer, había solventado cuando menos uno de sus problemas, por más que ni siquiera lo hubiese considerado lo suficientemente importante para afanarse demasiado en hacerle frente. De cualquier modo, se lanzó a dar cuenta de su almuerzo con gran júbilo.

Y fue entonces cuando comenzaron a torcerse las cosas. Algún memo había dejado las noticias de la radio a todo volumen en lugar del murmullo de música que soportaban voluntariosos los estudiantes durante la comida, y todo apuntaba, además, a que nadie sabía cómo apagar el aparato. Era, claro, inevitable que los principales sucesos de aquel día perteneciesen, precisamente, al género de historias con las que Ranjit no quería perder el tiempo, por cuanto eran las habituales del panorama mundial.

Sea como fuere, ya que las estaba oyendo, se dispuso, obediente, a escucharlas. Tal como cabía predecir, eran poco halagüeñas: el planeta seguía ardiendo en guerras menores, y aún quedaban, como siempre, conflictos por desatarse. Las nuevas se centraron entonces en asuntos locales de Colombo, que no lograron interesar en demasía al joven hasta que captó su atención una palabra, que no era otra que «Trincomali».

En aquel instante, volcó en la noticia toda su curiosidad. Al parecer, habían detenido a un hombre de su ciudad natal por no haber cedido el paso con su vieja furgoneta a un coche policial que circulaba con la sirena activada (aunque, en realidad, había resultado que los agentes que lo ocupaban se dirigían al lugar en que tenían planeado comer). La policía, como era de esperar, echó un vistazo al vehículo al que acababa de detener, y dio en su interior con un cargamento de tostadoras, licuadoras y otros electrodomésticos de escaso porte, sin que el conductor fuese capaz de ofrecer una explicación admisible de cómo los había conseguido.

Ranjit quedó inmóvil, con la cuchara a medio camino entre el plato de arroz y su boca, al oír al locutor anunciar la identidad del

sospechoso: Kirthis Kanakaratnam. El dato lo dejó peor de lo que estaba, pues aunque le sonaba vagamente el nombre, no conseguía ubicarlo. ¿Alguien de la escuela; del templo de su padre, quizá...? Podría haber sido de cualquier sitio, pero, por más que lo intentara, no lograba ponerle cara. Más tarde, mucho después de almorzar y cuando se hallaba a un paso de darse por vencido, la radio informó de que el sospechoso había dejado atrás a su esposa y cuatro niños pequeños. Y aunque Ranjit trató de convencerse de que aquello no era asunto de su incumbencia, tampoco podía asegurarlo del todo, puesto que no sabía con seguridad quién era aquel tal Kirthis Kanakaratnam, que no era conocido suyo.

Aquél fue el motivo que lo llevó a llamar a la policía, marcando el número de la comisaría central desde un teléfono situado en cierta zona del campus que raras veces visitaba. Lo atendió la voz de una mujer que no daba la sensación de ser joven ni de estar muy acostumbrada a ofrecer información. ¿Un detenido llamado Kirthis Kanakaratnam? Sí, tal vez: había un buen número de personas encerradas en una u otra de las prisiones de Colombo, y no siempre daban sus nombres verdaderos. ¿Sabía algo más acerca de él? El nombre de algún cómplice, por ejemplo... ¿Era familia suya? ¿Tal vez socio suyo en algún género de empresa? O...

El joven colgó con discreción y se alejó de aquel lugar. No es que creyera que existiese una probabilidad demasiado alta de que fuera a perseguirlo por los pasillos una brigada de la policía de Colombo; pero tampoco podía estar completamente seguro de que no hubiese una en los alrededores, y no estimaba prudente quedarse allí para averiguarlo.

* * *

Cuando Ranjit regresó a su habitación aquella noche, encontró lo que más podía alegrarlo después del mismísimo Gamini en persona: un mensaje de correo electrónico procedente de Londres. También había una nota que le indicaba que lo había llamado su padre y deseaba que le devolviese la llamada cuando llegara. La noticia, a su vez, era excelente, porque quería decir que el viejo estaba dispuesto a hablar con él, y sin embargo, fue la carta de su amigo lo primero a lo que prestó atención.

Todo apuntaba a que Gamini se lo estaba pasando en grande en la capital de Inglaterra. La víspera había ido andando al campus del University College porque Madge quería ir a ver a cierta persona. Y había que reconocer que la experiencia había sido interesante… siempre y cuando, claro está, a uno le haga gracia ver cadáveres, por acartonados que estuviesen; porque lo que había expuesto allí no era otra cosa que el cuerpo, mitad embalsamado y mitad de cera, de Jeremy Bentham, filósofo utilitarista fallecido dos siglos antes. Aunque, al decir de Gamini, el pensador se hallaba siempre allí, por lo común estaba encerrado en la vitrina de madera que constituía lo que él había llamado su «autoicono». Cierto adjunto de la escuela universitaria la había abierto como favor especial para Madge, de quien estaba perdidamente enamorado. Bentham, según exponía Gamini, había sido un pensador de veras adelantado de principios del siglo XIX que había llegado a firmar un sesudo argumento en favor de hacer extensiva la tolerancia (cierta tolerancia, todo sea dicho) a los homosexuales. Sin embargo, dado que su carácter revolucionario no iba en menoscabo de su cautela, en lugar de publicar el escrito había optado por guardarlo bajo llave; y así permaneció durante un siglo y medio, hasta que, por fin, alguien lo había dado a la imprenta en 1978.

A esas alturas, Ranjit estaba empezando a cansarse de Jeremy Bentham y a preguntarse por qué le contaba Gamini todo aquello. ¿Tal vez por ser aquél uno de los primeros personajes de relieve que había escrito con cierta comprensión acerca de los homosexuales? Y de ser así, ¿qué quería hacer ver a Ranjit al respecto? Sin duda no era que ninguno de ellos dos se reputara por tal, porque no era el caso.

Viendo que no le resultaba agradable meditar sobre el asunto en particular, optó por seguir leyendo, aunque, en realidad, no quedaba gran cosa de la carta. Había ido con un grupo de sus compañeros, entre quienes debía de figurar (Gamini no la mencionaba, aunque Ranjit habría estado dispuesto a apostar una suma elevada al respecto) esa tal Madge, a visitar Stratford-upon-Avon, y por fin, a punto de acabar y después de un breve añadido de última hora, llegó el momento de la gran noticia:

> Por cierto —decía—: tengo que asistir a algún que otro curso de verano, pero mi padre quiere que vuelva a casa unos días para ver

a mi abuela antes de que nos deje, porque parece que no anda bien de salud. Así que estaré unos días en Lanka. ¿Dónde vas a estar tú? No sé si tendré tiempo de ir a Trinco, aunque quizá podamos vernos en otro lugar.

¡Esa sí que era una buena noticia! Aun así, hubo de moderar su exultación ante la necesidad de devolver la llamada a su padre.

Éste cogió el teléfono a la primera, y respondió con voz jovial, afectuosa y satisfecha:

—¡Ranjit, hijo! ¿Por qué ocultas información a tu padre? ¡No me habías dicho que Gamini Bandara se había ido a Inglaterra!

Aunque no había nadie presente, el joven puso los ojos en blanco. Si había omitido el dato, había sido sólo porque estaba convencido de que sus observadores se habían asegurado de hacérselo llegar. Lo que sí lo había sorprendido fue que hubiera tardado tanto en saberlo. Ranjit sopesó unos instantes la conveniencia de anunciarle que su amigo iba a volver, si bien durante un breve período, al país, y al final, tras decidir que lo mejor era dejar la labor de información al personal de la residencia, repuso con cautela:

—Sí: se ha ido a estudiar a la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres. Su padre opina que es la mejor del mundo, creo.

—Sí que lo es —convino el sacerdote—. Al menos, para cierta clase de estudios. Sé que debes de echarlo de menos, Ranjit; pero también tengo que confesar que a mí me ha quitado un peso de encima, porque a nadie le va a preocupar que tengas lazos tan estrechos con un muchacho cingalés habiendo un océano o dos de por medio.

Al no saber qué responder a ello, el joven tuvo la sensatez de permanecer callado.

—El caso —prosiguió su padre— es que te he echado mucho en falta, Ranjit. ¿Sabrás perdonarme?

Él no tuvo que pensar la respuesta.

—Te quiero, papá —dijo al punto—. No hay nada que perdonar: entiendo que tuvieses que actuar así.

—En ese caso, ¿vas a venir a Trinco a pasar las vacaciones de verano?

Ranjit le aseguró que estaba deseándolo, aunque comenzaba a sentirse incómodo por el cariz delicado que estaba tomando la

conversación. Por consiguiente, no pudo por menos de alegrarse al recordar una duda que su padre tal vez podía despejar:

—Papá, han detenido en Colombo a un hombre de Trinco, un tal Kirthis Kanakaratnam, y tengo la sensación de conocerlo de algo. ¿Sabes quién es?

Ganesh Subramanian dejó escapar un hondo suspiro, si bien su hijo fue incapaz de determinar si le había resultado alarmante la pregunta o era simplemente que, como a él, lo aliviaba el haber cambiado de asunto.

—Claro que sí. ¿No te acuerdas de Kirthis, Ranjit? El inquilino aquel que tenía tantos hijos pequeños, y una mujer algo delicada de salud... Normalmente trabajaba de conductor de autobús para uno de los hoteles de la playa, y su padre hacía chapuzas en el templo antes de morir...

—¡Ya me acuerdo!

No mentía: era un hombre menudo y tan oscuro de piel como él mismo, y había ocupado, junto con toda su familia, la casa diminuta que había en uno de los confines de la propiedad de Ganesh Subramanian: un edificio en el que el más optimista no habría podido contar más de tres habitaciones en total (para dos adultos y cuatro renacuajos) ni dar con instalación alguna de fontanería. A su memoria acudió con claridad la imagen de la madre lavando la ropa de los hijos en un barreño metálico gigantesco con aire abatido... y la de las criaturas que gimoteaban a su alrededor, ensuciándose y ensuciando cuanto llevaban puesto.

Después de colgar, Ranjit se preparó para irse a dormir, reconciliado al fin con el mundo. Todo parecía ir a pedir de boca: había hecho las paces con su padre; iba a ver a Gamini, aunque fuese brevemente, y además, había resuelto el misterio de la identidad de aquel tal Kirthis Kanakaratnam, de quien jamás iba a tener que preocuparse en el futuro. O al menos, eso pensaba.

* * *

La de estadística no era una asignatura tan aburrida como él había temido, aunque había que admitir que tampoco era muy divertida. Mucho antes de entrar en clase, ya sabía bastante bien cuál era la

diferencia entre *promedio, mediana* y *moda,* y conocía la definición de *desviación típica.* Además, no tardó mucho en aprender a dibujar toda suerte de histogramas a petición de la profesora, quien, sorprendentemente, resultó tener cierto sentido del humor. De hecho, cuando no estaba exponiendo al alumnado lo que eran un diagrama de tallo y hojas o cualquier otro modo de representación estadística, podía llegar a ser (en ocasiones, eso sí) casi tan amena como el mismísimo Joris Vorhulst.

No; mejor pensado, no. Eso era decir demasiado, pues pese a ser una persona bastante agradable, no disponía en sus clases de material alguno que pudiera compararse con el de Astronomía 101. Para llegar a semejante conclusión, sólo tenía que pensar en el ascensor espacial y las maravillas relacionadas con él.

* * *

Y tan fantástico artilugio era sólo una de las posibilidades. En cierta ocasión, uno de los alumnos quiso saber si no sería más recomendable algo semejante al acelerador de Lofstrom. Éste hacía innecesario el requisito de poner en órbita un satélite gigantesco, por cuanto quedaba instalado sobre la faz de la Tierra, desde donde lanzaba al cielo las cápsulas espaciales.

No obstante, el doctor Vorhulst puso coto a las conjeturas de sus alumnos.

—¿Y la fricción? No lo olvidéis. Tened presente lo que supuso para un buen número de las naves espaciales primitivas el hecho de volver a entrar en la atmósfera terrestre. De emplear un acelerador de Lofstrom, sería necesario hacer que la cápsula alcanzase la velocidad de escape de once kilómetros por segundo de la que hablamos el otro día antes de soltarla, y la fricción del aire la calcinaría.

Se detuvo y dejó vagar la mirada por entre los alumnos, con la expresión amable de siempre, aunque con cierto brillo que hizo a Ranjit esperar la llegada de una nueva sorpresa.

—En fin —añadió en tono sociable—; ¿ha pensado alguno de los aspirantes a astronauta qué clase de propulsión va a llevar su nave?

Ranjit no había pensado en nada más complejo que la combinación clásica de combustible y oxidante, y sin embargo, prefirió mantener la

boca cerrada, sabedor, por el simple hecho de haber sido él mismo quien había planteado la pregunta, de que el profesor ya tenía la respuesta en la cabeza. Su compañero, pese a ser también consciente de esto, reaccionó de un modo distinto.

—No está usted pensando —dijo alzando la mano— en un cohete químico, ¿verdad, señor Vorhulst? ¿De qué se trata, entonces?; ¿de uno impelido por energía nuclear, tal vez?

—Buen intento —respondió el profesor—, aunque no creo que ésa sea la mejor opción. Al menos, lo que tengo en la mente no es el género de energía nuclear que tú te imaginas. Ya sé que hay quien ha diseñado cohetes impulsados por bombas atómicas destinadas a estallar en sucesión, y podemos hablar de ellos, si quieres; pero creo que para ir de la órbita terrestre baja a Marte existen dos posibilidades mucho mejores. Las dos son idóneas para emplearlas con alguna clase de ascensor espacial que las lleve hasta la OTB, ya que ambas son demasiado débiles para propulsar nada de la superficie de la Tierra al espacio. Una de ellas es la vela solar, y la otra, el cohete eléctrico.

* * *

Diez minutos más tarde, el doctor Vorhulst había aducido motivos tan convincentes como sucintos para evitar el uso de explosiones nucleares a fin de impeler un cohete. Por un lado, tal cosa hacía necesario instalar complejos sistemas destinados a proteger a los astronautas de tan terribles radiaciones, y por el otro, ¿qué sentido tenía lanzar al espacio varios centenares de bombas atómicas? Por su parte, las velas solares, a las que había que reconocer numerosas ventajas, resultaban lentas en extremo y no muy manejables. Sin embargo, el cohete eléctrico, pese a tardar también en cobrar velocidad, no requería almacenamiento de energía ni provocaba consecuencias no deseadas. ¿De dónde provenía la electricidad? Vorhulst admitió que era posible construir a bordo una central nuclear, aunque no resultaba más complicado obtenerla directamente del Sol; del Sol tal como se ve en el espacio, en donde no existen las noches ni los nublados que le impidan mostrar siempre todo su esplendor.

—¿Y qué hacer con toda esa energía? Pues emplearla para ionizar un fluido o un gas como, por ejemplo, el xenón. Al arder, saldría

impelido por las toberas de nuestro cohete a una velocidad altísima, y... ¡allá vamos!

Se detuvo para tomar aliento.

—Sí —reconoció—: ya sé que un cohete eléctrico no iba a ser muy rápido en tomar velocidad.

Sin embargo, sí podría incrementar dicha aceleración tanto como se deseara, y aumentar a cada paso su marcha. Cuanto mayor fuese aquélla, más notable sería ésta. La tripulación podría ir acelerando hasta alcanzar la mitad del trayecto, y a continuación, dar media vuelta e ir desacelerando hasta llegar al planeta de destino. ¿Alguien se había percatado de lo que comportaba tal cosa?

El profesor dejó unos instantes para que reflexionasen, pero nadie dio con la respuesta.

—Significa —les reveló— que cuanto más prolongado sea el viaje, tanto mayor será la velocidad que alcance la nave. No tiene sentido emplear un cohete eléctrico para llegar a la Luna: el trayecto es muy corto, y no da lugar a tomar aceleración; pero para Marte resulta ideal. Y para planetas más alejados del Sol... pongamos Urano o Neptuno... ¡no íbamos a tardar mucho más en hacer el viaje! Si, además, queremos llegar a una región remota de verdad, como la nebulosa de Oort, ¡la aceleración sería tal que convertiría en factible un recorrido tan monstruoso!

Entonces guardó silencio con una sonrisa.

—En fin —prosiguió—; no quiero presentaros el cohete eléctrico como algo perfecto, porque lo cierto es que tiene un fallo importante: que no disponemos de ninguno. —Haciendo caso omiso del rumor provocado por los gruñidos de decepción, añadió—: La teoría es válida, claro; pero nadie ha llegado a construir uno, porque jamás va a funcionar si tiene que partir de la superficie de la Tierra: necesita algo que lo eleve hasta la órbita terrestre baja antes de poder ponerse a menear el palmito. Algo como el ascensor espacial de Artsutanov, que como ya sabéis, aún no ha llegado a hacerse realidad.

A continuación, con gesto triste, aunque sin dejar de sonreír, les prometió:

—Algún día lo tendremos, y cuando llegue ese día, vamos a poder contar con tropecientos mil cohetes eléctricos. Apostaría lo que fuese a que más de uno de vosotros los usará para viajar a toda clase de

lugares extraños y maravillosos. Pero ahora, no; porque en el presente no existen.

Bastaba detenerse a pensar en ello para reparar en que era cierto, cuando menos en lo que respectaba a la escasa cantidad de espacio más cercano a la Tierra. Aun así, no iba a ser necesario esperar mucho tiempo.

* * *

De hecho, a cierta distancia de allí había ciento cincuenta y cuatro de esos cohetes eléctricos que ya habían puesto rumbo directo a la Tierra, y quienes los ocupaban no los tenían, en absoluto, por aparatos poco comunes.

Pertenecían a la raza de los unoimedios, y llevaban muchísimas generaciones viajando de astro en astro a bordo de naves como aquéllas, siempre con el mismo cometido. Y todo ello porque los suyos ocupaban un lugar especial entre las especies racionales subordinadas a los grandes de la galaxia, quienes los empleaban como sus sicarios.

A simple vista quizá no parecían ofrecer el aspecto más idóneo para tal menester, pues sin su armadura y sus prótesis no eran mucho mayores que un gato terrestre. Cierto es que no eran muchas las posibilidades de verlos de esta guisa; pero también que los ingenios protectores que les eran indispensables apenas abultaban como la mitad del porte de su propio cuerpo (circunstancia que los había hecho merecedores, precisamente, del nombre de *unoimedios),* y que sin ellos no podían vivir. Algunos de aquellos dispositivos protegían al frágil ser orgánico que los ocupaba contra la radiación de los residuos ionizadores de las centrales atómicas que poseían o de las numerosas guerras nucleares en las que llevaban participando desde antiguo, o aun contra los rayos ultravioleta de intensidad letal que procedían de su estrella y para los que ya no contaban con la defensa que había supuesto, en otro tiempo, la capa de ozono de su planeta, desaparecida de resultas de sus actividades pasadas. Algunos de los procesadores químicos que poseían eliminaban sustancias tóxicas del aire que respiraban y de los alimentos y el agua que ingerían; otros evitaban, sin más, que enloqueciesen por el fragor insoportable que inundaba cada palmo de su mundo (y que hacía necesario el uso de absorbentes

acústicos combinados con anuladores de frecuencia), y otros atenuaban los exasperantes centelleos y llamaradas propios de su industria.

En el planeta de los unoimedios había unos cuantos lugares aislados en los que el hecho de estar desnudo no suponía un peligro para su supervivencia, y no eran otros que las salas de cría y de parto, así como cierta variedad de sitios en los que se llevaban a término operaciones quirúrgicas y sanitarias en general. Estas áreas no eran numerosas: tantas eran las cosas contra las que había que protegerse en aquel mundo devastado, tantas las que neutralizar o prevenir, que resultaban muy caras.

Así las cosas, cabría preguntarse por qué una especie que tan avanzada estaba en el ámbito tecnológico no había optado por construirse una flota de vehículos espaciales que le permitiera comenzar una vida nueva en algún planeta bien conservado de cualquier otro rincón del espacio. Y lo cierto es que sus integrantes ya lo habían hecho en una ocasión; pero el proyecto no había dado los frutos deseados. Si bien es cierto que habían inventado y construido las naves necesarias, y que habían dado con un astro que gozaba de unas condiciones lo bastante benignas para instalarse en él, todo se malogró, sin embargo, cuando intervinieron los grandes de la galaxia, hasta tal grado que, pese a haber transcurrido muchos miles de años desde entonces, los unoimedios no se habían propuesto jamás volver a intentarlo.

CAPÍTULO VIII

El verano

Aunque, en general, el año académico había sido un verdadero chasco, el verano comenzó muy bien para Ranjit Subramanian, tal como manifestaron, por ejemplo, sus calificaciones. Cuando se publicaron, no lo sorprendió el suficiente de cortesía que había obtenido en filosofía (poco importaban los resultados de psicología, puesto que había abandonado la asignatura por causa del aburrimiento), ni tampoco pudo maravillarse, aunque sí complacerse, ante el sobresaliente de astronomía. Sin embargo, el de estadística sí que había sido un completo misterio, sólo comprensible, según sus conjeturas, como fruto de las lecturas complementarias de nivel superior a las que se había entregado cuando decidió que no iba a ser capaz de soportar un solo diagrama de caja o histograma de densidad más. La biblioteca lo había salvado del hastío merced a los textos avanzados sobre materias tales como los métodos estocásticos o el análisis bayesiano.

Lo malo del final del curso era, claro está, que con él acababan también las clases de Astronomía 101. Al menos, eso sí, quedaba el colofón de la fiesta del profesor Vorhulst. Mientras se dirigía a pie de la parada en que lo había dejado el autobús a la dirección que figuraba en la invitación, comenzó a pensárselo dos veces. En primer lugar, aquél era un barrio refinado y, por lo tanto, desconocido para él, pues Gamini y él lo habían evitado durante las excursiones que habían llevado a cabo en los diversos sectores de la ciudad (siendo así que la familia de su amigo vivía también en el vecindario). Y además, la casa del profesor no sólo tenía unas dimensiones mucho mayores de las necesarias para una vivienda unifamiliar, sino que estaba rodeada de solanas por entero innecesarias y erigida en medio de un jardín cuidado con pulcritud exquisita.

Ranjit se llenó los pulmones de aire antes de abrir la verja de entrada y subir los pocos escalones que precedían a la terraza. Una vez en el interior, lo primero que notó fue el frescor que producían los ventiladores de techo, y que tan de agradecer resultaba dado el calor de Colombo. Aún más grato fue ver a Joris Vorhulst, de pie junto a una mujer de dimensiones casi tan descomunales y ostentosas como el edificio en que habitaban ambos. El profesor lo recibió con una inclinación de cabeza acompañada por un guiño.

—¡Ranjit! —le dijo mientras lo llevaba a donde se encontraba ella— No sabes lo que nos alegra que hayas podido venir. Tengo el placer de presentarte a *mevrouw* Beatrix Vorhulst, mi madre.

Sin saber bien cómo conducirse a la hora de saludar a una mujer, y en particular a una de piel tan extremadamente blanca, que le sacaba al menos tres o cuatro centímetros de estatura y muchos más kilos de peso, se aventuró a obsequiarla con una leve zalema. Sin embargo, *mevrouw* Vorhulst no parecía tener intención de conformarse con semejante gesto, y tomando la mano del muchacho, la estrechó entre las suyas mientras exclamaba:

—¡Ranjit, querido! ¡Qué ganas tenía de conocerte! Mi hijo no tiene favoritos en clase, pero si los tuviese (y por favor no le digas que te he dicho esto), estoy segura de que tú serías uno de ellos. Además, he tenido el placer de conocer a tu padre, un hombre extraordinario. Coincidimos en una comisión de tregua, en los tiempos en los que necesitábamos comisiones de tregua.

El joven lanzó un vistazo rápido al doctor Vorhulst con la esperanza de lograr hacerse una leve idea de lo que podía decir a aquella fuerza de la naturaleza perfumada y de aspecto agradable; pero no recibió ayuda alguna, pues el profesor estaba bromeando con tres o cuatro recién llegados. Sin embargo, *mevrouw* Vorhulst, consciente de las dificultades de Ranjit, decidió tenderle un cable.

—No pierdas el tiempo con esta viuda —le recomendó en consecuencia—. Dentro hay unas cuantas muchachas de aspecto imponente, además de comida y bebida. ¡Hasta esas horribles bebidas deportivas de los norteamericanos a las que tanto se aficionó Joris en California! Aunque yo no te las recomiendo. —Y soltándole la mano con una última palmadita, agregó—: Tienes que venir un día a cenar cuando Joris vuelva de Nueva York. Seguro que viene deprimido, como

siempre que intenta convencer a las Naciones Unidas de la necesidad de actuar respecto del ascensor espacial de Artsutanov. Pero, claro —señaló mientras se volvía a fin de recibir a los siguientes invitados—, no podemos echarles toda la culpa a ellos, ¿no es verdad? La gente aún no ha aprendido a trabajar en colaboración.

* * *

Al entrar al espacioso salón de la residencia, Ranjit advirtió que ya habían llegado, en efecto, varias muchachas de gran atractivo, aunque la mayoría ya había trabado conversación con uno o más de los convidados varones. Saludó con una leve inclinación de cabeza a tres o cuatro compañeros de clase, si bien lo que llamó su atención de un modo más poderoso en aquellos instantes fue la propia casa en la que se hallaban. En poco podía compararse con el modesto hogar que poseía su padre en Trincomali. El suelo estaba hecho de cemento blanco pulido, y en los muros se abrían, aquí y allá, puertas que desembocaban en el extenso jardín, ornado de palmeras y franchipanes y rematado con una piscina de aspecto tentador. Había tomado la precaución de comer antes de la fiesta, de modo que el banquete que habían dispuesto los Vorhulst para los invitados estaba, para él, de más. No sin cierto escalofrío, desdeñó la bebida estadounidense para deportistas que había mencionado la madre del profesor, si bien se alegró al dar con cierta provisión de botellines de la Coca-Cola de toda la vida. Cuando se puso a buscar un abridor, se presentó de la nada un criado que, arrebatándole la botella de la mano, hizo saltar la chapa y vertió el contenido en un vaso alto con hielo que hizo aparecer también como por encantamiento.

Hecho esto, el recién llegado se esfumó y lo dejó solo, pestañeando por la estupefacción, hasta que, desde otro punto de la sala, lo llamó una voz femenina:

—Si los invitados se pusieran a servirse sus propios refrescos, ¿cómo iban a ganarse las habichuelas los escanciadores? ¿Cómo estás, Ranjit?

Al darse la vuelta, reconoció a la joven burguesa que había asistido con él a clase de sociología durante su poco próspero primer año académico. Mary…; no: Martha. No…

—Myra de Soyza —lo ilustró ella—. Nos conocimos el año pasado, en sociología, y la verdad es que me alegra volver a verte. He oído que estás estudiando el teorema de Fermat. ¿Cómo lo llevas?

Una pregunta así, formulada, además, por una joven tan bien parecida como aquélla, no podía sino cogerlo por sorpresa. En consecuencia, optó por dar una respuesta poco comprometedora.

—Me temo que con demasiada lentitud. No sabía que te interesase Fermat.

Al rostro de ella asomó cierta turbación.

—En fin, supongo que debería decir que, en realidad, eras tú quien me interesaba. Cuando supimos que le habías robado la contraseña al profesor de mates... ¿De qué te sorprendes? Todos sus alumnos están enterados. Para mí que, si no hubiese acabado el semestre, te habrían elegido delegado de la clase por aclamación. —Con una sonrisa, retomó el hilo de la charla—. El caso es que no pude evitar preguntarme qué podía haber obsesionado tanto a alguien como tu... Lo de «obsesionar» suena quizá demasiado fuerte, ¿no?

Ranjit, que hacía mucho que había aceptado la descripción técnica de su investigación, fallida hasta entonces, se encogió de hombros.

—Bueno —prosiguió ella—: digamos que quise saber qué podía ser lo que estaba alimentando el interés que habías puesto en tratar de dar con una demostración de la teoría de Fermat. Lo que tenía éste en la cabeza no podían ser las conclusiones de Wiles, ¿verdad? Aunque sea sólo porque cada uno de sus pasos esté ligado al trabajo que elaboró alguien muchísimo después de estar muerto y bien enterrado el francés, quien no tenía modo alguno de haberlo conocido... ¡Ten cuidado con la Coca-Cola!

Él parpadeó y entendió a qué se refería Myra de Soyza: el giro que había tomado la conversación lo había desconcertado tanto que no se había dado cuenta de que estaba inclinando demasiado el vaso. Enderezándolo de inmediato, dio un ligero sorbo a fin de despejarse la cabeza.

—¿Qué sabes tú de la demostración de Wiles? —le exigió, sin preocuparse siquiera por conducirse con cortesía.

A ella no pareció importarle.

—No mucho, la verdad. Lo bastante para formarme una idea de en qué consiste. Muchísimo menos, por supuesto, de lo que tiene que

saber un matemático de veras. ¿Sabes quién es el doctor Wilkinson, el del Foro Matemático de la Universidad de Drexel? En mi opinión, es el que ha dado la mejor explicación, y la más sencilla, de las conclusiones de Wiles.

Lo que en aquel momento paralizaba las cuerdas vocales de Ranjit era que él mismo se había sentido, en la época en que empezaba a tratar de entender semejante prueba, muy agradecido con el doctor Wilkinson por aquella misma exposición. Se percató de que debía de haber hecho alguna clase de sonido más o menos articulado al ver que su interlocutora lo miraba con gesto interrogativo.

—A ver —aclaró—: ¿me estás diciendo que has sido capaz de seguir el comentario de Wilkinson?

—Pues claro —confirmó ella con dulzura—. Resulta muy esclarecedor. Sólo me hizo falta leerlo… en fin —reconoció—, cinco veces. También tuve que recurrir cada dos por tres a los libros de consulta, y aunque no me cabe duda de que debí de perderme un buen número de detalles, creo que capté bastante bien la idea general. —A continuación, lo observó unos instantes en silencio antes de preguntar—: ¿Sabes lo que haría yo en tu lugar?

—Ni idea —respondió él con total sinceridad.

—En vez de molestarme en analizar nada de lo que hizo Wiles, estudiaría la obra que produjeron otros matemáticos durante los treinta o cuarenta años que siguieron a la muerte de Fermat. ¿Sabes lo que quiero decir? Trabajos de los que él pudo haber tenido noticia cuando sólo estaban en estado embrionario, o que estuviesen basados en su propia obra. O… ¡Vaya! —exclamó, cambiando abruptamente de tema mientras miraba por lo alto del hombro derecho de Ranjit—. Ahí viene Brian Harrigan, a quien hace mucho que he perdido, con la copa de champán que le he pedido hace siglos.

El tan esperado Brian Harrigan, otro de aquellos estadounidenses de dimensiones imponentes, llegó a la zaga de una belleza que debía de frisar en los veinte años, y miró a Ranjit durante un microsegundo.

—Lo siento, cielo —se disculpó ante Myra de Soyza a través del espacio ocupado por Ranjit Subramanian, como si éste no existiera—; pero me he puesto a hablar con… mmm… ¿Devika? Me parece que se ha criado, o algo así, en esta casa, y ha prometido enseñármela. Tiene algún que otro elemento de diseño extraordinario. ¿Te has fijado en el

suelo de cemento? Así que, si no te importa…

—Ve con ella —respondió Myra de Soyza—; pero dame antes el champán, si es que no se ha calentado.

Y así lo hizo él: se alejó del brazo de la joven, que no había dirigido una sola palabra a Ranjit ni a Myra de Soyza.

* * *

Lo mejor de la marcha de Brian Harrigan era que lo dejaba en posesión exclusiva de la compañía de aquella muchacha sorprendente, desconcertante y, en general, muy poco común. (Ranjit estaba seguro, eso sí, de que no era tan joven: debía de tener al menos dos o tres años más que él, como mínimo.) No tuvo aquella conversación por nada semejante a una cita amorosa: estaba demasiado ayuno de tales menesteres para dar un salto así, y de cualquier modo, debía tener también en cuenta a aquel tal Brian Harrigan que la trataba de «cielo» como si tal cosa. Tras un par de indirectas, De Soyza lo ayudó a completar el retrato de él que se había hecho. Así, resultó que no era de Estados Unidos, sino del Canadá. Trabajaba para una de esas cadenas de hoteles que tienen representación por todo el mundo, y se hallaba planificando la construcción de otro establecimiento de lujo en las playas de Trincomali. Su interlocutora, sin embargo, omitió el único dato que suscitaba la curiosidad del muchacho, quien hubo de recordarse a sí mismo que, al fin y al cabo, no era asunto suyo si se acostaban juntos o no.

La joven pareció azorarse al verlo reaccionar cuando mencionó el nombre de Trincomali.

—¡Vaya, claro! No había caído en que es tu ciudad. ¿Sabes de qué hotel habla Brian?

Ranjit hubo de reconocer que de aquellos edificios turísticos de Trinco sólo sabía decir que eran carísimos. Ella, no obstante, le preguntó a continuación por el templo de su padre, sobre el que parecía no estar nada mal informada (según pudo comprobar, maravillado de nuevo). Sabía que se había erigido sobre lo que llamaban «la colina sagrada de Siva»; que había sido (o por lo menos, el templo grande que saquearon los portugueses en 1624) uno de los lugares de culto más ricos de todo el Sudeste Asiático, abundantísimo en oro, seda, joyas y

todo género de artículos valiosos que habían ido acumulando los monjes a lo largo de su milenaria historia. Hasta sabía de aquel día terrible de 1624 en que el caudillo lusitano Constantino de Sá de Menezes ordenó al sumo sacerdote del santuario despojar el templo de todo objeto de valor y hacer llegar los tesoros a las naves portuguesas fondeadas en el puerto bajo amenaza de volver hacia el templo los cañones que montaban. El superior no tuvo más opción que acatar las instrucciones..., tras lo cual De Sá bombardeó igualmente el lugar hasta que no quedaron más que cascotes.

—Ajá... —exclamó Ranjit al acabar ella—. Sabes una barbaridad de aquel tiempo, ¿no?

—Eso parece —confirmó la joven con cierta turbación—, aunque supongo que la información que poseo no es la misma que debes de tener tú, ya que, de hecho, mis antepasados se contaban, por lo general, entre los saqueadores.

Él no tuvo más respuesta para eso que otro: «Ajá...». Mientras conversaban, habían salido al jardín de franchipanes y jengibres en flor para sentarse uno al lado del otro como amigos bajo un grupo de palmeras. Desde allí veían la amplia piscina de los Vorhulst, en cuyo interior jugaba al balonvolea un puñado de compañeros de clase de Ranjit que, de un modo u otro, se habían hecho con bañadores para todos. Uno de los criados había vuelto a llenar la copa de champán de Myra y el vaso de Coca-Cola de Ranjit, y mientras paseaban hasta allí, algunos de los invitados habían saludado a la muchacha, y también uno o dos habían hecho otro tanto con él. Aun así, De Soyza no había dado signos de querer poner fin a la tertulia, ni tampoco Ranjit parecía tener el menor interés en acabarla. No pudo por menos de reparar en lo curioso de tal cosa, pues era la primera vez que deseaba prolongar charla alguna con una chica.

Supo de ella que había viajado con sus padres por toda la isla de Sri Lanka, y que no había rincón de ella que no la apasionase. Ella quedó maravillada al oír que Ranjit apenas había salido de Trincomali, si no había sido durante alguna que otra excursión escolar y para estudiar en Colombo.

—¿Nunca has ido a Kandy? ¿No has visto a los recolectores subir a los árboles por la savia con la que hacen el licor de palma?

Y su respuesta había sido siempre la misma:

—No.

En esto estaban cuando pasó por allí *Mevrouw* Vorhulst, quien iba de un lado a otro a fin de cerciorarse de que sus invitados se hallaban bien atendidos.

—Parece que vosotros dos no os aburrís, ¿eh? —Y clavando en ellos la mirada, se ofreció—: ¿Queréis que os traiga algo?

—No, gracias, tía Bea —respondió De Soyza—. La fiesta es estupenda.

Entonces, cuando la anfitriona se hubo alejado, contestó la pregunta que vio formulada en la mirada de Ranjit.

—Los burgueses nos conocemos todos, y la tía Bea es casi familia mía. De pequeña, pasaba tanto tiempo aquí como en mi casa, y Joris ha sido siempre el hermano mayor que nunca he tenido: el que siempre se aseguraba de que no me ahogase cuando me llevaba a la playa y de que estuviera en casa a tiempo para dormir la siesta. —Entonces, advirtiendo el gesto de perplejidad de él, quiso saber—: ¿Te pasa algo?

—Sólo estoy un poco confundido —aseguró él en tono de disculpa—. La acabas de llamar Bea, ¿no? Y yo creía que se llamaba... *mevrouw,* ¿verdad?

Myra tuvo la condescendencia de no sonreír demasiado.

—*Mevrouw* significa «señora» en neerlandés. Su nombre es Beatrix. —Dicho esto, miró su reloj con gesto de preocupación—. Pero no quiero impedir que te diviertas con tus amigos. ¿Seguro que no prefieres darte un chapuzón en la piscina? Los Vorhulst tienen toda una selección de bañadores en los vestuarios...

* * *

No le cabía la menor duda al respecto. Lo que no habría sabido decir era cuánto tiempo podían haber seguido hablando. Myra de Soyza no daba la impresión de tener prisa por acabar, aunque de eso ya se encargaría, algo más tarde, el casi olvidado Brian Harrigan, quien hizo patente su existencia al asomarse a escudriñar al jardincito de palmeras antes de entrar en él.

—Me he recorrido todo el edificio buscándote —anunció amostazado.

Myra se puso en pie sonriente.

—Pues a mí me ha dado la impresión de que estabas muy bien acompañado.

—¿Te refieres a la chica que me estaba enseñando la casa? Ha sido todo un detalle. Este edificio es magnífico. Con muros de noventa centímetros de ancho como éstos, hechos de arena, coral y yeso, ¿quién necesita aire acondicionado? Pero ¿no te acuerdas de que tenemos una reserva para cenar?

Myra, que lo había olvidado por completo, no pudo sino disculparse. Entonces, tras hacer saber a Ranjit cuánto había disfrutado hablando con él, desapareció.

El prefirió seguir en la fiesta, pero ésta no le resultó ya tan agradable. "Consideró, y descartó a renglón seguido, la idea de darse un baño en la piscina; se sumó durante un rato al grupo de estudiantes que se había congregado en torno a Joris Vorhulst para discutir acerca de las mismas cosas de las que ya habían tratado en clase, y se sentó unos instantes con un puñado de convidados que veían y comentaban las noticias del televisor instalado en el entoldado de escasas dimensiones contiguo al muro del jardín. El contenido, claro está, distaba mucho de ser divertido. En Asia oriental, un grupo de norcoreanos provocadores había soltado una jauría de perros agresivos y probablemente rabiosos cerca de la frontera que separaba el Estado septentrional del meridional de su península, si bien los animales no habían llegado a morder a nadie: tres de ellos murieron cuando uno pisó una mina, y el resto no tardó en ser abatido por las ametralladoras de un destacamento de la República de Corea del Sur. Todos coincidían en que había que hacer algo con Corea del Norte.

A Ranjit, de hecho, le resultó sorprendente la facilidad con la que trabó conversación con aquellos extraños en torno al estado lamentable en que se hallaba el planeta, a la necesidad de construir ascensores espaciales, a lo acogedores que eran los Vorhulst y a una docena más de asuntos distintos. Tanto fue así, que sólo cuando los invitados comenzaron a despedirse entendió que había llegado la hora de que él dejara también la fiesta.

Lo había pasado muy bien, y en particular durante la primera parte; y no le cabía la menor duda de que se lo debía al hecho de haber conocido a Myra de Soyza. De camino al campus, se sorprendió pensando en lo maravillosa que era ella (aunque no como lo

consideraría alguien dispuesto a dar inicio a una relación sentimental; claro que no) y preguntándose cuál sería el mejor modo de asesinar a Brian Harrigan.

* * *

De cualquier modo, se alegró al regresar a Trincomali llegadas las vacaciones de verano. Ganesh Subramanian había dado por supuesto que su hijo iba a querer pasar el tiempo acometiendo de nuevo el enigma de Fermat, misterio esquivo hasta extremos desconcertantes. Sin embargo, si estaba en lo cierto era sólo en parte, pues aunque Ranjit no había olvidado el teorema, que seguía rondándole la cabeza en los momentos más inoportunos, y con más frecuencia aún desde que Myra de Soyza había avivado el recuerdo, lo cierto es que hacía lo posible por rehuirlo. Ranjit Subramanian sabía reconocer que había fracasado.

Fuera como fuere, tenía otras cosas en las que ocupar sus pensamientos. Uno de los monjes le había dicho que estaban restaurando uno de los hoteles turísticos más antiguos de las playas de Trincomali, y que no debía de ser difícil para un estudiante universitario de vacaciones hacerse con un trabajo bien remunerado. Ranjit fue a echar un vistazo, consiguió que lo empleasen y, por primera vez en los dieciocho años que llevaba de existencia, se vio recibiendo un sueldo con el que abrirse camino en el mundo.

La ocupación que le asignaron prometía no ser difícil, y no lo era en absoluto. Su denominación técnica era la de «gestor de suministro», y consistía, primero, en hacer inventario del contenido de cada uno de los camiones que llegaban cargados de material; segundo, en acudir de inmediato al capataz para ponerlo al corriente en caso de que alguno de ellos pretendiese salir del recinto sin haber dejado en tierra toda la carga, y tercero, en inspeccionar con diligencia cada mañana, nada más llegar al puesto de trabajo, todo el material de construcción que se hubiera recibido la víspera a fin de asegurarse de que no hubiese desaparecido una porción considerable durante la noche. Los guardas de la empresa privada de seguridad que había contratado el hotel tenían órdenes de prestarle ayuda cada vez que la necesitase. Estos tenían motivos de sobra para hacer bien su trabajo, ya que sabían que habrían

de pagar de su bolsillo cualquier efecto sustraído.

Además, Ranjit disponía de cuatro ayudantes propios, pequeños aunque muy activos. No figuraban en la plantilla del hotel, y de hecho, ni ellos ni su madre habían formado parte de los planes que tenía el muchacho para el verano: se había hecho con sus servicios un buen día que Ganesh Subramanian había dado a su hijo un par de bolsas de comida a punto de echarse a perder si nadie la aprovechaba, al decir del cocinero.

—Llévaselas a la señora Kanakaratnam —dijo el sacerdote—. Sabes quién es, ¿no? La mujer de Kirthis Kanakaratnam. ¿Te acuerdas de Kirthis? Lo detuvieron en Colombo por posesión de lo que consideraron bienes robados.

Ranjit asintió con la cabeza al caer en la cuenta.

—Me temo que su familia está pasando apuros —prosiguió—, y les he dejado usar la antigua casa de huéspedes. Te acuerdas de dónde está, ¿verdad? Entonces, hazme el favor de dejar esto allí.

El joven no tuvo nada que objetar. Tampoco le resultó difícil dar con el lugar. Uno de sus amigos de infancia, hijo de un ingeniero del ferrocarril que se había encargado de las reparaciones de escasa relevancia del templo, había vivido allí siendo él pequeño; de modo que recordaba bien la casa.

No había cambiado mucho. Encontró el jardincito que la mujer del ferroviario había mantenido en el patio delantero ocupado a partes iguales por hortalizas y malas hierbas. El edificio en general habría agradecido, a su parecer, una mano de pintura. Estaba conformado por tres piezas no muy amplias; disponía de un retrete exterior en la parte trasera y un pozo con bomba en el extremo de la propiedad más alejado a la casa, y era más reducido de lo que creía recordar.

No había nadie dentro, y estaba considerando la conveniencia de entrar estando todos ausentes cuando paró mientes en que no podía dejar sin más la comida en el suelo. Por lo tanto, tras llamar a la puerta, que no estaba cerrada con llave, y dar una voz a modo de saludo, pasó al interior.

La primera habitación con que topó fue la cocina, que no tenía mucho más que una hornilla de propano; un fregadero, sin grifos aunque con desagüe, una jarra enorme de plástico a medio llenar de agua, y una mesa con sillas. Al lado había una pieza más pequeña,

dotada de un sofá con almohadas y un montón de sábanas dobladas dispuesto al fondo que hacía evidente su condición de dormitorio. La última era la más espaciosa, aunque también la más poblada, ya que acogía dos cunas, dos catres, tres o cuatro cómodas, un par de sillas... Y algo más.

Había algo que había cambiado desde el tiempo en que frecuentaba la casa de niño. Entonces reparó en que en un rincón del cuarto de los pequeños había vestigios de algo en la pared, y cuando se fijó mejor, notó que se trataba de un cartel religioso casi destruido escrito en sánscrito. ¡Claro! Aquél era el extremo nordeste de la casa, dedicado en otro tiempo a la ofrenda; el lugar sacrosanto de devoción y plegaria de que disponía el hogar de toda familia hindú temerosa de los dioses. Pero ¿qué había sido de él? ¿Dónde estaba el ídolo de Siva (o de cualquier otra deidad) y su modesto estante? ¿Y el incensario y la bandeja en la que se depositaban las flores, o el resto de objetos rituales necesarios para llevar a cabo la adoración? ¡No había nada! Ranjit no se consideraba religioso, en ningún sentido, desde hacía mucho tiempo; pero al mirar el montón de ropa de niño, limpia aunque sin doblar, que ocupaba lo que había sido en el pasado el altar, sagrado, impoluto, destinado a la ofrenda, se vio invadido por una sensación rayana en... la repugnancia. No era ése el modo de proceder propio de gentes que se preciaran de un origen hindú, por ateos que pudiesen ser.

Cuando oyó voces del exterior y salió a fin de presentarse, comenzó a dudar que aquella familia pudiese considerarse perteneciente a dicha religión. La mujer que la encabezaba, la esposa de Kirthis Kanakaratnam, no llevaba las vestiduras propias de una hindú, sino mono y botas de hombre, y tiraba de un carro de juguete en el que viajaban, amén de otros artículos de menor porte, dos recipientes de plástico como el de la cocina y una niña. Con ellas caminaban otros tres menores: una pequeña de diez o doce años que llevaba a cuestas a otra cría, la más chiquita, y un varón que acarreaba al hombro un saco de lona con gesto animoso.

—Hola —dijo Ranjit sin mirar a ninguno de ellos en concreto—, soy Ranjit Subramanian, el hijo de Ganesh Subramanian. Mi padre me ha mandado traerles unas bolsas. Las he dejado en la mesa. Usted debe de ser la señora Kanakaratnam.

La mujer no lo negó. Dejó en el suelo el asidero del carro de juguete

y, mirando a la pasajera que en él dormía para cerciorarse de que no se había despertado, tendió una mano para estrechársela.

—Sí, soy la esposa de Kanakaratnam —confirmó al fin—. Gracias. Tu padre se está portando muy bien con nosotros. ¿Puedo ofrecerte un vaso de agua? No tenemos hielo, pero seguro que te ha dado sed acarrear todo ese peso hasta aquí.

Tenía razón. Agradecido, bebió el líquido que ella le sirvió de una de las jarras. Según le explicó, tenían que traer de fuera toda el agua potable, ya que el maremoto de 2004 había inundado el pozo con agua salada proveniente de la bahía, y aunque podían lavar con ella los platos y hacer determinados guisos, seguía siendo demasiado salobre para aplacar la sed.

La señora Kanakaratnam debía de haber superado la treintena, parecía estar sana y no carecía de atractivo. Tampoco daba la impresión de que le faltase inteligencia: simplemente estaba malquistada con un mundo que se había vuelto en su contra. Otro aspecto importante de la señora Kanakaratnam era que no le hacía demasiada gracia que la llamasen «señora Kanakaratnam». Según hizo saber a Ranjit, ni ella ni su esposo querían seguir atollados en aquel culo del mundo llamado Sri Lanka, sino vivir en donde pasan cosas, con lo que, sin duda, debía de referirse a Estados Unidos. Sin embargo, como la embajada se había negado a expedirles los visados necesarios, habían tenido que poner la mira en otro país y emigrar a un lugar diferente de medio a medio: Polonia, donde tampoco les había sonreído la suerte.

—Así que —concluyó con un aire desafiante— hemos hecho lo poco que teníamos en nuestras manos: nos hemos puesto nombres americanos. Mi marido ya no me deja que lo llame Kirthis: ahora se llama George, y yo, Dorothy, o Dot, que es más corto.

—Es un nombre muy bonito —señaló Ranjit en tono complaciente. En realidad, aquel antropónimo no le merecía opinión alguna, buena o mala; pero deseaba apaciguar la hostilidad que teñía la voz de ella.

Y todo apunta a que lo logró, por cuanto la mujer se volvió más locuaz. Así, le refirió que habían seguido la misma costumbre con los niños, asignándoles un nombre anglosajón en el momento de nacer. Al parecer, había habido un período en que Dot Kanakaratnam había puesto uno en el mundo cada año impar. La primera fue Tiffany, que contaba once años; luego, el único varón, Harold, que tenía nueve, y al

fin, Rosie y Betsy, de siete y cinco años respectivamente. Mencionó, como si tal cosa, que su esposo estaba en la cárcel, y el modo como le comunicó la noticia hizo que Ranjit estimase más conveniente omitir todo juicio de valor al respecto. En lo que sí se permitió formarse una opinión fue en lo tocante a los pequeños, que parecían razonablemente buenos, pacíficos a ratos, aunque también descarados de un modo que resultaba divertido; pero siempre afanándose con empeño en la labor, nada fácil, de crecer. Hubo de reconocer que le habían caído bien; tanto que, antes de salir del hogar de los Kanakaratnam, se ofreció para llevarlos a la playa cuando tuviese un día libre.

Para ello sólo hubo de esperar cuarenta y ocho horas. Él pasó la mayor parte de aquel lapso preguntándose si iba a ser capaz de afrontar tal responsabilidad. ¿Qué iba a hacer, por ejemplo, si alguno de ellos necesitaba..., ya saben? Llegado el momento, Tiffany asumió el mando sin que él tuviera que pedírselo. Y así, cuando asaltaron a Rosie las ganas de orinar, su hermana la llevó hasta el lugar en que espumaban con suavidad las olas por causa de la resaca, y en donde la colosal disolución de la bahía de Bengala hizo innecesaria toda medida higiénica adicional. Y cuando Harold tuvo que hacer lo otro, la mayor lo condujo a uno de los servicios portátiles de que disponían los trabajadores de la construcción sin que Ranjit tuviera que ocuparse de nada. Entre tanto, marcharon por donde se encuentran la arena y el agua, haciéndola chapotear mientras avanzaban como hilera de ánades con el adolescente a la cabeza. Hurtaron bocadillos de los destinados a los albañiles, a quienes apenas les importó, pues también ellos sentían simpatía por aquellos niños. Cuando más picaba el sol, los pequeños sestearon bajo las palmeras que crecían por encima de la marca de la pleamar, y cuando Tiffany anunció que había llegado el momento de relajarse, todos se sentaron a escuchar las historias portentosas que les participó Ranjit acerca de Marte y la Luna, así como de la nutrida prole que conformaban los satélites de Júpiter.

Huelga decir que en otras partes del mundo, las cosas no se desarrollaban con tanta cordialidad. En los patios de recreo de las escuelas israelíes, las niñas palestinas de diez años hacían saltar por los aires sus propios cuerpos y cuanto las rodeaba. En París, cuatro norteafricanos fornidos manifestaban la opinión que les merecía la actitud de los políticos franceses matando a dos guardas de la torre

Eiffel y arrojando a once turistas desde el último piso. En la ciudad italiana de Venecia y en Belgrado, la capital de Serbia, ocurrían sucesos igual de infaustos, y en Reikiavik (Islandia) tenían lugar otros aún peores... Y los escasos dirigentes del mundo cuyos propios países no estaban (aún) en llamas se devanaban los sesos buscando un modo de hacer frente a la situación. A Ranjit, sin embargo, no le importaba nada de aquello en el fondo...

En realidad, no era así: le importaba, y mucho, cada vez que se paraba a pensar en ello; pero hacía cuanto estaba en sus manos por no hacerlo muy a menudo. En esto se asemejaba mucho a los cortesanos atolondrados del cuento que Edgar Allan Poe tituló *La máscara de la muerte roja.* Su mundo, como el de ellos, estaba próximo a sucumbir; pero mientras llegaba el momento, el sol se mostraba cálido, y los niños, entusiasmados después de que los enseñase a capturar tortugas estrelladas para tratar de hacerlas competir y cuando les contaba cuentos. Ellos disfrutaban oyéndolos casi tanto como él relatándolos.

* * *

Por curioso que pueda resultar, en aquel mismo instante, algunos de los grandes de la galaxia (cuando no todos ellos, pues raras veces resultaba posible determinar tal cosa) hacían por inculcar una lección similar, en cierto sentido, a un filo de seres vivos totalmente distinto. Claro está que estas últimas criaturas no eran tortugas, si bien tenían en común con ellas la dureza de sus caparazones y lo limitado de su cociente intelectual. En lo que estaban tratando de instruirlas los grandes de la galaxia era en el manejo de ciertas herramientas.

Ésa era una de las muchas, muchísimas ocupaciones que se habían impuesto los grandes. Los humanos la habrían calificado de afán por aumentar la calidad de cuantos seres vivos habitaban la galaxia. A los primeros, sea como fuere, los movía el convencimiento de que, aprendiendo a usar una palanca, un anzuelo o una piedra con la que golpear, aquellos seres duros de caparazón podían estar haciendo sus primeros pinitos en dirección al despertar de la inteligencia. Una vez alcanzado tal estadio, no iba a ser difícil hacerlos avanzar más aún bajo la estrechísima tutela de los grandes de la galaxia. De hecho, podían llegar a cotas altísimas en el ámbito de la tecnología sin

descubrir jamás distracciones tan indeseadas como la subyugación, la explotación o la guerra.

Verdad es que semejante proyecto podía tardar mucho en completarse; pero también lo es que los grandes tenían tiempo de sobra, y que, a su entender, valía la pena intentarlo: ningún empeño habría sido vano si, en un futuro remoto de la historia del universo, se lograba que una sola especie fuera capaz de evolucionar lo bastante para dominar elementos tales como la transmisión de la materia y la creación de colonias espaciales sin haber aprendido en el proceso el arte de matar. Y es que, si los grandes de la galaxia eran, sin lugar a duda, seres inteligentes y poderosos, en ocasiones también podían ser muy ingenuos.

CAPÍTULO IX

Días de holganza

Sopesándolo bien, Ranjit tenía que reconocer que podía estar satisfecho de aquel verano. El trabajo no era difícil, y a nadie parecía importarle que lo llevase a cabo acompañado de sus cuatro polluelos. Aunque Dot había insistido en que sólo debía molestarse en cuidar de ellos los días que ella no tuviese más opción que ausentarse de la vivienda, lo cierto era que los días así no escaseaban, ya porque ella necesitara buscar trabajo (sin demasiado éxito, a decir verdad), ya porque tuviese que vender una porción más de sus posesiones a fin de alimentar y vestir a sus hijos.

Ranjit no pasó por alto que las ausencias se hacían cada vez más frecuentes, y pensó que Dot debía de estar tomando confianza con él. Con todo, no le importó: por interés o sólo por cortesía, los pequeños parecían embelesados con sus historias y sus trucos matemáticos. Los años que había pasado desgranando los misterios de la teoría de los números no habían sido estériles por completo, pues con sus compañeros había aprendido modos de jugar con las cifras desconocidos por entero para los más de los profanos.

Entre ellos se hallaba, por ejemplo, la llamada *cuenta del campesino ruso.* Como quiera que, de entrada, dio por sentado que la única que había avanzado en la escuela lo bastante para aprender a operar con factores era Tiffany, empezó por decir a los demás:

—No tenéis que preocuparos por no saber multiplicar: antiguamente, había un montón de adultos, sobre todo en sitios como Rusia, que tampoco sabían hacerlo. Por eso inventaron este truco de la multiplicación rusa. Primero hay que escribir los dos números, uno al lado del otro. Vamos a suponer que queremos multiplicar veintiuno por treinta y siete.

Y sacando del bolsillo el cuaderno que había tenido la previsión de llevar consigo, escribió lo siguiente para mostrárselo a los niños:

21	37

—Entonces..., ¿Sabéis duplicar un número? Muy bien, pues multiplicamos por dos el de la izquierda, que es el veintiuno; dividimos por la mitad el de la derecha, y escribimos los resultados debajo; de modo que tenemos...

21	37
42	18

»Al dividir el de la derecha, nos sobra una unidad; pero no pasa nada: la olvidamos, y ya está. Entonces, repetimos la operación con los números que han quedado abajo, y con los que resultan de éstos, y así hasta que el de la derecha se haya reducido a la unidad.

21	37
42	18
84	9
168	4
336	2
672	1

»Y ahora, eliminamos todas las líneas que tengan un número par en la columna de la derecha:

21	37
84	9
672	1

Y sumamos los que han quedado en la de la izquierda:

21	37
84	9
672	1

777

Culminada la operación, escribió triunfante bajo ella:

21 x 37 = 777

—¡Y aquí tenéis la respuesta! —exclamó.
Guardó silencio en espera de la reacción de los niños, y no obtuvo una, sino cuatro distintas: Betsy, la más pequeña, rompió a dar palmadas, emocionada por la proeza de Ranjit; Rosie lo miró con gesto de satisfacción desconcertada; Harold frunció el entrecejo, y Tiffany, educada, quiso saber si podía tomar prestados sus útiles de escritura. Entonces se puso a hacer números bajo la atenta mirada del joven, quien se asomó por encima del hombro de ella para verla apuntar:

37 x 2 = 74
21 : 2 = 10,5
10,5 x 74 = 777

—Sí —anunció la niña—; es correcto. ¿Me das otros dos números, por favor?

Ranjit optó por plantearle una operación sencilla (ocho por nueve), y buscó otra aún más fácil para Harold, quien no sólo supo sacar partido a la oportunidad que se le brindaba sino que, de hecho, parecía dispuesto a pasar un buen rato haciendo una multiplicación tras otra por aquel método de los campesinos rusos. Sin embargo, sus dos hermanas pequeñas habían empezado a alborotarse. Ranjit, en consecuencia, decidió que sería mejor demostrarles otro día que lo que les había enseñado no era sino un ejemplo de aritmética binaria. Satisfecho por el éxito de aquella primera imposición en la teoría de los números, dijo a los niños:

—Ha sido divertido, ¿verdad? ¡Venga, vamos a coger más tortugas!

* * *

Gamini Bandara llegó a Sri Lanka el mismo día que había previsto. En cambio, al llamar a Ranjit, tuvo que admitir, en tono de disculpa, que

tenía la agenda mucho más llena de lo que había podido imaginar de antemano, y que, por lo tanto, le iba a resultar imposible visitar Trincomali en esta ocasión. En consecuencia, quiso saber si no le importaba a él acudir a Colombo.

—No lo sé —respondió su amigo, sin hacer gran cosa por ocultar su enojo—. No creo que me vayan a dejar ausentarme del trabajo.

Sin embargo, Gamini supo ser lo bastante persuasivo, y a la postre, el capataz de la obra no tuvo inconveniente alguno en que se tomara los días que estimase conveniente, pues tenía un cuñado al que no le importaría ocupar su puesto (y recibir su sueldo) mientras él estuviese fuera. Por su parte, Ganesh Subramanian se mostró muy dispuesto a ayudar. Los temores de Ranjit habían sido infundados: a su padre no le había disgustado la idea de ver aparecer de nuevo a Gamini en escena, pues, al parecer, una visita tan breve no constituía motivo alguno de preocupación, y más aún si tenía lugar a una distancia considerable. El sacerdote, por ende, trató de ponérselo lo más fácil posible.

—¿En autobús? —dijo con gesto de desdén—. ¡Ni se te ocurra! Yo nunca uso la furgoneta que me han asignado; así que puedes llevártela y quedártela mientras la necesites. A lo mejor tienes suerte, y la insignia del templo que lleva pintada en las puertas evita que algún malintencionado te desinfle las ruedas.

Así fue como llegó el joven a Colombo, equipado con una bolsa en la que había metido mudas para varios días antes de colocarla en la parte trasera del vehículo. Gamini le había hecho saber que pensaba alojarse en un hotel en lugar de en casa de los suyos, y aunque Ranjit entendía a la perfección su elección de aquel establecimiento en particular (cuya cafetería habían visitado con bastante frecuencia los dos mientras exploraban la ciudad), no pudo por menos de sorprenderse ante el hecho de que su padre lo hubiera dejado dormir fuera siquiera una noche.

Cuando el recién llegado pidió que anunciasen su presencia, el recepcionista se limitó a menear la cabeza al tiempo que señalaba la cafetería. Y allí estaba Gamini; aunque no lo aguardaba solo, sino acompañado de dos muchachas, sentadas a uno y otro lado de él, y una botella de vino casi vacía sobre la mesa.

Los tres se levantaron para saludarlo. La joven rubia se llamaba

Pru, y la otra, por nombre Maggie, tenía el cabello de un color de lápiz de labios jamás producido por gen humano alguno.

—Las he conocido en el avión —le hizo saber Gamini después de presentárselas—. Son estadounidenses, y dicen que están estudiando en Londres, aunque en realidad asisten a la Universidad de las Artes, y allí los alumnos no aprenden otra cosa que a ponerse guapos. ¡Ay!

La interjección última la había provocado el tirón de orejas que le había propinado Maggie, la del tono pelirrojo imposible.

—No te creas nada de lo que dice este calumniador —advirtió a Ranjit—. Pru y yo estamos en la Facultad de Camberwell, y allí sí te hacen trabajar. Gamini no duraría ni una semana en ella.

Suponiendo que había llegado su turno, Ranjit les tendió la mano, y las dos se la estrecharon con entusiasmo, una detrás de otra.

—Yo me llamo Ranjit Subramanian —declaró.

—¡Eso ya lo sabemos! —exclamó la tal Maggie—. Gamini nos ha contado tu vida y milagros: que eres una persona bajita de nombre largo, que dedicas tu tiempo a resolver un único problema matemático… Él dice que, si alguna vez lo logra alguien, vas a ser tú.

Ranjit, que seguía sufriendo accesos ocasionales de culpa por haber abandonado el teorema de Fermat, no supo bien qué responder. Miró a Gamini en busca de ayuda, pero el semblante de éste lo convenció de que él estaba aún más mortificado.

—Mira, Ranj… —Su voz comunicaba con más elocuencia aún que su rostro el arrepentimiento que lo afligía—. Más vale que te dé la mala noticia lo antes posible: cuando te escribí, tenía la esperanza de que pudiésemos pasar por lo menos un par de días juntos. —Y meneando la cabeza, añadió—: Pero no va a ser posible: a partir de mañana, mi padre va a tenerme todo el día de compromiso en compromiso. Ya sabes cómo es mi familia.

Ranjit no había olvidado los días que precedieron al momento en que su amigo salió en dirección a Londres. Decepcionado a ojos vista, repuso:

—Yo estoy libre una semana entera, con furgoneta y todo.

—No tengo escapatoria —sentenció Gamini encogiendo los hombros con gesto rebelde—. Hasta quería que cenase con él esta noche; pero ahí me he cerrado en banda. —Tras observar unos instantes a su amigo, exclamó con una sonrisa—. Pero ¡que me

cuelguen si no me alegro de verte! ¡Dame un abrazo!

Ranjit se prestó a hacerlo, en primer lugar, por no desairarlo delante de las dos muchachas, aunque enseguida se dejó llevar por la calidez del cuerpo de Gamini y correspondió con afecto verdadero.

—Pero ¡bueno! —dijo este último al fin—. Todavía no has bebido nada. Pru, ¿te importa encargarte de eso?

El que las dos estudiasen algo relacionado con el arte le dio pie para trabar conversación con Maggie.

—Así que quieres ser artista, ¿no?

—¿Y morirme de hambre? —contestó ella con gesto incrédulo—. ¡Ni pensarlo! Acabaré dando clases en algún centro universitario medio cercano a Trenton, en Nueva Jersey, que es donde vive mi familia, o donde esté destinado mi marido, cuando lo tenga.

Entonces intervino Pru, la rubia.

—A mí sí me encantaría ser artista, Ranjit; pero no voy a lograrlo nunca, porque no tengo ningún talento. De todos modos, tampoco quiero volver a Shaker Heights con los míos: lo que espero es conseguir trabajo de subastadora en Sotheby's o cualquier otra sala parecida. Con eso ganas dinero, trabajas con gente interesante y te rodeas de arte aunque no seas capaz de crearlo.

Riendo, Maggie tendió a Ranjit el aguardiente de cocotero con Coca-Cola que había pedido mientras decía:

—Mucha suerte vas a necesitar.

Pru puso una pierna sobre la de Gamini para asestar un puntapié a su amiga.

—¡Serás cochina...! —exclamó— No digo enseguida: tendré que empezar de alumna en prácticas, y a lo mejor la primera misión que me confían es la de tomar los números de los cartones que levantan los postores del fondo. A ésos, el subastador ni los mira. Ranjit, ¿no te gusta el coco con cola?

El joven no encontró respuesta convincente alguna para semejante pregunta. De hecho, era una de sus bebidas preferidas en los tiempos en que había estado explorando Colombo con Gamini; pero desde su partida, no la había vuelto a probar. Con todo, le fue resultando más agradable a medida que apuraba la copa, y lo mismo le ocurrió con la siguiente.

* * *

Aunque la noche no estaba transcurriendo como había esperado, lo cierto es que no podía decir que estuviese desarrollándose tan mal. En determinado momento, la tal Pru se había despegado de Gamini para instalarse al lado de él, lo que le permitió conocer tres cosas de ella: tenía un tacto cálido; la piel, suave, y olía muy bien. No tanto como Myra de Soyza, claro, y ni siquiera quizá como (en un plano completamente distinto, por supuesto) *mevrouw* Beatrix Vorhulst; pero aun así, tenía un olor muy agradable.

No era ningún tonto, y sabía bien que la fragancia de una mujer estaba constituida principalmente por un elemento que podía adquirirse en cualquier droguería. Así y todo, tanto se le daba, pues, además de oler bien, Pru tenía otros dones, entre los que se incluían el delicioso roce que producía el contacto con su brazo y lo divertida que resultaba su conversación. Todo ello lo llevó a la conclusión de que no lo estaba pasando mal.

Sin embargo, a medida que avanzaba la velada, comenzaron a rondar su cabeza algunas preguntas para las que aún no había encontrado respuesta, y que tuvo ocasión de resolver, en parte, cuando las dos estadounidenses se levantaron para ir al escusado. En primer lugar, quiso saber si las había tratado Gamini en Londres. Su amigo se mostró sorprendido.

—Nunca las había visto antes de que embarcasen en el avión de Dubái y nos pusiésemos a hablar.

—Entiendo —repuso Ranjit, aun cuando, en realidad, no podía decir que lo hubiese comprendido. Entonces, a fin de aclararse, preguntó—: ¿Y qué me dices de tu amiga Madge?

Gamini lo miró de hito en hito con aire divertido.

—¿Sabes cuál es tu problema, Ranjit? Te preocupas demasiado. Madge está en Barcelona, supongo que con quienquiera que sea quien le envía mensajes a todas horas. Tómate otra copa, anda.

Ranjit aceptó la oferta, y Gamini lo acompañó; y las dos jóvenes siguieron su ejemplo tan pronto regresaron. Sin embargo, algo había cambiado. El primero tenía ante sí su bebida sin acabar, y del resto podía decirse lo mismo. Entonces, Maggie susurró algo al oído de Gamini.

—De acuerdo —respondió él, y dirigiéndose a su amigo, añadió—: Me temo que se ha hecho tarde. Me ha alegrado mucho verte, pero mi padre y yo tenemos que ir a ver a mi abuela a primera hora de la mañana. Así que nos vamos a la cama. —Dicho esto, se puso en pie sonriendo—. ¿Nos abrazas?

Ranjit se obligó a ello y recibió a cambio un estrujón de Gamini y otro de Maggie.

—Por cierto —añadió su amigo cuando ya se volvía para marcharse—, no te preocupes por la cuenta: todo va a cargo de mi padre. Hasta luego, chicos.

Mientras Maggie y su amigo se abrían paso por entre las mesas hasta llegar a la puerta, Ranjit entendió por qué había usado el plural. Allí estaba, solo con la tal Pru, sin la experiencia necesaria para saber qué podía esperarse de él en semejante circunstancia. Con todo, sí había visto un número suficiente de películas estadounidenses para hacerse una ligera idea.

—¿Quieres otra copa? —preguntó, en consecuencia, en tono educado.

La joven meneó la cabeza con una sonrisa, y señalando con un gesto al vaso que descansaba casi lleno frente a ella, declaró:

—Casi no he tocado la última. Además, ¿no te parece innecesario seguir bebiendo?

La respuesta era afirmativa, pero tenía que admitir que se estaba quedando sin ideas en lo tocante al siguiente paso. En las películas, aquél era el momento en que el hombre preguntaba a la mujer si quería bailar. Sin embargo, aunque en aquella cafetería hubiese habido clientes entregados a dicha actividad, el baile no era un arte que él dominara precisamente.

Pru salvó la situación diciendo:

—Me lo he pasado muy bien esta noche, Ranjit Subramanian; pero mañana me gustaría levantarme temprano para ver la ciudad. ¿Podrá pedirme un taxi el camarero?

—¡ Ah! —respondió él sorprendido—. Pero ¿no estáis en este hotel?

—Reservamos alojamiento antes de salir de Londres, y nos conformamos con lo que nos ofrecieron. Está a cinco minutos de aquí.

Ahí sí supo qué hacer, y lo hizo. Y a Pru le encantó la idea de viajar en la furgoneta del templo de su padre, pese al ligero estado de

embriaguez en que se hallaba el conductor, y se interesó por la posición del sacerdote y aun por la historia, tan extensa como atractiva, de Tirukonesvaram. Tanto fue así que no dudó en invitar a Ranjit a tomar una taza de café a fin de despejarse una vez llegados al hotel.

La agencia de viajes londinense había asignado a las dos muchachas un establecimiento destinado a la juventud, y la afluencia de integrantes de dicho colectivo hacía del vestíbulo un lugar demasiado ruidoso para conversar. Por consiguiente, Pru le ofreció subir a su habitación, en donde hablaron, sentados a muy escasa distancia el uno de la otra, y en donde semejante proximidad obró maravillas: una hora más tarde, Ranjit había perdido la virginidad... cuando menos con el otro sexo. Y le gustó Y a Pru, también; lo bastante para repetir dos veces más antes de irse, al fin, a dormir.

* * *

El sol se había elevado ya y calentaba la atmósfera cuando los despertó el ruido de una llave en la cerradura. Era Maggie, y no puede decirse que le sorprendiera encontrar a Ranjit y a Pru en una de las dos camas de que disponía la habitación. ¿Gamini? Hacía mucho que se había ido: había saltado de la cama para vestirse en un suspiro cuando llamaron de recepción para anunciar que lo esperaba su padre en el vestíbulo.

—De todos modos —añadió la recién llegada, mirando a su amiga con ojos inquisitivos—, se suponía que el primo que tenía en la embajada tu profesor de anatomía natural nos tenía que llevar a comer, y son ya las diez y cuarto.

Ranjit, que se estaba poniendo la ropa con la mayor prontitud que le era posible, tomó el comentario por una señal para hacer mutis. Lo que no supo muy bien era cómo debía despedirse de Pru, quien en esta ocasión no resultó de gran ayuda, pues, si bien le dijo adiós con un beso por demás efusivo, no supo hacerlo encajar en los compromisos que había contraído para aquel día (ni en los de ningún otro, en realidad) cuando él dio a entender tímidamente que estaría libre en caso de que necesitasen a alguien que les enseñara la ciudad.

Captó enseguida el mensaje, y besándola de nuevo, con una intensidad muy menguada en esta ocasión, se despidió de Maggie con un gesto de la mano y salió de la habitación. Una vez en la furgoneta, se

detuvo a considerar que tenía aún una semana por delante, si no más, para disfrutar de su libertad y de aquel vehículo; y aun así, dado que no había nada que lo retuviese en Colombo ni que pudiera interesarle en el resto de Sri Lanka, acabó por encogerse de hombros, y tras arrancar el motor, se dispuso a emprender el dilatado viaje que lo llevaría de vuelta a Trinco.

Una hora más tarde, se encontraba ya fuera de los confines de la ciudad, preguntándose qué iba a decir su padre cuando le devolviera tan pronto la furgoneta. Con todo, el asunto que ocupaba su atención en mayor grado era el de la señorita PruVayausteasaberelapellido y de por qué se había comportado de ese modo (mejor: de tantos modos contradictorios) durante la relación que habían mantenido, breve aunque, al menos para él, significativa en extremo. Hubo de recorrer casi treinta kilómetros de carretera antes de llegar a una respuesta satisfactoria.

Quizá «satisfactorio» no fuera el adjetivo más adecuado: estaba casi seguro de tener una explicación; pero el problema era que no le gustaba en absoluto, pues había llegado a la conclusión de que el proceder de Pru se debía más al poco tiempo que iba a permanecer en la ciudad que a ningún deseo particular de entablar una relación adulta. En consecuencia, durante la hora siguiente se le llenó el magín de pensamientos sombríos, que, no obstante, acabaron por apartarse para dar cabida a otros, pues, fueran los que fueren los que ocupaban la cabeza de Pru, lo cierto era que las cosas que había hecho con su cuerpo en el entretanto resultaban lo bastante agradables para quedar grabadas en su memoria. De hecho, Ranjit hubo de reconocer que aquélla había sido una de las experiencias más gratas e intensas de su vida. Sí: todo apuntaba a que no iba a repetirse con aquella muchacha en particular; pero ¿es que no había más mujeres en todo el planeta? Entre éstas, además, cabía incluir a algunas a las que acaso podía importarles menos lo que podían obtener de él antes de marcharse del país.

Y también, claro, a Myra de Soyza. Aquella idea se le acababa de pasar por la cabeza, y le resultó harto interesante. A modo de experimento, asignó a su imaginación la tarea de repasar los recuerdos que poseía de la noche que había pasado en la cama con Pru Loquesea y poner en su lugar a la mismísima Myra en el papel de compañía

femenina. Aunque jamás había pensado en ella de ese modo, descubrió que no era nada difícil. Tampoco era poco agradable, y sin embargo, de pronto comenzaron a asaltarle imágenes de Brian Harrigan, el experto canadiense en hoteles, y concluyó que aquella parte no tenía ninguna gracia. A regañadientes, abandonó el experimento y se obligó a centrar la atención en la carretera.

* * *

La tarde caía ya cuando llegó al fin a Trincomali. Ranjit pensó en regresar a la soledad de su cuarto; pero lo que necesitaba era alguien con quien hablar (no de Pru Sinapellido, claro: sólo hablar). Optó por probar suerte en la casa de la familia Kanakaratnam, y la tuvo.

Estaban todos dentro, aunque a través de la puerta cerrada sólo llegó a él la voz de Dot. Tiffany fue a abrir y lo invitó a pasar, y el recién llegado pudo ver a su madre sentada a la mesa y hablando por un teléfono móvil de cuya existencia nada sabía él. Al verlo en el umbral, concluyó la llamada con unas palabras apresuradas y cerró el aparato. En su gesto había algo que preocupó a Ranjit, a quien fue imposible, sin embargo, determinar si se trataba de ira o de tristeza.

—¡Qué pronto has llegado, Ranjit! Pensábamos que ibas a pasar más tiempo con tu amigo.

—Yo también —respondió él con cierta tristeza—; pero se ha torcido la cosa. De todos modos, lo he pasado bien. —No tenía intención de revelarles hasta qué punto, sino más bien de hablarles de lo interesante que era la ciudad de Colombo. Sea como fuere, la expresión de todos lo hizo callar—. ¿Ha pasado algo? —quiso saber.

Dot respondió en nombre de todos:

—George, mi marido, se ha fugado.

Semejante noticia superaba todo cuanto pudiese haber dicho él. En consecuencia, no dudó en pedir más detalles.

Al parecer, a George Kanakaratnam lo estaban trasladando, por motivos que sólo la policía debía de conocer, de una prisión a otra cuando se había producido un accidente de circulación. En él habían muerto el guardia y el conductor, pero no George, quien se había limitado a irse de allí.

—La policía de Trinco se ha pasado todo el día aquí —intervino

Harold cuando su madre calló para tomar aliento—. Dicen que mi papá puede haber escapado en barco, porque cerca de allí la carretera pasa sobre un puente que atraviesa un río muy grande.

—Pero no había sangre —añadió triunfal Rosie.

Ranjit quedó algo desconcertado, pues no acababa de imaginar cómo era posible tal cosa si había dos muertos. Fue Tiffany quien lo aclaró todo.

—Quiere decir que, dentro del autobús, sólo había sangre alrededor de los asientos delanteros. O sea, que lo más seguro es que a nuestro padre no le haya ocurrido nada.

Dot miró al joven con gesto hostil.

—Para ti, George es carne de prisión; pero ellos lo ven sólo como su padre. Y lo quieren mucho, claro —lo informó antes de adoptar un tono mucho más amigable y añadir—: ¿Quieres una taza de té? Estamos deseando saber de tu viaje.

Respondiendo al gesto, Ranjit tomó asiento, aunque no tuvo ocasión de contar su historia, ya que Tiffany no dejaba de agitar la mano para tomar la palabra, que dirigió no al convidado, sino a su madre.

—¿No deberíamos decirle lo de la carta? —preguntó.

Dot miró a Ranjit con gesto afligido.

—¡Vaya, lo siento! Hemos tenido tanto movimiento, que se me había olvidado por completo. —Y tras revolver unos instantes el montón de papeles que descansaba sobre la mesa, tomó un sobre y se lo tendió—. Lo trajo uno de los monjes. Llevaba una semana en el correo del templo, porque nadie les había dicho dónde estabas.

—Y esta mañana, cuando cayeron en la cuenta, fueron a llevártela al cuarto y no te encontraron —completó Tiffany— Mamá les dijo que la dejasen aquí, que nosotros te la daríamos.

Dot parecía incómoda.

—Sí —reconoció—. Estaba aquí la policía, y yo estaba deseando ver a todo el mundo fuera de casa…

Desistió al percatarse de que el joven había dejado de escuchar. El sobre llevaba remite del hotel que se erigía cerca de la obra de la playa. Las mismas señas figuraban en el membrete de la nota que encontró en el interior, en la que pudo leer:

Querido Ranjit:

Voy a estar aquí unos días. ¿Crees posible que nos veamos para tomar una taza de té o cualquier otra cosa?

Llevaba la firma de Myra de Soyza. Ranjit no esperó siquiera a que la señora Kanakaratnam le sirviera la bebida.

—Hasta luego —dijo mientras se encaminaba a la puerta.

No tardó más de veinte minutos en llegar al hotel. No obstante, y pese a su actitud servicial, la joven recepcionista sólo pudo decirle:

—¡Vaya! Pues la señorita De Soyza y el señor Harrigan se marcharon ayer. Creo que deben de haber regresado a Colombo.

Al volver a la furgoneta, Ranjit no pudo por menos de admitir cuánto le pesaba no haber podido verla... y cómo aborrecía la idea de que estuviera viajando con el canadiense. Deprimido, volvió conduciendo a escasa velocidad. Al llegar al cruce que debía tomar para ir a casa de los Kanakaratnam se detuvo unos instantes antes de coger el camino opuesto. En cierto modo, resultaba interesante que el marido de Dot se las hubiera arreglado para escapar de una prisión federal, y además, estaba deseando hablar a los niños del viaje, o al menos, de parte de él.

Sin embargo, aquél no era el momento más propicio, pues no tenía ganas de hablar con nadie de nada.

* * *

Se reincorporó al trabajo al día siguiente, y aunque al cuñado del capataz no le hizo la menor gracia, la alegría con que lo recibieron los hijos de los Kanakaratnam cuando fue a recogerlos le sirvió de compensación. Llegado el momento de narrar historias, les gustó tanto oír cómo habían mantenido a raya los reyes de Kandy a los invasores europeos durante tantos años (según había leído Ranjit en su ordenador a primera hora de la mañana) que no mostraron el menor interés por hablar de su padre fugado.

A la madre le ocurrió lo mismo, al menos por unos días, hasta que, una mañana, al ir a recoger a sus hijos, Ranjit hubo de cambiar de planes. Dot Kanakaratnam se hallaba sentada a la mesa, ensacando

ropa y enseres mientras las cuatro criaturas hacían sus hatillos. Al ver el gesto interrogativo del recién llegado, la mujer lo obsequió con una amplia sonrisa.

—¡Tengo buenas noticias, Ranjit! ¡Inmejorables! Unos amigos de hace mucho me han encontrado trabajo. ¡Y aquí, en Trinco! Pero está en el puerto. No estoy segura de lo que voy a tener que hacer exactamente, pero me han dicho que pagan bien ¡y que el puesto va con alojamiento incluido!

—¡Qué… maravilla! —repuso él ante la mirada expectante de ella, haciendo lo posible por complacerla. Se sorprendió preguntándose cómo era posible que no supiese de qué iba a trabajar. Sin embargo, reparando en lo desesperado de la situación de Dot, dejó a un lado todo asombro y agregó—: Y ¿cuándo empiezas?

—En cuanto lleguemos, casi. Quisiera pedirte algo, Ranjit. ¿Tienes todavía la furgoneta de tu padre? Los taxis no son baratos; ¿te importaría llevarnos al puerto?

CAPÍTULO X

La nueva vida de los Kanakaratnam

Sí que tenía aún la furgoneta, porque el sacerdote le había dicho que se la quedara para ir a trabajar. En consecuencia, podía llevarlos a todos; no sin antes, claro está, ir a informar al capataz de que podía mantener a su pariente en su puesto unas horas más. Cuando regresó a la casa de Dot, todo estaba listo, y veinte minutos después tenía a los cuatro niños chillando de emoción en la parte trasera, y a la madre, sentada a su lado, escrutando el puerto a medida que se acercaban.

Aquél no era un lugar que Ranjit hubiese frecuentado después de que se hiciera la paz en Sri Lanka. Cierto es que había en él elementos que recordaban el carácter turbulento del mundo exterior, y así, en la zona más alejada pudo distinguir las formas de tiburón de un par de submarinos nucleares, indios probablemente, y otras muchas embarcaciones semejantes. También había, por supuesto, pesqueros, y no de los de cuatro o cinco tripulantes que podían verse en cualquiera de las playas de la isla, sino buques preparados para adentrarse a cientos de kilómetros en busca de los bancos de peces que más valor poseían para el comercio, y cargueros de todo género y porte que desembarcaban mercancía, incluida o no en contenedores, o la fletaban. Ranjit tuvo ocasión de asombrarse al ver varias naves distintas por completo, pintadas de un blanco brillante, engalanadas con botes salvavidas colgados de sus pescantes y filas de portillas. ¡Vaya! ¡Volvía a haber cruceros! No pudo evitar hacerse a un lado para que los pequeños pudiesen contemplarlos. Sin embargo, en lugar de los gritos infantiles de emoción que esperaba, sólo percibió, un tanto desconcertado, los susurros que se estaban prodigando al oído los pasajeros de su vehículo.

Dot no tenía intención alguna de retrasarse.

—Tranquilizaos —ordenó a sus hijos, y dirigiéndose a Ranjit, se justificó con estas palabras—: Me gustaría llegar lo antes posible. ¿Ves la tienda de recuerdos que hay al lado de donde están amarrados aquellos barcos blancos? Pues creo que es allí.

Se refería a un quiosquillo desvencijado y no muy concurrido. Algunos turistas de edad avanzada, vestidos con pantalón corto de colores vivos y camisas de estilo Hawaiano, estudiaban sin demasiado entusiasmo las tarjetas postales y las estatuillas de plástico con forma de elefante que se exhibían en el establecimiento. Sin embargo, Dot insistió en que la llevase allí con niños y todo, y lo tranquilizó diciendo:

—Sí, sí: es aquí. Nuestros amigos vendrán a recogernos. Ranjit, deberías irte —añadió, arrojándose de súbito a sus brazos—. Los niños te van a echar mucho de menos, y yo también.

Uno a uno, los pequeños se despidieron de él con un abrazo, y al alejarse con la furgoneta, el joven los vio llorar. Él no derramó una sola lágrima, claro: era un hombre hecho y derecho, y había gente delante.

* * *

No se dio prisa alguna en regresar a su puesto de trabajo de la playa, en el que jamás iba a poder volver a disfrutar de la diversión que le proporcionaban aquellas criaturas. Cerca de allí había cuatro o cinco restaurantes no muy grandes y cafeterías destinados al pasaje de los cruceros. Aparcó cerca del más pasable de todos a fin de tomar una taza de té y se sentó un rato a meditar con qué rapidez son capaces de ganarse el corazón de uno los niños chicos.

También reparó en lo extraño que resultaba que Dot, conociendo detalles como, por ejemplo, que gozaría de sueldo y alojamiento en caso de aceptar el trabajo, no supiese en qué consistía éste; y semejante idea lo hizo dudar de que la señora Kanakaratnam le hubiese dicho toda la verdad. Aun así, no tardó en descartar toda sospecha, pues ¿qué motivo podía tener para andarse con secretos con él?

Al salir del establecimiento, no pudo evitar lanzar una breve mirada al lugar en el que los había dejado: ya no estaban allí. En consecuencia, despidiéndose de ellos mentalmente y deseándoles mucha suerte, recorrió sin prisa la bahía montado en su vehículo. Pasó

cerca de un buque de carga de escaso porte y olor agradable que transportaba canela destinada a la exportación y se hallaba amarrado a escasa distancia de uno mayor procedente de Singapur, que en aquel instante desembarcaba contenedores en los que viajaban (adivinarlo no era difícil) coches, ordenadores y electrodomésticos llegados de las fábricas chinas. A su lado descansaban los diversos cruceros, mucho más desarreglados, vistos de cerca, de lo que le habían parecido en un primer momento. En torno a los pasamanos de las cubiertas superiores paseaba ocioso un grupo de pasajeros que no debían de tener el menor interés en bajar a visitar el peñón de Svāmi ni el templo de su padre. Uno de ellos era una niña pequeña que agitaba el brazo con júbilo en dirección a él...

¡No: no era una niña cualquiera! ¡Era la menuda Betsy Kanakaratnam! Corriendo a su encuentro, al parecer con intención de reprenderla, vio a su hermana mayor, Tiffany, y a pocos metros de ella, al único varón de los hijos de Dot asiendo la mano de un hombre morenote y achaparrado. ¿Sería tal vez Kirthis Kanakaratnam? No podía ser otro. Tiffany lo estaba llamando y arrastraba a la más pequeña en dirección a él.

El hombre inclinó la cabeza en actitud pensativa antes de darse la vuelta en dirección a Ranjit, que se había asomado a la ventanilla de la furgoneta, y exhibiendo una amplia sonrisa, le indicó con un gesto algo que no era difícil de entender: lo estaba invitando a subir a bordo después de dejar el vehículo en el aparcamiento situado a no mucha distancia de allí, que señaló con el dedo antes de dirigirlo hacia sí mismo y hacia la pasarela tendida entre el barco y el muelle. El joven no lo dudó, y tras llegar al estacionamiento, apagó el motor, cerró con un portazo la furgoneta y echó a correr en dirección a cubierta.

Mientras accedía a bordo, pudo comprobar que la embarcación no era, sin lugar a dudas, uno de los gigantes de cincuenta mil toneladas que recorrían el Caribe y las islas griegas, sino un buque mucho más pequeño y sucio que, a juzgar por los desconchones, estaba pidiendo a gritos una mano de pintura. En el extremo de la pasarela había un hombre voluminoso de barba morena y uniforme naval de color blanco ante un lector de tarjetas y una portezuela. A su lado se encontraba el presunto George Kanakaratnam, quien, tras decir algo al oído del primero, se dirigió a Ranjit en tono cordial diciendo:

—¡Suba a bordo, suba a bordo! Es un placer conocerle, señor Subramanian. Los niños cuentan tantas cosas de usted... Por aquí, por favor. Vamos a bajar a hablar con Dot, para que pueda ver qué camarote más hermoso tienen los pequeños para ellos solos. Me están pagando muy bien, y parece que al final también han dado con algo para Dot. ¡Nunca habíamos tenido un golpe de suerte como éste!

—Bueno —respondió Ranjit—, yo diría que le ha sonreído la fortuna...

Kanakaratnam no tenía intención de dejar que lo interrumpiese, sobre todo con ambigüedades que bien podían hacer alusión a su fuga.

—¡Diga usted que sí! ¡Y ella también va a tener un buen sueldo! Ahora hay que bajar por aquí...

Después de atravesar otro pasillo y bajar más escaleras sin que Kirthis (o George) Kanakaratnam dejase de ponderar la suerte que estaba teniendo su familia ni de hacer hincapié en el cariño que profesaban sus retoños a Ranjit Subramanian, atravesaron siete u ocho puertas, diseñadas para cerrarse de manera inexorable en caso de emergencia y marcadas en su mayoría con carteles de PROHIBIDO EL PASO, hasta que, por fin, llegaron ante una de aspecto bien diferente, ante la que se detuvo el guía para llamar con los nudillos. La abrió un hombre alto con barbas.

—Es de Somalia —informó a Ranjit—. Todos tienen este aspecto.

Hizo un gesto con la cabeza a aquel hombre, que contestó con otro movimiento, y entonces, adoptando un tono muy diferente, Kanakaratnam añadió:

—Siéntese. Va a tener que pasar aquí un día o dos. Ni se le ocurra hacer ruido o tratar de huir, porque, de hacerlo, lo matará nuestro amigo.

Dicho esto, hizo una indicación al somalí, quien evidentemente sabía bien lo que estaba ocurriendo, pues dio unos golpecitos al cuchillo de hoja ancha que llevaba al cinto.

—¿Lo ha entendido? —preguntó Kanakaratnam—. Ni un ruido, y no intente escapar. Espere aquí hasta que le digan que puede marcharse. Si se porta bien, podrá disfrutar de una travesía interesante... en cuanto nos hagamos con el barco.

CAPÍTULO XI

La vida pirata

Hubo de pasar más tiempo del que había dado a entender Kanakaratnam antes de la liberación de Ranjit. Tanto que tuvo ocasión de recibir comida (de no poca calidad, todo sea dicho, pues no en vano se encontraban a bordo de un crucero) varias veces, y al menos en dos ocasiones se quedó dormido, pese al desasosiego, en el duro catre que había pegado al mamparo. El somalí lo dejó solo más de una vez, aunque siempre tuvo cuidado de echar la llave tras salir. El joven se lo pensó mucho antes de arriesgarse a tentar la puerta, para comprobar, al cabo, que se hallaba cerrada a cal y canto. Kanakaratnam se asomó en un par de ocasiones, a hacer visitas de cortesía, al parecer. No opuso reparo alguno a la hora de ponerlo al corriente de cuanto estaba ocurriendo en cada instante. El segundo día, los piratas (pues no otro término empleó el propio prófugo) asaltaron el puente de mando y, tras desarmar a los integrantes de la tripulación que aún no se habían aliado a ellos, anunciaron que el buque iba a mudar el rumbo para poner la proa al puerto de Bosaso, sito, en efecto, en Somalia. Antes de que él pudiese salir de su confinamiento, saquearon cuanto había de valor en la caja fuerte de la embarcación y los objetos que podían transportarse con facilidad de los camarotes de los pasajeros, a quienes se hizo saber que regresarían a sus hogares en breve e ilesos, siempre que sus familiares o amigos abonasen el rescate pertinente.

—Te sorprendería —apostilló Kanakaratnam— lo que están dispuestos a pagar algunos por su abuela.

En cuanto a la nave, si lograban atracar sanos y salvos en Somalia, una mano de pintura y algún que otro documento falso bien amañado la trocarían en un artículo con no poca salida en el mercado.

Todo parecía seguir un plan metódico. De hecho, tal como le explicó Kanakaratnam, no difería mucho de cualquier otra empresa comercial. Desde los albores del siglo XXI, la piratería se había convertido en un negocio muy fructífero que contaba con sus propias casas de corretaje dispuestas a cobrar rescates y hacerlos llegar a quienes los imponían, a cambio de lo cual garantizaban el regreso seguro de los secuestrados.

—No exagero —confió satisfecho a Ranjit su captor—: lo de que me cazara este junco robado ha sido lo mejor que me ha pasado nunca. Parece que el tipo que compartía celda conmigo en Batticaloa estaba en el ajo, aunque lo cogieron preso por otra cosa. El caso es que me habló de esto; así que cuando vi la oportunidad de poner pies en polvorosa, tuve claro adonde tenía que ir.

Hasta la piratería metódica tenía, claro, sus elementos desagradables. Ranjit no dudaba de que uno de ellos debía de ser la eliminación de todo tripulante que se resistiera con demasiado empeño (el silencio que guardó Kanakaratnam cuando le preguntó al respecto constituyó para el joven una respuesta harto elocuente).

Cuando Kanakaratnam le comunicó que había culminado la toma y podía salir a cubierta, Ranjit supo que había habido, cuando menos, un capítulo desagradable, provocado por el sentido del deber excesivo de que había dado muestras el capitán al negarse a entregar las llaves de la caja fuerte. El problema, claro está, había quedado resuelto de inmediato: los piratas lo habían fusilado en la pista destinada a jugar al tejo para luego ascender al primer oficial, quien había demostrado estar mucho más dispuesto a colaborar. Este fue quien tomó lo que tanto codiciaban del bolsillo del difunto para ofrecerlo a los captores.

* * *

Ranjit nunca había tenido la oportunidad de navegar en un crucero, y pese a lo infausto de las circunstancias, aquél ofrecía comodidades absurdas de todo género. Disponía de piscina en la cubierta superior (si bien apenas podía usarse cuando había cierto oleaje, cosa que ocurría casi siempre). En la cocina se elaboraban platos de no poca calidad, aun cuando parte del comedor estuviese ocupada por los pasajeros legítimos, agrupados con gesto abatido ante los fusiles de asalto de los

piratas que los vigilaban. El casino estaba cerrado, pero eso poco importaba, ya que los turistas ya se habían visto despojados del dinero contante y las tarjetas de crédito que podían haber empleado para jugar. Las cafeterías también estaban clausuradas, y en el salón tampoco había espectáculos nocturnos; pero en los televisores de los camarotes podían verse películas a la carta, y el tiempo era agradable.

Demasiado moderado, al parecer de Kanakaratnam.

—Preferiría que hubiese más nubes —señaló—. Uno no sabe cuántos ojos puede haber mirándonos. Me refiero a los satélites —aclaró al ver el gesto de desconcierto del muchacho—. Ya sé que no van a prestar demasiada atención a una bañera vieja y oxidada como ésta; pero nunca puede uno fiarse... ¡Ah! —añadió al recordar que tenía un recado para él—: Tiffany te está buscando. Quiere saber si puedes echarle una mano con los niños en la cubierta superior.

—¿Por qué no? —respondió en tono conforme, aunque en realidad estaba deseando volver a ver a sus cuatro compañeros de juegos.

Se sentía desdichado, ¿a qué negarlo? Sin embargo, hacía cuanto podía por ocultarlo. Cuando subió la escalera para encontrarse con la luz tropical que regaba la cubierta, no pudo evitar lanzar un vistazo rápido al firmamento. Huelga decir que no alcanzó a ver ninguno de los ojos que lo poblaban, y de hecho, no había esperado ser capaz de vislumbrarlos; pero tampoco podía por menos de preguntarse a quién podían pertenecer los que debían de estar mirando la embarcación en aquel momento...

Por supuesto, no tenía la menor idea de que algunos de ellos ni siquiera guardaban el menor parecido con los humanos.

Entre los pasajeros del crucero resultó haber una veintena de criaturas, de edades comprendidas entre los seis o los siete años y los catorce, más o menos. La mayoría era capaz de hablar una lengua razonablemente aproximada al inglés, y lo que Tiffany quería de él, claro está, era que les contase historias que los ayudaran a olvidar la visión del cadáver del capitán, que había quedado expuesto durante todo el día en la pista del juego del tejo.

Semejante cometido resultó ser más peliagudo de lo que había pensado en un principio, pues un par de los de diez años no dejaban de llorar, y de los otros, había varios que daban la impresión de ser incapaces de apartar la vista de los piratas que, fusil en mano,

patrullaban la cubierta. También es cierto que Ranjit se lo puso aún más difícil al descartar el método de multiplicar usado por los campesinos rusos, un truco sencillo que nunca fallaba, y optar por enseñar a los pequeños a contar con los dedos según el cómputo binario.

No fue ningún éxito. Saltaba a la vista que ninguno de ellos había oído hablar de los números binarios, y cuando Ranjit les informó de que, si para decir que se poseía una unidad de algo en binario, sólo había que escribir el número uno de siempre, conocido por todos; para representar el dos era necesario recurrir a un uno y un cero, y para el tres, a un uno y un uno, el rostro de todos hizo palpable que nadie lo estaba entendiendo.

—Ahora —anunció a continuación sin arredrarse— llegamos a la parte de contar con los dedos. —Y alzando las dos manos, prosiguió—: Lo que tenéis que hacer es pensar que cada uno de vuestros dedos representa una cifra. Sólo pueden ser unos o ceros, porque es lo único que podemos usar en la aritmética binaria. Cuando están encogidos —y al decir esto cerró las manos—, cada dedo es un cero. Mirad esto. —Colocó los dos puños sobre el tablero de la mesa que tenía ante sí—. En el sistema binario, estos diez dedos encogidos representan el número cero cero cero cero cero cero cero cero cero cero; o dicho de otro modo, el número que representan estos diez ceros es el cero, porque, por más ceros que escribamos, siempre serán cero.

Entonces desplegó los dedos de las dos manos.

—Ahora los tenemos aquí todos, y representan el número binario uno uno uno uno uno uno uno uno uno uno. Para buscar el equivalente decimal, tenemos que escribir un uno por el último de la serie y sumarle un dos del anterior, un cuatro del anterior a éste... y así, doblando la cantidad, hasta llegar al quinientos doce correspondiente al número uno del final de la mano izquierda. Por lo tanto, nos queda...

Comenzó a hacer la suma con un lápiz de color en un papel:

1
2
4
8
16

32
64
128
256
+512

—Que sumado nos da:

1.023

»¡Lo que quiere decir que habéis contado con los dedos hasta mil veintitrés!

Ranjit se paró a recorrer con la mirada a su auditorio, y comprobó que no había logrado el efecto deseado. El número de los que lloraban se había elevado a cuatro o cinco, y la expresión que se traslucía en el rostro de los demás iba de la simple confusión al desconcierto resentido. A continuación, poco a poco, comenzaron a formularse preguntas.

—¿Quieres decir que...?

—Un momento, Ranjit. ¿Estás diciendo...?

Y por fin, se oyó un gratificante:

—Vamos a ver si lo he entendido. Supongamos que estamos contando peces. En ese caso, lo que significa el número uno de un extremo de la mano derecha es que tenemos un pez; el de al lado, que tenemos un montón con dos, y más allá, otro con cuatro, otro con ocho... y así hasta el montón que representa el número uno del otro extremo, el que tiene quinientos doce peces. Así, si juntamos todos los montones, tenemos mil veintitrés peces. ¿Es eso?

—Sí —confirmó el joven, satisfecho a su pesar; satisfecho a pesar de que los únicos niños que habían sido capaces de responder siquiera hubiesen sido los hijos de Dot y Kirthis Kanakaratnam, y de que la única que lo había entendido de veras hubiera sido, por descontado, Tiffany

Al propio cabeza de familia no pareció importarle demasiado la indiferencia con la que había sido recibida su exposición, tal como hizo patente cuando, al unirse a él para comer (el menú ofrecía dos clases de sopa, tres ensaladas distintas y al menos media docena de entrantes),

comentó en tono de aprobación:

—Lo has hecho muy bien hoy.

Aunque no dijo a qué se refería, Ranjit, que también había visto fugazmente el cadáver acribillado del capitán tendido sobre cubierta, pudo hacerse una idea.

Al regresar a su lado, una hora más tarde, Kanakaratnam fue más explícito:

—Tienes que seguir demostrando a mis amigos que estás colaborando con nosotros —comunicó al muchacho—. Hay quien ha estado preguntando... Te cuento de qué va el asunto: necesitamos obtener información de cada uno de los pasajeros... para saber en cuánto podemos fijar el rescate... Y casi ninguno de nosotros habla ningún idioma que puedan entender ellos. Ahí es donde tú puedes echar una mano. ¿Podrás?

Si el tono de la última frase podía hacer pensar en una pregunta, lo cierto es que la realidad de la situación a que se enfrentaba el joven hacía evidente que no lo era. Persuadido de que sólo podía soñar con sobrevivir si resultaba útil a los piratas, pasó parte de los dos días siguientes interrogando a parejas de ancianos (aterrorizados algunas veces, y beligerantes las más) acerca de sus cuentas bancarias, sus pensiones, sus posesiones inmobiliarias y la existencia de algún familiar acaudalado. Sin embargo, aquello sólo duró un par de días, hasta que sobrevinieron las complicaciones.

* * *

Aún no había amanecido cuando lo despertó un cambio en la intensidad del ruido de la nave, cuando los motores dejaron de emitir el lánguido kérplum, kérplum, que tan confortador se había vuelto, para trocarse en un frenético ¡begabega!, ¡begabega! Y aún más sonoro resultaba el griterío procedente del pasillo que desembocaba en su compartimento. Al asomarse, vio a los integrantes de la tripulación original buscando al trote las salidas. Cada uno de ellos acarreaba dos o tres maletas, birladas, a ojos vista, de los camarotes de los pasajeros y repletas (a Ranjit no le cabía la menor duda de ello) de las pertenencias robadas a éstos. Las más de las voces provenían de uno de los piratas, que urgía a la dotación a darse prisa con el extremo de un cabo. Él y

sus compañeros parecían furiosos y preocupados, en tanto que los que habían tripulado la embarcación en un principio se mostraban muertos de miedo.

Una vez más, Ranjit pensó que lo mejor sería hacer ver que podía ser de utilidad. En consecuencia, anduvo en sentido contrario a los marineros hasta llegar al hueco de una de las escaleras, por la que caían bolsas robadas que lanzaban otros tripulantes. A punto estaba de coger dos de ellas para llevárselas cuando oyó una voz infantil que lo llamaba, y al alzar la vista, vio a Dot Kanakaratnam y sus hijos bajando en dirección a él. Todos, incluida Betsy, la más pequeña, llevaban consigo parte del botín, y Tiffany iba cargada de información. Hacía una hora o dos que uno de los piratas había divisado por la popa, a una distancia considerable, lo que parecían luces de otro barco.

—Pero el radar no ha detectado nada —aseveró la niña con excitación—. Sabes lo que significa, ¿no?

Aunque lo ignoraba, Ranjit supo aventurar una suposición decente:

—¿Un barco con sistema antirradar?

—¡Eso mismo! Nos persigue un destructor o algo así, y eso quiere decir que se acabaron las esperanzas de llegar a Somalia. O sea, que vamos a tener que varar el buque en algún lugar (la India o el Pakistán, sospecho) y después desaparecer en un bosque. En el puente de mando están intentando conseguir por radio la ayuda de alguna de las bandas locales.

—¿Y por qué iba a querer ayudarnos ninguna cuadrilla de ladrones cuando tiene la posibilidad de arrebatarnos, sin más, el botín? —quiso saber él.

Pero los niños ni siquiera trataron de responder, y Dot se limitó a decir:

—Venga; vamos a bajar lo que podamos a la salida.

* * *

Una vez transportado a la cubierta B cuanto valía la pena robar, no quedó nada de utilidad que pudiesen hacer los piratas. La mayor parte de ellos subió a una de las cubiertas exteriores y se ocupó en otear el horizonte con desasosiego en busca de algún rastro de aquellos

persecutores invisibles a los aparatos de detección, o con mayor intranquilidad aún, de algún lugar en que embarrancar la nave.

En realidad, en los alrededores había poca cosa que ver aparte de agua. Desde luego, si desde el buque se avistaba punta de tierra o embarcación algunas, Ranjit era incapaz de percibirlas. En torno al mediodía, cansado de aquel pasatiempo, bajó a buscar algo que comer y regresó a su catre, en donde se quedó dormido tras unos minutos.

Volvió a despertarlo un violento chirrido metálico acompañado de una sacudida que a punto estuvo de lanzarlo al suelo y que le hizo ver que habían arribado a su destino.

El barco quedó quieto al fin, si bien con una inclinación de media docena de grados respecto de la vertical. Ranjit miró a su alrededor a fin de asegurarse de que no había nada que hubiese de tomar consigo y a continuación, aferrándose a la barandilla de seguridad, se abrió camino en dirección al portalón de salida. Casi todo el botín se hallaba ya desembarcado y a merced de las lengüetadas de las modestas olas del mar que tenían a sus espaldas. La mayoría de los ocupantes de la nave (piratas, pasajeros y tripulantes por igual) se encontraba también en tierra. Algunos de los piratas instaban con no mucha cortesía a la dotación y al pasaje a trasladar las maletas mojadas más allá de la marca de pleamar.

Ranjit recorrió con la vista los alrededores, y no dando con ser humano alguno en la orilla, saltó a aquellas aguas cálidas que apenas cubrían hasta la pantorrilla.

Aquella costa estuvo poblada, en otro tiempo, por habitantes que habían dejado en ella signos inconfundibles de su presencia. Se trataba de una de las playas desiertas del océano Índico que se habían empleado otrora para desguazar barcos de un modo poco costoso y menos seguro aún. El lugar hedía a petróleo y herrumbre, y a lo largo de la orilla podían verse fragmentos de cascos antiguos o de muebles desechados de embarcaciones: sillas, catres y mesas demasiado destrozadas para que valiese la pena retirarlas. De lo que no había rastro alguno (si bien Ranjit sabía que los había habido en algún momento del pasado) era de los hombres a los que la pobreza extrema había llevado a asumir el oficio de despedazar los vientres de aquellos buques y separar las piezas de los motores susceptibles de ser vendidas; hombres que la mitad de las veces habían muerto en aquellas

arenas por causa de las sustancias tóxicas que habrían convertido semejante ocupación en algo demasiado caro en cualquier costa algo más vigilada. Lo que no podía siquiera suponer era qué cantidad de sustancias venenosas y agentes carcinógenos podían seguir impregnando la tierra y el agua que lo rodeaban.

Sea como fuere, no ignoraba que el mejor modo de arrostrar aquel problema consistía en salir de aquel lugar tan pronto le fuera posible. Aun así, no parecía haber modo alguno recomendable de hacer tal cosa. Si las bandas locales tenían intención de brindar alguna ayuda, lo cierto era que no habían dado signos de ello. O quizá sí: creyó ver barruntos de una sombra medio oculta entre la maleza, aunque al mirar de nuevo, comprobó que había desaparecido.

Caminando a duras penas a sus espaldas, Dot Kanakaratnam hacía cuanto estaba en sus manos por asir a la vez las manitas de sus cuatro hijos sin soltar las bolsas del botín. Al final, desistió y optó por tender una de éstas a Ranjit.

—Toma —dijo—: son las mudas de George. No las sueltes hasta que aparezca. Yo voy a sacar a las criaturas del agua.

Sin esperar a su asentimiento, se aferró a los niños y avanzó arrastrando los pies por aquellas arenas cálidas hasta llegar a la marca de la pleamar, en donde se alzó para mirar a su alrededor en busca de su esposo. Ranjit se encontró convertido de súbito en blanco de uno de los piratas, que agitaba su arma en dirección a un grupo de los tripulantes apresados al tiempo que le gritaba, sin lugar a dudas, a él. Y aunque no estaba seguro de lo que le ordenaba, pensó que era difícil que fuese algo que él pudiese desear hacer. En consecuencia, inclinó la cabeza en señal de aprobación y, dando media vuelta, echó a correr con todas sus fuerzas para ocultarse tras la popa de la embarcación varada. No se detuvo hasta quedar fuera de la vista del pirata.

Y fue en ese preciso instante cuando oyó un ululato distante y lúgubre, un sonido espeluznante que, sin ser precisamente musical, hacía pensar en la banda sonora que, en una película de terror, acompaña el momento en que los muertos vivientes salen de sus ataúdes. Tampoco fue él el único que lo percibió: uno de los piratas que se habían dejado caer en la arena, resollando por el esfuerzo realizado, se incorporó para escrutar el lugar con mirada perpleja. Siguieron su ejemplo un compañero y un par de tripulantes, que, sentados o de pie,

trataban de localizar la procedencia de aquel sonido.

Fue entonces cuando Ranjit los descubrió. Una hilera de aeronaves lejanas que se aproximaba a ellos desde el mar: helicópteros, una docena al menos, equipados con curiosos discos con forma de plato hondo que giraban cada vez que los aparatos mudaban el rumbo, de tal modo que jamás dejaban de apuntar a los de la playa. El ruido se hizo más potente; cada vez más.

* * *

Pese a la notable longevidad que estaba destinado a alcanzar, Ranjit Subramanian no iba a poder olvidar jamás lo que ocurrió ese día en aquella playa. Cierto es que los días que lo siguieron fueron aún peores; pero los momentos aterradores y degradantes que vivió bajo la colosal descarga acústica de los helicópteros superaba cuanto podía estar dispuesto a soportar cualquiera de los presentes. Él no se había visto nunca expuesto a las consecuencias, punto menos que mortíferas, de las fuerzas de asalto modernas, ni tenía la más remota idea de lo que podía ocurrir cuando el sonido era lo bastante atronador para bloquear el cerebro. En ese caso, el que más sufría era el estómago, pues se soltaban los intestinos y el afectado comenzaba a vomitar con profusión entre dolores implacables.

Lo cierto, además, es que el ataque sí tuvo algo de mortífero, por cuanto hubo al menos dos piratas que lograron sobreponerse al sufrimiento lo suficiente para disparar varias ráfagas con los fusiles de asalto. Y Ranjit tuvo la mala suerte de que uno de ellos fuese Kirthis Kanakaratnam. Craso error: los helicópteros tenían dos portezuelas abiertas, ocupadas respectivamente por un artillero con ametralladora y por otro, no menos letal, armado con un lanzagranadas; de modo que ninguno de los piratas alcanzó a disparar su arma más de un minuto.

En cuanto a los demás seres que observaban desde el firmamento, cabe decir que quedaron desconcertados por el incidente. Incluso los eneápodos, que ya habían visto antes tiroteos humanos. Constituían, como hemos visto, la única raza satélite a la que los grandes de la galaxia habían alentado a desarrollar sus habilidades lingüísticas, y tenían por misión principal la de hacer saber a sus señores cuanto se decían aquellos humanos. Sin embargo, éstos conformaban una especie

imposible de espiar durante mucho tiempo sin topar con violencia. Los eneápodos habían podido figurarse lo que iba a ocurrir: al identificar una embarcación de superficie cargada de armamento químico explosivo siguiendo sin prisa las aguas de otra en apariencia desarmada, habían dado por supuesto que estaban a punto de asistir a otra carnicería humana. Hasta habían llegado a preguntarse si valdría la pena quedarse para contemplar una muestra más de semejantes homicidios.

De hecho, fue para ellos una sorpresa que muriese un número tan escaso de los seres humanos de la playa por haber traspasado sus tegumentos los proyectiles procedentes de las aeronaves. Reconocieron la naturaleza tosca del armamento que montaban los helicópteros (el mecanismo de aire comprimido, el cañón de vórtice toroidal y el resto) porque lo habían visto con anterioridad. Después de todo, eran pocas las armas de los humanos que no hubiesen empleado, una y otra vez, otras razas en distintos lugares de la galaxia y en otras épocas, y no ignoraban, pues conocían la historia de otras especies que se habían servido de instrumentos similares en el dilatado pasado galáctico, el efecto desagradable y debilitador que podían tener sobre un indefenso cuerpo animal.

Lo que desconcertaba a los eneápodos era que aquellos seres primitivos prefiriesen usar aquellas armas en lugar de su arsenal habitual de objetos penetrantes propulsados por agentes explosivos, que acarreaban consecuencias aún más destructivas a los cuerpos orgánicos. Cuando finalizó el encuentro de la playa, los eneápodos encargados de tomar las decisiones hubieron de pasar no pocos minutos debatiendo acerca de si debían informar de cuanto habían visto. Al final, optaron por comunicarlo por extenso y con gran exactitud, y dejar que los grandes de la galaxia decidiesen si tenía o no relevancia. Eso sí: trataron de permitirse cierto margen de acción por medio del título que asignaron al informe: «Ejemplo de choque anómalo».

CAPÍTULO XII

El Juicio

Ranjit, en realidad, no vio gran cosa del derramamiento de sangre, pues se hallaba enfrascado por entero en las dificultades, tan desagradables como humillantes, que le habían sobrevenido. Amén de hacer que se sintiera como si hubiese recorrido su aparato digestivo una piara de cerdos furiosos, los dispositivos subsónicos lo habían llevado (tal como pretendían) a hacerse encima con profusión, proceso que no había vuelto a repetirse desde su primera infancia y cuyo carácter repugnante había olvidado ya.

Se las compuso para despojarse de la ropa manchada y anduvo tambaleante hasta introducirse en la calidez de las olas, en donde se restregó el cuerpo con las prendas que habían quedado menos sucias hasta dejarlo casi limpio. Entonces, siguió el plan que había trazado: saqueó la bolsa de ropa de George Kanakaratnam que le había dado Dot, y aunque no había zapatos y había resuelto no ponerse los calzoncillos de otro hombre, encontró en ella cuanto necesitaba por lo demás: pantalones, jerséis... y hasta calcetines gruesos de lana con los que esperaba poder protegerse los pies de las aristas de las piedras que poblaban la playa. Acto seguido, salió de su escondite para evaluar la situación.

El conjunto tenía un aspecto terrible y olía peor aún. Los helicópteros habían aterrizado, posicionándose de manera conveniente, y de ellos habían surgido cuando menos un centenar de soldados armados, indios o paquistaníes, en su opinión, aunque no conocía lo bastante ninguno de los dos estados para determinar a cuál de ellos debían de pertenecer. Fueran de donde fueren, lo cierto es que habían reunido con eficiencia a los antiguos ocupantes del crucero en cuatro grupos diferentes. Dos de ellos estaban conformados por el pasaje

masculino y el femenino, delimitados por ringleras de sábanas extendidas a la carrera a lo largo de la orilla. Media docena de militares ofrecían toallas y mantas a los turistas, que se habían aseado a voluntad. Ranjit advirtió que los que ayudaban al sector femenino eran mujeres, por más que los uniformes y las armas hiciesen difícil su adscripción a uno u otro sexo.

Unos veinte metros más allá, siguiendo la costa, podían verse dos o tres decenas de hombres y mujeres, sin custodia alguna, haciendo también cuanto estaba en sus manos por lavarse. Aunque no tenían a nadie que les tendiese toallas, los soldados habían colocado un montón de ellas sobre la arena para que se sirvieran. Ranjit los identificó como tripulantes a partir de los pocos a los que pudo reconocer, aunque no le habría costado hacerlo de todos modos por la expresión de alivio y entusiasmo que asomaba al rostro de aquellas almas que habían visto la salvación en el último instante.

Había aún otro grupo a cuyos integrantes no habían permitido lavarse ni cambiarse de ropa. Se hallaban tendidos boca abajo, con los dedos de las manos entrelazados sobre la cabeza, y los vigilaban tres o cuatro militares listos para disparar de ser necesario. No cabía dudar de quiénes eran los que lo conformaban. Ranjit examinó las formas postradas; pero si entre ellas se contaba alguno de los Kanakaratnam, le fue imposible reconocerlo por la espalda. Asimismo, ninguno de ellos parecía lo bastante bajito para ser ninguno de los más pequeños de la familia.

Uno de los soldados que los supervisaba reparó en él y le gritó algo que él no logró entender mientras agitaba el rifle de un modo muy elocuente. El joven consideró evidente que el hecho de hallarse solo debía de haber provocado no poco recelo en el militar.

—De acuerdo —respondió alzando la voz, con la esperanza de creer saber a qué estaba asintiendo, y recorrió el lugar con la mirada a fin de hacerse una idea de las opciones que se le ofrecían.

Aun cuando no resultaba fácil determinar a qué grupo pertenecía en realidad, saltaba a la vista que quienes mejor trato estaban recibiendo eran los antiguos pasajeros, y en consecuencia, no dudó en hacer un breve saludo al soldado y caminar en dirección a los que hacían cola para conseguir prendas limpias en el lado de los hombres y sumarse a ellos, haciendo una discreta cortesía al vejete que aguardaba

delante de él.

Éste, sin embargo, en lugar de corresponder al gesto, abrió la boca y atrajo con un grito la atención de los soldados. Entonces, cuando llegaron a su lado dos de ellos, les comunicó a voz en cuello:

—¡Éste no es del pasaje! ¡Es uno de ellos! Él fue el que intentó que le dijese cuánto iban a estar dispuestos a pagar mis hijos por mi rescate.

Por ese motivo, instantes después, Ranjit se encontraba tumbado boca abajo con las manos en la cabeza entre dos de los piratas más corpulentos y hediondos, pues no habían tenido la ocasión de limpiarse. Y allí, en semejante postura, habría de pasar horas enteras. No puede decirse que en su transcurso no ocurriera nada, pues durante la primera aprendió dos cosas importantes. En primer lugar, que no debía alzar la cabeza lo suficiente para tratar de localizar a los Kanakaratnam, pues al hacerlo, había recibido un porrazo poco más arriba de la oreja izquierda, al tiempo que el autor del golpe le espetaba:

—¡No te muevas!

El dolor fue como el estampido del rayo.

Lo segundo que aprendió fue que no era conveniente intentar recabar información de quienes se hallaban a su lado. Aquella acción lo hizo merecedor de una patada en la última costilla derecha. El dolor fue indescriptible, y el autor del puntapié, un soldado, claro está, que sin lugar a dudas debía de llevar calzado militar con refuerzo de acero.

* * *

Dos horas más tarde, cuando el sol tropical se había elevado en el firmamento y Ranjit comenzaba a tener la sensación de que los estaban asando vivos, sucedió algo. Llegó al lugar una segunda flota de helicópteros, de mayor porte y aspecto mucho más confortable que los primeros, para embarcar de inmediato a todos los pasajeros, junto con las posesiones que se habían recuperado, y transportarlos a un lugar más agradable, sin lugar a dudas, que aquél. Una hora después, aproximadamente, llegó a ellos el sonido de potentes motores por entre la maleza, e irrumpieron en la arena un par de camiones de remolque descubierto a fin de trasladar a la dotación rescatada. Más tarde aún (mucho más, pues el sol había dejado ya a medio cocer a los indefensos

piratas, entre quienes se hallaba incluido plenamente Ranjit), fue el turno de los detenidos. De nuevo se eligieron helicópteros para recogerlos, aunque los de esta ocasión, grandes también, no daban la impresión de ser tan cómodos. No costaba adivinar que quien se hallaba al mando era el militar del uniforme cargado de adornos metálicos en éste y la gorra que llegó en su propia aeronave y para el que dispusieron los otros soldados una silla y una mesa antes de que él tuviese tiempo de salir del vehículo. Cumple precisar, para ser fieles a la verdad, que la tribuna desde la que debía administrar justicia consistía, más bien, en una caja volcada.

Uno a uno, los acusados recibieron órdenes de ponerse en pie y responder a las preguntas del oficial. Ranjit no pudo oír éstas ni las contestaciones que daban los piratas, aunque el dictamen que recibía cada uno se pronunciaba en voz lo bastante clara para que llegase a oídos de todos:

—A la prisión central de Rawalpindi —dijo al primero, y lo volvió a repetir ante el segundo y el tercero—: A la prisión central de Rawalpindi.

Fue entonces cuando Ranjit hubo de comparecer ante aquel ministro de justicia. Aprovechó los instantes que mediaron entre el momento de levantarse y el de presentarse ante el militar para buscar con apresuramiento algún indicio de los niños entre los piratas; pero fue incapaz de identificarlos entre los presentes. Una vez ante el oficial, no se atrevió a seguir mirando. El interrogatorio fue breve. El juez escuchó lo que tenía que decirle al oído otro de los soldados.

—Dígame su nombre —pidió a continuación al joven, quien comprobó agradecido que el inquisidor hablaba inglés.

—Me llamo Ranjit Subramanian y soy hijo de Ganesh Subramanian, superior del templo de Tirukonesvaram, situado en la ciudad ceilanesa de Trincomali. Y no me cuento entre los piratas…

—¡Espere! —lo detuvo el oficial, y tras decir algo inaudible a su ayudante, recibió de él una respuesta no mucho más perceptible. Entonces, meditó en silencio unos instantes e, inclinándose hacia delante para acercar la cabeza al reo, inspiró profundamente antes de asentir con la cabeza.

Ranjit había pasado con éxito la prueba del olor, y podía, por lo tanto, tolerarlo en calidad de compañero de viaje.

—Para interrogatorio —sentenció—. Llévenlo a mi helicóptero. ¡Siguiente!

CAPÍTULO XIII

Un lugar adecuado para declarar

En total, Ranjit estuvo en manos de sus interrogadores poco más de dos años, aunque la mayor parte de las preguntas se formularon sólo en los seis primeros meses. Su estancia, sin embargo, no fue cómoda en ningún momento.

La primera sospecha que tuvo de que le ocurriría tal cosa llegó en el momento en que le vendaron los ojos, lo amordazaron y lo esposaron a uno de los asientos del helicóptero del oficial que lo estaba juzgando antes de despegar. No pudo precisar adonde lo llevaron a continuación, aunque sí que tardaron menos de una hora en llegar. Luego, aún con la vista tapada, lo ayudaron a bajar los escalones de algún género de superficie pavimentada y recorrió veinte o treinta metros antes de empezar a subir otras escaleras para introducirse en un nuevo aparato, en donde volvieron a maniatarlo antes de alzar el vuelo.

En esta ocasión no se trataba de un helicóptero, pues pudo sentir las sacudidas que se producían a medida que el aparato ganaba velocidad en la pista, y acto seguido, la transición repentina al vuelo libre. El trayecto no fue ni breve ni sociable. Pudo oír a los de la dotación hablar entre sí, aunque le fue imposible adivinar en qué idioma se expresaban. Cuando trató de gritar para anunciar que necesitaba ir al baño, no fueron palabras lo que emplearon para responder, sino una bofetada repentina y violenta en la cara para la que no había tenido ocasión de prepararse.

Al final, no obstante, le permitieron servirse del modesto lavabo del aeroplano, aunque con la venda en los ojos y la puerta abierta. También le dieron de comer, o por mejor decir, abrieron la bandeja de su asiento y, tras colocar algo en ella, le ordenaron:

—Come.

Por el tacto logró determinar que le habían servido alguna clase de bocadillo, tal vez de una variedad de queso que desconocía. De cualquier modo, a esas alturas llevaba ya casi veinte horas sin alimento, y no dudó en devorarlo sin bebida alguna. Verdad es que quiso correr el riesgo de pedir agua, y también que volvió a recibir una bofetada.

No supo cuánto tiempo duró el viaje, toda vez que acabó por sumirse en un sueño agitado del que sólo salió cuando los inquietos rebotes del avión le hicieron saber que estaban aterrizando, y en una pista mucho peor que la anterior. En esta ocasión, tampoco le quitaron la venda de los ojos, y lo ayudaron a descender para introducirlo después en un vehículo en el que estuvo más de una hora.

Al final lo condujeron, aún a oscuras, a un edificio, y tras atravesar un pasillo, lo introdujeron en una habitación en la que lo obligaron a sentarse. Uno de sus captores le ordenó entonces en un inglés brusco y de acento tosco:

—Extiende las manos. ¡Así no: con las palmas hacia arriba!

Y cuando obedeció, lo golpearon con algo extremadamente pesado que le produjo un dolor agudo y lo hizo gritar. Entonces, volvió a oír aquella voz, que le decía:

—¡Ahora, di verdad! ¡Tu nombre!

* * *

Aquélla fue la primera pregunta que se le hizo bajo presión, y la que más veces formularon. Los interrogadores no parecían dispuestos a creer aquella sencilla realidad: que se llamaba Ranjit Subramanian y que daba la casualidad de que llevaba puestas las ropas de otra persona, cuyo nombre, tal como declaraban las etiquetas que llevaban cosidas, era Kirthis Kanakaratnam. Cada vez que decía la verdad, recibía un castigo por mentir.

Éste dependía del interrogador. Así, el individuo achaparrado y sudoroso que respondía por Bruno gustaba de buscar la verdad con un trozo de cable eléctrico de cuatro o cinco centímetros de grosor capaz de infligir dolores insoportables en cualquier parte del cuerpo en que se empleara. También era aficionado a asestarle violentas palmadas con la mano abierta en el vientre desnudo, lo que, amén de atormentar a

Ranjit, lo llevaba a preguntarse, a cada golpe, si no le habría perforado el apéndice o el bazo. Aun así, las técnicas de Bruno tenían algo que lo consolaba, pues, cuando menos, no le arrancaba las uñas, le quebraba los huesos ni le sacaba los ojos, ni le hacía nada, según opinaba esperanzado el joven, que fuese a ocasionar lesiones permanentes, lo que le permitía aferrarse al convencimiento de que, a la postre, albergaban la intención de liberarlo.

Tal ilusión, sin embargo, no duró mucho, y fue a desvanecerse el día que Bruno, exasperado, lanzó el cable al otro extremo de la habitación y, agarrando una porra corta de madera de la mesa en la que se hallaban dispuestos los útiles de tortura, le cruzó la cara con ella de forma reiterada. Aquello le costó un ojo morado y un incisivo roto, y echó por tierra su tenue esperanza de excarcelación.

El segundo de los torturadores que más le visitaban era un hombre mayor que jamás reveló su nombre y que tenía un ojo a medio cerrar. Por eso Ranjit le asignó el apelativo de Bizqueras. Raras veces dejaba marca, y tenía una conversación curiosa por tranquilizadora. El día que lo conoció, el joven se hallaba en el suelo boca arriba, retenido por dos ayudantes de gran fortaleza.

—Lo que vamos a hacerte —le advirtió con amabilidad el sayón, que sostenía un trapo cuadrado en la mano— te va a dar la impresión de que ha llegado tu hora. Pero no te va a matar: no vamos a dejar que mueras. Eso sí: vas a tener que ser muy sincero conmigo. —Y dicho esto, le cubrió el rostro con el paño y derramó sobre él el agua fría que llevaba en una jarra metálica.

Ranjit nunca había tenido experiencia de nada semejante. Lo que sintió fue, más que dolor, un terror embrutecedor e incapacitador. Había oído y había entendido la promesa del Bizqueras, quien le había asegurado que no iba a morir de aquello, y aun así, su cuerpo parecía haber hecho su propia interpretación, pues, sabedor de que lo estaban ahogando hasta extremos agónicos, sólo deseaba que el proceso cesara de inmediato.

—¡Ayuda! —gritó—. ¡Basta! ¡Soltadme!

En realidad, lo que brotó de su boca no fue más que un escupitajo borbolleante de retazos acuosos de sonido en los que difícilmente podía reconocerse palabra inglesa alguna. Entonces se detuvo el chorreo, le retiraron el trapo de la cara y lo incorporaron para volver a sentarlo.

—Y ahora dime: ¿cómo te llamas? —le preguntó con educación el Bizqueras.

El interpelado intentó dejar de toser el tiempo suficiente para poder declarar:

—Ranjit Sub... —Pero ni siquiera había acabado cuando lo golpearon en los hombros y volvieron a derribarlo de espaldas al suelo para colocarle de nuevo el trozo de tela en el rostro y dejar caer sobre él más agua.

Consiguió aguantar cuatro sesiones más antes de comprender, descorazonado, que resultaba imposible seguir oponiendo resistencia. Jadeando, logró decir:

—Me llamo como queráis que me llame. Pero ¡basta ya, por favor!

—Bien —respondió el Bizqueras en tono alentador—. Vamos progresando, Kirthis Kanakaratnam. Dime: ¿para qué país trabajas?

* * *

Había, claro está, otras muchas formas de hacer que un detenido se aviniera a colaborar; pero huelga decir que ninguna de ellas le hizo confesar crimen alguno, ya que no tenía crimen alguno que confesar. Tal cosa no hizo sino exasperar a sus interrogadores.

—Nos estás haciendo quedar muy mal, Ranjit, o Kirthis, o comoquiera que te llames —rezongó el hombre al que había bautizado como el Bizqueras—. Escúchame: todo te va a resultar mucho más fácil si dejas de negar que eres Kirthis Kanakaratnam.

Ranjit trató de aceptar el consejo, y en adelante, su situación mejoró, aunque sólo un tanto.

CAPÍTULO XIV

Rendirse al mejor postor

Aunque él no había tenido ocasión de saber de ninguna de ellas, fuera de los muros que lo retenían habían ocurrido no pocas cosas. Habían saltado por los aires catedrales y descarrilado trenes, e incluso se habían contaminado bloques enteros de oficinas mediante la introducción de polvo radiactivo en los sistemas de ventilación. También habían proliferado, claro que sí, los asesinatos por degollación o defenestración; por disparo con pistola, escopeta o fusil de asalto, y por envenenamiento, administrado en ocasiones del modo más ingenioso imaginable. En cierta ocasión, se acabó con la vida de una persona dejándole caer un piano sobre la cabeza, y en otra, sentándose sobre su pecho para retenerlo contra el fondo de su bañera mientras los grifos la llenaban de agua tibia. Y por supuesto, había habido guerras. Una de ellas, la más violenta quizá, fue a reabrir una herida que parecía cauterizada cuando los suníes emprendieron una incursión en territorio kurdo y amenazaron con desencadenar de nuevo la confusión que caracterizó el período posterior a la ocupación de Iraq.

Con todo, también habían ocurrido cosas buenas, y así, bajo la estrecha supervisión de cuatro de las cinco naciones que conformaban la región escandinava (Islandia, que debía hacer frente a sus propios disturbios intestinos, había quedado fuera del grupo), habían entrado en fase de remisión, cuando menos momentáneamente, algunos de los conflictos más furiosos. En Myanmar, denominación oficial del Estado conocido comúnmente como Birmania (por todos menos por la propia camarilla gubernamental intransigente del país), se había liberado sin previo aviso a todos los prisioneros políticos e invitado a los diplomáticos extranjeros a participar en calidad de observadores en los próximos comicios. Por último (y este suceso habría hecho saltar de

alegría a Ranjit si hubiese podido tener conocimiento de él), después de muchos rodeos, el Banco Mundial había ofrecido una digna concesión inicial de mil millones de dólares para la construcción del ascensor espacial de Artsutanov. Verdad es que de ahí a ver las plataformas subiendo y bajando por los cables a fin de transportar a trescientos kilómetros por hora el material que debía alcanzar la órbita terrestre baja había un trecho más que largo; pero por algo había que empezar.

Aquéllos, por supuesto, no eran los únicos datos relevantes para su propia existencia que él desconocía. Así, por ejemplo, ignoraba por qué lo habían llevado a aquel lugar y por qué le habían dado tormento. Y tampoco supo decir por qué cesó el maltrato. Jamás había oído hablar de las «entregas extraordinarias» ni del trascendental fallo sobre la tortura que habían emitido, décadas antes, los magistrados del Tribunal Supremo británico.

* * *

No hace falta decir que los captores de Ranjit podían haberle proporcionado información de haberlo deseado; pero lo cierto es que no quisieron.

Después del primer día sin recibir castigo alguno, no volvió a ver a Bruno, el tipo de las manotadas en el estómago y el cable eléctrico; pero con el Bizqueras sí trató a menudo, aunque sólo después de haberle prometido que dejaría de preguntarle por qué lo habían torturado y si pensaban liberarlo algún día. De hecho, él no le permitía solicitar la respuesta de ninguna de las cuestiones que de verdad le interesaban. Aunque sí es verdad que despejó una de sus incógnitas:

—¿Bruno? Bueno, pues... lo han ascendido a la planta de arriba. Lo único que sabe hacer con los prisioneros es hacerles daño, y todo parece indicar que a ti no vamos a tener que volver a tratarte de ese modo.

Ranjit hubo de reconocer que aquél no era un dato nada desdeñable, pues suponía una gran mejora respecto del régimen de palos y ahogamientos a que lo habían sometido hasta entonces. Sin embargo, la situación se volvió bastante aburrida (y más aún cuando el Bizqueras dejó de visitarlo por causa de su incapacidad para mantener la promesa de dejar de hacer preguntas comprometidas). El muchacho

no quedó privado por entero de compañía humana, pues había un vejete cojo que le llevaba comida y retiraba el orinal. No obstante, de nada servía esmerarse por trabar conversación con él, pues si bien debía de hablar un idioma concreto u otro, no era ninguno que conociese él.

No supo precisar el momento en que comenzó a mantener largos monólogos con sus amigos. Sus amigos ausentes, se entiende, dado que ninguno de ellos se hallaba físicamente en su celda. Es obvio, por lo tanto, que ninguno llegó a oír jamás lo que les decía, aunque no habría dejado de resultar interesante en el caso de Myra de Soyza, por ejemplo, o el de Pru Sinapellido. No tanto, verdad es, en el de Gamini Bandara, íntimo suyo de toda la vida, a quien, después de referirle algún pormenor de su vida ociosa, vacía y monótona, no tuvo más que decir aparte de que lo que tenía que haber hecho era dedicarle a él, a Ranjit, más tiempo en lugar de entretenerse con una estadounidense a la que, al fin y al cabo, nunca iba a volver a ver.

Algunos de los amigos ausentes más queridos eran gentes que no había llegado a conocer en carne y hueso. Entre ellos se contaba, por ejemplo, el difunto Paul Wolfskehl, magnate alemán decimonónico del mundo empresarial que había sufrido un desengaño al ver cómo la persona amada rechazaba su propuesta de matrimonio. Aquel hecho provocó que, a pesar de toda su riqueza y su poder, perdiese todo interés por vivir y se resolviera, en consecuencia, a suicidarse. Semejante plan se frustró, sin embargo, cuando, aguardando al momento exacto de ponerlo en práctica, cogió, por hacer algo, un libro y se puso a leer.

Aquel volumen resultó ser un tratado sobre el último teorema de Fermat escrito por un tal Ernst Kummer. Según parece, el enamorado había asistido a un par de conferencias del autor sobre la teoría de los números, y la curiosidad lo llevó a leer aquel trabajo recién publicado.

Y como ocurrió a otros muchos matemáticos aficionados antes y después que él, quedó conquistado de inmediato. Desechó toda idea de quitarse la vida, menester para el que no le quedó tiempo después de sumergirse en el desentrañamiento de los misterios que encerraba aquella a al cuadrado que, sumada a b al cuadrado, era igual a b al cuadrado, y la paradoja de que, de estar las cantidades elevadas al cubo, jamás se realizarían.

También tenía entre sus amistades a Sophie Germain, muerta mucho antes que el alemán, pues pasó la adolescencia en los tiempos aterradores de la Revolución francesa. Aunque no resulta del todo claro por qué contribuyó tal circunstancia a hacer que consagrara su vida a las matemáticas, todo apunta a que fue así. Lo que sí es manifiesto es que aquélla no era empresa sencilla para una mujer, tal como lo expresó en cierta ocasión Isabel I de Inglaterra, quien sostuvo que sobre Sophie pesaba la maldición de poseer hendidura en lugar de festón, y que, por ende, había de esforzarse en todo cuanto se proponía muchísimo más que sus colegas festoneados.

Entonces, cuando fue perdiendo vigor la conversación de sus interlocutores imaginarios, comenzó a asaltarlo algo que había dicho Myra de Soyza. Pero ¿qué era? ¿Se trataba de algo relativo a las herramientas que poseían otros matemáticos en el momento en que Fermat hizo aquella dichosa anotación engreída en el margen de su libro?

¿Y qué herramientas eran? Recordó que de Sophie Germain se decía que era la primera persona, de uno u otro sexo, que había hecho algún progreso en lo tocante a la demostración del teorema de Fermat. Pero ¿qué era lo que había conseguido?

Evidentemente, él no tenía modo alguno de averiguarlo. En la universidad, pertrechado con una clave de acceso, sólo habría necesitado pulsar unas cuantas teclas del ordenador que hubiese tenido más a mano para hacerse con los escritos que pudiera haber publicado aquella mujer de Dios en toda su vida. Pero allí sólo disponía de su memoria, y no podía asegurar que estuviese a la altura de tamaña tarea.

Sí que recordaba lo que era un «número primo de Sophie Germain»: todo número primo p en el que se diera la circunstancia de que $2p + 1$ fuese también primo. El 3 era el más pequeño de todos, siendo así que 3x2 + 1 = 7, y 7 era un número primo; pero la mayoría de los demás eran demasiado grandes para resultar divertidos. Ranjit no pudo por menos de congratularse por recordar aquello, aunque, por más vueltas que le diese, no veía el modo cómo el número primo de Sophie Germain podía llevarle a la solución del problema de Fermat.

Aún había otra cosa: tras mucho trabajar, Germain había elaborado su propio teorema: siendo x, y y z números enteros, si $x^5 + y^5$

$= z^5$, x, y o z debían ser divisibles por 5. Como todas las demás piedras angulares que había conseguido extraer de la cantera de su cerebro, ésta resultó decepcionante. La ecuación no tenía sentido, pues si todo el teorema de Fermat demostraba, supuestamente, la inexistencia de una igualdad como $x^5 + y^5 = z^5$, ¿qué utilidad podía tener…?

Tal vez sí que pudiera ser útil, siempre que hiciera caso omiso del teorema en sí, que descartaba por inservible, para preguntarse cómo había llegado a él la matemática francesa. ¿Y no era eso mismo lo que le había propuesto Myra en la fiesta del doctor Vorhulst, en la época en la que podía asistir a fiesta alguna?

* * *

Aún había otra persona (o algo semejante) con la que jamás había tenido trato alguno, al menos hasta entonces, y que podía proporcionarle datos muy útiles. Y acaso ha llegado el momento de que pasemos algún tiempo más con él (o con ellos, si no con ello o aun con ella).

CAPÍTULO XV

Presentación de uno (o más) de los grandes de la galaxia

Lo primero que necesitamos dilucidar de aquel grande de la galaxia es si era o no varón, o de hecho, persona, y si era, en el fondo, un grande de la galaxia en lugar de una simple fracción de tal ser.

Comoquiera que ninguna de estas preguntas puede contestarse de forma sencilla, será mejor que hagamos caso omiso de los hechos y nos conformemos con respuestas que no nos planteen problema alguno, si no es el de que son erróneas de medio a medio. En primer lugar, diremos que se trata de veras de una persona, a pesar de ser también parte de aquella «persona» de entidad mayor que conformaba la combinación de todos sus congéneres.

De éstos los había en todas partes, desde los confines, en constante aceleración, de la galaxia hasta su centro, relativamente inmóvil, y en todo lugar intermedio imaginable. ¿Cuántos? Ésta es también una pregunta sin sentido. Había muchos, muchísimos; pero puestos a pensar, su multitud también era unicidad, por cuanto, con sólo decidirlo, cada uno de ellos quedaba fundido con cualquiera de los demás o con todos. Tal como habrá podido observar el lector, hemos asignado, de manera arbitraria, un género gramatical, el masculino, a estos seres. Sin embargo, no por ello debe asumir que practicaban suerte alguna de acto sexual tal como podemos entenderlos los humanos, pues no es así; es sólo que tal solución nos evita prolongar de manera indefinida el «ello o él o ella o ellos». Así que cortemos sin consideración este nudo gordiano asignándole el pronombre «él».

Y ya que nos hemos tomado tamaña libertad, permitámonos ir aún más allá y asignémosle también, a «él», un nombre. Vamos a llamarlo, por tanto, *Bill.* No Bill, puesto que ya son demasiadas las confianzas y,

al menos, es de recibo que lo reconozcamos mediante el uso de la cursiva.

* * *

Aclarado esto, ¿qué más puede resultar útil que conozcamos acerca de los grandes de la galaxia por el momento? ¿Puede serlo, por ejemplo, saber qué tamaño tienen, o cuando menos, dado que una de sus agrupaciones puede estar a miles, o miles de millones, de años luz de otra, cómo miden la distancia?

Pongamos que va a ser de utilidad, aunque hemos de tener en cuenta que, al igual que ocurre con el resto de preguntas que podemos formular acerca de los grandes de la galaxia, la respuesta está llamada a ser difícil. Y así, hay que empezar diciendo que a estos seres no les gusta el género de unidades de medida arbitrarias de que se sirven los humanos. Éstas se fundan siempre en algún valor propio de la especie, como puede ser la distancia que media entre la punta de uno de los dedos de un hombre hasta su axila o cierta fracción de la que va de un polo del planeta que aciertan a ocupar a su ecuador. Las medidas de los grandes de la galaxia se conforman siempre con la escala de Planck, que resulta, de hecho, bastante diminuta. En ella, la unidad es de $1{,}616 \times 10^{-35}$ metros. Para hacerse una idea de lo que tal cosa significa, baste recordar que resulta imposible medir nada que sea más pequeño. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que no puede determinarse la dimensión de algo que no se ve, y no puede verse nada sin que medien esas partículas portadoras de luz que llamamos fotones. Y cualquier fotón lo bastante potente para iluminar una unidad de la escala Planck lo sería en un extremo tal (y poseería, en consecuencia, una masa tal) que se convertiría de inmediato en un agujero negro. La palabra *imposible* se toma a menudo como un desafío; pero en esta ocasión no es más que un hecho.

En consecuencia, para medir una realidad tridimensional cualquiera, sea la circunferencia de un electrón o el diámetro del mismísimo universo, los grandes de la galaxia sólo tienen que contar el número de longitudes de Planck que existen del punto *A* al punto *B*. Tal cosa es, de manera invariable, un número elevado, si bien a ellos no les importa, pues bien mirado, ellos mismos son números bastante

elevados.

* * *

Y ya que hemos encontrado un modo de identificar, cuando menos, lo incomprensible, volvamos a ese ser muchísimo más simple que responde al nombre de Ranjit Subramanian.

Siendo él muy joven, su padre, persona por demás universal, lo alentó a leer obras un tanto extrañas, entre las que se contaba un libro que escribió James Branch Cabell en torno a la naturaleza de la escritura y los escritores (pues hubo un tiempo en que Ganesh Subramanian pensó que su hijo bien podía optar por semejante ocupación). En opinión de Cabell, muchos autores en cierne trataban de decir al mundo: «Estoy embarazado de palabras, y si no tengo un parto lexicológico, me muero».

Y curiosamente, ésa era, casi con exactitud, la situación en que creía hallarse Ranjit en esos instantes. Llevaba varios días pidiendo ayuda, gritando a los corredores vacíos, explicando a un auditorio inexistente a todas luces que tenía algo que había que comunicar de manera inmediata y sin falta a alguna publicación periódica. Pero no obtuvo ninguna respuesta. Hasta el anciano rengo había empezado a colocar su comida cerca de la puerta para volver a alejarse de inmediato con tanta rapidez como le permitían sus miembros tullidos.

Poco podía interesarse, por lo tanto, al oír el arrastrar de sus pies por la oquedad de los pasillos. Hasta el día que, junto a aquel sonido, percibió el tac, tac de los pasos de alguien que no cojeaba. Instantes después se abrió la puerta de su celda, y tras ella aparecieron el viejo, sí, y a un paso o dos de cortesía detrás de él, otro hombre, con un gesto de sobresalto y consternación grabado en aquel rostro cuyos rasgos conocía Ranjit tan bien como los de su propio semblante.

—¡Por Dios Todopoderoso, Ranj! —exclamó perplejo Gamini Bandara— ¿Eres tú?

De todas las preguntas que pudo haber formulado a aquel visitante imprevisto de su pasado, eligió la más sencilla:

—¿Qué estás haciendo aquí, Gamini?

—¿Tú qué diablos crees? He venido a sacarte de aquí, y si piensas que ha sido fácil, es que estás más loco de lo que pareces. Luego, voy a

llevarte al dentista. ¿Qué te ha pasado en los dientes? No, no: primero, deberíamos ir a que te vea un médico... ¿Qué?

Ranjit se había puesto de pie y temblaba casi de la emoción.

—¡No; a un médico, no! ¡Si puedes sacarme de aquí, ponme delante de un ordenador!

—¿Un ordenador? —preguntó el otro con desconcierto—. Supongo que se podrá hacer algo; pero antes tendríamos que asegurarnos de que estás bien.

—¡Maldita sea, Gamini! —gritó Ranjit— ¿No me estás oyendo? Creo que he logrado demostrarlo, y necesito un ordenador, ¡ya! ¿Tienes la menor idea del terror que me produce la posibilidad de olvidar parte de la demostración antes de que pueda mandarla a evaluar?

* * *

Al final, consiguió el ordenador y la revisión médica, aunque hubo de esperar a que Gamini lo sacara de la prisión en que estaba retenido y lo llevase a un helicóptero que los aguardaba a ambos con las aspas en movimiento. Cuando subió a la aeronave, el recién liberado vio a un par de hombres que observaban la escena a no mucha distancia. Uno de ellos era el Bizqueras, quien, pasmado y algo inquieto, ni siquiera hizo amago alguno de despedida. A continuación volaron en descenso unos veinte minutos por entre elevadas montañas tocadas con brillantes casquetes de nieve. Durante el trayecto, Ranjit no pudo evitar asaltar a su acompañante con preguntas, aunque en esta ocasión fue Gamini quien no parecía dispuesto a hablar.

—Luego —respondió señalando con un gesto al piloto, cuyo uniforme era la primera vez que veía.

Aterrizaron en un aeropuerto de verdad, a doce metros escasos de un aeroplano, y no de un aeroplano cualquiera, según pudo comprobar, sino de un BAB-2200, el avión más veloz y, en algunas variantes, el más lujoso que hubiese construido jamás la empresa surgida de la fusión de Boeing y Air-bus, y para colmo, lucía el planisferio y la corona de laurel que conformaban la insignia de las Naciones Unidas. El interior resultaba aún más sorprendente, pues tenía por asientos cómodos sillones de piel, y por tripulación, a un piloto (ataviado con el uniforme de coronel de la fuerza aérea estadounidense) y dos

hermosísimas asistentes de vuelo (que llevaban en el uniforme el distintivo propio de los capitanes y, sobre él, un delantal blanco de material mullido).

—¿Ponemos rumbo a casa, señor? —preguntó el primero a Gamini antes de desaparecer por la puerta de la cabina al verlo inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

Una de las asistentes llevó a Ranjit hasta un asiento (giratorio, según pudo comprobar) y le abrochó el cinturón de seguridad.

—Ésta es Jeannie —lo informó Gamini mientras se ajustaba el suyo—. Es médica, así que más te vale que te eche un vistazo…

—El ordenador…—objetó él.

—Sí, sí: van a darte el dichoso ordenador, Ranjit; pero antes tendremos que despegar. Vamos a tardar un minuto.

A esas alturas, las dos mujeres se habían retirado a sus asientos plegables, dispuestos en uno de los mamparos, y el avión comenzaba a moverse. Tan pronto se hubo apagado la señal que avisaba de la necesidad de llevar puesto el cinturón, la segunda ayudante, que se presentó con un sencillo: «¡Hola! Yo soy Amy», hizo aparecer, como por arte de magia, un ordenador portátil de la mesa que había al lado de Ranjit, en tanto que la que tenía por nombre Jeannie se aproximaba con un estetoscopio, un esfigmomanómetro y otros aparatos de diagnosis.

El pasajero no protestó: dejó a la facultativa examinar, pinchar y auscultar a voluntad mientras él se afanaba por redactar con torpeza un escrito de casi seis páginas, deteniéndose cada dos líneas más o menos para pedir, por ejemplo, a Gamini que le buscase la dirección de la revista *Nature.*

—La redacción está en Inglaterra, pero no sé dónde exactamente.

O para clavar la mirada en el teclado con el ceño arrugado mientras removía su memoria en busca de las palabras siguientes. Y aunque el proceso fue lento, cuando Gamini se aventuró a preguntarle si quería comer algo, Ranjit le respondió, con una ferocidad que hacía impensable toda réplica, que cerrase el pico.

—Necesito sólo diez minutos —le exigió—, o media hora a lo sumo; pero ahora no puedo detenerme.

Huelga decir que no fueron diez minutos, ni tampoco treinta: aún habría de transcurrir más de una hora antes de que, con un suspiro,

levantara la cabeza de la pantalla y anunciase a Gamini:

—Me gustaría comprobar algo; así que será mejor que mande una copia a tu casa. Dime tu dirección de correo electrónico.

Introducida ésta, seleccionó el icono correspondiente al envío y se reclinó en el asiento.

—Gracias —dijo—. Siento haberme comportado como un pelma, pero esto era muy importante para mí. Desde el momento en que lo descifré, hace ya cinco o seis meses, he estado temiendo que pudiese olvidárseme alguna parte antes de mandarlo a evaluar. —De pronto dejó de hablar y se pasó la lengua por los labios—. Otra cosa: llevo mucho pensando en comida de verdad. ¿Tenéis zumo natural de cualquier clase en este aparato? ¿Y algo así como un bocadillo de jamón o, digamos, un par de huevos revueltos?

CAPÍTULO XVI

A casa

Gamini se negó a oír hablar de desayunos a la estadounidense: se limitó a hacer una señal a las asistentes de vuelo, quienes pusieron ante ellos toda una variedad de platos ceilaneses (fideos de arroz rizados, un guiso delicioso de carne y patatas con curri y una bandeja de tortitas de pan) que hicieron que Ranjit abriese los ojos como platos.

—Dime una cosa, Gamini —preguntó con la boca llena—: ¿cuándo te han ascendido a Dios? ¿No estamos en un avión yanqui?

El interpelado, bebiendo una taza de té procedente de los campos que rodeaban la ciudad de Kandy, meneó la cabeza.

—No —corrigió—: es de las Naciones Unidas. Lo que pasa es que la tripulación es estadounidense, aunque ahora no representa ni a la ONU ni a Estados Unidos: nos lo han prestado.

—¿A quién?

Gamini volvió a cabecear con gesto sonriente antes de responder:

—No puedo decírtelo; al menos por ahora. Y es una lástima: sabía que te iba a interesar y, de hecho, estaba planteándome la posibilidad de pedirte que te unieras a nosotros cuando te embarcaste en aquel crucerito…

Ranjit no soltó la cuchara, aunque la dejó inmóvil mientras clavaba en su amigo una mirada sostenida y no muy afable.

—¿Me estás diciendo que te has hecho tan importante que puedes pedir prestado sin más un cacharro como éste para hacer tus recados?

Esta vez, Gamini soltó una risotada.

—¿Yo? ¡Qué va! No lo han hecho por mí, sino por petición de mi padre. Le han dado un puestazo en la ONU, ¿sabes?

—¿Y qué puesto es ése?

—Tampoco te lo puedo decir; así que no preguntes. Tampoco quieras saber de qué país acabamos de sacarte. Dar contigo no nos resultó difícil después de encontrar a Tiffany Kanakaratnam. ¡Vaya! —exclamó al ver la reacción de Ranjit ante el nombre de la niña—. De eso sí puedo hablarte, aunque sea sólo hasta cierto punto. He... Bueno: me he servido de la posición de mi padre para hacer mi propia búsqueda informática con la esperanza de localizarte. Algo parecido a lo que hiciste tú con la contraseña de tu profe de mates. Fui introduciendo el nombre de todo aquel que se me ocurrió que podía tener alguna idea de cuál era tu paradero: Myra de Soyza, Maggie, Pru, todos tus profesores, todos los monjes del templo de tu padre... y los Kanakaratnam. No —añadió, una vez más a modo de respuesta al gesto que había asomado al rostro de su amigo—; no, nada que pueda resultar comprometedor: lo único que buscábamos eran encuentros o conversaciones que pudieses haber mantenido después del día de tu desaparición. No encontramos nada, ni de ti, ni de los dos Kanakaratnam adultos, lo que, a mi ver, quiere decir que debieron de fusilarlos sin más después de juzgarlos el primer tribunal. Sin embargo, seguí añadiendo nombres a medida que se me ocurrían, y con los de los cuatro niños tuvimos más suerte. Los habían arrestado, claro; pero eran demasiado pequeños para procesarlos siquiera por piratería. Así que los mandaron con unos familiares que vivían cerca de Kilinochchi, y Tiffany nos describió a los militares que te sacaron de la playa, los helicópteros y el lugar en el que desembarcasteis. Después, tras mucho investigar, acabamos por encontrarte. Todavía podían haberte tenido allí muchos años.

—Y los que me han retenido ¿quiénes eran?

—¿Otra vez estamos con ésas, Ranj? —protestó Gamini—. No puedo decírtelo con exactitud, aunque sí en términos muy generales, sin mencionar ningún detalle. ¿Has oído hablar de las «entregas extraordinarias»? ¿Y el fallo que emitió sobre la tortura el Tribunal Superior de Justicia británico?

* * *

La respuesta fue negativa. Sin embargo, Gamini lo puso al corriente cuando su amigo despertó de un sueño reparador que duró no pocas horas. En los viejos tiempos, algunas de las grandes potencias, entre las

que se encontraba Estados Unidos, se habían declarado públicamente contrarias al empleo de la tortura en cuanto medio de obtener información, y sin embargo, se hallaban en posesión de presos que, casi con toda certeza, conocían datos importantes que no pensaban revelar de forma voluntaria. Y aunque el del tormento constituía un método muy poco seguro de hacer que alguien ofreciera respuestas dignas de crédito, pues había pocas personas que no estuviesen dispuestas a declarar, en determinado estadio del proceso, cuanto quisieran oír sus verdugos, fuera o no verdadero, con el único objeto de poner fin a tamaño sufrimiento, dichas superpotencias no tenían a su disposición nada mejor. En consecuencia, concibieron una estratagema al respecto, consistente en entregar a los reos citados a los servicios de información de otros países de los que jamás hubiesen abominado el uso del dolor en calidad de técnica propia de los interrogatorios. A continuación, los agentes de estas naciones transmitían la información obtenida a la superpotencia correspondiente, ya fuera Estados Unidos, ya cualquier otra.

—Es —concluyó Gamini— lo que se conoce como entrega extraordinaria o tortura por poderes.

—¡Ajá...! —respondió Ranjit pensativo—. ¿Y todavía se practica?

—Podría decirse que sí: las grandes potencias ya no hacen encargos así, porque al final se les dio demasiada publicidad. De todos modos, ya no les hace falta, porque hay muchísimos países no alineados que detienen a personas con antecedentes criminales difíciles de explicar y los interrogan. Es lo que ocurre con los piratas, gentes que, para ellos, resultan inaceptables de cualquier modo, y más aún si tratan de ocultar su identidad, tal como creyeron que era tu caso por aquello del cambio de nombre. A continuación, venden la información a los países que se las dan de íntegros, y ahí es donde entra en escena la resolución de los magistrados británicos. Los lores que conforman el Tribunal Supremo del Reino Unido crearon hace mucho tiempo una comisión encargada de investigar datos obtenidos con semejantes métodos y fallaron que, si bien por motivos morales no debían emplearse jamás en proceso legal de ninguna índole, resultaba lícito ponerlos en conocimiento de, por ejemplo, las autoridades policiales.

Alzó la vista al ver que las dos mujeres se dirigían a ellos.

—Y ahora —anunció a continuación—, más nos vale abrocharnos

el cinturón, porque creo que estamos llegando al aeropuerto de Bandaranaike. Escúchame: no ibas a creer los arreglos a los que hemos tenido que llegar ni las promesas que hemos tenido que hacer para sacarte de aquella cárcel. Así que te pido que me ayudes a cumplir mi palabra. No reveles a nadie nada, nada en absoluto, que pueda servir para identificar a los que te retenían. Si lo haces, nos pondrás en un aprieto a mí y a mi padre.

—Te lo juro —declaró Ranjit con la mano en el pecho, aunque no pudo evitar añadir en tono malicioso—: Dices que habéis hecho indagaciones sobre las chicas. ¿Cómo le va a la buena de Maggie?

Gamini lo miró con gesto afligido.

—La buena de Maggie está bien —contestó—. Hace un par de meses se casó con un senador estadounidense. De hecho, me envió una invitación para la recepción; así que fui a Harrods y compré una pala para el pescado muy bonita para enviársela. Pero no asistí, claro.

CAPÍTULO XVII

El cielo

El BAB-2200 se hallaba ya rodando por la pista de aterrizaje en dirección a la puerta de desembarque cuando emitió su diagnóstico la capitana doctora Jeannie: lo que necesitaba Ranjit era descanso, afabilidad y la cantidad de comida necesaria para recuperar los ocho o diez kilogramos de masa corporal que le había robado la dieta de su entrega extraordinaria; aunque añadió que tampoco le iba a hacer ningún daño pasar un par de días en el hospital. La comisión que lo esperaba en tierra para darle la bienvenida se negó, sin embargo, a esto último. En realidad, tal comisión estaba constituida por una sola persona: *mevrouw* Beatrix Vorhulst, quien no tenía intención de permitir que le llevasen la contraria. A su entender, el sitio idóneo para que recuperase su fortaleza no era una fría fábrica de cuidados médicos, en la que poco cariño iban a poder proporcionarle, sino un hogar confortable y humanitario como, por ejemplo, el suyo.

Y a su casa lo enviaron. No puede dudarse que Beatrix Vorhulst estaba en lo cierto al prometer que pensaba desvivirse por él, porque no bien llegó Ranjit, le consagró cuantos recursos tenía aquel edificio tan lleno de recursos. Se le asignó un dormitorio tan espacioso y fresco como podía haber imaginado durante la noche más tórrida y sudorosa de las que pasó en prisión. Disfrutaba de tres comidas maravillosas al día, o por mejor decir, de al menos una docena, porque cada vez que cerraba los ojos un instante, encontraba a su lado, al despertar, una deliciosa manzana, un plátano o una tajada de piña fría como el hielo. Y lo que era aún mejor: todo aquello lo ayudó a vencer la resistencia de los médicos que había enviado Gamini para que volviesen a examinarlo. Cierto es que primero hubo de convencerlos de que, en lo que duró su confinamiento, le fue posible tenerse en pie y caminar a diario sin dolor,

excepto, claro está, los días en que las magulladuras y los golpes convertían la tarea de caminar en una empresa lo bastante dolorosa para que no valiese la pena embarcarse en ella. Pero ahora gozaba de la libertad que le ofrecía aquella majestuosa casa y sus jardines, aún más imponentes, si cabe, que el interior. ¡Qué delicia suponía nadar a espalda como en un sueño en el agua fresca de la piscina mientras el sol le impartía su cálida bendición desde los cielos y las palmeras se mecían sobre su cabeza! Por si todo aquello fuera poco, tenía, además, acceso a las noticias.

Esto último, en realidad, no resultó del todo agradable, pues el tiempo que había permanecido ajeno a cuanto figuraba en los diarios y la televisión le había impedido prepararse para hacer frente a los detalles de cuanto había ocurrido en el planeta: asesinatos, disturbios, explosiones de coches bomba, guerras... Con todo, aún había noticias peores, de las que tuvo conocimiento el día que Gamini fue a hacerle una visita relámpago antes de partir de Sri Lanka a fin de ocuparse de cierto menester urgente (cuya naturaleza, claro está, no reveló). Estando ya con un pie en el umbral, se detuvo para anunciar al fin:

—Hay algo que todavía no te he dicho, Ranj. Tu padre...

—¡Sí, es verdad! —repuso él en tono de arrepentimiento—. Va a ser mejor que lo llame de inmediato.

—Ojalá fuera posible —replicó su amigo meneando la cabeza—. Verás, sufrió un derrame cerebral... y murió.

* * *

En aquel momento sólo había una persona en todo el mundo con la que quisiera hablar, tanto que la tuvo al otro lado del teléfono antes de que Gamini tuviese tiempo de salir de casa de los Vorhulst. Era Surash, el anciano monje, que se mostró exultante al oír su voz. Su alegría se apagó, claro está, al tratar de la muerte de Ganesh Subramanian, aunque, por curioso que pueda resultar, no parecía hallarse demasiado triste al respecto.

—Sí, Ranjit —le confió—, tu padre estuvo removiendo cielo y tierra para dar contigo, y creo que eso lo fue extenuando. Fuera lo que fuese, lo cierto es que una de las muchas veces que fue a ver a la policía, volvió quejándose de encontrarse cansado, y a la mañana siguiente lo

encontramos muerto en su cama. En realidad, llevaba tiempo arrastrando ciertos problemas de salud, ¿sabes?

—No; no lo sabía —reconoció con tristeza—. Nunca me dijo nada.

—No quería preocuparte. No sufras, Ranjit, pues su *jiva* va a ser recibida con honor, y se le otorgó un buen funeral. Dado que nos habían arrebatado tu presencia, fui yo quien hizo las plegarias, y me aseguré de que no faltasen flores ni bolas de arroz en el féretro. Además, una vez incinerado, me encargué de llevar sus restos al mar. Con la muerte no se acaba todo, ¿sabes?

—Sí, lo sé —confirmó Ranjit, pensando más en el religioso que en su propia opinión.

—Quizá no necesite siquiera volver a nacer. Y si lo hace, estoy convencido de que será encarnado en alguna persona o criatura cercana a ti. Por cierto: cuando estés en condiciones de viajar, ven a vernos, por favor. ¿Tienes abogado? Tu padre ha dejado una modesta herencia, y aunque te pertenece íntegramente, por supuesto, hay que presentar ciertos documentos.

Aquello lo dejó un tanto inquieto, dado que no gozaba de semejante servicio. Sin embargo, cuando se lo hizo saber a *mevrouw* Vorhulst, ella respondió que no había problema alguno, y desde entonces, Ranjit tuvo abogado. Y no uno cualquiera, sino uno de los socios del despacho del padre de Gamini, por nombre Nigel de Saram. Lo que le resultaba mucho más preocupante era el hondo sentimiento de culpa que lo atormentaba, pues si no había tenido antes noticia de la muerte de su padre había sido, sin más, porque no se había molestado en preguntar por él.

Trató de consolarse pensando que había tenido un millar de cosas que atender; pero no pudo dejar de preguntarse si el sacerdote se hubiera olvidado de él de haber estado en su pellejo.

* * *

Sin contar con los sirvientes, *mevrouw* Vorhulst fue la única persona que lo vio en el transcurso de los primeros días; pero más tarde no pudo por menos de insistir en que ninguna visita iba a poder provocarle un agotamiento psíquico comparable al de los carceleros jóvenes y fuertes que lo aporreaban estando en prisión, y los médicos hubieron de

coincidir con él. En consecuencia, se redujeron los obstáculos para ir a verlo, y a la mañana siguiente, mientras Ranjit experimentaba con los aparatos del gimnasio de sus anfitriones, entró en la sala el mayordomo para anunciar, tras aclararse la garganta:

—Señor, tiene usted visita.

—¿Hay mensajes para mí? —quiso saber él, que había estado con la cabeza en otra parte. El criado dejó escapar un suspiro.

—No, señor. De recibirse alguno, se le hará llegar de inmediato tal como ha pedido. Pero el señor De Saram solicita verlo. ¿Desea que lo haga pasar?

Ranjit se puso enseguida uno de los inagotables albornoces de los Vorhulst, y el abogado no tardó mucho más en hacerse cargo de la situación. No daba la impresión de ser muy joven (debía de tener cincuenta o sesenta años, si no más), ni dejaba lugar a dudas sobre su aptitud. No necesitó información alguna acerca del legado del padre de su cliente, pues a pesar de que apenas habían transcurrido cuarenta y ocho horas desde el momento en que se le había encomendado la gestión de los asuntos legales del joven, ya había tenido tiempo de verificar sus detalles biográficos en el tribunal pertinente de Trincomali y se había formado una idea bastante acertada de la monta de la herencia.

—No llega a veinte millones de rupias, señor Subramanian —manifestó—, aunque tampoco queda muy por debajo de dicha cantidad. Ronda, conforme a los tipos de cambio vigentes, los diez mil dólares estadounidenses. La mayor parte está conformada por dos propiedades inmobiliarias: el hogar de su padre y una casa de menores dimensiones que se halla desocupada en el presente.

—La conozco —le confió Ranjit—. ¿Qué tengo que hacer yo?

—Por el momento, nada; aunque existe cierta posibilidad sobre la que tal vez desee meditar. Al señor Bandara le hubiese encantado brindarle sus servicios en persona, pero, como sabe, se encuentra participando en cierto asunto por demás secreto de las Naciones Unidas.

—Lo sé, aunque no conozco demasiados detalles.

—Por supuesto. El caso es que, en condiciones normales, tendría usted la potestad de presentar una demanda por daños y perjuicios contra los sujetos que... mmm... que han obstaculizado durante tanto

tiempo su regreso a casa; pero...

—Sí, lo sé —repuso Ranjit—: no debemos hablar de ellos.

—Exacto —declaró De Saram aliviado—. Sea como fuere, aún queda una vía que quizá desee explorar. Está usted en situación de entablar una demanda judicial contra la compañía del crucero fundándose en que no debía haber permitido que su embarcación cayese en manos de los piratas. La suma no sería tan cuantiosa como en el primer caso, por supuesto, tanto porque es algo más difícil de demostrar su responsabilidad como porque su solvencia no es...

—Espere un momento —lo interrumpió Ranjit—. Le roban un barco a bordo del cual me encontraba yo debido sólo a mi propia estupidez, ¿y ahora voy a denunciarlos por dejar que ocurra algo así? No parece que sea muy justo.

El abogado sonrió por vez primera con gesto amistoso.

—El señor Bandara me advirtió de que diría usted eso —anunció—. En fin, me parece que mi coche debe de estar casi listo...

Y de hecho, en ese preciso instante llamaron a la puerta, y Vass, el mayordomo, les comunicó que el vehículo estaba, en efecto, esperando al señor De Saram. Entonces, antes de que pudiese decir nada, el criado le hizo saber sin ambages:

—No hay mensajes para el señor. —A lo que añadió—: Y si me permite... No he querido importunarlo antes, señor, pero nos ha apenado a todos saber de la muerte de su padre.

* * *

No es que las palabras del mayordomo le hubiesen recordado semejante pérdida, pérdida que no necesitaba recordatorio alguno por formar parte de él, de día y de noche, como una herida incurable.

Lo peor de la muerte era que ponía fin a la comunicación entre dos personas de manera irrevocable. A Ranjit le había quedado una nutrida relación de cosas que debía haber dicho a su padre y nunca le dijo, y una vez perdida por completo la oportunidad de hacerlo, todas aquellas manifestaciones de amor y respeto que había callado se le agolpaban en el corazón.

Las noticias internacionales, claro está, no le ofrecían consuelo alguno. Entre Ecuador y Colombia había estallado el conflicto; la

división de las aguas del Nilo había vuelto a provocar riñas, y Corea del Norte había presentado ante el Consejo de Seguridad una queja contra China por apartar las nubes de lluvia de sus arrozales a fin de regar con ellas los suyos propios.

Nada había cambiado: simplemente, la población mundial tenía una alma menos.

* * *

Aun así, había algo que sí podía hacer, o que debía haber hecho mucho tiempo atrás, y llegado el sexto día de su estancia en la casa de los Vorhulst, pidió al fin, y recibió, una copia de aquel escrito frenético que había redactado a la carrera en el avión. La estudió con el mismo ojo crítico, exigente y calculador, de que se habría servido un profesor de redacción novato para calificar el trabajo de final de curso de uno de sus alumnos. Si contenía algún error de los que podían desautorizarlo, estaba seguro de que lo iba a encontrar. Y así fue, pues con no poca frustración, dio con varios: dos a primera vista, luego cuatro y, más tarde, uno o dos pasajes que, no siendo erróneos por completo, tampoco estaban del todo claros.

Era perdonable, pues todo era fruto de aquellas últimas siete u ocho semanas durante las cuales había completado, al fin, la demostración en su cabeza (cuanto le había sido posible, claro está, sin papel, tinta ni ordenador) y se había consagrado a repetirla, paso por paso, atenazado por el terror que le producía la posibilidad de olvidar algún punto fundamental. Aun así, una vez liberado había de resolver lo que debía hacer con aquellos errores. Estuvo cavilando al respecto todo el día y buena parte de la noche. ¿Debía enviar a la revista un catálogo de enmiendas? Parecía lo más sensato..., y sin embargo, en aquel momento se interpuso su orgullo: tales errores (si así podían llamarse) eran, al fin y al cabo, insignificantes; cualquier matemático decente los localizaría de inmediato y sabría enseguida subsanarlos. Y le causaba horror la idea de mostrarse implorante.

Al final, no remitió comunicación alguna a *Nature,* aunque las más de las noches, mientras trataba de dormir, volvía a asaltarlo la duda de si habría sido mejor hacerlo. Confiaba en estar en lo cierto respecto de lo que hacía una publicación como *Nature* con artículos como el que él

había enviado, pues estaba seguro de que, de tener la menor intención de publicarlo, lo primero que harían los redactores sería enviar a tres o cuatro expertos en aquel ámbito particular sendos ejemplares del escrito a fin de que comprobasen que no hubiera en él equivocaciones manifiestas.

Pero ¿cuánto iba a tener que esperar? No lo sabía, aunque sí podía decir que la respuesta estaba tardando ya mucho más de lo que él hubiese deseado. En consecuencia, cada vez que llamaba el mayordomo al objeto de anunciar una visita, echaban a volar sus esperanzas, y cada vez que aquél exponía el propósito trivial del visitante, volvían a estrellarse contra el suelo.

CAPÍTULO XVIII

Compañía

Llegado el séptimo día de su estancia en la residencia de los Vorhulst, el mayordomo anunció la llegada de una nueva visita, que no era otra que Myra de Soyza.

—¿Molesto, Ranjit? —preguntó enseguida—. La tía Bea me ha dicho que podía entrar a verte siempre que te dejara descansar.

Lo cierto es que lo acababa de sacar de su reposo; pero no consideró oportuno reconocerlo. Por el contrario, hizo cuanto pudo por buscar algún tema de conversación.

—¿A qué te dedicas ahora? —quiso saber—. ¿Estás todavía en la universidad?

No; de hecho, no había vuelto a pisarla desde los tiempos en que habían estado juntos en clase de sociología. En realidad, acababa de volver de un curso posdoctoral (¡posdoctoral!; no tenía la menor idea de que se hubiera alzado tan arriba en el escalafón académico) en el MIT, en Estados Unidos.

—¿Qué estás estudiando? —preguntó él, como era de esperar.

—Mmm... inteligencia artificial, digamos.

Ranjit optó por hacer caso omiso de aquel críptico «digamos».

—¿Y cómo va todo en el mundo de la inteligencia artificial?

—Si te refieres —respondió ella, sonriendo al fin— a si nos estamos acercando a la posibilidad de hacer que un ordenador mantenga con nosotros una charla medio razonable, fatal; pero si nos remontamos a los proyectos que trataron de llevar adelante los precursores de la disciplina, hay que reconocer que no nos va tan mal. ¿Has oído hablar de un hombre llamado Marvin Minsky?

Él rebuscó en su memoria sin hallar nada.

—Creo que no.

—Una lástima. Era una de las mayores lumbreras que hayan tratado de definir el pensamiento, así como de hallar la forma de conseguir que un ordenador llegue a hacer algo que pueda reconocerse como tal. Gustaba de contar una historia que yo suelo recordar para animarme.

Aquí se detuvo, como dudando de que a su interlocutor pudiera interesarle, y Ranjit, que se habría deleitado oyéndola anunciar retrasos ferroviarios o cotizaciones de cierre de la bolsa de valores, emitió los sonidos necesarios para indicarle que podía continuar.

—El caso es que, en los albores de los estudios relativos a esta materia, él y los demás pioneros tenían el reconocimiento de formas por uno de los distintivos más relevantes de la inteligencia artificial, hasta que quedó resuelto de un modo más bien trivial cuando las cajas de todos los supermercados del mundo comenzaron a leer los precios de cada uno de los artículos que vendían gracias a los códigos de barras. ¿Y qué ocurrió? Pues, sencillamente, que hubo que redefinir la inteligencia artificial, dejando el reconocimiento de formas fuera de la receta, dado que se había logrado sin llegar a conseguir que un ordenador pudiese hacer un chiste o inferir por el aspecto de una persona si tiene resaca.

—¿Y habéis dado ya con el modo de hacerlo bromear?

—Ojalá —respondió ella incorporándose con aire malhumorado, y tras dejar escapar un suspiro, reconoció—: en realidad, yo ya no me centro en ese género de cosas. Ahora me dedico más bien a la creación de objetos útiles; sobre todo, de prótesis autónomas. —Y a continuación, cambiando de expresión y de tema, le espetó sin previo aviso—: Ranjit, ¿por qué llevas todo el rato tapándote la boca?

No había esperado de ella una pregunta tan personal, aunque era muy consciente de que no se había apartado la mano del rostro durante todo aquel rato. Ella insistió:

—¿Son los dientes?

—Sí —reconoció él—. Sé muy bien qué aspecto tengo.

—Yo también, Ranjit: el de un hombre honrado, decente e inteligente en extremo que no ha consentido ir a un odontólogo para que le arregle la boca. —Meneando la cabeza, indicó—: Es la cosa más sencilla del mundo, Ranjit, y no sólo mejoraría tu apariencia, sino que te permitiría masticar mejor. —Dicho esto, se puso en pie—. He

prometido a la tía Bea que no iba a entretenerte más de diez minutos, y ella, a cambio, me ha dejado que te pregunte si no te gustaría nadar en el mar por cambiar. ¿Sabes dónde está la playa de Nilaveli? Tenemos una casita allí; así que si quieres…

Por supuesto que quería.

—Entonces, lo solucionaremos —aseveró ella antes de sorprenderlo con un abrazo—. Te hemos echado de menos —le dijo, y a continuación dio un paso atrás para mirarlo—. Gamini me ha dicho que quisiste saber de su antigua novia. ¿Tienes alguna pregunta parecida para mí?

—Pues… Bueno: sí. Supongo que te refieres al canadiense aquel.

Ella sonrió.

—Sí, imagino. Bien, pues el canadiense estaba en Bora Bora la última vez que tuve noticias suyas. Se ve que estaban haciendo allí un hotel aún más grande; pero de eso hace ya mucho: ya no estamos en contacto.

* * *

Ranjit ni siquiera sabía que Gamini y Myra pudieran conocerse, y menos aún que se trataran con tamaña confianza. Pero ahí no acababa su ignorancia. El número de visitas se hizo mayor, y el abogado del despacho del señor Bandara no dejaba de aparecer con más documentos que debía firmar.

—No es que la herencia de su padre tenga la menor complicación —se disculpó—. El problema radica en que, cuando se comunicó su desaparición, alguno de los burócratas de la Administración interpretó que había que suponerle muerto. Por tanto, lo primero que tenemos que hacer es aclarar eso.

También iba a verlo la policía, no porque se hubieran presentado cargos contra él (De Saram se había asegurado de tal extremo antes de permitir interrogatorio alguno), sino porque aún tenían cabos sueltos acerca de la piratería, y Ranjit era el único que podía brindarles alguna ayuda para poder atarlos.

Por otro lado, estaba el asunto de las «prótesis autónomas» de Myra de Soyza, fueran éstas las que fueren. La búsqueda de datos que había emprendido no le había resultado demasiado útil. Verdad es que gracias a ella había podido conocer la escritura correcta de la palabra en inglés:

prostheses; pero aún no había logrado elucidar qué relación guardaba la inteligencia artificial con la fabricación de miembros postizos o audífonos.

Beatrix Vorhulst se lo aclaró:

—No estamos hablando de patas de palo inteligentes, Ranjit. Se trata de algo más sutil: la fabricación de robots tan diminutos que puedan inyectarse en el torrente sanguíneo y programarse para reconocer y destruir, por ejemplo, las células cancerígenas.

—Ajá... —respondió él mientras examinaba la idea con no poco agrado. Aquélla era, claro, la suerte de proyecto que podía interesar a Myra de Soyza—. ¿Y funcionan?

Mevrouw Vorhulst le dedicó una sonrisa triste.

—Si los hubiesen tenido hace unos años, yo no estaría viuda. No: aún no han pasado de ser una ilusión. No tienen fondos suficientes para investigar. Myra lleva mucho tiempo esperando el dinero necesario para financiar su propio proyecto; pero no llega. Es verdad que se destina mucho capital a la ciencia, aunque sólo si se trata de estudiar alguna clase de arma.

* * *

Cuando, al fin, estuvo en situación de aceptar la invitación de Myra de Soyza, Beatrix Vorhulst se prestó encantada a proporcionarle un vehículo con conductor. Llevaban ya un buen trecho recorrido en dirección a la playa cuando comenzó a reconocer diversos puntos de referencia. Gamini y él habían visitado, por supuesto, aquel lugar durante el período en que exploraron cuanto tenía que ofrecerles la región, y allí no había cambiado gran cosa. Las playas seguían teniendo su cupo generoso de muchachas atractivas ataviadas con bañadores ligeros.

Ranjit no tenía la menor idea de cuál podía ser el aspecto de la casa de De Soyza hasta que el conductor le señaló una vivienda con cubierta de tejas, terraza con cerramiento en torno a la entrada y hermosas flores de colores vivos. Fue necesario que se abriese la puerta y apareciera Myra de Soyza vestida con una bata holgada sobre un biquini tan a la moda y tan ligero como el resto de los que había visto en la playa para que se convenciera de que no se había equivocado de

lugar.

¿O sí? Porque detrás de ella había una niña de unos cinco o seis años que hizo que su cabeza se pusiera a reorganizar, de forma frenética y consternada, sus ideas. ¿Una criatura de seis años? ¿De Myra? ¿Tanto tiempo había estado él ausente? No: Ada Labrooy era hija de la hermana de Myra, quien se hallaba en avanzado estado de gestación del siguiente retoño y, en consecuencia, había accedido de buen grado a dejar que la pequeña pasase el mayor tiempo posible con su tía favorita. Myra también estaba contenta de tenerla consigo, sobre todo por el hecho de que su hermana había tenido a bien enviar con su sobrina a la niñera para asegurarse de que no fuese a causar problemas.

Después de que Ranjit se cambiara y se dejara embadurnar de protector solar, lo que constituyó, en sí mismo, una de las experiencias más agradables que hubiese conocido en el pasado reciente, los dos cruzaron paseando la calidez de la arena en dirección a las frescas aguas del golfo. Lo más maravilloso de las playas de Sri Lanka, además de la compañía, en aquel caso, era la suavidad con que se acrecentaba la hondura del mar. Así, a muchas decenas de metros de la tierra aún se hacía pie.

En realidad, sólo se adentraron hasta la cintura, y no nadaron tanto como juguetearon entre las olas. Ranjit no pudo sustraerse a la tentación de demostrar que podía recorrer casi un centenar de metros buceando; mucho menos, claro, que cuando iba, siendo adolescente, al peñón de Svāmi; pero lo bastante para hacerlo merecedor de los halagos de Myra, que era, a fin de cuentas, lo que había pretendido.

A continuación se hizo patente lo sagaz del acuerdo al que debía de haber llegado la joven con la niñera. Cuando se hubieron duchado y cambiado, ya los aguardaba en la mesa un almuerzo delicioso, y acabado éste, la criada se llevó a Ada para que durmiese la siesta antes de retirarse a dondequiera que se retirara cuando no estaba de servicio.

Aquélla fue una de las partes del día más agradables para él. Y cuando Myra anunció que necesitaba nadar de veras, cuando menos doscientos metros, y que en aquella ocasión no debía acompañarla él, ya que no podía exponerse demasiado al sol hasta que su piel volviera a habituarse a él, tuvo, sin embargo, la certeza de que volvería. En el transcurso de los veinte minutos últimos, había comenzado a

preguntarse si había desarrollado correctamente una de las proposiciones de Sophie Germain. Y estaba casi persuadido de no haber cometido error alguno cuando regresó Ada de su reposo. Miró a su alrededor en busca de su tía, y se tranquilizó cuando Ranjit agitó un brazo en la dirección del lugar en que los brazos de Myra la impulsaban en coordinación con sus piernas.

Entonces, tras servirse un zumo de frutas, la niña se sentó a supervisar lo que fuera que estuviese haciendo él. De ordinario, Ranjit prefería que no lo observaran mientras bregaba con las matemáticas; pero Ada parecía tener sus propias reglas en lo tocante a la contemplación del quehacer de los demás. No se quejó por haberse quedado en tierra; ni siquiera se mostró malhumorada. Cuando Ranjit le dio un helado comprado a uno de los vendedores ambulantes de la playa, ella se limitó a comérselo con lentitud sin despegar los ojos de cuanto escribía él en su libreta. Al acabar, echó a correr hasta la orilla para lavarse las manos, cuyos dedos había dejado pegajosa la golosina, antes de preguntar en tono educado:

—¿Me dejas que vea lo que estás haciendo?

A esas alturas, había quedado por demás convencido de la validez del uso que había hecho de la formulación de Germain. En consecuencia, abrió el cuaderno sobre la mesa que tenía ante sí, llevado de la curiosidad por saber qué pensaría la pequeña de la identidad de la francesa.

Tras estudiar la línea de símbolos por un instante, anunció:

—Me parece que no lo entiendo.

—Es complicado —convino Ranjit—, y me temo que no voy a ser capaz de explicártelo. Pero... —Se detuvo para estudiarla, y concluyó que, aunque era mucho más pequeña que Tiffany Kanakaratnam, contaba con la ventaja de haber recibido una educación más completa por parte de una familia más refinada—. Tal vez pueda enseñarte algo —dijo al fin—. ¿Sabes contar con los dedos?

—¡Pues claro! —respondió en un tono al que poco faltaba para rayar en la indignación—. Mira —dijo mientras levantaba por turnos los dedos de las manos—: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez.

—Eso está muy bien —repuso Ranjit—; pero sólo has llegado a diez. ¿Te gustaría saber cómo contar hasta mil veintitrés?

* * *

Cuando hubo acabado de enseñar a la criatura cómo hacer la representación binaria de mil veintitrés con los diez dedos extendidos, Myra ya había regresado de su baño y lo escuchaba con tanta atención como Ada.

Concluida la demostración, la niña miró a la recién llegada, que en ese momento se secaba el cabello con la toalla.

—¡Ese truco ha estado muy bien! ¿Verdad, tía Myra? —Y volviéndose de nuevo a Ranjit, le preguntó—: ¿Te sabes más?

Él vaciló al recordar uno que no le había enseñado siquiera a Tiffany Kanakaratnam. Sin embargo, en aquella ocasión tenía entre su auditorio a Myra.

—Lo cierto —respondió— es que sí. —Dicho esto, se apartó de la zona entarimada de la terraza del búngalo a fin de trazar un círculo en la arena.

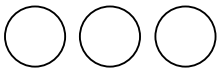
—Esto es una rupia —declaró—. Bueno; ya sé que es sólo el dibujo de una rupia; pero digamos que es una moneda de verdad. Si la lanzamos al aire, puede caer de dos modos distintos: por la cara o por la cruz.

—O de canto, si cae en la arena —apuntó la niña.

El la miró, y al ver la inocencia que se traslucía en su rostro, contestó:

—En ese caso, tendremos que tener cuidado de no lanzarla en la playa. Vamos a lanzarla, mejor, en la mesa de juego de un casino. Ahora, si en vez de una tenemos dos…

»Cada una de ellas puede darnos la cara o la cruz; lo que significa que tenemos cuatro resultados posibles: cara y cara; cara y cruz; cruz y cara, y cruz y cruz. Y si tenemos tres…



»… las posibilidades serán ocho: cara, cara y cara; cara, cara y cruz; cara…

—Ranjit —lo interrumpió Myra sonriente, sin que en su voz pudiese detectarse el menor atisbo de irritación—, Ada sabe muy bien cuánto es dos elevado al cubo.

—Por supuesto; por supuesto —dijo él en tono sumiso—. Pues vamos allá: toma este palo y añade tantas monedas como quieras a esta hilera sin que yo las vea. Luego, cuando acabes, me comprometo a averiguar, en diez segundos o menos, el número exacto de resultados que podría darse en caso de que las lanzásemos al aire. Y —añadió alzando un dedo— para hacerlo más interesante, voy a dejar que tapes el número de monedas que quieras, a partir del extremo que tú elijas, para que me sea imposible saber cuántas hay.

Ada, que había estado escuchándolo con atención, exclamó:

—¡Anda ya! ¿De verdad puede hacer eso, tía Myra?

—No —respondió ella con firmeza—. A no ser que lo mire a hurtadillas o haga trampas de cualquier otro modo. —Y a Ranjit—: ¿No vas a mirar?

—No.

—Y sin saber el número de monedas que hay en la fila…

Apretando los labios, él contestó:

—Yo no he dicho nada de lo que puedo saber…; pero no: sin saberlo.

—En ese caso, es imposible —declaró ella.

Aun así, cuando Ranjit la invitó a ponerlo a prueba, no dudó en hacer que se volviera mientras ponía a Ada a vigilar sus ojos para asegurarse de que no hacía uso de ninguna ventana a modo de espejo. Entonces, borró con rapidez la mayor parte de las monedas que había estado dibujando la niña para dejar sólo tres, y lanzando un guiño a su sobrina, tendió sobre ellas la toalla de tal manera que ocultase dos de ellas, así como todo un metro de arena en el que no había nada. Hecho esto, dijo:

—Cuando quieras.

Ranjit se dio la vuelta con lentitud, como quien dispone de todo el tiempo del mundo, y Ada no pudo evitar chillar:

—¡Date prisa! ¡Sólo tienes diez segundos! Cinco, ahora... ¡No! A lo mejor sólo dos...

—No te preocupes —pidió sonriendo con gesto tranquilizador, y a continuación, se inclinó hacia delante y miró por vez primera al lugar en que había estado la línea de círculos, tomó el palo y trazó una línea recta en el extremo de la fila. Acto seguido, mientras retiraba la toalla, anunció—: Ahí tienes la respuesta —y volvió a sonreír—. ¡Vaya! —añadió al ver el resultado—. ¡Qué astucia!

Esperó a ver cómo reaccionaba Myra ante el dibujo que había quedado en la arena:

1000

Ella se mostró desconcertada unos instantes, y a continuación se le iluminó el gesto.

—¡Dios mío, claro! Es la representación binaria del número... espera... ¡del ocho en decimal! ¡Y la respuesta correcta, por supuesto!

Sonriendo aún, Ranjit asintió con la cabeza y miró a continuación a Ada, quien parecía un tanto inquieta; y considerando estaba si tendría que mostrarle otra vez el funcionamiento de la notación binaria (1, 10, 11, 100... en lugar de uno, dos, tres, cuatro...), cuando vio que los labios de la niña cambiaban de posición por la alegría.

—No has dicho que fueras a adivinarlo en números binarios, pero tampoco que no fueras a hacerlo; así que supongo que vale. Buen truco.

Emitió semejante veredicto con la suficiente gravedad adulta para mantener el gesto de satisfacción de Ranjit, a quien, sin embargo, devoraba la curiosidad.

—Dime una cosa, Ada: ¿de verdad tienes claro lo que son los números binarios?

—¡Pues claro, Ranjit! —respondió ella con falsa indignación—. ¿O es que no sabes por qué convenció mi tía a mis papás para que me llamasen Ada?

Fue Myra quien despejó la expresión de asombro del joven.

—Sí: me confieso culpable —reconoció—. Mi hermana y mi cuñado no se ponían de acuerdo con el nombre de la niña, y fui yo quien

propuso el que tiene ahora. Ada Lovelace era mi heroína, el modelo que yo quería imitar. Todas mis amigas tomaban como ejemplo a Siva, la Mujer Maravilla o Juana de Arco, y yo sólo deseaba ser, cuando creciese, como la condesa Ada Lovelace.

—La condesa...—comenzó a decir Ranjit. A continuación, hizo chascar los dedos y exclamó—: ¡Claro! La informática del... del siglo XIX, ¿no? La hija de lord Byron, que escribió el primer programa del que se tenga noticia para la calculadora de Charles Babbage.

—Ésa, sí —confirmó Myra—. Claro que aquella máquina no llegó a construirse, porque tal cosa era imposible con los medios con que contaban entonces; pero el programa era válido. En su honor bautizaron Ada al lenguaje de programación.

* * *

La visita diaria a la playa se convirtió en una institución, y Ranjit no tardó en dar con un modo de hacerla aún más deseable. De Saram había abierto una línea de crédito bancario fundándose en la previsión de la herencia paterna, lo que quería decir que, desde entonces, disponía no sólo de una cuenta de verdad con rupias de verdad para gastar, sino también de tarjeta de crédito. En consecuencia, Ranjit, que no había pasado por alto los restaurantes situados detrás de la línea de árboles, decidió llevar a Myra a cenar.

El conductor se detuvo ante uno de los establecimientos dispuestos a lo largo de la carretera; pero el olor que percibió Ranjit al abrir la portezuela con el fin de investigar no tenía mucho de alentador. El del segundo parecía mejor. De hecho, no dudó en entrar y pedir la carta, y tras olfatear a conciencia, informó a quien fue a llevársela que volvería, aunque no dijo cuándo. En el tercero, sin embargo, apenas hubo de mirar siquiera la relación de platos, pues los aromas que procedían de la cocina y el modo como se recreaban los escasos clientes con el té y los dulces de la sobremesa lo llevaron a hacer allí la reserva tras una honda inspiración. Cuando, al fin, formuló la invitación a Myra, ella se mostró indecisa un instante antes de decir:

—Claro; ¡qué idea tan buena!

Ranjit tenía aún todo el día por delante antes de ser él quien se diera el gusto de agasajarla a ella.

Ada no estaba; de modo que pudieron nadar juntos y adentrarse en el mar mucho más de lo habitual, y cuando regresaron, hablar a placer después de vestirse y sentarse a beber en la terraza cubierta.

—Esto tenía antes mucha más vida —dijo ella, clavando la mirada en la arena casi vacía que se extendía frente a la casa—. Cuando yo era un renacuajo, había dos hoteles de lujo en la playa, y muchos más restaurantes.

El la observó con curiosidad.

—¿Echas de menos los días de bullicio?

—En realidad, no. Me gusta más ahora que está más tranquilo; pero mis padres iban allí a bailar, y ya no queda nada.

Ranjit hizo un gesto de asentimiento.

—El maremoto de 2004, ¿no? —respondió con aire conocedor.

—Mucho antes —replicó ella meneando la cabeza—: en 1984. Aquí se libraron algunas de las primeras batallas de la guerra civil. Los Tigres del Mar desembarcaron aquí para poder hacerse con el aeropuerto. Como el ejército se había apoderado de los hoteles para disparar desde allí, los Tigres atacaron los edificios. Mis padres estaban aquí, en la casa, y no pudieron salir hasta que las cosas se calmaron y volvieron a abrir las carreteras. Mi madre decía que las balas trazadoras parecían fuegos de artificio cuando las veían llegar, silbando con estruendo, desde las embarcaciones de asalto o salir de los hoteles en dirección al mar. Lo llamaban «el espectáculo».

Ranjit quiso responder, pero no supo cómo, pues no le salían las palabras, y lo que de veras deseaba era rodearla con un brazo. Al final, se decidió por algo semejante a un primer paso posando una mano sobre la de ella, que descansaba en el brazo del asiento. A ella no pareció importarle.

—Siendo yo pequeña, las ruinas de los edificios seguían aquí; y ¿sabes qué fue lo que acabó con ellas al final? El maremoto: si no, creo que aún podríamos verlas.

Se volvió hacia él sonriente, con un gesto que hacía pensar que estaba deseando que la besasen. Así que Ranjit optó por probar.

Y resultó que no andaba errado. De hecho, fue ella la que le tomó la mano y lo llevó al interior de la casa, en donde los esperaba un diván por demás acogedor, en el que cabían a la perfección dos personas y en el que tuvo oportunidad de descubrir que mantener relaciones sexuales

con una mujer, acto agradable de por sí, lo era en grado sumo cuando se trataba de alguien querido y respetado, en cuya compañía se hacía deseable pasar todo el tiempo del mundo.

La cena que corrió a su cargo también fue a pedir de boca. Aquel día de playa constituyó, en consecuencia, un éxito completo, y Myra y Ranjit no dudaron en hacer planes para repetirlo muy a menudo. Sin embargo, no fue posible, pues al día siguiente ocurrió algo que iba a cambiar por entero sus designios.

* * *

Ada Labrooy se hallaba con ellos aquel día, y también su niñera, que no dejaba de mirar al soslayo a Myra y a Ranjit, a quien acabó por persuadir de que debían llevar escrito en la cara cuanto había ocurrido la víspera. Todo se había desarrollado con normalidad (si se exceptúa el hecho de que, a su llegada, la anfitriona lo besó en los labios en lugar de en la mejilla como siempre); hasta el momento en que, de vuelta de su excursión por la playa, se disponían a tomar su refrigerio en albornoz.

Ada vio algo. Con la mano colocada a modo de visera a fin de protegerse del sol, preguntó:

—¿No es aquél el hombre que trabaja para los Vorhulst?

Ranjit se puso en pie para ver mejor, y comprobó que, en efecto, se trataba del mayordomo, que corría en su dirección con una presteza inusitada mientras sostenía en una mano un puñado de papeles. Parecía nervioso; no ya nervioso, sino impaciente por entregárselos a Ranjit. Tanto que, al encontrarse aún a cinco o seis metros de él, no pudo evitar gritar:

—¡Señor! ¡Creo que puede ser lo que estaba esperando!

* * *

Y sí que lo era.

O al menos, algo semejante: se trataba de un análisis prolijo de su artículo, o más bien, de cinco diferentes, elaborados, a todas luces, por otras tantas personas anónimas que habían comentado (con detalle riguroso y casi ilegible) cada uno de los pasajes en los que él había

detectado ya algún error o imprecisión. Además, habían dado con no menos de once partes de su exposición que, pese a requerir enmienda, había pasado él por alto al examinarla. En total había cuarenta y dos páginas, llenas todas de palabras y ecuaciones. A medida que hojeaba cada una de ellas y pasaba con premura a la siguiente, se las iba dando a Myra al tiempo que arrugaba cada vez más la frente.

—¡Por Dios bendito! —exclamó al fin—. ¿Qué es esto? ¿Una declaración de los motivos que tienen para rechazar mi condenado escrito?

Myra se mordía el labio mientras leía por cuarta o quinta vez la última página. Entonces, asomó a su rostro una amplia sonrisa.

—Cariño —dijo mientras tendía la hoja a Ranjit, sin que ninguno de los dos se percatara, por la emoción del momento, de que era la primera vez que se dirigía a él con tal apelativo—. ¿No has leído la última palabra del mensaje?

Él le arrebató la hoja.

—¿Qué palabra? —quiso saber—. ¿Ésta de aquí abajo? ¿«Enhorabuena»?

—Ésa —confirmó ella con una sonrisa tan franca y tierna como la más dulce que jamás habría podido desear ver él en el rostro de Myra de Soyza—. ¿Conoces a alguien al que hayan felicitado nunca por un fracaso? ¡Van a publicártelo, Ranjit! ¡Están convencidos de que lo has conseguido!

CAPÍTULO XIX

La fama

En cuanto salga publicado el artículo, vas a ser famoso! ¡Famoso de verdad! —declaró Beatrix Vorhulst tan pronto vio volver a Ranjit aquella noche.

Pero se equivocaba: no iba a hacer falta esperar tanto: el reconocimiento llegó días antes de que la revista diese a la imprenta el original al objeto de tirar los cientos de miles de ejemplares que estaban destinados a procurar a Ranjit renombre mundial. Alguien (quizá del personal mismo de *Nature*, o tal vez de los expertos que habían evaluado su trabajo) había divulgado la noticia por su cuenta; de manera que no tardaron en comenzar a llamar reporteros de todas partes. Primero, de la BBC; a continuación, de *The New York Times*, y luego de todos los medios de comunicación imaginables, a fin de oír de boca de Ranjit a qué había estado jugando monsieur Fermat, y por qué había habido que esperar tanto para demostrar que había estado en lo cierto.

Y si bien no le costó responder a nada de ello, comenzó a encontrar dificultades cuando quisieron saber hasta qué punto era cierto el rumor de que había estado en prisión. En este particular, le fue de gran ayuda el consejo de De Sarma:

—Dígales, sin más, que su abogado le ha prohibido hablar de nada de eso por haber un pleito pendiente. Yo haré que sea creíble presentando una demanda en su nombre contra la compañía de cruceros.

—Pero es que yo no quiero que tenga que pagarme nada la empresa.

—No se preocupe, porque no se va a dar el caso. Ya me encargo yo de que así sea. Se trata sólo de buscar una razón para que nadie haga

preguntas..., ya que el señor Bandara me ha dejado clara la importancia de que no se mencione dato alguno de todo este asunto.

Si semejante estratagema funcionó a la perfección, lo cierto es que no hizo nada por reducir el número de solicitantes que deseaban concertar con él una entrevista personal (a la que, por descontado, irían acompañados de un equipo de al menos una docena de técnicos de grabación) para que tuviese ocasión de exponerles todo lo relativo a ese tal Fermat y lo que lo había podido llevar a proceder de un modo tan peculiar. A ese respecto, según lo informó De Saram cuando el joven volvió a pedir su ayuda, sólo había un modo de aplacar su curiosidad: comparecer en público; es decir: celebrar una rueda de prensa y revelar, a un mismo tiempo, toda la historia a quien estuviese interesado en ella.

Se hallaban, De Saram, Ranjit, Myra de Soyza y Beatrix Vorhulst, sentados al lado de la piscina de esta última. Comoquiera que los viajes a la casa de recreo de los De Soyza habían dejado de ser cosa apetecible para Ranjit y Myra después de que los moscardones de la prensa hubiesen averiguado su paradero, lo más habitual era que esta última acudiese a la residencia de la tía Beatrix a nadar con él.

—He hablado con el señor Bandara sobre el particular —aseveró De Saram mientras arrimaba su silla a la sombra del gran quitasol de la piscina—, y confía en que la universidad accederá a brindarle el uso de una de sus salas para la conferencia. De hecho, considera que será un honor para la institución.

—¿Y qué puedo decir? —preguntó Ranjit un tanto incómodo.

—Pues lo que ha hecho usted —respondió el abogado—; omitiendo, claro está, los extremos que considera el señor Bandara que deben mantenerse en secreto. —Y dejando la taza sobre la mesa, dijo a *mevrouw* Vorhulst con una sonrisa—. No, gracias; me encantaría tomar otro té, pero he de regresar al despacho. No se levante, conozco el camino.

La anfitriona permitió que le estrechara la mano, pero no insistió en que se quedara con ellos.

—Parece una idea excelente —comentó a los dos jóvenes—. A mí me encantaría ir a verte. —Y dirigiéndose a Myra, añadió—: Cielo, ¿te acuerdas de la habitación en la que dormías cuando tus padres salían hasta tarde? Sigue ahí, al lado de la de Ranjit; así que si necesitas

usarla de cuando en cuando... o siempre que te apetezca... tuya es.

Por ende, cuando Ranjit se fue a dormir aquella noche, hubo de reconocer que aquél había sido un día magnífico. No tenía demasiada experiencia en lo que a hablar en público respectaba, y eso lo preocupaba un tanto; pero al reparar en que la cabeza de Myra descansaba en la almohada de al lado, hubo de reconocer que, al cabo, las cosas no le iban precisamente mal.

* * *

El auditorio que cedió la universidad para su rueda de prensa tenía unas dimensiones considerables, y lo cierto es que no podía ser de otro modo, pues no había quedado libre ninguno de los cuatro mil trescientos cincuenta asientos disponibles. Y no sólo por la asistencia de los medios de comunicación, por cuanto, además de los varios centenares de periodistas que habían acudido a la cita, daba la impresión de que media Sri Lanka había decidido estar también presente. A los cuatro mil trescientos cincuenta afortunados del auditorio había que sumar otro millar de personas que presenciaron el acontecimiento en otra sala del campus dotada con pantalla de televisión, amén de un número nada desdeñable de gentes de consideración (al menos a su decir) que hubieron de conformarse, indignadas, con verlo (¡vaya por Dios!) en las noticias.

A Ranjit Subramanian, que observaba a la concurrencia a través de una abertura del cortinaje, le pareció un grupo muy nutrido, y ya no era sólo el número de seres humanos que se había congregado en aquella sala, sino la categoría de muchos de ellos. En primera fila se encontraba el mismísimo presidente de Sri Lanka, y también habían ido a verlo dos o tres de los posibles candidatos a ocupar su puesto tras las elecciones venideras, los Vorhulst, y —se crea o no— su antiguo profesor de matemáticas. Lejos de tener siquiera la decencia de mostrarse tan avergonzado como habría correspondido a sus actos, este último sonreía y saludaba con ligeras inclinaciones de cabeza a cuantos ocupaban asientos menos prominentes que el suyo.

Cuando comenzó a alzarse el telón, el hombre que ocupaba el sillón contiguo lo miró con gesto tranquilizador.

—Vas a hacerlo muy bien —le dijo el honorable señor Dhatusena

Bandara, quien había sorprendido a todos al abandonar por un momento sus secretísimos menesteres en las Naciones Unidas y viajar al país para poder presentar al joven—. Ojalá estuviese aquí Gamini. A él le hubiese encantado, pero está ocupado reclutando gente en Nepal. —En ese momento, el telón había llegado arriba y los focos los bañaban con su luz; de modo que el señor Bandara se acercó al atril sin explicarle qué diantre podía ser lo que estaba haciendo exactamente Gamini en tierras nepalesas.

Entonces, mucho antes de lo que hubiese imaginado posible, fue él mismo quien tuvo que situarse ante el atril. En la sala no hubo un solo par de manos que no rompiese a aplaudir en aquel instante. Ranjit aguardó paciente a que cesara la ovación, y entonces, cuando el ruido dio la impresión de empezar a decaer, se aclaró la garganta y respondió:

—Gracias; muchas gracias a todos.

Viendo que cedía, al menos un tanto, el palmoteo, comenzó a decir:

—El hombre que me planteó (a mí y a la humanidad entera) este problema fue Pierre de Fermat, abogado francés que vivió hace unos siglos…

Cuando llegó a la célebre anotación marginal que había dejado escrita en una página de la obra de Diofanto, había callado ya el aplauso, y el auditorio escuchaba con atención sus palabras. Lejos de permanecer en silencio durante la conferencia, los presentes rieron cuando señaló que el mundo se habría ahorrado muchos quebraderos de cabeza si el ejemplar que estaba leyendo aquél hubiese tenido márgenes más amplios, y volvieron a batir palmas, aunque de un modo menos revoltoso, cuando describió cada uno de los pasos que fue dando hasta comprender por fin adonde pretendía llegar Fermat. Entonces, cuando expuso la obra de Sophie Germain y el modo como se había convertido para él en la clave de todo ello, volvieron a aplaudir con sonoro entusiasmo, y repitieron el gesto cada vez que tuvieron oportunidad de hacerlo hasta que Ranjit llegó al momento en que se había convencido, casi por entero, de que había hallado, al fin, una demostración defendible del último teorema de Fermat.

Se detuvo, sonriente, y meneó la cabeza mientras añadía:

—¿Tienen ustedes la menor idea de lo difícil que resulta memorizar una demostración matemática de cinco páginas? No tenía nada con lo que confiarla al papel; no podía escribirla: lo único que me era dado

hacer era repasarla, una y otra vez, repitiendo cada uno de los pasos que había ido dando. Cien veces, mil...; no sé cuántas. Cuando me rescataron, no pensaba en otra cosa que en tener ante mí un ordenador y redactarlo todo de inmediato...

»Y eso fue lo que hice —concluyó, y dejó que aquellos pazguatos se machacaran las palmas de las manos hasta cansarse. Hubo de esperar mucho, aunque al fin se las compuso para decir sobre el murmullo—: Por eso, entre las personas a las que debo expresar mi agradecimiento, figura en un lugar especial Gamini Bandara, mi mejor amigo, y el más antiguo, y también su padre, el doctor Dhatusena Bandara. —Hizo un gesto hacia el citado, quien aceptó con educación la ración de aplausos a él destinada—. También estoy en deuda con más personas. La primera es mi difunto padre, Ganesh Subramanian, superior del templo de Tirukonesvaram, en Trincomali, y la otra se encuentra presente, aunque entre bastidores. Sin embargo, fue ella quien me dio a entender que la clave del descubrimiento de Fermat debía buscarse en los procedimientos matemáticos que, por lo que sabemos, se empleaban en la época en que vivió él, y que el método adecuado debía consistir, por lo tanto, en tratar de averiguar lo que él pudo inferir de ellos. No sé qué habría hecho sin ella, y no tengo la menor intención de volver a correr ese riesgo. Así que hágame el favor de venir aquí, doctora Myra de Soyza, y darme la mano...

Ella obedeció, y aunque Ranjit seguía hablando cuando irrumpió en escena, no fue nada fácil distinguir sus palabras, dado que el público se dispuso a otorgarle una ovación sólo comparable con la que había recibido el propio orador, ya porque había sabido leer lo que llevaba escrito en el semblante al hablar de ella, ya porque, sin más, no había allí nadie que pudiera equipararse a Myra en belleza. Él habría dejado que el aplauso se prolongara hasta el infinito si ella no hubiese meneado la cabeza para decir:

—Gracias, pero creo que deberíamos oír el resto de lo que tiene que decir Ranjit. —Y a continuación, se retiró y se sentó a escuchar en el asiento a él reservado.

El ponente volvió a dirigirse a la multitud.

—Eso es todo lo que quería decir —anunció—, pero he prometido que respondería a vuestras preguntas.

* * *

Cuando acabó el acto, había logrado eludir todas las cuestiones relativas al lugar en el que había estado confinado y el motivo que lo había llevado allí. Regresaron a la residencia de los Vorhulst junto con cierto remanente mínimo de los invitados del salón de actos de la universidad, lo que comportaba poco menos de las dos primeras filas del auditorio y alguno que otro de cuantos habían ocupado el resto de los asientos. A ello había que sumar el grupo de camareros contratado para la ocasión a fin de que los convidados dispusieran en todo momento de bebidas y refrigerio, y de que quienes conformaban el servicio habitual de *mevrouw* Vorhulst pudiesen asistir en calidad de invitados a la fiesta, siendo así que cada uno de ellos se sentía responsable de al menos parte de lo que en ella se celebraba. Ranjit y Myra se habían sentado juntos, cogidos de las manos y muy felices de estar allí. De hecho, el resto de los presentes compartía en tal grado su dicha que el champán que servía el personal parecía casi superfiuo.

El señor Bandara, claro está, se encontraba ya de camino de vuelta a Nueva York en su propio BAB-2200. Aun así, antes de marchar había llamado aparte a Ranjit para hablar con él.

—Supongo que querrás buscar trabajo, ¿no? —quiso saber.

—Gamini —respondió él asintiendo con la cabeza— dijo algo de colaborar con él.

—Y espero que tengas pronto la oportunidad de hacerlo; pero me temo que no podrá ser por el momento. Entretanto, tengo entendido que la universidad está dispuesta a ofrecerte un puesto para que des clase a algún que otro curso avanzado y aun lleves a cabo tu propia investigación si así lo deseas.

—¿Cómo voy a ejercer de profesor, si ni siquiera me he licenciado?

—Para ser profesor —repuso Dhatusena Bandara en tono paciente— sólo es necesario que la universidad lo contrate a uno como tal. En cuanto al título, no te preocupes: en adelante te van a ofrecer tantos como te plazcan.

Ni que decir tiene que Ranjit consultó la propuesta con Myra; pero Beatrix Vorhulst, que se hallaba sentada al lado de ella, no parecía tenerlo tan claro.

—¿Estás seguro —señaló— de que vas a necesitar siquiera un

puesto de trabajo? Mira esto —agregó mientras sostenía en el aire un fajo de papeles con la relación que había elaborado su secretario personal, a quien había sido necesario asignar un ayudante a fin de que se hiciera cargo de la correspondencia que estaba generando Ranjit—. Todo el mundo quiere que vayas a ofrecerles una conferencia, concederles una entrevista o simplemente a declarar que bebes su cerveza o vistes sus camisas. ¡Y están dispuestos a pagarte! Con que lleves su calzado deportivo, ya piensan darte un buen pellizco de dólares estadounidenses. Los del programa *60 Minutes* también están deseando pagarte por que hables con ellos, y los de la Universidad de Harvard, por que vayas a dar una charla. No han dicho cuánto, pero tengo entendido que son ricos.

—¡Frena, tía! —la interrumpió Myra entre risas—. ¡Deja que respire el pobre!

Sin embargo, el encargado de filtrar todas aquellas ofertas se había puesto ya a agitar ante los ojos de su patrona otra hoja recién salida de la impresora, y ella, escrutando el contenido, no pudo por menos de morderse el labio y replicar:

—Bueno; éste no ofrece dinero, aunque creo que te va a interesar, Ranjit. Y a ti, Myra.

—¿A mí? —contestó ella—. ¿Y a mí por qué?

Cuando Ranjit, estupefacto después de leer el documento, se lo entregó, la joven no necesitó más respuesta. La nota procedía del anciano monje del templo, y rezaba:

> Tu padre estaría aún más orgulloso de ti, y tan complacido como estamos nosotros ante la noticia de que tienes intención de contraer matrimonio. ¡Por favor, no lo retrases mucho! ¿No querrás esperar a que lleguen los meses aciagos de Aashād, Bhādrapad o Shunya? Y por lo que más quieras, no elijas para la ceremonia un martes ni un sábado.

Myra levantó la mirada y se encontró con la de Ranjit, que la tenía clavada en ella con gesto confuso.

—¿Yo he dicho algo de matrimonio? —preguntó él, con lo que provocó la aparición de un leve rubor.

—Bueno —reconoció ella—, sí que has dicho un par de cosas

bonitas acerca de mí.

—Pero no recuerdo haber dicho nada de eso. Debe de haber sido mi subconsciente. —Y tras llenarse los pulmones de aire, prosiguió—: Lo que demuestra que mi subconsciente es más listo que yo. ¿Tú qué dices, Myra? ¿Te casas conmigo?

—¡Pues claro que sí! —respondió ella como si le hubiesen hecho la pregunta más estúpida jamás oída. Y eso fue todo.

Más tarde, cuando, llevados de la curiosidad, volvieron a ver las grabaciones de la rueda de prensa, pudieron constatar que lo que él había dicho había sido el clásico tópico de que no imaginaba el resto de su vida sin ella. Con todo, aquello fue suficiente; y de cualquier modo, a esas alturas ya llevaban un tiempo casados.

* * *

¿Acaso ocurrió todo a la medida del deseo de aquellos dos enamorados? Podría decirse que casi. La gran pregunta que hubieron de resolver no era si debían unirse en matrimonio, pues sobre el particular no podía caber duda alguna, ni tampoco cuándo debían hacerlo, dado que la respuesta no era otra que cuanto antes. En realidad fueron dos: quién iba a casarlos y dónde. Y si al principio pudo dar la impresión de que ambas cuestiones tenían fácil contestación, por cuanto los Vorhulst, los Bandara y los De Soyza tenían acceso a todas las iglesias de la ciudad de Colombo, por no hablar ya de las oficinas del registro civil, lo cierto es que cuando llevaban bien avanzado el proceso de eliminar las menos atractivas, Myra advirtió que Ranjit observaba todo aquello con cierta mirada ausente.

—No pasa nada, de verdad —le aseguró él cuando ella quiso conocer el motivo—. Nada.

Ante la insistencia de ella, sin embargo, se dio por vencido y le mostró otro mensaje del viejo monje en el que decía: «A tu padre le hubiese hecho tanta ilusión verte desposado en su templo…». Myra lo leyó dos veces y, sonriendo, repuso:

—Pues ¡qué diablos! Dudo mucho que al presbiterio de Ceilán le vaya a importar. Yo me encargo de comunicárselo a todos.

Y por supuesto, «todos» entendieron que la joven tenía la intención de hacer valer los deseos de su prometido, y así se hizo. Y si en

determinados círculos de Colombo pudo existir cierta desilusión, en otros de Trincomali se recibió la noticia con gran regocijo. El anciano religioso entendió enseguida que habría de ser una ceremonia sencilla, aunque no se abstuvo de imaginar, con aire melancólico, el *paalikali thalippu* tan hermoso que podían haberle ofrecido a la novia, de haber sido siquiera factible, y la magnificencia con que podían haber celebrado, con agasajo de las mejores frutas y flores, la llegada del *janavasanam* de ella al templo. Lo cierto es que la ocasión podría haberse convertido en un verdadero desfile, y algo así habría atraído la atención de todo el mundo, que era precisamente lo que quería evitar la pareja. En consecuencia, habría que prescindir de *paalikali thalippu* y *de janavasanam,* aunque el monje se aseguró de que la comitiva de la novia llevase la provisión necesaria de *parupputenga* y otros confites para ella.

Lo mejor de tanta sencillez era que todo se llevaría a cabo de un modo muy rápido, motivo por el cual no hubo de transcurrir siquiera una semana antes de que ambos se encontrasen en Trincomali (ocultos en Trincomali, a decir verdad, por cuanto trataron por todos los medios de evitar mostrar en público dos rostros tan fáciles de reconocer como los suyos).

Por esa misma razón, no fueron muchos los que vieron a Ranjit pronunciar las palabras que había escrito para él el monje ni a Myra dejar que éste atase en torno a su cintura el cordón sagrado que la guardaría de todo mal en una sala llena de flores e invadida del trompeteo de los *nadaswaram* y el repique de los timbales. Cuando todo hubo acabado, la pareja, unida por los lazos indisolubles del matrimonio, regresó en vehículo policial para emprender el largo camino que los llevaría a la residencia de los Vorhulst. «¡Que vivan muchos años!», gritaron los monjes al verlos alejarse, y los dos se convencieron de que así sería.

Sin embargo, mucho más lejos, alguien tenía proyectos bien diferentes. Los unoimedios, sicarios de los grandes de la galaxia, se disponían a ejecutar el mandato de acabar con el desorden que reinaba en el planeta número tres de aquella insignificante estrella amarilla, en dirección al cual avanzaba su flota. Dado que sus naves estaban hechas de material físico, no podían superar la velocidad de la luz. En consecuencia, aún tenían por delante años de viaje y unos cuantos días

de exterminio, tras lo cual los recién casados, al igual que todo otro ser humano, con independencia del lugar en que se hallara, habrían de morir.

Acaso la suya no iba a ser, a la postre, una vida tan larga.

CAPÍTULO XX

Vida en matrimonio

Pese a haberse convertido en todo cuanto podía haber soñado con ser, es decir, un hombre libre, renombrado y casado con Myra de Soyza, Ranjit tenía la impresión de que su mundo personal no dejaba de prosperar mejorías. Con todo, en un plano mucho más general aún había elementos que seguían entrometiéndose en sus meditaciones privadas, y eso resultaba negativo en muchos sentidos.

Ahí estaba, por ejemplo, la situación de Corea del Norte. Si bien es cierto que se había producido un cambio de régimen —Kim Jongil, dirigente fanfarrón y gran amigo del lujo, había pasado a la historia—, tal noticia tenía también su lado negativo; siendo así que, por chiflado que estuviese Kim Jongil, había que reconocer que era de los que siempre se lo pensaban dos veces poco antes de emprender un ataque a gran escala contra sus vecinos. Sin embargo, el elemento que había ido a ocupar su cargo... Se hacía llamar el Dirigente Adorable. Si tenía nombre y apellidos como está mandado, al parecer éstos debían de ser demasiado valiosos para compartirlos con el decadente mundo occidental.

De cualquier modo, si su identidad seguía siendo un secreto, no podía decirse lo mismo de sus actos. Los cohetes nucleares que acababa de construir eran capaces, al decir de sus generales, de atravesar sin dificultad las regiones septentrionales del océano Pacífico, lo que hacía posible acometer suelo estadounidense (Alaska, cuando menos, y aun el área del estado de Washington más cercana al norte). Por si fuera poco, aquellos mismos estrategos se permitían jactarse de la total infalibilidad de aquellas armas, y semejantes baladronadas estaban haciendo que las naciones vecinas se mostraran cada vez más nerviosas. De hecho, las que aún no disponían de su propio arsenal

nuclear comenzaban a sentirse compelidas a hacerse con uno.

El resto del mundo tampoco se encontraba mucho mejor. El continente africano, por ejemplo, parecía haber regresado a los peores días del siglo XX. Una vez más podían verse ejércitos de niños guerreros que en ocasiones ni siquiera habían entrado en la adolescencia. Sentaban plaza después de haber visto morir a sus familias y luchaban por el censurable comercio de diamantes o por el más execrable aún de marfil...

Un panorama de lo más desalentador.

* * *

Había, no obstante, una cuestión que preocupaba de veras a Ranjit cuando se detenía a pensar en ella, y surgió un día que *mevrouw* Beatrix Vorhulst interrumpió una conversación con el abogado De Saram para preguntar:

—¿Qué vais a querer para comer?

Y aunque era la misma interrogación de todas las mañanas, en aquella ocasión recibió una respuesta diferente. Myra se volvió para mirar con gesto inquisitivo a Ranjit, quien, arqueando una ceja, soltó un suspiro antes de decir a su anfitriona:

—Hay algo de lo que nos gustaría hablar contigo, tía Bea. Hemos estado pensando que debes de estar deseando poder disponer de nuevo de tu casa.

Aquélla fue la primera vez que el joven vio indignarse a Beatrix Vorhulst.

—Pero ¿qué dices, criatura? En absoluto: estamos encantados de teneros aquí el tiempo que gustéis. Vosotros sois de la familia, y lo sabes. Vuestra compañía nos alegra la vida y, además, nos honra, y...

De Saram, tras escrutar el rostro de Myra, había empezado a menear la cabeza.

—Tal vez estamos perdiendo de vista lo principal, *mevrouw* —terció—. Son una pareja de recién casados: necesitan tener su propio hogar, no una porción del de usted, y están en su derecho. ¿Qué les parece a todos si tomamos otra taza de té y consideramos las opciones? En lo que respecta a un lugar en el que vivir, usted ya dispone de uno, Ranjit, pues como sabe, la casa que habitaba su padre en Trincomali es

suya ahora.

El joven miró a su esposa, y se encontró con la expresión que había imaginado.

—No creo que a Myra le entusiasme la idea de vivir en Trinco —informó con tristeza al grupo.

—Trinco es muy bonito —replicó ella cabeceando—, y me encantaría tener allí una casa; pero… —y aquí se interrumpió.

—¿Qué? —quiso saber, desconcertado, el jurista.

Ranjit respondió por ella:

—La casa de allí es perfecta para un hombre mayor solo; pero para nosotros, es decir, para un matrimonio que posiblemente quiera contar con lavadora, lavavajillas y toda una serie de aparatos con los que mi padre no tenía necesidad alguna de bregar… ¿Tú qué dices, Myra? ¿Quieres que empecemos a hacer cambios en la casa de mi padre?

Tras tomar aire, ella logró compendiar en una palabra la respuesta:

—Sí.

—Por supuesto. ¿Y no preferirías echarla abajo y hacer una de nueva planta? Estupendo. En ese caso, lo primero que vamos a hacer es pedir a Surash que busque un arquitecto que nos haga los planos, pues no hay un solo tamil en Trinco al que él no conozca. Luego, lo invitaremos a venir con el proyecto para que tú y él podáis comenzar a trabajar. Yo estaré disponible para hacer aportaciones creativas cada vez que se me requiera. Entretanto, Myra, vamos a mudarnos a un hotel. ¿Qué te parece?

Ranjit jamás había visto a Beatrix Vorhulst un ceño tan marcado como el que adoptó entonces.

—No es necesario —espetó—. A nosotros no nos supone molestia alguna teneros aquí hasta que veáis arreglada la casa de Trincomali.

El joven miró a su esposa y, extendiendo los brazos, señaló:

—Está bien, aunque todavía tengo otra propuesta. Myra, cariño, ¿no te he oído decir algo de un viaje de novios…? Ella puso gesto de sorpresa.

—No, pero tengo que reconocer que sería maravilloso. Eso sí: yo no he dicho nada de eso…

—Después de casarnos, no —convino Ranjit—. Sin embargo, tengo grabado en la memoria lo que me dijiste, en esta misma casa, hace unos cuantos años. Me hablaste de todas las partes hermosas de Sri

Lanka que nunca he visitado yo. ¿Por qué no vamos a verlas mientras los demás hacen los arreglos necesarios para que seamos felices en el futuro?

* * *

Para Myra, elegir el primer sitio al que debían ir era lo más sencillo. Y así, determinó que, antes de nada, viajarían al criadero de tortugas de Kosgoda, lugar que le había encantado de pequeña y que, además, se hallaba lo bastante cerca para empezar; luego, a Kandy, majestuosa ciudad inmemorial de la isla. Con todo, una semana más tarde, cuando volvieron a la residencia de los Vorhulst después de haber visitado aquellos dos lugares, ninguno de ellos fue capaz de ofrecer una respuesta entusiasta cuando el servicio quiso saber si les habían gustado. Al llegar al primero los habían reconocido, y habían pasado el día acosados por una modesta multitud que los había seguido a todas partes. Y en Kandy había sido peor aún, pues la policía local les había enseñado la ciudad en uno de sus vehículos, y aunque la habían visto de cabo a rabo, no habían podido pasear a voluntad por ella.

Durante el almuerzo, Beatrix Vorhulst escuchó comprensiva a Ranjit decir que, aunque no podía quejarse de que lo hubiesen llevado y traído en coche de un lado a otro, lo que de verdad le habría gustado era confundirse entre el gentío.

—No sé —le contestó con un suspiro— si eso va a ser posible. Te has convertido en el mejor monumento que pueda verse por esas calles. El problema es que en Sri Lanka andamos algo escasos de celebridades. Tú eres todo lo que tenemos.

—No exageres —objetó Myra—, tenemos también al escritor…

—Sí, vale; pero apenas sale de su casa. ¡Y no es lo mismo! Si estuviésemos en uno de esos sitios plagados de estrellas de cine y toda suerte de famosos, como Los Ángeles o Londres, bastaría con que salieses a la calle con gafas de sol para pasar totalmente inadvertido. —Al decir esto, mudó por completo el gesto—. Y ahora que lo pienso, ¿por qué no?

Cuando logró captar la atención de todo el mundo, se explicó:

—Te han llegado invitaciones de todo el planeta, Ranjit. ¿Por qué no aceptas unas cuantas?

Él pestañeó al oír la propuesta y, volviéndose a Myra, preguntó:

—¿Qué opinas tú? ¿Quieres que hagamos un viaje de novios de verdad? Por Europa, América... Por donde te apetezca.

Ella lo miró y, con aire pensativo, recorrió con la vista a cuantos estaban sentados a la mesa antes de decir:

—Me parece estupendo, Ranjit. Pero si vamos a hacerlo, tiene que ser cuanto antes.

Él la observó con curiosidad, aunque enseguida se volvió para preguntar sobre las invitaciones disponibles. De hecho, estaban ya a punto de irse a dormir cuando se le ocurrió preguntarle:

—Te hace ilusión, ¿no? Porque si no quieres...

Ella lo hizo callar colocándole un dedo sobre los labios y besándolo a continuación de forma inesperada.

—Lo que pasa es que si vamos a hacer un viaje largo, creo que será preferible que lo hagamos pronto. Más tarde podría ser más complicado. No tenía intención de decírtelo hasta que lo confirmase el médico, pero como no voy a verlo hasta el viernes, te diré que estoy casi segura de estar embarazada.

CAPÍTULO XXI

Luna de miel, segunda parte

En tanto Myra y Ranjit viajaban a Londres, de donde los separaba un trayecto tan largo y extenuante como le había descrito Gamini años antes, el mundo seguía su propio curso, que no era otro, huelga decirlo, que el de la muerte y la destrucción. Habían reservado el vuelo por la ruta más larga, lo que suponía hacer escala en Bombay para que Ranjit pudiera visitarla, aunque fuese a la carrera. Sin embargo, el avión tomó tierra con cuarenta minutos de retraso después de tener que esperar, volando en círculo, a recibir el permiso necesario del aeropuerto. En el valle de Cachemira se habían producido fuegos de artillería, y comoquiera que nadie sabía lo que planeaban los agentes del movimiento clandestino paquistaní en el interior de la India, la pareja pasó todo el tiempo que estuvo en la ciudad encerrada en la habitación del hotel, viendo la televisión. Ésta tampoco ofrecía noticias muy esperanzadoras. Las unidades del ejército norcoreano del Dirigente Adorable, resueltas a ir más allá de crear incidentes a lo largo de la frontera que compartía con Corea del Sur, se habían armado del valor necesario para morder la mano que daba de comer a su nación, la del único Estado que podían considerar amigo en todo el planeta: la República Popular de China. Y aunque nadie parecía capaz de adivinar qué debían de estar tramando, lo cierto es que habían emprendido, en grupos de apenas una docena, cuatro incursiones diferentes en territorio chino para acampar en donde nada había más que colinas y peñas.

Tres horas más tarde, Myra y Ranjit embarcaban en el avión que iba a llevarlos a la capital británica; y ya en el aire, sobrevolando el litoral paquistaní de camino al aeropuerto inglés de Heathrow, supieron que había cesado la lucha en Cachemira y que las fuerzas norcoreanas

habían dado media vuelta para regresar a sus barracones sin que nadie hubiese llegado a entender cuál había sido su intención.

Por fin se hallaron en suelo londinense. La ciudad no los decepcionó exactamente: Ranjit no pudo por menos de quedar tan fascinado por sus excelentes vistas como los millones de personas que la habían visitado a lo largo de cientos de años. Tanto los monumentos célebres que constituían una visita obligada para todo turista (la colosal catedral de San Pablo, la Torre de Londres, el Parlamento, la abadía de Westminster…) como otros lugares que, sin tener tanto renombre, poseían para él un interés particular: la Escuela de Economía y cierta «soberbia mansioncita» situada a algunas manzanas de allí, en la calle Arundel, porque ambas habían alojado a Gamini Bandara en un tiempo en que él no había podido albergar esperanza alguna de ir a conocerlas. Cuando Myra lo persuadió para ir a ver el Real Jardín Botánico de Kew, quedó maravillado ante los ciclópeos invernaderos del lugar. Lo encandilaron, casi sin excepción, las estructuras célebres de la ciudad; pero no le hicieron ninguna gracia los espacios descubiertos que se extendían entre ellas y que tuvo que atravesar a fin de ir de una a otra, en los que reinaba, dado que estaban en el mes de noviembre, un frío terrible y difícil de soportar.

Aquella experiencia desmoralizadora no se asemejaba a ninguna de las que pudiese haber conocido en toda su vida. Acaso en ocasiones podía haber sufrido un breve escalofrío en la punta del peñón de Svāmi cuando el viento soplaba con fuerza, o cuando acababa de salir de zambullirse en la rompiente a una hora muy, muy temprana de la mañana. ¡Pero jamás como aquello! Tal era el frío, que los restos de la nieve caída la semana previa, y aun los de la anterior a ésta, se acumulaban ennegrecidos en los límites de los aparcamientos y las lindes de las extensiones de césped por no haber llegado a calentarse lo bastante para acabar de derretirse.

Aun así, las tiendas londinenses estaban bien surtidas de prendas destinadas a caldear al más friolero, o mantener al menos parte de su calor corporal. Con ropa interior de tejido térmico, guantes y abrigos con el cuello de piel, se le hizo llevadero caminar por las calles de la ciudad, y también Myra vio las cosas de un modo diferente enfundada en el primer abrigo de visón de su vida.

Fueron a conocer a sir Tāriq, quien había invitado a Ranjit a

ingresar en la Real Sociedad Matemática en nombre de la institución y a viajar a Londres para poner a los demás integrantes al corriente de su hazaña, y había proporcionado los fondos con los que estaban cubriendo los gastos. Sir Tāriq al-Dīwānī resultó ser un anciano rollizo con el cabello rebelde de un Albert Einstein, corazón afable y el acento refinado de quien se ha formado en la Universidad de Oxford o en la de Cambridge.

—A fin de cuentas —acabó por confesar—, mi familia llegó a Londres hace cuatro generaciones.

Al darse cuenta de que Ranjit se hallaba aterido las más de las veces, exclamó palmeándose la frente:

—¡Buena la he hecho! ¿Cómo se me ocurre dejar que le asignen un hotel lujoso en lugar de uno acogedor? Esto hay que arreglarlo de inmediato.

En consecuencia, el matrimonio se trasladó a un establecimiento flamante, aunque no tan a la moda, de South Kensington. A Myra la desconcertó un tanto tal circunstancia, hasta que, durante cierta charla que mantuvo con el conserje, éste, sonriente, hizo saber a Ranjit que sir Tāriq había elegido aquel hotel en particular por estar bien situado respecto de determinados museos de la ciudad, caso de que desearan ir a verlos durante su estadía, y además, por servir de alojamiento habitual a jeques del petróleo y su nutrido séquito, quienes ocupaban toda una planta, cuando no dos, y odiaban el frío en mayor grado aún que Ranjit, no ya en sus habitaciones, sino en los vestíbulos de hotel, las escaleras de emergencia y aun en los ascensores. Y se daba la circunstancia de que los propietarios del establecimiento profesaban un odio aún mayor al hecho de no poder ofrecer a aquellos árabes dadivosos cuanto pudiesen desear.

Sin ser ninguno de aquellos jeques pródigos, Ranjit no pudo por menos de alegrarse de poder disfrutar de los efectos de sus dispendios. Su humor mejoró de forma considerable en el transcurso de los dos meses siguientes; lo bastante, de hecho, para sacar tajada de la segunda gran ventaja del hotel: su proximidad a no pocos museos. El de Historia Natural, aunque ventoso, le resultó deleitable, y lo llevó, al fin, a prestarse a emprender la odisea urbana que lo conduciría al mismísimo Museo Británico, sito en la parte de la ciudad que había habitado Gamini. Su magnificencia lo convenció, a despecho de las

corrientes heladas que lo poblaban, de que, al fin y al cabo, los países fríos podían aventajar en determinados aspectos a los cálidos.

No todo fue turismo, claro: la conferencia que había de ofrecer ante la Real Sociedad Matemática le dio mucho en que pensar, si bien lo que dijo en ella no difería mucho de lo que había expuesto en Colombo. Además, habían solicitado su presencia dos revistas: *Nature,* por ser la primera en publicar su artículo, y *New Scientist,* que había convertido la cita en algo ineludible al prometer llevarlo a la mejor taberna de la margen del Támesis en que se hallaba la redacción. También hubo un par de ruedas de prensa, concertadas mucho antes por De Saram desde Colombo. Y aun así, pese a que podían verse fotos de ellos en todos los quioscos de periódicos de la capital inglesa y de cuando en cuando también en la tele, Myra logró convencerlo de que pusiera a prueba la calidez de su ropa interior permaneciendo de pie ante el Palacio de Buckingham a la caída de la tarde a fin de contemplar el cambio de la guardia. De regreso al hotel, Ranjit hubo de admitir que ninguno de sus miembros mostraba signos de hipotermia tras aquel suplicio, y señaló asimismo que las cámaras del resto de los turistas habían apuntado en su totalidad a los centinelas, haciendo caso omiso de ellos.

—Es verdad —concluyó— que podemos recorrer la ciudad a nuestro antojo sin que nadie nos preste la menor atención. Me encantaría de veras este lugar si alguien tuviese el detalle de llevarlo unos mil kilómetros hacia el sur.

* * *

Comoquiera que no parecía haber nadie dispuesto a hacer tal cosa, tras pasar varias horas abrigándose para recorrer el espacio que mediaba entre el vestíbulo del hotel y un taxi, y desde éste hasta el vestíbulo de cualquier otro edificio, se dio por vencido. En consecuencia, después de hablar en privado con sir Tāriq y poner conferencia telefónica con su abogado, anunció a Myra:

—Nos vamos a Estados Unidos, a lo que llaman las Tres Aes y Una Ce (la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia, ¿no?). El mes que viene celebran la convención nacional, y De Saram lo ha organizado todo para que asistamos a ella. No quiero decir que vayamos a abandonar Londres, Myra. Al menos, de forma permanente: haremos

todo lo que nos queda pendiente aquí, pero cuando mejore el tiempo.

Por lo tanto, embarcaron en primera clase (merced a otra de las generosas aportaciones de la Real Sociedad, que aceptaron prodigando sinceras muestras de agradecimiento a sir Tāriq) en el vuelo de la empresa resultante de la fusión de la American Airlines y la Delta que partía hacia el aeropuerto neoyorquino John F. Kennedy a las dos de aquella tarde. A las dos y veinte minutos dejaban atrás Inglaterra para aproximarse a la costa oriental de Irlanda.

Ranjit se deshacía en gestos de solicitud.

—No te he hecho correr demasiado, ¿verdad? ¿No te habrás...?

La mueca elocuente que hizo con la boca bastó para que ella se echara a reír. Alzando su vaso para que el auxiliar de vuelo lo rellenase de zumo de naranja, cosa que éste hizo con diligencia, aseveró:

—Me encuentro perfectamente. Y es verdad que podemos volver a Inglaterra cuando haga más calor. En junio, por ejemplo. Pero ¿estás seguro de que lo mejor es viajar a Estados Unidos?

Ranjit acabó de untar en un bollo nata cuajada y mantequilla de fresa y se echó el resultado a la boca.

—Claro que sí —respondió cuando aún no había dejado de masticar—. He consultado las previsiones meteorológicas de Nueva York. Ahora mismo tienen una mínima de nueve, y esperan alcanzar una máxima de dieciocho. ¡Hasta en Trinco íbamos a pasar más frío!

Sin saber bien si reír o llorar, Myra dejó el vaso y dijo:

—Cariño, tú nunca has estado en Norteamérica, ¿verdad?

Inquieto de súbito, Ranjit se volvió para mirarla a los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso?

Ella alargó la mano para acariciar la suya.

—Sólo que parece que no te has dado cuenta de que, en determinados aspectos, siguen haciendo las cosas a la antigua. Por ejemplo, siguen empeñándose en medir la distancia por millas y no por kilómetros, y espero que esto no te siente mal, pero para la temperatura aún se aferran a la escala Fahrenheit en lugar de hablar en grados Celsius como el resto del planeta.

CAPÍTULO XXII

El Nuevo Mundo

A la colosal decepción térmica que supuso para Ranjit el clima de Nueva York fue a sumarse lo desalentador, más aún de lo habitual, de las noticias internacionales, que no paraban de irrumpir en la suite, bien provista de aparatos de televisión. Sudamérica, por ejemplo, había puesto fin a la relativa tranquilidad de que había disfrutado en lo tocante a la guerra. Según explicó a Myra y Ranjit uno de sus anfitriones norteamericanos, lo que había cambiado era que Estados Unidos había rebajado la mayor parte de los crímenes relacionados con la droga, y de delitos graves había pasado a considerarlos, a lo sumo, faltas. Tal mudanza había despenalizado casi todas las mercancías de los traficantes colombianos, y en consecuencia, había hecho posible que cualquier adicto estadounidense adquiriese las sustancias que necesitaba en la farmacia más cercana, de un modo barato y sin que hubiesen de mediar las mafias, quienes, por consiguiente, habían acabado por quebrar. Asimismo, había dejado de tener sentido que los camellos de barrio regalasen muestras del material a los niños de doce años, pues tal cosa ya no les garantizaba una cartera de clientes dependientes para el futuro, dado que a ninguno de cuantos pudieran llegar a engancharse se le iba a ocurrir emplearlos de proveedor. De ese modo, la proporción de adictos estadounidenses fue menguando con lentitud a medida que morían o se rehabilitaban los antiguos sin ser reemplazados por otros nuevos en número considerable.

Sin embargo, ésta era sólo la cara amable de la legalización de las drogas. De entre las consecuencias negativas, la peor era que los carteles, privados de los beneficios procedentes de sus plantaciones de coca, pusieron la mira en la sustancia, igualmente adictiva, que estaban

exportando sus vecinos venezolanos. A fin de cuentas, el petróleo movía más dinero del que había habido jamás en el ámbito de la droga. Y en consecuencia, los reductos de narcotraficantes que quedaban en Colombia comenzaron a infiltrar grupos armados en los yacimientos del país contiguo. El ejército de Venezuela, relativamente pequeño, y a menudo fácil de comprar, hacía ver en ocasiones que estaba resistiendo; pero la verdadera motivación se hallaba del lado de los colombianos, y otro tanto ocurría con casi todas las victorias.

A todo esto había que sumar, claro está, las últimas diabluras protagonizadas por la Corea del Norte del Adorable Dirigente, amén de los brotes de violencia que habían vuelto a manifestarse en los fragmentos irreconciliables de lo que otrora había sido Yugoslavia, o los conflictos cada vez más brutales que estallaban en diversas partes de la antigua Unión Soviética, en Oriente Próximo…

Todos aquellos elementos negativos tenían su compensación en la ciudad misma de Nueva York, tan distinta de Trincomali o aun de Colombo, y de hecho, de Londres.

—Es tan vertical… —comentó Ranjit a su esposa mientras la contemplaban de pie ante el ventanal de su habitación de hotel, situada en la planta sexagésimo sexta—. ¿Quién me iba a decir a mí que iba a dormir a estas alturas?

Aun así, en la urbe que se extendía ante ellos podía verse al menos una docena de edificios mucho más altos, y cuando caminaban por sus calles, no eran raras las ocasiones en que el sol apenas se veía por causa de ciclópeos muros de hormigón que sólo lo dejaban asomarse cuando se hallaba en lo más alto.

—Pero, eso sí: tiene un parque hermosísimo —señaló Myra con la vista clavada en el lago de Central Park, los gigantescos apartamentos que bordeaban su perímetro a lo lejos y los techos remotos del zoológico.

—No, si no me quejo —repuso Ranjit, quien en realidad tenía poco por lo que protestar. Aunque para llegar al despacho de que disponía Dhatusena Bandara en el edificio de las Naciones Unidas apenas había que atravesar la ciudad, el titular se encontraba en otro lugar, consagrado a una misión sobre la que nadie había tenido a bien ofrecer detalles. Así y todo, su oficina había puesto a disposición de la pareja a una joven señorita que los había hecho subir a la última planta del

Empire State y probar el suntuoso deleite de la sopa de ostras que servían en la vieja estación de ferrocarriles Grand Central, y se había ofrecido a sacarles entradas para cualquier espectáculo de Broadway que quisieran ver. La idea no resultó demasiado atractiva a Ranjit, quien no había visto jamás más interpretaciones que las de la pantalla; pero Myra estaba encantada. Y eso bastó para complacerlo a él, quien, por otra parte, había descubierto el Museo de Historia Natural a escasas manzanas de allí. La institución era maravillosa por derecho propio en cuanto dechado de las construcciones museísticas a las que tanto se había aficionado el joven, y contaba además con un planetario de grandes dimensiones que ocupaba toda la zona septentrional. En realidad, la estructura erigida en Central Park West superaba con creces cuanto uno pudiese imaginar por «planetario».

—¡Ojalá estuviese aquí Joris! —exclamó él en más de una ocasión mientras recorrían las salas en que se hallaban expuestos los objetos apasionantes que conformaban la colección.

Entonces, cuando hacía ya mucho que Ranjit había dejado de tener esperanzas en verla aparecer, se presentó, de improviso, la única persona capaz de convertir en inolvidable una visita agradable. Al ir a abrir la puerta de la suite, persuadido de que quien había llamado no podía ser sino una camarera pertrechada con un juego de toallas limpias, se encontró con que al otro lado del umbral se hallaba, sonriente, Gamini Bandara sosteniendo en una mano un ramo de rosas para Myra y en la otra una botella de buen aguardiente de cocotero ceilanés para compartir con él. Como era la primera vez que estaban juntos desde la boda, tuvo lugar un rápido bombardeo de preguntas. ¿Les había gustado Inglaterra? ¿Qué opinaban de Estados Unidos? ¿Cómo andaban las cosas por Sri Lanka? Iban los hombres por la tercera ronda de licor cuando Myra reparó en que toda la conversación se había reducido a responder ella y su esposo las interrogaciones que formulaba su amigo.

—¿Y tú, Gamini? —dijo al fin—. ¿Qué estás haciendo en Nueva York?

Sonriente, extendió los brazos.

—Asistir a una puñetera reunión tras otra. ¡A eso me dedico!

—Pero —intervino Ranjit— ¿no estabas en California?

—Sí, es verdad; pero está pasando de todo en el ámbito

internacional, y aquí está la sede de las Naciones Unidas, ¿no? —Tras apurar de un trago la tercera copa, adoptó un gesto más serio—. En realidad, he venido a pedirte un favor.

—Tú dirás —respondió enseguida él.

—No te precipites —le reprochó Gamini—. Supone estar comprometido un tiempo, aunque tampoco es mal cometido. Así que, si no te importa, voy a ir al grano. Durante tu estancia en Washington, se va a poner en contacto contigo un tal Orion Bledsoe, un tipo sacado de una película de cine negro que ocupa un puesto significativo en una sección del Gobierno de la que la gente normal no sabe nada. Su hoja de servicios no es de risa: estuvo en la primera guerra del Golfo, en todos los follones que hubo en lo que era Yugoslavia y en la segunda del Golfo, la que tuvo lugar en Iraq y fue mucho peor que la primera. En todos estos conflictos recibió, por este orden, la herida que le valió la pérdida del brazo derecho, la medalla del Corazón Púrpura, la Cruz de la Armada y, por fin, el cargo que ocupa ahora.

—¿Es decir…? —quiso saber Ranjit cuando vio que Gamini hacía ademán de detenerse.

Su amigo meneó la cabeza.

—¡Venga, Ranj! Eso voy a dejar que te lo cuente él mismo. Tengo que respetar ciertas reglas, ¿sabes?

—Pero ¿se trata de un puesto de trabajo de verdad?

Gamini volvió a guardar silencio.

—Sí, sí —aseveró al fin—. Lo que pasa es que tampoco puedo decirte ahora en qué consiste. Lo importante es que vas a hacer algo útil para la humanidad. A Bledsoe sólo lo necesitamos para que te proporcione la habilitacón de seguridad que necesitas.

—¿Que necesito para qué?

Sonriendo, su amigo volvió a cabecear, y a continuación un tanto turbado, señaló:

—Tengo que advertirte que Bledsoe es uno de esos carrozas que parecen de los tiempos de la guerra fría, y que es un poco capullo. Pero una vez que estés metido en el ajo, no tendrás que volver a verlo mucho. Además —añadió—, ya que cuando estoy en Estados Unidos suelo alojarme a menos de media hora de coche de esa parte del mundo, lo más seguro es que nos veamos mucho más, si es que eso te parece soportable. —Y tras hacer un guiño a Myra, se disculpó haciendo saber

que llegaba tarde a otra de sus dichosas reuniones en la punta opuesta de la ciudad, expresó su deseo de volver a verlos cualquier día en Pasadena y se marchó.

Ranjit y su esposa se miraron.

—¿Dónde está Pasadena? —preguntó él.

—En California, si no me equivoco —respondió Myra—. ¿Crees que es allí donde vas a trabajar? Si aceptas el empleo, claro.

Él sonrió con cierta exasperación.

—Quizá no estaría mal pedir al padre de Gamini que nos diese más información.

* * *

Y eso hicieron, o cuando menos, dejaron recado de ello en su despacho. Sin embargo, no recibieron respuesta alguna de inmediato. En realidad, no supieron nada hasta dar el saltito que separaba el aeropuerto neoyorquino de La Guardia del Aeropuerto Nacional Ronald Reagan de Washington, en donde los recibió la comitiva de las Tres Aes y Una Ce, y hallarse instalados en su nuevo hotel, desde donde podían contemplar el Capitolio y llegar caminando al National Mall. Para colmo, todo lo que decía la comunicación del señor Bandara era: «Gamini me ha asegurado que la persona que quiere que conozcas puede serte de gran ayuda». Pero no especificaba para qué, o qué interés tenía su amigo al respecto; así que Ranjit acabó por darse por vencido con un suspiro. Aquello, en realidad, no fue una gran decepción, puesto que Washington resultó estar llena de cosas que le llamaban la atención de un modo más poderoso que el trabajo incierto que pudiese ofrecerle una persona a la que aún no había conocido y que respondía por Orion Bledsoe.

La primera de dichas cosas era el célebre conjunto museístico (célebre a despecho de Ranjit, quien no había oído hablar jamás de él antes de pisar la ciudad) que recibía la denominación colectiva de Smithsonian Institution, y al que llegaron escoltados por voluntarios entusiastas de la AAAC. Si el Museo Británico de Londres y el de Historia Natural de Nueva York lo habían fascinado, la estructura de la Smithsonian y el ingente material que contenía lograron dejarlo atónito. Sólo tuvo tiempo de visitar el Museo del Aire y del Espacio y echar una mirada rápida a uno o dos de los otros; pero en la colección dedicada a

la astronáutica tuvo ocasión de contemplar, entre muchísimas otras cosas, una maqueta en funcionamiento (aunque no a escala) del ascensor espacial de Artsutanov que en aquel momento empezaba a desplegarse en dirección al firmamento que se extendía sobre Sri Lanka.

A todo esto había que sumar la dichosa convención de la AAAC, cuya conferencia inaugural pronunció con éxito notable, y en cuyos actos podía curiosear a su antojo. Téngase en cuenta que este genio a quien se tenía por uno de los cerebros más respetados del planeta, tal como hacían patente los tres doctorados que le habían sido concedidos por sendos centros académicos de entre los más prestigiosos del mundo (pese a que, en realidad, jamás había llegado a acabar la licenciatura), este moderno Fermat o aun Newton redivivo, nunca había tenido la suerte de participar en convención científica de ningún género, si no era para ejercer de ponente principal, y por lo tanto no tenía la menor idea de que fuese posible aprender tantas cosas de tantas materias diferentes. Una vez cumplidos sus propios menesteres, tenía la potestad de disfrutar con total libertad de semejante oportunidad, y no pensaba desaprovecharla. Así, asistió a sesiones que giraban en torno a cosmología o tectónica marciana (y venusiana o aun del satélite de Júpiter llamado Europa) y hasta a una titulada «Inteligencia mecánica y conciencia del yo», que atrajo sobre todo a Myra, aunque también logró maravillarlo a él, amén de a otras consagradas a sabe Dios qué más aspectos recónditos de cuántas otras áreas de la investigación humana antes desconocidas (por él) y presentes, sin embargo, en el sugestivo menú que ofrecía la convención.

Myra se mantuvo a su lado casi en todo momento, tan embrujada como él por aquel abanico de erudición humana. Una de las excepciones, la principal, fue la de la siesta diaria que debía dormir a instancia de su marido, pues así se lo había recomendado uno de los médicos del matrimonio.

—Te estás preparando para tener un niño —le recordaba a diario, por más que ella nunca hubiese dudado tal cosa.

Entonces, un día, estando ya cerca el último de la convención, Ranjit la estaba arropando cuando llegó a ellos un pitido suave procedente de su teléfono. Se trataba de un mensaje que rezaba:

Le estaría agradecido si pudiésemos vernos en mi suite en algún

momento del día para discutir cierta propuesta que creo que puede interesarle.

T.O. BLEDSOE, TTE. CNEL. CIM EE.UU. (res.)

Ranjit y Myra se miraron.

—Es el hombre del que nos habló Gamini en Nueva York —anunció él, y ella lo corroboró agitando la cabeza con gesto enérgico.

—Claro que sí. Venga: ve a verlo, entérate de qué es lo que quiere y ven luego para contármelo todo.

* * *

El conjunto de habitaciones en que se alojaba T. Orion Bledsoe, teniente coronel en la reserva, era mucho más espacioso que el que les había proporcionado la AAAC a ellos dos. Hasta la fuente de fruta que habían dispuesto sobre la mesa de la sala principal era mayor, amén de estar acompañada por una botella sin abrir de Jack Daniel's, hielo, vasos y bebidas con las que combinarlo.

El tal T. Orion Bledsoe no era mucho más alto que Ranjit, lo que para un estadounidense no era tener precisamente una gran estatura, y contaba al menos cuatro lustros más que él. Sin embargo, conservaba aún todo el cabello, y estrechaba la mano con gran vitalidad, aunque para ello y para hacer entrar al recién llegado hubo de servirse de la izquierda.

—Pase, pase, señor... mmm... Tome asiento. ¿Le está gustando nuestro Distrito de Confusión? —Sin esperar respuesta alguna, lo condujo hasta la mesa—. ¿Le apetece una copa? Siempre que el amigo Jack no le resulte demasiado fuerte, claro.

Ranjit reprimió una sonrisa, pues costaba imaginar que nadie que hubiese pasado los dieciséis años de edad bebiendo aguardiente de cocotero pudiera arredrarse ante ninguna bebida estadounidense.

—Sí, gracias —respondió—. Su mensaje decía algo de una propuesta que...

Bledsoe lo miró con gesto de reproche.

—Dicen que los estadounidenses andamos siempre con prisas; pero la experiencia me dice que son ustedes, los extranjeros, quienes más se precipitan. Claro que quería hablarle de algo, pero antes de

hacer negocios me gusta conocer algo más a la gente. —Mientras pronunciaba estas palabras, sostenía con la mano derecha, la misma de la que no había hecho uso al entrar él, la botella al tiempo que rompía el precinto con la otra. Entonces, al advertir que Ranjit tenía la mirada fija en ella, soltó una risita—. Es una prótesis —reconoció, aunque en su voz había mucho de alarde—. Tiene un diseño de lo mejorcito. Hasta podría dar la mano con ella si quisiese, aunque prefiero no hacerlo: si no puedo sentir el tacto de la mano que me ofrecen, ¿qué gracia tiene? Además, si apretase más de la cuenta por un descuido, puede que el otro tuviera que echar a correr a una ortopedia para hacerse con otra.

Aquel brazo artificial era de veras eficaz, según pudo comprobar mientras hacía propósito de contárselo a Myra. Una vez abierta la botella, la mano sirvió la misma cantidad de whisky, unos dos dedos, en cada vaso antes de tender a Ranjit el suyo. Entonces, Bledsoe observó con atención si su invitado tenía intención de mezclarlo con alguno de los refrescos, y al ver que no, hizo un leve gesto de aprobación y tomó un sorbo de su propio licor.

—A esto lo llamamos whisky de degustación. Uno puede tomárselo de un trago si quiere (estamos en un país libre); pero vale la pena darle una oportunidad. ¿Conoce Iraq?

Ranjit, sorbiendo una porción del licor como muestra de cortesía ante su anfitrión, meneó la cabeza.

—Allí fue donde me gané esto —afirmó mientras daba golpecitos al brazo de imitación con la mano de verdad—, mientras los chiíes y los suníes se esforzaban en matarse unos a otros y todavía sacaban tiempo para matarnos a nosotros. Una guerra equivocada, en el lugar equivocado y por motivos equivocados.

El convidado hizo lo que pudo para mostrarse interesado en cuanto le exponía Bledsoe, y se preguntó si no iría a añadir que la de Afganistán, o quizá la de Irán, habían sido guerras acertadas. Pero no.

—Lo que teníamos que haber hecho era machacar a los de Corea del Norte —proclamó su anfitrión—. Con diez misiles lanzados en otros tantos lugares estratégicos los habríamos dejado fuera del juego.

Ranjit tosió.

—Por lo que tengo entendido —dijo, tomando otro trago de su Jack Daniel's—, el problema de luchar con Corea del Norte es que tienen un ejército grande y muy moderno, y lo tienen apostado en la frontera

misma, a menos de cincuenta kilómetros de Seúl.

Bledsoe agitó la mano con ademán desdeñoso.

—¡Dios, pues claro que habría bajas! Muchas, sin duda. ¿Y qué? Al menos, caerían surcoreanos, y no estadounidenses. Bueno —se corrigió, haciendo una mueca al percatarse del inconveniente—, sí: allí también hay algún que otro soldado de Estados Unidos; pero ¡qué diablos! Para hacer una tortilla, habrá que cascar los huevos; ¡digo yo!

El joven tuvo la sensación de que la fiesta se estaba volviendo poco agradable, y creyó hallar el motivo cuando Bledsoe arrugó una servilleta y la lanzó a la papelera. Al caer, la pelota de papel rebotó en una botella de whisky vacía, lo que le hizo sospechar que aquélla no debía de ser la primera conversación que mantenía el veterano aquel día.

—En fin, señor Bledsoe —comentó aclarándose la garganta—; yo vengo de un Estado pequeño que tiene sus propias preocupaciones, y no pretendo criticar la actitud política de su país.

El norteamericano inclinó la cabeza a guisa de asentimiento.

—¡Ésa es otra! —exclamó, y se interrumpió para ofrecerle más licor. Al ver que rehusaba, se encogió de hombros y volvió a llenar su propio vaso—. Su islita, Shriii... Shriii...

—Sri Lanka —lo corrigió él con educación.

—Eso. ¿Saben ustedes lo que tienen allí?

—En mi opinión —aseveró tras considerar la pregunta—, debe de ser la isla más hermosa del...

—No le estoy hablando de toda la puñetera isla, ¡por Dios bendito! Hay un millón de islas bonitas en todo el mundo, y yo no daría un centavo por ninguna de ellas. Me refiero a ese puerto que tienen en... ¿cómo se llama...? Trincam... Trinco...

—Trincomali —apuntó con lástima el invitado—. Allí nací yo.

—¿Sí? —Y tras sopesar aquel detalle y no hallar motivo alguno para retenerlo, prosiguió—: De todos modos, no me interesa en absoluto la ciudad: es el puerto el que es una maravilla. ¿Sabe en qué podría convertirse? Podría ser la mejor base del mundo para una escuadra de submarinos nucleares, señor Sub... Subra...

Había vuelto a llenarse el vaso, y comenzaban a hacerse patentes los efectos del whisky de degustación. Ranjit suspiró y volvió a tenderle un cable.

—Subramanian, señor Bledsoe. Y sí, sabemos bien lo que podría

dar de sí ese puerto convertido en base naval. Durante la segunda guerra mundial sirvió de cuartel general de la flota aliada, y mucho antes, el mismísimo lord Nelson lo había considerado el fondeadero más grande del mundo.

—¿Y qué coño pinta aquí Nelson? ¡Él hablaba de veleros, por Dios, y yo me estoy refiriendo a submarinos nucleares! Ese puerto es lo bastante profundo para que puedan sumergirse muy por debajo del braceaje necesario para que no los detecte, ni los ataque, claro, el enemigo. ¡Podríamos apostar allí decenas de embarcaciones, si no cientos! ¿Y qué hacemos? Vamos y dejamos que la India se quede con todo el dichoso puerto firmando un chollo de tratado. ¡La India, por Dios santo! Y yo me pregunto: ¿para qué demonios quiere la India una flota...?

Ranjit determinó que ya había oído bastante de aquel beodo testarudo. Gamini podía pensar lo que quisiera, pero él no tenía por qué aguantarlo. Por consiguiente, se puso en pie y dijo:

—Muchas gracias por el whisky, señor Bledsoe; pero me temo que tengo que irme.

Le tendió la mano para despedirse, aunque el anfitrión no le correspondió: alzando la mirada hacia él, volvió a tapar la botella con gesto deliberado y repuso:

—Discúlpeme un segundo: tenemos un asunto pendiente.

Y dicho esto, se introdujo en uno de los baños de la suite. Ranjit oyó correr agua y, pensándoselo mejor, se encogió de hombros y tomó asiento de nuevo. Con todo, hubo de esperar mucho más de un segundo. De hecho, habían transcurrido casi cinco minutos cuando volvió a aparecer T. Orion Bledsoe convertido en otra persona. Tenía la cara lavada y el cabello peinado, y llevaba una taza mediada de café solo humeante que debía de haberse servido, sin lugar a dudas, de la máquina que parecía formar parte de todos los cuartos de baño de los hoteles estadounidenses.

Sin ofrecer a su invitado otra taza ni explicación alguna, se sentó y, mirando la botella de whisky como asombrado de hallarla allí, preguntó en tono enérgico:

—Señor Subramanian, ¿le dicen algo los nombres de Whitfield Diffie y Martin Hellman?

Un tanto confuso por la brusquedad con que había cambiado tanto

de tema como de conducta, aunque alentado en igual grado al ver que la conversación había entrado en un ámbito del que tenía, al menos, nociones, respondió:

—Claro, estamos hablando de criptografía de claves públicas. Son los creadores del procedimiento de Diffie, Hellman y Merkle.

—Exacto —respondió Bledsoe—. Creo que no hace falta que le diga que se encuentra en grave peligro por culpa de la informática cuántica.

Tenía razón. Aunque Ranjit jamás se había interesado de forma particular por la creación y el descifrado de códigos, si se exceptúa la proeza de dar con la contraseña de su profesor, no había en todo el planeta un solo matemático que no estuviese al tanto de aquel ámbito.

El procedimiento ideado por Diffie y Hellman se basaba en una idea muy sencilla, pero tan difícil de ejecutar que no había servido para nada hasta la aparición de ordenadores potentes de veras. El primer paso que había que dar para cifrar cualquier mensaje que quisiera tenerse en secreto consistía en representarlo como una serie de números. El modo más sencillo de hacer tal cosa consistía, por descontado, en sustituir la letra *a* con un 1; la *b,* con un 2, y así sucesivamente, hasta la *z,* a la que equivaldría el 26. (Evidentemente, a ningún criptógrafo del mundo de más de diez años de edad se le podía ocurrir tomar en serio un sistema tan trivial de sustituciones.) A continuación, esos números podían combinarse con otro número de porte colosal, al que llamaremos *N,* de modo que quedara oculta la sencilla permuta original. Bastaría, por lo tanto, añadir los números sustituidos a aquel N gigante.

Sin embargo, *N* encerraba también un secreto. Los criptógrafos lo creaban multiplicando dos números primos elevados, cosa que cualquier ordenador decente podía hacer en una fracción de segundo. No obstante, una vez obtenido el producto, tratar de descubrir cuáles habían sido los factores constituía una labor descomunal para la que aun las computadoras más rápidas podían necesitar no pocos años. De ahí que se denominara *cifrado ratonera,* pues en ésta resulta fácil entrar y casi imposible salir. Aun así, la criptografía de clave pública poseía una gran virtud: cualquiera podía codificar cualquier mensaje sirviéndose de la multiplicación de los dos números primos (hasta, pongamos por caso, un integrante angustiado de la resistencia francesa durante la segunda guerra mundial que fuese un paso por delante de la

Gestapo y quisiera comunicar la dirección en que se movía un puñado de divisiones acorazadas alemanas); en tanto que sólo podía leerlo quien conociese los dos números primos.

Bledsoe tomó un sorbo de aquel café que comenzaba a enfriarse con rapidez.

—Se da la circunstancia, Subramanian, de que en este momento tenemos cierto tráfico de gran relevancia repartido por el mundo... No me pregunte de qué se trata, porque sólo tengo una ligerísima idea de lo que es y ni siquiera eso puedo revelarle. El caso es que en este momento importa más que nunca que dispongamos de un código indescifrable. Cabe la posibilidad de dar con un sistema de cifrado que no implique toda esa historia de multiplicación de números primos, y de ser así, nos gustaría contar con su ayuda.

Ranjit hizo cuanto pudo por no echarse a reír: le estaban pidiendo que encontrase lo que habían estado buscando todas y cada una de las agencias del mundo consagradas a la codificación desde 1975, año de la publicación del artículo de Diffie y Hellman.

—¿Y por qué han pensado en mí? —quiso saber.

—Cuando vi —respondió el otro pagado de sí mismo— las noticias relativas a su demostración del último teorema de Fermat, el asunto me recordó algo. ¿No es verdad que los matemáticos que investigan la cosa esa de las claves públicas usan lo que llaman «test de Fermat»? En ese caso, ¿quién podía saber más de eso que la persona que acababa de demostrar su teorema? Como había otros interesados en usted, comenzamos a hacer las gestiones necesarias para enrolarlo en nuestro equipo.

Al considerar todos los aspectos que volvían ridícula semejante idea, estuvo tentado de levantarse e irse, pues si bien era cierto que el test de Fermat servía de base a muchos métodos que se empleaban para identificar números primos, la de que la persona que había demostrado su último teorema fuera capaz de servir de ayuda en un proyecto relacionado con el desciframiento de claves públicas era, sin más, una conclusión ridícula.

De cualquier modo, aquélla era precisamente la oferta que le había pedido Gamini que aceptase, y ese hecho bastó para hacer que dominara sus ganas de reírse en la cara de Bledsoe y respondiera:

—¿Lo de «enrolar» quiere decir que me está ofreciendo trabajo?

—¡Claro, Subramanian, por Dios bendito! Se le proporcionarán todos los recursos que necesite, y al Gobierno de Estados Unidos no le faltan. Además, recibirá un salario generoso. ¿Qué le parecen…?

No pudo por menos de pestañear ante la cifra propuesta, suficiente para mantener a varias generaciones de Subramanian.

—Aceptable —se limitó a contestar— ¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo no, me temo —declaró el otro con aire desabrido—. Hay que gestionar su habilitación de seguridad. No hay que olvidar que, en su país, pasó usted un par de meses en la trena bajo sospecha de haber participado en actividades terroristas.

—¡Menuda memez! —exclamó él, a punto de estallar—. Si yo no…

Bledsoe levantó la mano.

—Lo sé. ¿Cree usted que de lo contrario le estaría encomendando una misión así? Pero los encargados de dar el visto bueno a los que trabajan con nosotros se ponen de los nervios cuando oyen hablar de una banda de terroristas convictos como la de esos piratitas de usted. No se preocupe: está todo casi resuelto. Hemos tenido que recurrir a lo más alto; hasta ha hecho falta que intervenga la Casa Blanca. Tendrá usted su habilitación, aunque va a tener que esperar todavía un tiempo.

Con un suspiro, Ranjit optó por enfrentarse a la realidad.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Tres semanas, quizá. Como mucho un mes. Lo mejor va a ser que siga con las charlas que tiene concertadas; yo me pondré en contacto con usted cuando tenga noticias para que venga a California.

No parecía quedar más alternativa.

—De acuerdo —aceptó—. Voy a necesitar su dirección para tenerlo al tanto de mi paradero.

Bledsoe sonrió enseñando dos pródigas hileras de dientes que Ranjit consideró semejantes a los de un tiburón.

—No se preocupe: sabré dónde encontrarlo.

* * *

Las tres semanas se trocaron en seis, y luego en dos meses. Ya había empezado a preguntarse cuánto duraría la generosidad de la fundación que se había hecho cargo de las cuentas de los hoteles en que se alojaban, y seguía sin noticias de Bledsoe.

—Es lo típico de la burocracia gubernamental —lo consolaba Myra—. Gamini te pide que aceptes el trabajo; tú dices que sí, y ahora no nos queda más remedio que ajustarnos a su calendario.

—Pero ¿dónde demonios está Gamini? —preguntó él enfurruñado.

Su amigo no había vuelto a dar señales de vida, y el mensaje que había enviado por correo electrónico al despacho de su padre a fin de solicitar su dirección había recibido por única respuesta la siguiente: «Se encuentra en el campo y no existe modo de localizarlo». Myra, al menos, pudo solazarse visitando a sus antiguos compañeros del MIT; pero Ranjit ni siquiera tenía eso. Cuando regresó al hotel, extenuada, resoplando y, por qué no decirlo, caminando como un pato, pero cargada de noticias sobre los logros impresionantes de algunos de sus colegas, la recibió con una pregunta inesperada:

—¿Qué me dices de coger el próximo avión a Sri Lanka?

Ella y su barriga tomaron asiento.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Aquí no pintamos nada —anunció, guardando para sí el que, además, fuera hacía un frío espantoso—. He estado dándole vueltas a lo que dijo el señor Bandara. La de profesor titular de universidad no es mala vida. Además, voy a tener la posibilidad de investigar, y los dos sabemos que aún quedan por resolver otros muchos problemas de relieve. Si quieres que seamos ricos, podría tratar de dar con las imperfecciones de la ecuación de Black-Scholes, o si deseo un reto de verdad, siempre puedo recurrir al de *N* es igual a *NP.* Quien lo resuelva está llamado a revolucionar las matemáticas.

Myra se revolvió en la silla, tratando de ponerse cómoda, y al ver que no era posible, se inclinó hacia delante y estrechó entre las suyas la mano de su esposo.

—¿Qué es eso de *N* es igual a *NP*? —preguntó—. ¿Y la otra ecuación…?

La situación era peor de lo que ella había imaginado: Ranjit no mordió el anzuelo.

—El caso es —contestó él— que aquí estamos perdiendo el tiempo, y que no hay nada que nos impida dejarlo todo y volver a casa.

—Se lo prometiste a Gamini —le recordó ella—. Vamos a esperar sólo unos días más.

—Pocos —repuso con terquedad—: Una semana a lo sumo, y nos

vamos de aquí.

* * *

Al final, no hizo falta tanto. Al día siguiente llegó un mensaje de teletexto que tenía por remitente al ex teniente coronel T. Orion Bledsoe. «Concedida habilitación —decía—. Preséntese en Pasadena cuanto antes.» Y lo cierto es que los dos estaban más que dispuestos a librarse de las inclemencias del clima de Boston. Sin embargo, estando listo ya el equipaje, a la espera de la limusina que iba a trasladarlos al aeropuerto Logan para que tomasen el vuelo que aterrizaría en el de Los Angeles, Myra se llevó de pronto la mano al vientre.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Creo que eso ha sido una contracción!

Y estaba en lo cierto. Una vez que consiguió que Ranjit entendiese lo que estaba ocurriendo, no supuso complicación alguna hacer que el vehículo cambiara de rumbo para llevarlos al Hospital General de Massachusetts, en donde, seis horas después, se presentó ante el mundo por vez primera la pequeña Natasha de Soyza Subramanian.

CAPÍTULO XXIII

«Bill» el hortelano

En otra parte del cosmos, lejos, muy lejos de allí... No puede decirse que los grandes de la galaxia se hubieran olvidado de los revoltosos terrícolas, ya que, por constitución, eran incapaces de olvidar nada. Lo que ocurría era, sin más, que habían relegado al planeta Tierra al último recoveco de su mente colectiva para centrar su atención en asuntos más importantes o, cuando menos, más interesantes.

Bill, por ejemplo, debía ocuparse de su huerta (tal vez debamos entrecomillar el término, por cuanto en ella no crecía nada que pudiera considerarse orgánico). Resulta extraño ver a los grandes de la galaxia como horticultores; pero lo cierto es que fomentaban determinados cultivos, y no deja de ser curioso que los campesinos humanos de la Edad Media hiciesen algo muy parecido en sus modestas parcelas.

El bancal que había suscitado a *Bill* el interés suficiente para ir a visitarlo era cierto volumen de espacio de varios años luz de lado. A simple vista, cualquier astrónomo podría haber pensado que no era más que una extensión vacía. De hecho, no otra cosa habían supuesto los expertos humanos al observarlo por primera vez. Sin embargo, no se hallaba del todo desierta. Observaciones más precisas, efectuadas una vez que el hombre logró dar con mejores telescopios, demostraron que había algo que desviaba la luz y refractaba un espectro azul en una dirección, y otro rojo, en la otra. Y ese «algo», que los grandes de la galaxia conocían desde siempre, no era otra cosa que polvo interestelar.

Aquélla no era, claro, la primera visita que hacía *Bill* a la huerta. No hacía mucho (apenas unos cuantos millones de años antes) la había explorado con detenimiento para hacer inventario de las partículas de polvo (conforme a la expresión que habrían empleado los humanos) y determinar qué porcentaje representaban las que medían menos de una

centésima de micra, así como el resto de categorías que iban desde ésta hasta la mayor, constituida por partículas de diez micras o aún más. Asimismo, tomó nota de su composición química, del número de neutrones que las conformaban y de su estado de ionización.

Si bien aquélla era una de las partes más sencillas de los deberes que se habían impuesto los grandes de la galaxia, *Bill* la había tenido siempre entre las que podían calificarse de más agradables. Al fin y al cabo, el registro que estaba efectuando iba a contribuir a uno de los grandes objetivos que se habían propuesto.

* * *

En consecuencia, lo que estaba haciendo no era sino recorrer sus campos como habría hecho cualquier barón normando en el siglo XI. El bancal de polvo era lo que los siervos sajones de éste habrían considerado tierra de barbecho, dejada sin labrar un tiempo a fin de que el suelo pudiese descansar y recuperar su fertilidad.

En el haza de *Bill* no crecían el maíz ni la avena, sino sólo astros, grandes, pequeños y de todo género, si bien los grandes de la galaxia preferían los primeros, los que los seres humanos denominaban con las letras *A*, *B* u *O*, pues eran los que quemaban con mayor rapidez sus reservas iniciales de hidrógeno en los hornos nucleares de su centro. A continuación harían lo mismo con el helio, el carbono, el neón, el magnesio y el resto de los elementos, cada uno más pesado que el anterior, hasta llegar al hierro, con el que se completaba la serie.

Cuando el núcleo de uno de ellos se trocaba en hierro, el horno nuclear se iba debilitando hasta que se volvía incapaz de rechazar el terrible abrazo gravitacional que ejercía el peso muerto de sus capas externas. Entonces, el astro se replegaba sobre sí mismo, lo que se traducía en una explosión titánica durante la que salían despedidos nuevos tesoros en forma de elementos más pesados aún, creados gracias a tal calor, que se convertían en partículas diminutas capaces de enriquecer la parcela de gas interestelar contigua.

* * *

Eso era lo que debía ocurrir, más tarde o más temprano,

inevitablemente, si se sucedían de forma normal los acontecimientos. Para ello, por tanto, no hacía falta intervención alguna de *Bill*: ya lo hacían todo las sencillas leyes newtonianas-einstenianas de la gravitación universal, leyes que los grandes de la galaxia no habían visto razón alguna para cambiar.

Hemos dicho «más tarde o más temprano», y no hace falta señalar que ellos preferían esto último. Por lo tanto, *Bill* se resolvió a acelerar las cosas, y ocurrió que, escrutando un volumen considerable de espacio adyacente, tuvo la suerte de dar con un hilo de materia oscura en los alrededores, lo convenció para que fluyese hasta su bancal... y vio que era bueno, pues había dado un gran paso hacia la consecución de una de las metas fundamentales de los grandes de la galaxia.

¿Y cuál era esa meta? Aunque no existe modo alguno de expresarlo en términos que pueda comprender ningún ser humano, cabe decir que uno de los logros que conducía hacia ella consistía en un incremento de la proporción de elementos pesados frente a los ligeros, entendiéndose en este caso por «pesados» los que poseían al menos una veintena de protones en su núcleo, amén de una multitud de neutrones. Estamos hablando, claro está, del género de elementos que se habían omitido por entero durante la creación original del universo.

Para trocar todos esos elementos ligeros en pesados iba a ser necesario mucho trabajo, y muchísimo tiempo... Pero, a la postre, éste estaba en manos de los grandes de la galaxia.

CAPÍTULO XXIV

California

La Costa Este de Estados Unidos podía considerarse el centro del poder, el Gobierno y la cultura de la nación (lo cual dependía, por supuesto, de la ciudad de dicho litoral que se tomara como ejemplo: Nueva York, Washington o Boston). Sin embargo, había un aspecto nada desdeñable en el que era, sin lugar a dudas, inferior a la otra orilla del subcontinente norteamericano. Lo que cautivó a los Subramanian de California no fueron las palmeras y las flores que se abrían por dondequiera, pues, al fin y al cabo, su isla natal rebosaba en vegetación exótica; sino, por encima de todo, la calidez del clima. El frío nunca llegaba a ser desagradable, y en especial en torno a la zona de Los Ángeles, en donde, en realidad, nunca llegaban a bajar de veras las temperaturas.

En consecuencia, Pasadena, que era el lugar en que habría de trabajar Ranjit, resultó ser un lugar excelente para vivir. Si se hacía caso omiso, claro está, del peligro de terremotos, de incendios capaces de arrasar barrios enteros durante un año de sequía, o de inundaciones que podían arrastrar los que hubiesen sido erigidos en terreno escarpado por estar construidas ya todas las áreas llanas, y que parecían siempre dispuestas a hacerlo cada vez que un fuego relativamente menos violento acababa, durante la temporada seca, con la cantidad de maleza necesaria para debilitar la estabilidad de que pudiera gozar el terreno sobre su sustrato.

Todo eso era lo de menos: a la postre, bien podía no llegar a suceder, al menos antes de que la familia hubiese hecho las maletas para trasladarse a otro lugar. Entre tanto, aquel sitio era excelente para ver crecer en él a una criatura. Así, mientras Myra empujaba el carrito de Natasha en dirección al supermercado más cercano para encontrarse

con otras muchas madres en la misma situación, no pudo por menos de convencerse de que jamás se había sentido tan afortunada.

* * *

Ranjit, por su parte, albergaba ciertas dudas.

Verdad es que la parte positiva de su estancia en el sur de California le encantaba tanto como a Myra, y que disfrutaba como ella de las excursiones que hacían a los lugares de interés de la zona, tan diferentes de los de Sri Lanka, como las pozas de alquitrán del Rancho La Brea, situadas en el centro de la ciudad, y en las que habían quedado atrapadas generación tras generación de bestias milenarias, conservadas así para admiración de aquellos seres humanos de bien entrado el siglo XXI; los estudios cinematográficos, pródigos en visitas guiadas y exposiciones (Myra se había mostrado renuente a llevar a Tashy a un lugar tan arriesgado, aunque al final, la niña acabó por pasarlo en grande); el observatorio Griffith, dotado de sismógrafos y telescopios, así como de un colosal merendero desde el que se dominaba la ciudad...

Era su trabajo lo que no le gustaba. Le aportaba todo lo que T. Orion Bledsoe le había prometido, ¿a qué negarlo?, y también cierto número generoso de cosas que Ranjit ni siquiera había esperado. Disponía de su propio despacho privado, espacioso (de tres metros por más de cinco) aunque sin ventanas (ya que, como el resto de las instalaciones en que operaba, se hallaba a más de veinte metros por debajo del nivel del suelo), y amueblado con un escritorio de grandes dimensiones y un amplio sillón de piel, amén de otros asientos más modestos, destinados, junto con una mesa de madera de roble de excelente acabado, a visitas y reuniones. Asimismo, contaba con al menos tres terminales informáticos desde los que tenía acceso ilimitado a casi todo. Ahora sólo le hacía falta pulsar unas cuantas teclas para obtener ejemplares de cualquier publicación matemática del planeta. Además de las revistas, impresas cuando era posible o en edición electrónica cuando la editorial no usaba otro medio de distribución, recibía traducciones (carísimas, aunque costeadas por la agencia, que parecía disfrutar de una cuenta bancaria inagotable) de por lo menos el sumario de las que veían la luz en lenguas que Ranjit ni siquiera

albergaba la esperanza de llegar a comprender algún día.

Lo que no tenía gracia era que, en realidad, no tenía *nada* que hacer. Los primeros días sí hubo cierto ajetreo, ya que lo llevaron a los lugares en los que se generaba el papeleo a fin de crear algunos documentos más en su honor: tarjetas de identificación, escritos que firmar y todas las fruslerías inevitables de cualquier empresa de relieve del siglo XXI. Y luego, nada.

Cuando tocaba a su fin el primer mes, Ranjit, que no era precisamente un ser gruñón, se levantaba de mal humor casi todos los días laborables. Tenía, eso sí, un paliativo: una dosis de Natasha, sumada a una de Myra, según prescripción, solía bastar para paliar los síntomas antes de que hubiese acabado el desayuno, aunque lo cierto es que cuando volvía a casa a comer se habían vuelto a manifestar. Huelga decir que se deshacía en disculpas:

—No quiero hacéroslo pagar a Tashy y a ti, Myra; pero aquí no hago otra cosa que perder el tiempo. Nadie me dice qué es lo que tengo que hacer, y cuando encuentro a alguien a quien preguntárselo, me responde en tono de deferencia fingida: «De eso debería encargarme yo, ¿no?».

Sin embargo, después de cenar, mientras bañaba a la pequeña, le cambiaba el pañal o jugaba con ella haciéndola saltar sobre una rodilla, le resultaba imposible mantener su enojo. De hecho, desplegaba su jovialidad habitual hasta que llegaba la hora de levantarse de nuevo para no trabajar.

Tal estado de depresión se agudizó más aún al concluir el segundo mes, y ya no se mitigaba con tanta facilidad:

—¡Es peor que nunca! —exclamó, o por mejor decir: repetía a su esposa un día tras otro—. Hoy he acorralado a Bledsoe (no es cosa fácil, porque casi nunca está en su despacho), y le he preguntado qué clase de trabajo se supone que debería estar haciendo. Y con mirada asesina ¿sabes lo que me ha dicho?

»—Si consigue averiguarlo, haga el favor de ponerme al corriente.

»Parece que los de arriba le dieron órdenes de contratarme, pero sin revelarle cuál iba a ser mi misión.

—Te querían porque eres famoso y aportas distinción a la operación —le hizo saber ella.

—Puede que tengas razón: yo también lo había pensado. Pero no lo

creo, el proyecto es tan secreto que nadie sabe siquiera a quién tiene trabajando en el despacho de al lado.

—Entonces, ¿estás pensando en dimitir?

—Mmm... Bueno, no sé. En realidad, no sé si puedo, porque, además de que no estoy demasiado seguro de lo que he firmado, se lo prometí a Gamini.

—En ese caso —repuso Myra—, tendrás que hacer algo para acostumbrarte al puesto. ¿Por qué no resuelves el enigma de *N* es igual a *NP* del que hablabas? De todos modos, mañana es sábado: ¿por qué no llevamos a Tashy al zoo?

* * *

El zoológico, por supuesto, resultó ser una gozada, aunque en el resto del mundo las cosas no habían mejorado en absoluto. ¿Qué estaba ocurriendo? Pues en Argentina, por ejemplo, el ganado vacuno, tan copioso en la región, sucumbía a millares por causa de una nueva variante del virus de la lengua azul. Se acababa de confirmar que la plaga la había producido una cepa modificada para emplearse como arma biológica, aunque aún no se sabía quién la había desatado. Algunos de los de la agencia atribuían la responsabilidad a Venezuela o a Colombia, por cuanto las autoridades argentinas habían tenido no poco peso en la fuerza internacional que estaba tratando de separar a los ejércitos de ambas naciones, cuya inquina se habían atraído pese al escaso éxito de la empresa. El resto del planeta seguía tan alterado como siempre. En Iraq, las explosiones de coches bomba y las decapitaciones ponían de relieve que las dos ramas enfrentadas del islamismo pretendían garantizar la existencia de un solo credo mahometano mediante el exterminio del otro. En África, el número de guerras reconocidas con carácter oficial había aumentado a catorce, exclusión hecha de varias docenas de refriegas tribales. En Asia, la Corea del Norte del Dirigente Adorable publicaba un comunicado tras otro a fin de acusar al resto de estados de propagar infundios en su contra.

Sin embargo, en Pasadena no había nadie luchando contra nadie, y la pequeña Tashy Subramanian no dejaba de ser la delicia de sus padres. ¿Qué otra criatura intentaba darse la vuelta en la cuna a una

edad tan temprana? ¿Y cuál dormía de forma tan precoz casi toda la noche de un modo tan continuado? Myra y Ranjit no abrigaban la menor duda de que Natasha estaba llamada a ser una persona de gran inteligencia, por más que el doctor Jingting Jian, el pediatra que habían encontrado gracias a la ayuda del servicio consultivo de la agencia, asegurase que no cabía decir nada del intelecto de un niño hasta que hubiera alcanzado, cuando menos, los cuatro o los cinco meses de edad.

Pese a las lagunas que parecía tener acerca de aquel particular, el doctor Jian resultaba ser un especialista muy confortador, siempre dispuesto a dar consejos relativos a la diagnosis del llanto infantil e indicarles qué variantes exigían la actuación inmediata de los padres y cuáles requerían hacer caso omiso de la criatura hasta que se hubiese cansado de llorar. Aun tenía grabaciones de muchos de los estilos posibles de llanto para ayudarlos a distinguir unos de otros. De hecho, el equipo asesor había hecho todo cuanto cabía hacer por Myra y Ranjit. Habían puesto a su nombre el hermoso apartamentito en que vivían, situado en una urbanización cerrada y dotado de cuatro habitaciones, lavadora y secadora, acceso a la piscina comunitaria y una terraza ornada de flores con vistas a la ciudad de Los Ángeles, así como de uno de los elementos más necesarios en los tiempos que corrían: un servicio de vigilancia de veinticuatro horas encargado de comprobar todas las salidas y entradas. Por si fuera poco, los habían ayudado a elegir la mejor lavandería, el mejor establecimiento de reparto de comida rápida, los mejores bancos y las mejores agencias de alquiler de automóviles (cosa necesaria hasta que se decidieran a adquirir un par de vehículos propios, momento que, sin embargo, no había llegado todavía).

Incluso habían proporcionado a Myra el nombre de tres agencias distintas de asistentas, pero a la postre ella las había rechazado a todas.

—El apartamento no es muy grande —dijo a Ranjit—. ¿Qué hay que hacer: pasar la aspiradora, cocinar, hacer la colada, lavar los platos…? No es gran cosa, para nosotros dos.

Él estuvo de acuerdo.

—Seguro que te las arreglas —anunció, haciéndose así merecedor de una mirada glacial de ella, quien corrigió:

—Seguro que *nos* las arreglamos. Veamos: yo voy a encargarme de

la cocina, que se me da mejor que a ti, y tú podrías lavar después la vajilla, ¿verdad? En cuanto a la ropa... Sabes cómo funcionan la lavadora y la secadora, ¿no? De todos modos, en las instrucciones lo explican todo a la perfección. Y en lo que respecta a cambiar a la niña y darle de comer, cuando estés en casa podemos turnarnos, y cuando no, lo hago yo.

Uno a uno, fueron repasando todos los quehaceres domésticos, desde cambiar bombillas o reponer los rollos de papel higiénico hasta el pago de las distintas facturas. No resultó difícil, pues ninguno de ellos deseaba tener al otro atado a una labor que lo mantuviese alejado de sí un minuto más de lo necesario y lo privara así de su voz y su compañía.

* * *

En aquel momento, la flota de los unoimedios navegaba por el espacio a su velocidad máxima, que equivalía a la de la luz multiplicada por 0,94 (es decir, 0,94*c*). En la escala temporal de la mayoría de los seres extraterrestres, estaban a punto de llegar a su destino. Sin embargo, comoquiera que la humanidad desconocía este hecho, los nueve mil millones de personas que la conformaban siguieron ocupándose de sus menesteres cotidianos.

* * *

Entonces, cierta noche, mientras los Subramanian acababan de lavar los platos después de la cena, llamaron al portero automático.

—¿Señor Subramanian? Soy Henry, el conserje. Hay aquí un señor que pregunta por usted. No ha querido dar su nombre, pero dice que usted sabrá quién es si le digo que es el ex novio de Maggie. ¿Lo hago pasar?

—¡Gamini! —gritó Ranjit dando un salto—. ¡Claro que sí! Deje entrar a ese hijo de perra, pero pregúntele antes qué va a querer beber.

Aun así, cuando llegó el visitante pudieron comprobar que no se trataba de Gamini Bandara, sino de un hombre mucho mayor que llevaba un maletín cerrado encadenado a la muñeca derecha. Lo abrió y, sacando de él un circuito integrado, se lo entregó a Ranjit.

—Reprodúzcalo, si es tan amable —le pidió—. Yo no estoy

autorizado a verlo; así que esperaré fuera. En cambio, la señora Subramanian sí tiene permiso, y —añadió con una sonrisa educada— no me cabe dudar de que la pequeña no va a revelar ningún secreto.

Una vez que el mensajero se retiró al pasillo, Myra introdujo el circuito en el reproductor, y entonces apareció Gamini en la pantalla con gesto sonriente.

—Siento haber tenido que usar esta artimaña de novela negra, pero estoy andando en la cuerda floja. Estamos respondiendo ante cinco gobiernos nacionales diferentes, además del personal de seguridad de la propia ONU, y... Bueno; ya os lo contaré todo en otra ocasión. El caso es que el otro trabajito del que habíamos hablado está ya disponible, en caso de que lo quieras. Dudo que digas que no: tendrías que estar muy loco. De todos modos, antes de responder todos los interrogantes, aún tiene que ocurrir una cosita... No, no: a decir verdad, lo que tiene que ocurrir es grandísimo. No puedo decirte lo que es, pero lo sabrás cuando lo veas en las noticias, y entonces podrás despedirte de Pasadena. Relájate, Ranjit: eso es lo único que me dejan decir los servicios de información, aparte de que os quiero a todos.

Y con esto volvió a apagarse la pantalla.

Diez minutos más tarde, después de que el mensajero recuperase el circuito y se marchara, Myra sacó de lo alto de un mueble la botella de vino que guardaban para las grandes ocasiones y, tras llenar dos copas y haber quedado satisfecha después de aguzar el oído en dirección al dormitorio en que descansaba Natasha, preguntó:

—¿Sabes qué está ocurriendo?

Ranjit brindó con ella y bebió un sorbo antes de responder.

—No. —Entonces, tomó asiento en silencio y sonrió—. De todos modos, si no puedo confiar en Gamini, ¿en quién voy a confiar? Vamos a esperar a ver qué pasa.

Myra asintió con un gesto y, tras apurar el vino, se levantó para ver a la niña mientras decía:

—Al menos, da la impresión de que no va a haber que esperar mucho más.

* * *

Y estaba en lo cierto. Tres días después, Ranjit (que hacía cuanto podía

por hallar unos cuantos números primos más con los que pudiesen manejarse los criptógrafos, dado que su conciencia apenas lo dejaba trabajar) oyó un gran tumulto provocado por la mitad del personal, que trataba de acceder a la sala situada al fondo del pasillo. Todos se arracimaban en torno a las noticias, que mostraban una procesión de veintenas de vehículos militares que atravesaban un hueco abierto en una valla desconocida.

—Es Corea —informó uno de los que estaban más cerca de la pantalla a fin de acallar las preguntas—. Están entrando en Corea del Norte. Callaos, que oigamos lo que dicen.

En efecto: estaban irrumpiendo en tierras del Dirigente Adorable, y ninguna de las unidades de su ingente ejército parecía tener el menor interés en detenerlos.

—Pero ¿qué locura es ésta? —quería saber el hombre que había al lado de Ranjit—. Ha tenido que pasar algo gordo.

Aunque no había mirado a Ranjit en busca de la respuesta, éste contestó sonriente:

—Seguro que sí: algo muy gordo.

CAPÍTULO XXV

El Trueno Callado

Aunque en los documentos del Pentágono tenía su propio nombre, quienes lo inventaron, quienes lo construyeron y quienes lo pusieron en marcha lo conocían como el Trueno Callado.

Amparado por la oscuridad de la noche, el aparato despegó del lugar en el que había sido creado, el viejo campo de aviación que la compañía Boeing poseía en las afueras de Seattle (Washington), y puso rumbo al oeste a una velocidad que alcanzó sin dificultades los mil kilómetros por hora. Si volaba en aquel momento del día no era para evitar ser visto por ningún enemigo, pues tal cosa era imposible ya que todo el mundo, hostil o amigable, tenía el cielo plagado de satélites de observación con los que seguir cada uno de los movimientos del resto del planeta. Sea como fuere, aún no había clareado cuando, varias horas más tarde, acabó de cruzar el Pacífico y cayó («como una piedra», según definición del piloto) hasta quedar a nivel del mar. Una vez allí, se deslizó sobre las aguas que se extendían entre las islas de Honshu y Hokkaido y entró así en el mar del Japón.

Fue entonces cuando la nocturnidad se trocó en ventaja para la dotación del Trueno Callado, pues al impedir que fuera visto con nitidez por los periodistas de ninguna de las islas, evitaría que su imagen se colara en las casas de todos los espectadores a la hora del desayuno. Los radares de las modestísimas fuerzas armadas japonesas de Aomori y Hakodate se iluminaron, claro, a su paso; pero poco importaba: la nación carecía del armamento necesario para hacer frente a algo como aquello, y de todos modos, doce horas antes, en el más estricto de los secretos, se había notificado a los generales nipones que Estados Unidos tenía intención de enviar una aeronave experimental, y se les había hecho saber que la nación estaría por demás agradecida si hacían

la vista gorda.

Una vez internado en el mar del Japón, el Trueno Callado volvió a alzarse hasta alcanzar los doce mil metros. Las costas occidentales de aquellas aguas eran, efectivamente, rusas, y los radares en ellas apostados, mucho más numerosos y potentes, por supuesto, que los del Japón. No obstante, los espadones de aquel Estado tampoco se alertaron, pues sabían que dicho aparato no representaba amenaza alguna (al menos para ellos).

Cuando el piloto y el navegante coincidieron en que habían alcanzado su objetivo, el Trueno Callado redujo la velocidad al mínimo necesario para mantenerse en el aire y comenzó a poner en batería su armamento. Este no era más que una bomba nuclear de modesto rendimiento y un tubo de cobre hueco que apenas alcanzaba el ancho de un cuerpo humano. Y aunque tales elementos habrían desconcertado incluso a los especialistas militares de dos lustros antes, eran cuanto necesitaba el aparato para hacer su trabajo.

En el sistema de orientación de aquel ingenio apareció un mapa de la Corea del Norte del Dirigente Adorado, y sobre él, un óvalo largo y estrecho que representaba la huella del arma. Con todo, ninguno de los seres humanos que tripulaban el Trueno Callado tenía la mirada puesta en él de manera directa, por la sencilla razón de que allí dentro no había nadie: su capitán y el resto de la dotación se hallaban en Washington, y lo observaban desde una pantalla de televisión.

—Correcto, en mi opinión —dijo el piloto, de origen estadounidense, al bombardero, quien curiosamente era de nacionalidad rusa—. Despliegue el demarcador.

—De acuerdo —respondió éste con los dedos en el teclado numérico.

En torno a los límites del óvalo comenzaron a hacerse visibles formas negras que coincidían con el curso del río Yalu, al norte y al oeste, y al sur y al este, con la frontera surcoreana y con el litoral del Pacífico. No representaban, obviamente, nada tangible, pues nada hecho de materia alguna podría resistir tal cometido. De hecho, la creación de los campos electrónicos que iban a desempeñar la función de delimitador había constituido una de las partes más complicadas de la construcción del Trueno Callado.

—Hecho —comunicó el bombardero al piloto.

—¿Seguimos en posición? —preguntó entonces este último al navegador chino para santiguarse en cuanto oyó su respuesta afirmativa (pues, si bien se tenía por católico no practicante, seguía habiendo ocasiones en que se sentía tan devoto como el que más)—. Dispare —ordenó al bombardero.

A continuación, por primera vez en la historia del mundo, perdió la guerra una nación (de forma total e irrevocable) sin que hubiera un solo herido.

* * *

En realidad, tal cosa no es del todo cierta, pues en los dominios gobernados por el Dirigente Adorable murieron algunos enfermos de corazón que, por desgracia para ellos, llevaban marcapasos en el momento de la explosión electromagnética, portadora de más energía que un relámpago (con todo, los únicos norcoreanos que disfrutaban de la posibilidad de adquirir avances tecnológicos tan costosos —tan «occidentales»— eran, casi en su totalidad, oficiales de alta graduación a los que, por cierto, nadie echó de menos). También hubo un puñado de desventurados que volaban en avioneta en aquel momento y también perecieron al estrellarse en consecuencia (y que, al ocupar puestos tan elevados como los anteriores, tampoco fueron objeto de duelo). En total, el último cambio de régimen de Corea del Norte se produjo con muchas menos víctimas que las que tenían lugar cualquier fin de semana en las carreteras de Occidente.

Bastó una fracción de segundo para que quedasen inutilizados todos los sistemas telefónicos del Dirigente Adorable. Las más de sus líneas eléctricas sufrieron cortocircuitos, y toda arma de complejidad mayor que una escopeta quedó condenada a no efectuar jamás un solo disparo (y el país poseía una cantidad ingente de todo género de armas). Sin teléfono ni radio, nadie podía saber lo que estaba ocurriendo sino hasta donde alcanzaba la voz. La nación había dejado de ser una amenaza para nadie, porque en aquel trozo de tierra no había quedado nada que pudiese considerarse nación en toda regla.

En aquella guerra inexistente se dio, cierto es, una batalla de escasa envergadura. El causante fue un coronel obstinado apostado en las afueras de Kaesong. Incapaz de comprender, claro, lo que estaba

ocurriendo, reconoció al menos que sus fuerzas se hallaban en peligro, e hizo lo que habrían hecho muchos de cuantos gozaban de su misma graduación: repartió entre sus hombres los pocos fusiles y pistolas que aún estaban en condiciones de hacer fuego y les ordenó atacar en dirección a la frontera.

No llegaron muy lejos. De hecho, ni siquiera pudieron alcanzar la mitad de los densos campos de minas que protegían la línea de demarcación entre naciones. Media docena de cuantos avanzaban en primera línea murieron al estallar éstas, y una veintena más, cuando las tropas surcoreanas comenzaron a disparar al verla aproximarse. Poco después bajaron las armas al ver que los atacantes seguían acercándose, pero con paso mucho más lento y cauto y las manos sobre la cabeza.

A esas alturas, todo el planeta había empezado a tener noticia de cuanto estaba ocurriendo. Y también fuera de nuestro planeta estaban tomando nota.

* * *

El resto de la galaxia sólo oyó el fragor electrónico de aquella arma cuando llegó hasta ellos con la lentitud (trescientos mil kilómetros por segundo, o ciento ochenta y seis mil millas, que seguían diciendo los más anticuados y los estadounidenses) propia de la luz. La flota de los unoimedios, que se hallaba a quince años luz de la Tierra en aquel momento, acabó por toparse con aquel estruendo, y supo que lo habían originado los mismos seres a los que ellos iban a aniquilar.

Con todo, los terrícolas no tenían noticia alguna de este hecho, como ninguno de los archivados, ni de ninguna otra raza de cuantas se hallaban sometidas a la hegemonía de los grandes de la galaxia, tenía conocimiento de lo que acababa de ocurrir en Corea del Norte. En consecuencia, al oír aquel estridente eructo electrónico, extrajeron conclusiones razonables aunque no por ello menos erróneas. En realidad, hicieron falta años para que aquel ruido blanco electromagnético llegase a los planetas en que habitaba cualquiera de tales especies, y en particular a aquel repliegue de las corrientes de materia oscura que servía de hogar al grupo más cercano de grandes de la galaxia. Y lo cierto es que esto último no tuvo un efecto muy positivo;

de hecho, pudo llegar a tener consecuencias trágicas, muy trágicas.

El motivo era la naturaleza del arma que sus propietarios llamaban Trueno Callado. Hasta aquel momento, los ingenios militares humanos no habían supuesto peligro alguno para ellos: poco podía su efecto, al depender de explosiones químicas o nucleares, preocupar a aquellos seres no bariónicos. Las partículas con que funcionaba el Trueno Callado, sin embargo, eran harina de otro costal, por cuanto podían hacer mucho daño a parte del arsenal de los grandes de la galaxia. No la menudencia primitiva que acababa de dejar fuera de combate al Dirigente Adorable, por supuesto, sino las variantes mucho más avanzadas que, sin lugar a dudas, iban a desarrollar en breve aquellos latosos humanos si se lo permitían. Y por descontado, no iban a permitírselo, siendo así que ya habían hecho las diligencias necesarias para exterminarlos por entero. Consumado este cometido, habrían acabado con el problema.

Lo que significa, por citar las palabras que puso hace mucho el célebre William Schwenck Gilbert en boca de Ko-Ko a fin de justificar sus infracciones ante el emperador japonés en la ópera *El mikado:* «Cuando se da una orden, es como si ya se hubiese ejecutado; por tanto, ya se ha ejecutado». Hasta aquel momento, los grandes de la galaxia no habían acabado de resolver, en cierto sentido, la cuestión de si debían o no aniquilar a la especie humana. Ello es que, si bien habían dado las instrucciones oportunas para que así se hiciera, no habían dejado de examinar la situación con la esperanza, remota, de que cambiasen las circunstancias y les fuera preferible invalidar la orden.

Aquello, sin embargo, acabó de decidirlos a dar por imposible tal contingencia: no había motivo alguno que justificase el que siguieran rompiéndose la cabeza (de haberla tenido, claro) con aquella cuestión. Por consiguiente, la borraron de su conciencia (o de sus conciencias) para centrar su atención en asuntos más urgentes y, sin lugar a dudas, más entretenidos. El primer lugar de la lista lo ocupaba una enana blanca que estaba en sazón para robar a la gigante roja más próxima la suficiente materia para convertirse en una supernova de la clase I*a*; el segundo, ciertas comunicaciones recibidas de quienes desempeñaban en otras galaxias una función semejante a la suya, a las que habían de dar, cuando menos, el enterado, y el tercero, la pregunta de si debían

destacar otra fracción de sí mismos, semejante a la que hemos llamado *Bill,* al objeto de que estudiase de cerca una galaxia menor que se movía a gran velocidad y en una órbita que podía llevarla a chocar con la suya propia en cualquier momento (es decir, antes de que transcurriesen cuatro o cinco millones de años).

Relegado al final de aquella relación quedó, por lo tanto, todo lo que tuviese que ver con aquel planetita repulsivo que sus ocupantes llamaban Tierra. ¿Por qué iban a tener que preocuparse? La experiencia, al fin y al cabo, no carecía de precedentes, pues en los miles de millones de años que llevaban, quiérase o no, erigidos en señores supremos de aquella parte del universo habían conocido unas doscientas cincuenta y cuatro especies igual de peligrosas, de las cuales habían acabado con unas doscientas cincuenta y una. A las otras tres, por haber incurrido en transgresiones menores, habían acabado por darles una segunda oportunidad.

Nada indicaba que la especie humana fuese a ser la cuarta.

CAPÍTULO XXVI

El umbral de la paz

En la Tierra reinaban el caos y el desasosiego. Un caos festivo, todo sea dicho, ya que a pocos de los habitantes del planeta había afligido el derrocamiento del Dirigente Adorable, hombre tímido, dado a prodigar encantadoras proclamaciones de disculpa y poseedor, sí, de un ejército de un millón de soldados bien pertrechado de cohetes y armas nucleares. No obstante, la alegría no lograba acallar las preguntas. ¿Qué derecho tenía Estados Unidos a destruir a otra nación? Y ¿cómo diablos lo había hecho?

Nadie parecía dispuesto a dar una respuesta. El Gobierno estadounidense se limitó a asegurar que estaba estudiando el asunto y que pensaba hacer pública una declaración oficial al respecto; pero no dijo cuándo. Los científicos militares de todo el mundo rabiaban por disponer de los restos del Trueno Callado a fin de poder estudiarlos. Aun así, el único rastro que dejó aquella arma fue una bruma de partículas de metal líquido al rojo blanco que no tardaron en enfriarse.

Las agencias de noticias hacían cuanto podían por informar de lo ocurrido. Una hora después de que el Trueno Callado hubiese apagado de un soplo la Corea del Norte del Dirigente Adorable, tenían helicópteros llegados del país meridional vecino y del Japón sobrevolando aquella zona cuyos aparatos electrónicos habían quedado mudos. Pese al silencio, había mucho que ver; y así, sus cámaras tomaron vistas de la multitud que se arremolinaba en las avenidas, amplias y por lo común desiertas, de Pyongyang; de los grupos, mucho menos nutridos, que permanecían impotentes al lado de sus aeroplanos inutilizados en bases aéreas no menos superfluas, y de los conjuntos, aún menores, que, ebrios por la ira y la confusión, trataban de desfogarse descargando contra los intrusos sus insignificantes armas.

Algunos camarógrafos recogieron otras imágenes, como, por ejemplo, las de otros helicópteros que se alzaban fuera del alcance de cualquiera que pudiese llevar armas ligeras. Aunque provenían de las mismas ciudades que los periodistas, tenían una misión diferente: la de informar a la población merced a los potentes altavoces de que estaban dotados. En cada uno de ellos viajaba un antiguo refugiado norcoreano, de uno u otro sexo, encargado de hacer llegar a su pueblo o barrio de procedencia, tras presentarse por su nombre, el siguiente mensaje cuatripartito:

> El reino del llamado Dirigente Adorable ha llegado a su fin, y él va a ser juzgado por los crímenes cometidos: traicionar, maltratar y hacer pasar hambre a toda una generación de nuestras gentes.
>
> El Ejército norcoreano ha quedado disuelto y no está en condiciones de actuar. Nadie va a atacaros, y los soldados son libres de regresar a sus hogares y a las ocupaciones que ejercían en tiempo de paz.
>
> En este momento, viene hacia aquí un suministro abundante de víveres y otros productos de primera necesidad. Desde ahora, todos y cada uno de vosotros disfrutaréis de por vida de una dieta que os permita subsistir y crecer.
>
> Por último, todos tenéis, desde ahora, el derecho de elegir, mediante votación secreta, a la persona encargada de gobernaros.

A esto añadían muchos de los locutores, a menudo con el rostro empapado en lágrimas:

—Y otra cosa: ¡por fin vuelvo a casa!

CAPÍTULO XXVII

Pax per Fidem

La aclaración de Gamini no se hizo esperar. En realidad, sus amigos hubieron de aguardar unas treinta y seis horas, aunque, como al resto del mundo, durante ese tiempo no les faltaron cosas que hacer. No era el trabajo lo que ocupaba los más de sus pensamientos, sino los medios de comunicación, que no dejaban de mostrar imágenes de fuerzas extranjeras entrando, sin encontrar resistencia ni llevar más armas que aquellos surtidores de ruido y conmoción, en la fortaleza, otrora inexpugnable, de la Corea del Norte del Dirigente Adorable; escenas que, para colmo, iban acompañadas de las inagotables conjeturas de comentaristas perplejos.

Al final, apareció en la pantalla algo que, cuando menos, prometía ofrecer alguna respuesta. Fue durante la sobremesa, cuando Myra se disponía a acostar a la niña en virtud de los turnos que habían establecido y Ranjit volvió a encender el televisor. Momentos después, dio un alarido que hizo que ella regresara a la carrera al salón.

—Mira —anunció—: Puede que vayan a dar información de verdad.

Se trataba de un ciudadano nipón que, de pie ante un atril, comenzó a hablar sin que nadie lo presentara.

—Buenas noches —dijo, con voz educada y, al parecer, habituada a la presencia de las cámaras—. Mi nombre es Aritsune Meyuda, antiguo embajador japonés ante las Naciones Unidas. Ahora ejerzo de lo que ustedes llamarían *director de personal* de lo que hemos denominado Pax per Fidem, forma abreviada de Pax in Orbe Terrarum per Fidem, o Paz Mundial mediante la Transparencia, organización responsable de lo ocurrido en la península de Corea.

»Dado el carácter secreto que ha sido necesario dar a la operación, se han formulado no pocas hipótesis al respecto de su naturaleza y de

la naturaleza de cuanto ha sucedido desde entonces. Ahora estamos en situación de dar algunas respuestas. Para exponer cómo han tomado forma estos acontecimientos y cuál es su significación, tomará la palabra la persona que los ha hecho posibles.

Entonces desapareció de la pantalla el rostro de Meyuda para dar lugar a la imagen de un hombre alto, bronceado y de constitución recia a pesar de su madurez, cuya visión arrancó a Myra un grito de asombro.

—¡Cielo santo! —exclamó—. Pero si es… Si es…

Meyuda lo presentó antes de que lograra decirlo.

—Les dejo —anunció— con el secretario general de las Naciones Unidas, el señor Ro'onui Tearii.

—Permítanme asegurarles, en primer lugar —comenzó a declarar éste, sin importunar a su auditorio más que el anterior con comentarios introductorios—, que en Corea no ha ocurrido nada deshonesto. No hemos emprendido guerra de conquista alguna, sino sólo una acción policial ineludible que cuenta con la aprobación, unánime aunque secreta, del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

«Quisiera, al objeto de explicar el origen de todo esto, poner en claro un asunto que data de hace unos años. Muchos de ustedes recordarán que se habló largo y tendido de la conferencia que estaban tratando de organizar las tres naciones más poderosas del mundo (es decir: Rusia, China y Estados Unidos) con la laudable intención declarada de dar con un modo de poner fin a las numerosas guerras que estaban estallando en todo el planeta. Muchos comentaristas consideraron absurdo, y aun digno de vergüenza, lo que ocurrió entonces a causa de cierto rumor que aseguraba que el proyecto había fracasado porque no lograron alcanzar un acuerdo respecto de la ciudad en que debía celebrarse aquel encuentro.

»Sin embargo, ha llegado el momento de revelar que todo aquel episodio no fue más que un engaño, un engaño urdido a instancia de un servidor por la necesidad de ocultar el hecho de que los tres presidentes estaban poniendo en efecto una serie de reuniones ultrasecretas en las que tratar un asunto de importancia trascendental: el de cómo, cuándo y, de hecho, si era conveniente emplear el arma, no mortífera, pero sí tremendamente destructiva, que ahora conocemos como Trueno Callado.

»Si emprendieron una acción tan excepcional fue porque cada uno de sus estados había tenido noticia, por obra de sus servicios de espionaje, de que los dos restantes habían desarrollado un arma similar y se disponía a hacerla operativa lo antes posible, y los asesores de los tres presidentes los apremiaban para hacerlo antes que los demás, emplearla para destruir a sus dos rivales y convertirse en la única superpotencia del mundo.

»El que los tres rechazasen semejante propuesta es algo que los honrará eternamente. Durante aquellos encuentros secretos, decidieron poner el Trueno Callado en manos de las Naciones Unidas. —Aquel hombre grande e imponente, del que se decía que había sido en otro tiempo el ser más poderoso de Maruputi, la diminuta isla de la Polinesia Francesa que lo vio nacer, guardó un silencio sombrío antes de anunciar sonriente—: Y eso hicieron, ahorrando así al mundo un conflicto terrible de consecuencias inimaginables.

A esas alturas, Myra y Ranjit habían empezado a despegar la vista de la pantalla con frecuencia para mirarse sorprendidos y volver de nuevo a observar la transmisión. Ahí no acababa todo: aún quedaba mucho más, y los dos permanecieron pendientes de cuanto ocurría, prorrogando el sueño y aun olvidándolo por completo durante casi una hora, que fue el tiempo que estuvo hablando el secretario general Tearii, y después durante el lapso, aún más dilatado, que dedicaron los comentaristas políticos de todo el mundo a analizar cada una de sus palabras en diversos debates. Cuando, al fin, resolvieron acostarse, seguían tratando de entender cuanto había sucedido.

—Entonces, lo que hizo Tearii —comentó Ranjit mientras se lavaba los dientes— fue organizar eso de la Pax per Fidem con gente de veinte países distintos...

—Neutrales todos —añadió Myra, que se había dedicado a ahuecar las almohadas—, y todos naciones insulares que no llegan a ser lo bastante grandes para convertirse en ninguna amenaza para nadie.

Pensativo, Ranjit se enjuagó la boca.

—El caso —señaló mientras se secaba el rostro— es que, a tenor de los resultados, parece que no ha ido tan mal el asunto, ¿no?

—Pues no —reconoció ella—. Es verdad que Corea del Norte siempre ha dado la impresión de ser un peligro para la paz mundial.

Ranjit miró de hito en hito la imagen de sí mismo que le devolvía el

espejo.

—¡Bueno! —exclamó al fin—. Si viene Gamini, espero que se pase por aquí.

* * *

Lo hizo, y llevó flores para Myra, un sonajero chino gigante para la pequeña, una botella de whisky coreano para Ranjit y un cargamento de disculpas para todos.

—Siento haber tardado tanto —dijo mientras daba a Myra un beso pudoroso en la mejilla, reservando un abrazo para su amigo—. No quería dejaros colgados, pero estaba en Pyongyang con mi padre, asegurándome con él de que todo marchase según lo esperado, y luego tuvimos que viajar a la carrera a Washington. El presidente está que trina con nosotros.

Ranjit no pudo por menos de preocuparse ante tal afirmación.

—¿Está enfadado? ¿Me estás diciendo que no quería que atacaseis?

—No, no, ¡qué va! Pero resulta que en la frontera misma, en una zona difícil por lo accidentado del terreno, había un par de hectáreas llenas de material defensivo de Estados Unidos y Corea del Sur que ha quedado tan malparado como las armas de los norcoreanos. —Encogiéndose de hombros, agregó—: En fin: no pudimos evitarlo. El viejo Adorable tenía buena parte de lo más mortífero de su arsenal precisamente en aquel lado de la línea de demarcación, que, por cierto, es bastante estrecha, y teníamos que asegurarnos de que no se nos escapaba nada. El presidente lo sabe, por supuesto; pero alguien cometió el error de garantizarle que Estados Unidos no sufriría ningún daño, y ahora se encuentra con que parte de las armas de tecnología punta más temibles, valorada en catorce mil millones de dólares, ha quedado inservible. ¿Qué, Ranjit? ¿No piensas abrir esa botella?

El interpelado, que había estado mirando completamente embelesado a su amiguete de infancia, obedeció mientras Myra iba por vasos. Al escanciar el licor, preguntó:

—¿Y eso os va a acarrear problemas?

—Para preocuparse, no. Lo superará. Por cierto, ahora que hablamos de él, me ha dado algo para ti.

Se trataba de un sobre que llevaba estampado el sello oficial de la Casa Blanca, que Ranjit abrió, una vez servidos todos, después de tomar un sorbo y hacer una mueca. Rezaba:

Querido señor Subramanian:

Deseo agradecer, en nombre del pueblo de Estados Unidos, los servicios prestados. Sin embargo, debo relevarlo del puesto que ocupa en la actualidad para pedirle que acepte uno más importante aún y también, me temo, más secreto.

—Lo firmó de su puño y letra —aseguró Gamini con orgullo—, y no con una de esas máquinas. Yo lo vi.

Ranjit dejó el vaso con lo que quedaba de bebida, que permanecería intacto para siempre, e inquirió:

—Gamini, ¿de qué parte de todo este tinglado eres tú responsable?

El visitante se echó a reír.

—¿Yo? De casi nada: soy sólo el chico de los recados de mi padre. Él me dice lo que tengo que hacer, y yo lo hago. Como cuando tuve que reclutar a los de Nepal.

—De eso llevo yo tiempo queriendo preguntarte —intervino Myra, apreciando discretamente el aroma del whisky sin llegar a probarlo—. ¿Por qué nepaleses?

—Por dos motivos: primero, porque sus bisabuelos sirvieron en las filas del ejército británico, en donde los llamaban *gurjas* y los tenían por los soldados más duros e inteligentes de cuantos luchaban con ellos. Además, como no se parecen a los estadounidenses, a los chinos ni a los rusos, nadie ha enseñado a los norcoreanos a odiarlos desde la cuna como a éstos. —Tras oler su bebida, soltó un suspiro y dejó el vaso en la mesa— Son como tú y como yo, Ranjit —añadió—, y ésa es la razón por la que podemos ser tan útiles a Pax per Fidem. ¿Qué dices? ¿Puedo alistarte hoy mismo?

—Cuéntanos más —intervino Myra con rapidez, antes de que su esposo tuviese oportunidad de hablar—. ¿Cuál va a ser su trabajo?

Gamini sonrió.

—En fin... No es, ni por asomo, lo que iba a ofrecerte hace tiempo. En aquel momento, pensaba que podías echarme una mano ayudando

a mi padre; pero entonces no eras un personaje famoso.

—¿Y ahora? —insistió ella.

—En realidad, aún no tenemos respuesta —confesó Gamini—. Trabajarías para el consejo, y lo más seguro es que éste te pida que hables en su nombre en las ruedas de prensa, que promuevas ante el mundo el ideario de Pax per Fidem...

Ranjit frunció el ceño entre burlas y veras.

—Y para hacer eso ¿no voy a tener que saber más acerca del proyecto?

Gamini suspiró.

—¡El Ranjit de siempre! —exclamó a continuación—. Tenía la esperanza de iluminarte y lograr que te enrolases sin más; pero claro, conociéndote, imaginé que ibas a querer más información; así que te he traído lectura. —Y echando mano al maletín que llevaba consigo, sacó de él un sobre con documentos—. Digamos que son tus deberes, Ranj. Supongo que lo mejor que podéis hacer, los dos, es leerlos y comentarlos esta noche. Mañana vendré para invitaros a desayunar, y entonces estaré en situación de formularte la gran pregunta.

—¿Y cuál es esa gran pregunta? —quiso saber.

—¿Cuál va a ser? Si quieres ayudarnos a salvar el planeta.

* * *

Natasha tuvo, aquella noche, menos tiempo para jugar del que solía, aunque, a pesar de hacer saber a sus padres con algún que otro sollozo que no había pasado por alto aquel hecho, no tardó en quedarse dormida; de modo que Myra y Ranjit pudieron centrarse en las tareas que les había puesto Gamini.

Había dos series de papeles. Una consistía, al parecer, en una propuesta de constitución para (supusieron) el país que había sido la Corea del Norte de uno u otro dictador. Los dos la leyeron con atención, claro, aunque la mayor parte estaba conformada por cuestiones de procedimiento que la hacían semejante a la estadounidense que habían conocido en la escuela. Con todo, había ciertas diferencias, pues el documento contenía un par de párrafos que hacían imposible toda comparación. En uno de ellos se declaraba que la nación no podría entrar en guerra en ninguna circunstancia (lo que hacía pensar en la

Constitución que Estados Unidos redactó para el Japón después de la segunda guerra mundial); en otro, que no estaba presente en ningún otro código del que tuvieran noticia, se describían algunos métodos, un tanto insólitos, de selección de altos funcionarios que dependían en gran medida de la informática; y en el tercero se disponía que todas las instituciones del país (incluidas no sólo las gubernamentales, fuera cual fuere su categoría, sino también las educativas, científicas y aun las religiosas) habrían de permitir el acceso de observadores a todas y cada una de sus funciones.

—¡Supongo que debe de ser esto a lo que se refería Gamini al hablar de transparencia! —señaló Ranjit.

El otro documento versaba sobre cosas más tangibles, y así, describía el modo como el secretario general había resuelto, con la mayor reserva posible, la creación de un consejo independiente, formado por veinte personas, a fin de dirigir Pax per Fidem. En la relación de integrantes figuraban representantes de diversas naciones, que iban desde las Bahamas, Brunei y Cuba hasta Tonga y Vanuatu (a quienes precedía también Sri Lanka). Además, el escrito se mostraba más preciso en relación con el concepto de *transparencia* (en latín, el término *fides* que integraba la denominación del organismo equivalía en general a todo aquello que hace digno de confianza a alguien). En pro de ella, el organismo debía crear un cuerpo de inspectores respecto del cual se exigía la misma diafanidad.

—Supongo que querrán que formes parte de ese «cuerpo de inspectores» —dijo Myra mientras apagaba la luz.

—A lo mejor —contestó él tras un bostezo—; pero antes de comprometerme a nada, tendrán que dejarme más claro qué es lo que se espera de mí.

* * *

A la mañana siguiente, Gamini hizo cuanto estuvo en sus manos por responder a todas sus preguntas.

—He hablado con mi padre para intentar averiguar el grado de libertad que te van a otorgar, y te puedo asegurar que no va a ser poco. Él está convencido de que vas a poder moverte a voluntad por toda la organización y observar cuanto estamos haciendo, con la única

excepción de lo que tiene que ver con el Trueno Callado. Es decir, que no podrás saber de cuántas armas disponemos ni para qué las queremos, porque ésa es información a la que sólo tienen acceso los del consejo. Sin embargo, estarás al corriente de todo lo demás. De hecho, podrás estar presente en la mayoría de las sesiones del consejo, y hacer llegar a sus miembros cualquier queja o sugerencia.

—¿Y si da con algún fallo y el consejo no hace nada por enmendarlo? —terció Myra.

—En tal caso, tendrá la facultad de exponerlo ante la prensa mundial —respondió Gamini con presteza—. Por eso hablamos de transparencia. Bueno, ¿qué te parece? ¿Quieres saber algo más antes de darme una respuesta?

—Un par de cosas —dijo su amigo con suavidad—. El consejo ese... ¿qué asuntos trata cuando se reúne?

—Sobre todo, se dedica a hacer planes frente a cualquier contingencia. No puedes efectuar un cambio de régimen sin asegurarte de que la población dispondrá de una sociedad viable después de la transformación. Hemos aprendido de lo que ocurrió en Alemania después de 1918 y en Iraq tras 2003, y sabemos que no se trata sólo de garantizar que el pueblo tendrá alimento y recuperará el suministro eléctrico lo antes posible, ni de asegurarse de poner en acción un cuerpo de policía que evite el pillaje; sino de ofrecerle la oportunidad de formar su propio Gobierno. Además, por supuesto, hay que pensar en el futuro. Hay un buen número de guerras menores y de amenazas de nuevos conflictos, y el consejo está pendiente de todos.

—Espera —lo interrumpió Myra—. ¿Estás diciendo que pueden volver a usar la cosa esa, el Trueno Callado, en otras partes del mundo?

Gamini le dedicó una sonrisa cariñosa.

—Myra, amor mío —le dijo—, ¿qué te ha hecho pensar que íbamos a detenernos en Corea del Norte?

Entonces, advirtiendo el gesto que había asomado al rostro de sus amigos, añadió en tono herido:

—¿Qué pasa? No será que no confiáis en nosotros, ¿verdad?

Fue ella quien respondió, o más bien replicó, por cuanto no puede decirse que fuera una contestación precisa a la precisa pregunta que se le había planteado:

—Gamini, ¿has leído, por casualidad, *1984*? La publicó, en

Inglaterra, a mediados del siglo pasado, un hombre llamado George Orwell.

—¡Claro que la he leído! —contestó él ofendido—. Mi padre es un gran admirador suyo. ¿Estás tratando de compararnos con el Gran Hermano? Porque debes tener presente que el secretario general ha contado con la aprobación unánime del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para cada uno de los pasos que hemos dado.

—No es eso, Gamini, cariño; estoy pensando, más bien, en la manera como se divide el mundo en la novela. En ella hay sólo tres potencias, porque el resto ha quedado sometido a ellas por conquista: Oceanía, con lo que Orwell se refiere, sobre todo, a Estados Unidos; Eurasia, es decir, Rusia, que aún era la Unión Soviética, y Estasia, o sea, China.

Gamini no hizo nada por disimular su enojo.

—¡Pero, Myra! No creerás que las naciones que han creado Pax per Fidem tienen la intención de dividirse el planeta, ¿no?

Una vez más, ella optó por responder con una pregunta:

—No tengo ni idea de lo que puede estar planeando ninguna de ellas, Gamini. Espero que no sea el caso; pero si lo es, ¿qué va a detenerlas?

* * *

Cuando se marchó Gamini (quien no había dejado de ser amigo, y de los mejores, del matrimonio, aunque en adelante la pareja no iba a verlo con demasiada frecuencia), Ranjit se dirigió a su esposa con estas palabras:

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos? El presidente me ha relevado del puesto que tenía aquí, y yo acabo de renunciar al que me ofrecían él y Gamini. Su padre —y al reparar en ello no pudo por menos de fruncir el entrecejo— también quería que lo aceptase, y supongo que no le habrá hecho gracia que haya dicho que no; así que no sé si seguirá en pie la oferta de trabajar en la universidad.

CAPÍTULO XXVIII

A buscarse la vida

Entre los defectos que pudieran achacarse al señor Dhatusena Bandara no se contaba, sin duda, el afán de venganza. La universidad estaría encantada de recibir al doctor (honoris causa, eso sí) Ranjit Subramanian en calidad de profesor titular numerario, y dispuesta a hacer efectivo de inmediato su nombramiento (y el sueldo correspondiente) aunque su incorporación real se produjera cuando él lo estimara conveniente. Asimismo, se ofrecía a hallar un puesto docente a la doctora (en este caso de veras, y no honoraria) Myra de Soyza Subramanian. Ni que decir había que no podría gozar de la misma posición que su esposo, ni tampoco de igual retribución, y aun así…

Y aun así, ¡volvían a Sri Lanka! Si el presidente de Estados Unidos tenía algo que objetar a la renuncia de su oferta de empleo por parte de Ranjit, lo cierto es que no lo expresó. Ni él, ni tampoco nadie más. Ranjit recogió las pocas pertenencias que tenía en el despacho, y si es cierto que el encargado de mantenimiento, que resultaba ser también el de seguridad, lo ayudó a recogerlo todo, y que se le pidió que entregara sus pases, distintivos y tarjetas de identidad, nadie los molestó en el apartamento, en la terminal de vuelo ni en el interior de los aviones en que embarcaron. Natasha viajó entre los dos, en un asiento reclinable, sin lanzar un sollozo.

Huelga decir que en el aeropuerto de Colombo los estaba esperando *mevrouw* Vorhulst, pues había quedado claro que lo mejor era que volvieran a alojarse en su casa.

—Sólo hasta que encontremos apartamento —advirtió Myra mientras aquélla la recibía con un abrazo.

—Todo el tiempo que queráis —respondió—. Joris no va a

consentir otra cosa.

* * *

Aquellas aulas universitarias tenían para Ranjit algo muy extraño: cuando había deseado sobre todas las cosas salir de ellas, le habían parecido angostas y opresivas, y en aquel momento, que entraba a ellas en calidad de profesor sin haberse tenido que enfrentar nunca a una clase, se le hacía semejante a una tribuna de dimensiones colosales en la que se aglomeraba un jurado compuesto por jóvenes de uno y otro sexo ávidos de procesarlo, cuyos ojos seguían infalibles cada uno de sus movimientos, en tanto sus oídos aguardaban con impaciencia las grandes revelaciones que iba a transmitirles acerca de los secretos más recónditos del mundo de los matemáticos.

Lo que lo desconcertaba no era sólo cómo debía dar de comer a aquella nidada de polluelos hambrientos, sino con qué iba a alimentarlos. Cuando el departamento de personal de la universidad le había dado la bienvenida, había tenido la generosidad de dejar a su albedrío la naturaleza exacta de su cometido.

Y lo cierto era que no sabía qué hacer. Era muy consciente de que necesitaba ayuda, y concibió la esperanza de encontrarla en el doctor Davoodbhoy, el hombre que había desplegado un proceder tan ejemplar durante el episodio del robo de la contraseña. Resultó que aquél no sólo seguía en el centro, sino que, debido al desgaste natural producido por fallecimientos y jubilaciones, había subido un grado o dos en la escala de autoridad. De cualquier modo, no había gran cosa que ofrecer.

—Mira, Ranjit —le dijo—. Puedo tutearte, ¿verdad? Ya sabes cómo funcionan todas estas cosas. Nuestra modesta universidad no abunda precisamente en celebridades mundiales. El departamento de personal está loco de alegría por tenerte aquí, pero no tiene ni idea de lo que hacer contigo. Te harás cargo de que, en realidad, no se te está pidiendo que te centres demasiado en la docencia. Tampoco tenemos muchos profesores especializados en la investigación, aunque existe tal posibilidad.

—¡Vaya! —exclamó pensativo Ranjit, y siguió meditando un momento antes de añadir—: Supongo que podría echar un vistazo a alguno de los problemas que quedan sin resolver: las hipótesis de

Riemann, Goldbach, Collatz...

—Por supuesto —respondió Davoodbhoy—, pero no renuncies a enseñar antes de haberlo probado. ¿Por qué no organizamos un par de seminarios rápidos que puedan servirte de práctica? Cosas así pueden anunciarse sin mucha antelación.

Entonces, cuando el joven se disponía a abandonar el despacho, considerando aquella idea, añadió:

—Otra cosa, Ranjit. Tenías razón en lo relativo a Fermat, y yo estaba equivocado. En toda mi vida, he tenido que decir esto muy pocas veces, y eso me hace muy proclive a confiar en tu criterio.

* * *

Por halagüeña que le resultase la confianza que había depositado en él el rector, Ranjit no podía decir que se sintiese tan seguro. El primer seminario tenía por nombre el de *Fundamentos de la teoría de los números.*

—Voy a darles una visión de conjunto de la disciplina —prometió a Davoodbhoy, quien puso en marcha de inmediato el proyecto.

El curso iba a tener una duración de seis semanas, con sesiones de cuatro horas circunscritas a un máximo de veinticinco alumnos de graduado, licenciatura o posgrado. Él no le había prestado mucha atención a la materia desde los tiempos en que comenzó su fascinación por la célebre anotación marginal de Fermat, motivo por el cual hubo de escarbar en la biblioteca en busca de manuales en los que basarse, y tratar de mantenerse al menos una docena de páginas por delante de los alumnos, inteligentes y rápidos hasta extremos alarmantes, que se habían matriculado en el curso.

Por desgracia, éstos no tardaron en darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Los estoy aburriendo. Lo que yo hago lo pueden leer en los libros —confesó a Myra aquella noche.

—No digas tonterías —respondió ella, siempre dispuesta a apoyarlo; pero entonces, cuando él repitió algunos de los comentarios que habían hecho los estudiantes, respetuosos aunque muy poco impresionados, sentenció—: Lo que tienes que hacer es fomentar el contacto personal con ellos. ¿Por qué no les haces alguno de tus juegos

de aritmética binaria?

Y así lo hizo, dado que no tenía ninguna idea mejor. Les enseñó el método que usaban los campesinos rusos para multiplicar y el modo de contar con los dedos hasta mil veintitrés, y les hizo el truco de adivinar las permutaciones de caras y cruces que podía arrojar una hilera de monedas de longitud desconocida (empleó monedas de verdad, y dejó que los alumnos le vendasen los ojos mientras uno de ellos tapaba parte de la fila). Myra estaba en lo cierto: todos se lo pasaron en grande. Uno o dos de ellos pidieron, de hecho, que les enseñara más; de modo que hubo de recurrir una vez más a los anaqueles de la biblioteca. Allí dio con un ejemplar antiguo de cierto libro de Martin Gardner sobre rompecabezas y acertijos matemáticos, y con ello logró salir ileso de las seis semanas que duró el seminario. O al menos, eso pensó.

Cierto día, el doctor Davoodbhoy lo invitó a pasar por su despacho.

—Espero que no te importe, Ranjit —le dijo mientras servía dos copas de jerez—; pero el caso es que, de tanto en tanto, y sobre todo cuando estamos probando algo nuevo, tenemos costumbre de pedir la opinión de los alumnos. Y acabo de echarle un ojo a lo que han dicho de tu seminario.

—Vaya; espero que todo haya ido bien.

El rector dejó escapar un suspiro.

—Me temo que no del todo —anunció.

* * *

Tenía razón: no podía decirse que los estudiantes estuviesen contentos, tal como reconoció aquella noche Ranjit durante la cena.

—Algunos dicen que, en lugar de matemáticas, sólo les he enseñado trucos de prestidigitador de sala de fiestas —hizo saber a su esposa y a su anfitriona—, y casi todos han dejado claro que no les hace gracia que les cuenten, sin más, lo que pueden encontrar en los manuales.

—Pues yo tenía entendido que se lo habían pasado bien con las curiosidades —apuntó *mevrouw* Vorhulst frunciendo el ceño.

—Supongo que disfrutaron... en cierto sentido; pero dicen que no era eso lo que buscaban cuando se matricularon. —Comenzó a pelar una naranja con aire lúgubre—. Eso ya puedo imaginármelo; pero el

problema es que no sé qué es lo que quieren.

Myra le dio unos golpecitos en la mano y aceptó de él un gajo.

—Bueno —dijo—; por eso organizasteis el seminario, ¿no? Para ver si se te daba bien. Y si ha resultado que no, puedes probar otra cosa. —Enjugándose el zumo de los labios, se inclinó hacia delante y le besó la coronilla—. Vamos a bañar a Tashy, y luego podemos darnos un chapuzón en la piscina para alegrar esos ánimos.

Y así lo hicieron, y cierto es que la experiencia resultó reconfortante. A decir verdad, en la residencia de los Vorhulst todo parecía alentador. El servicio estaba orgulloso, a ojos vista, de tener allí a tan ilustres invitados, y huelga decir que todos habían convertido a Natasha en la niña de sus ojos. Y aunque Myra seguía invirtiendo una hora o dos al día en buscar un piso al que pudieran mudarse los tres, hasta entonces no había sido capaz de dar con ninguno. Los había que resultaban prometedores a primera vista, pero su tía se ofrecía diligente, en cada uno de los casos, a poner de relieve los defectos que hubiese podido pasar por alto: la calidad del vecindario, la distancia que lo separaba de la universidad, el tamaño de las habitaciones, la escasez de luz... Había mil y un aspectos que podían convertir un piso en poco apto para los Subramanian, y Beatrix Vorhulst se mostraba muy ducha en encontrarlos todos.

—Lo único que quiere, claro —había comunicado Myra a su marido cierta noche, mientras charlaban ya acostados—, es que nos quedemos aquí con ella. Sin Joris, supongo que se encuentra sola.

Dormitando, Ranjit le había contestado:

—Ajá... —Y tras un bostezo, había añadido—: Desde luego, hay cosas mucho peores que permanecer en esta casa.

Lo cual era una verdad indiscutible: en la residencia de los Vorhulst podían satisfacer sin el menor esfuerzo cada una de sus necesidades a un precio del que no podían quejarse. Aunque él había rogado a la familia que le permitiera reembolsar al menos los gastos que conllevaba el hecho de tenerlos allí hospedados, la señora de la casa se había negado (en tono cariñoso, sí, pero irrefutable).

—En fin —dijo Ranjit aquella noche de holganza al lado de la piscina—. Si le da gusto consentirnos de este modo, ¿por qué se lo vamos a impedir?

Lo que deseaba era que el mundo exterior fuese tan placentero

como el que tenían de puertas adentro; pero no: pese al ejemplo coreano, el globo terrestre seguía acribillado de guerras menores y actos de violencia. A raíz de la irrupción del Trueno Callado se había dado cierta pausa hiposa cuando asaltó a los combatientes de todo el planeta la duda de si no iban a ser ellos los próximos. Y al ver que aquel nuevo ingenio guardaba silencio, apenas hizo falta un mes para que volviesen a sonar como de costumbre el fragor de los cañones y las bombas fuera de las fronteras de Corea del Norte.

De cuando en cuando, Ranjit experimentaba el deseo de recibir una visita de Gamini Bandara e informarse así de la visión que se tenía de todo aquello entre bastidores. No obstante, su amigo debía de estar muy ocupado enderezando la situación de los antiguos dominios del Dirigente Adorable. De hecho, allí estaba ocurriendo de todo: las líneas de transmisión del país volvían a funcionar, y las granjas que habían quedado abandonadas por haber tenido que sentar plaza en el ejército quienes trabajaban en ellas volvían a labrarse. Hasta comenzaban a fabricarse algunos bienes de consumo y se recibían informes desconcertantes acerca de proyectos de futuros comicios, rumores singulares que ni los Subramanian ni el resto de cuantos con ellos hablaban llegaban a entender por entero. Todo apuntaba a que los medios informáticos iban a tener un papel fundamental en el proceso, aunque nadie sabía con exactitud de qué manera.

Con todo, Myra y Ranjit hubieron de admitir, cuando dialogaban de noche, abrazados, que la mayoría de cuanto ocurría a su alrededor daba la impresión de estar mejorando algo, o al menos no estar empeorando tanto, respecto de los tiempos que habían precedido al derrocamiento del régimen norcoreano. La mayoría, claro; y en ella no se incluía necesariamente la trayectoria académica docente de Ranjit.

El problema radicaba en que no acababa de ponerla en marcha. Después de la pésima acogida que había tenido su primer seminario, se resolvió a no sufrir semejante suerte en su segundo intento. Pero ¿qué podía hacer? Tras mucho pensar, llegó a la conclusión de que podía presentar al alumnado una recapitulación de la larga historia de la relación, fructuosa a la postre, que había mantenido con el legado de Fermat. El doctor Davoodbhoy se avino a ofrecer el curso, asegurándole con cierta tibieza que valía la pena intentarlo.

Los estudiantes, sin embargo, no opinaban lo mismo. Debía de

haberse corrido la voz de lo insulso de su primer seminario, y aunque hubo algunos matriculados, fueron muchos más los que hicieron preguntas y, tras pensárselo mejor, rehusaron inscribirse. La mayoría opinaba, además, que Ranjit ya había expuesto con suficiencia aquel tema en particular en conferencias y entrevistas. Por consiguiente, acabó por suspenderse el curso.

A continuación, estuvo considerando consagrarse a investigar. De entrada, podía abordar cualquiera de los siete célebres problemas sin resolver que había propuesto el Instituto Clay de Matemáticas en los albores del siglo XXI y que, además de ser interesantes de suyo, traían aparejados, gracias a la generosidad de dicho organismo, una remuneración de un millón de dólares para quien solventara uno de ellos. En consecuencia, buscó la relación y la evaluó con detenimiento. Algunos resultaban bastante abstrusos hasta para él, y aun así, podía centrarse en otros como la conjetura de Hodge o las Hipótesis de Poincaré o Riemann... No, no, una porción de ellos ya se había aclarado, y el autor de la solución había recogido ya su premio. Quedaba, claro, el mayor enigma de todos: el de *N* es igual a *NP.*

Por más que reflexionara sobre ellos, sin embargo, no dejaban de parecerle ajenos: ninguno le provocaba el género de sensación que se había apoderado de él cuando leyó por vez primera lo que había escrito Fermat en aquel margen. Myra aventuró una teoría:

—Quizás entonces te movía tu juventud.

Pero no era eso: la demostración del teorema de Fermat había sido otro cantar muy distinto. Ni siquiera se le había planteado como un problema que él hubiese de resolver. Uno de los mayores cerebros de la historia de las matemáticas se había preciado de tener la prueba de que aquel último teorema era correcto, y lo único que él había tenido que hacer era adivinar cuál era dicha prueba.

—¿Has oído hablar —preguntó a su esposa con la intención de hacérselo entender— de un hombre llamado George Dantzig? En 1939 era estudiante de posgrado en la Universidad de California en Berkeley. Un día que llegó tarde a clase, se topó con dos ecuaciones que había escrito el profesor en la pizarra. Convencido de que eran tareas para casa, las copió y las resolvió.

»Pero no eran tareas: el profesor las había usado como ejemplo de problemas de estadística matemática que nadie había sido capaz de

resolver.

Myra apretó los labios.

—Lo que intentas decirme —señaló— es que, de haberlo sabido, Dantzig no habría sido capaz de dar con la solución, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—Quizá.

Ella se valió de la respuesta favorita de su marido ante cualquier comentario desconcertante:

—Ajá...

Semejante gesto lo hizo sonreír.

—Bien —repuso él—, pues vamos a dar a Tashy su cursillo de natación.

* * *

Nadie de cuantos conocían a Natasha de Soyza Subramanian había dudado jamás que se trataba de una niña de inteligencia excepcional. Antes de los doce meses ya iba sola al baño; un mes después, hizo sus pinitos, y cuando aún no había transcurrido otro más, pronunció con claridad su primera palabra (que no fue otra que Myra) . Y todo ello lo logró sin ayuda. No es que no hubiera cosas que no anhelase enseñarle su madre: éstas eran muchas, pero Myra era demasiado inteligente para tratar de descubrirle todas a la vez. En consecuencia, circunscribió las lecciones maternas a su hija de menos de dos años a dos materias: el canto, o al menos la vocalización de sonidos que se conformaran con los que le cantaba ella, y la natación.

Ranjit las observaba sonriente desde el borde de la piscina de los Vorhulst, con los pies metidos en el agua. Había aprendido a no correr a rescatar a la pequeña cada instante que se sumergía bajo la superficie.

—Ya verás como sale siempre a la superficie por sí sola —le había prometido Myra, y no se había equivocado—. Y si no lo hace, yo estoy a su lado.

Más tarde, cuando se había secado la criatura y jugaba satisfecha con los dedos de sus pies en el parque, al lado de la piscina, y su madre miraba con ceño las noticias que se le mostraban en su pantalla portátil, Ranjit se asomó por encima del hombro de Myra. Por supuesto, las nuevas eran malas. ¿Y cuándo no?

—Sería excelente —señaló pensativo— que ocurriese algo bueno.

Y ocurrió.

* * *

Lo que sucedió llevaba por nombre el de Joris Vorhulst. Cuando Ranjit entró en la casa después de pasar un día más sentado en su reducido despacho de la universidad, tratando de averiguar un modo de hacerse merecedor del salario que estaba percibiendo, llegaron risas a sus oídos. Las más elegantes y maduras eran, por supuesto, de *mevrouw* Vorhulst; las menos cohibidas, de su amada esposa, y las masculinas de barítono…

Ranjit corrió más que anduvo la docena de metros que lo separaba del mirador en que se hallaban reunidos.

—¡Joris! —exclamó—. Digo… ¡señor Vorhulst! No sabe lo que me alegra verlo.

Apenas lo dijo, paró mientes en que no exageraba en absoluto: llevaba días deseando hablar con alguien como su antiguo profesor de Astronomía 101. Bueno, no, no con alguien como él, sino con el mismísimo Joris Vorhulst, el hombre que fue capaz de hacer de la suya la única clase para la que Ranjit hubiese ansiado jamás poder adelantar el reloj, y que acaso pudiera ayudarlo a resolver sus propios problemas docentes.

Lo primero que dejó claro fue que debía dejar de tratarlo de usted.

—Al fin y al cabo —adujo—, tú eres profesor igual que yo, por más que lleve tiempo trabajando, en comisión de servicio, en el ascensor espacial Skyhook.

Ni que decir tiene que tal cosa lo ponía en la obligación de dar a todos cuenta de los progresos que se iban efectuando en aquel montacargas cósmico. Y les aseguró que el proyecto iba viento en popa.

—Ya hemos empezado a desplegar el microcable. Cuando logremos un resultado decente, tenemos planeado duplicarlo, y es entonces cuando todo va a ir sobre ruedas, porque podremos usar la estructura misma para hacer llegar el material a la órbita terrestre baja y dejar de depender de todos esos dichosos cohetes. No es —añadió enseguida— que no nos estén ayudando de lo lindo. Si la cosa avanza es porque no hay pez gordo que no haya arrimado el codo: Rusia, China y Estados

Unidos han consagrado sus programas espaciales en hacer que funcione el ascensor. Yo llevo dos meses supervisando todas sus pistas de lanzamiento. —Tendió el vaso para que se lo rellenaran—. Y ya se han puesto en marcha en la terminal de tierra de la costa sudeste. Por eso estoy hoy en Sri Lanka, porque tengo que ir allí a preparar un informe para los tres presidentes.

—¡Sería fantástico poder ir a verlo! —deseó Ranjit en tono melancólico.

—Y vas a poder; tú y todos los demás alumnos de Astronomía 101, espero. Pero no vayas ahora, lo único que encontrarás es un par de centenares de excavadoras y máquinas similares, y creo que cerca de tres mil trabajadores de la construcción chocando entre sí. Espera unos meses, e iremos juntos de visita. Además, ahora es todo secretísimo: al parecer los estadounidenses temen que los bolivianos, los pascuenses o cualquier otro les roben las ideas y construyan su propio ascensor. Para acceder allí ahora, necesitarías habilitaciones de seguridad de muy alto grado.

Ranjit estaba a punto de poner en conocimiento de su antiguo profesor que disponía de la más elevada que pudiera expedirse cuando refrenó la lengua al preguntarse si no la habrían invalidado a esas alturas. Para entonces, Vorhulst ya le estaba preguntando:

—¿Y tú, Ranjit, qué has estado haciendo, aparte de dar con la demostración del teorema de Fermat y casarte con la especialista en inteligencia artificial más guapa de la isla?

* * *

Resultó que Joris Vorhulst estaba al tanto de buena parte de las aventuras que había corrido su antiguo alumno; pero quería conocerlas todas. Y a ello se consagraron hasta la hora de cenar. Ranjit no acababa de decidirse a pedirle ayuda delante de todos, y de cualquier modo, la tía Beatrix había estado viendo las noticias y tenía no pocas preguntas que formular.

—Están enviando gabarras cargadas de carros de combate viejos, cañones autopropulsados y cosas así al mar de China para lanzarlos al mar —informó al grupo—, y dicen que es para crear falsos arrecifes en los que puedan criarse peces.

Y han sacado imágenes de algo parecido a las guillotinas de la Revolución francesa, aunque con cinco plantas, que están usando para destruir sus misiles balísticos intercontinentales. Supongo que primero les sacarán el combustible y la carga explosiva.

—Sí, y también extraen todo el metal reciclable —le hizo saber su hijo—. He visto trenes enteros transportándolo a Siberia. Los rusos lo consideran parte de la satisfacción que corresponde a Corea del Norte. ¿Habéis oído hablar de las elecciones que han programado?

—Oír hablar, sí —respondió Myra—; pero entenderlas, ni jota.

—A mí me ha pasado lo mismo —señaló Joris con una sonrisa compungida—; pero en China conocí a una mujer que había estado allí, y trató de explicármelo. Para empezar, la unidad básica para la votación no es la ciudad o el distrito electoral del votante, sino un grupo arbitrario de diez mil personas de todo el país nacidas el mismo día. De ésos, hay un conjunto de treinta y cinco elegido al azar por un ordenador y destinado a dirigir al grupo. Se reúnen durante una semana al mes en algún punto de Corea, y deciden cuál de ellos habrá de presidirlos (algo así como un alcalde) y quiénes de ellos conformarán el cuerpo legislativo, que se encargará de cosas como conceder permisos y planificar proyectos de construcción. Además, nombran a los jueces, eligen a los representantes del legislativo nacional, etc.

—Parece complicado —comentó su madre—. Y eso de confiar la selección a un ordenador, ¿no la propuso hace treinta años más o menos un escritor de ciencia-ficción?

Joris asintió con la cabeza.

—Al parecer, ellos casi siempre tienen las mejores ideas, ¿verdad? De todos modos, un sistema así no puede funcionar hasta que recuperen las comunicaciones, y para eso faltan aún, creo, un mes o dos. A lo mejor a esas alturas lo entendemos mejor.

* * *

Después de cenar, los ufanos padres de Natasha tuvieron que presumir ante Joris de las habilidades natatorias de su pequeña, y Beatrix se empeñó en que su hijo se retirase a dormir a la vez que la criatura, pues, dado que había recorrido medio mundo en avión desde la última vez que había visto una cama, ya era hora de que descansara.

En consecuencia, Ranjit no tuvo oportunidad de pedir su asesoramiento. Cuando Tashy y su esposa se sumieron en un sueño profundo, se puso a ver con inquietud las noticias, sentado en el vestidor y con el volumen lo bastante bajo para no despertarlas. El Consejo de Seguridad había hecho pública una nueva serie de advertencias severas a las naciones que se hallaban sumidas en una de aquellas guerras menores o parecían estar a punto de entablar una, y aunque no mencionó de forma explícita el Trueno Callado, a Ranjit no le cabía la menor duda de que ninguno de los beligerantes había pasado por alto tamaña amenaza. No pudo por menos de preguntarse si no habría errado al declinar la oferta de Gamini. Todo parecía indicar que Pax per Fidem se hallaba donde estaba la acción, cosa que no podía decirse, precisamente, de Colombo.

Irritado, apagó las noticias, y pensó que bien podía tratar de descansar y hablar con Joris a primera hora del día siguiente, antes de que tuviese que marchar de nuevo al lugar donde se estaba construyendo la terminal. En aquel momento, no obstante, llegó a él una música tenue de origen desconocido, y decidió ponerse la bata e ir a investigar. Sentado en la terraza que daba al jardín se hallaba su antiguo profesor, bebiendo de un vaso largo y observando la Luna mientras sonaba suave la radio. Al ver a Ranjit, le sonrió con cierto embarazo.

—Me has pillado. Estaba pensando en qué lugar me gustaría aterrizar... De aquí a cinco o seis años, claro, cuando esté operativo el Skyhook y pueda viajar hasta allí. Al *mare Tranquilitatis,* o al *Crisium,* o quizás a algún lugar de la cara oculta, por darme pisto. Siéntate, Ranjit. ¿Te apetece tomar algo?

Sí que le apetecía, y Joris tenía allí todo lo necesario. Al recibir el vaso que le ofrecía éste, Ranjit señaló con un gesto el satélite, que se mostraba punto menos que en lleno, y tan claro que casi permitía leer a su luz.

—¿De verdad crees que vas a poder hacer eso? —le preguntó.

—No lo creo: lo garantizo —le prometió Vorhulst—. Tal vez el ciudadano medio vaya a tardar más tiempo en tener la posibilidad de comprar un billete; pero no es mi caso. Yo tengo un puesto importante en el proyecto, y el cargo tiene sus privilegios. —Tomando nota de la expresión algo burlona que había asomado al rostro de Ranjit, añadió—:

¿Qué pasa? ¿No te esperabas que fuese capaz de aprovecharme de mi posición para conseguir algo que ansío? Pues que sepas que para la mayoría de los casos es así; sin embargo, los viajes espaciales son otro cantar: si para ir a la Luna hubiese que robar bancos, allá que iría yo a asaltarlos.

Ranjit meneó la cabeza.

—Ojalá a mí me gustase mi trabajo como a ti el tuyo —observó, sintiendo una punzada que sólo podía calificar de envidia.

El doctor Vorhulst estudió con la mirada al joven que, en otro tiempo, se había sentado entre sus alumnos.

—Tómate otra copa —le ofreció, y a continuación, mientras combinaba los ingredientes, agregó—: Y ya que estamos aquí, ¿por qué no me cuentas cómo te va en la universidad?

* * *

Ranjit, de hecho, no veía la hora de hacerlo. Y si no necesitó mucho tiempo para desahogarse ante su antiguo profesor, a éste le costó aún menos formarse una idea de cuáles eran sus problemas.

—Vamos a ver —dijo él en tono reflexivo mientras volvía a llenar los vasos—: empecemos por lo más importante. Problemas para llenar la clase no tienes, ¿verdad?

El discípulo meneó la cabeza.

—Para el primer seminario, había una lista de espera de treinta o cuarenta alumnos que se habían quedado fuera.

—Y ¿qué los llevó a matricularse? Tu reputación de buen profesor no fue, ya que, aunque puedas serlo, ellos aún no habían tenido la oportunidad de averiguarlo. Tampoco es que de la noche al día se hayan puesto de moda las matemáticas más abstrusas: lo que los movía era tu propia persona, y la perseverancia con que pasaste años desentrañando aquel problema. ¿Por qué no los enseñas a hacer lo que hiciste tú?

—Lo he intentado —respondió él con aire lúgubre—; pero me dijeron que eso ya me lo habían oído en otras ocasiones.

—De acuerdo —repuso Joris—. En ese caso, ¿por qué no les muestras, paso a paso, el modo como otras personas han resuelto problemas semejantes?

Ranjit lo miró con un asomo de esperanza.

—Ajá... —dijo—. Sí, tal vez. Sé mucho de los intentos de resolver el teorema de Fermat que hizo Sophie Germain. Al final no lo logró, claro; pero supo recorrer parte del camino.

—Estupendo —señaló Joris con satisfacción, aunque Ranjit se había sumido en sus pensamientos.

—¡Espera! —exclamó, embargado de pronto por la emoción—. ¿Sabes lo que puedo hacer? Podría centrarme en uno de los grandes problemas a los que nadie ha dado solución hasta ahora. Pongamos por caso el planteamiento que hizo Euler de la hipótesis de Goldbach: para explicarlo, apenas hace falta usar bisílabos que puede entender todo el mundo, y sin embargo, nadie ha sido capaz nunca de presentar una demostración. Lo que proponía Goldbach...

—Por favor —pidió el otro alzando una mano—, ahórrate explicarme lo que pensaba ese tal Goldbach. Aunque sí que parece una buena idea. Podrías plantearlo como un proyecto académico en el que trabajasen, codo a codo, alumnos y profesor. ¿Quién sabe? ¡A lo mejor acabáis resolviéndolo!

Ranjit soltó una carcajada.

—¡Claro, cuando llueva hacia arriba! De todos modos, los que se matriculen tendrán la oportunidad de saber, cuando menos, lo que supone tratar de resolver un enigma de esa envergadura, y eso servirá para mantener su atención —sentenció con un gesto satisfecho de asentimiento—. ¡Voy a intentarlo! Bueno, Joris, se está haciendo tarde, y tienes que madrugar; así que muchas gracias, pero deberíamos dar por concluida la velada.

—Más nos vale, antes de que me sorprenda levantado mi madre —admitió él—. Pero todavía hay otra cosa de la que quería hablarte, Ranjit.

El joven, que había hecho ademán de ponerse en pie para marcharse, se detuvo con las manos apoyadas en los brazos del asiento, a punto de impulsarse con ellas hacia arriba.

—Ajá.

—He estado pensando en el comité de nuestra querida Pax per Fidem al que te invitaron a unirte, y se me ha ocurrido que tal vez al ascensor le venga bien algo así. Me refiero a alguna celebridad que esté pendiente de lo que hacemos y se lo haga saber al mundo de cuando en cuando. Celebridades como tú, Ranjit. ¿Podrías plantearte...?

El no lo dejó acabar.

—Sea cual sea la pregunta, la respuesta es sí. Al fin y al cabo, ¡me acabas de salvar la vida!

Y «sí» fue la respuesta, y lo cierto es que, en el futuro, Ranjit iba a tener la oportunidad de maravillarse del modo como acabaría por cambiarle la vida aquella sencilla palabra.

* * *

A algunos años luz de allí, las vidas de los ciento cuarenta mil unoimedios que conformaban la flota destinada a acabar con la población terrícola se hallaban también a punto de experimentar un cambio de consideración.

Conforme a los cálculos de los archivados que ejercían de navegantes suyos, a aquella expedición de asalto apenas le quedaban trece años terrestres para emprender su ataque a la malhadada especie humana. Aquel detalle no era de desdeñar para los unoimedios, por cuanto significaba que había llegado el momento de dar principio a una acción importante.

En consecuencia, en toda la flota, en el último rincón de cada una de las naves, pudieron verse representantes de la dotación técnica comprobando cada uno de los instrumentos y las máquinas que se encontraban en marcha en aquellos instantes, a fin de desactivar la mayor parte. Sistema principal de propulsión: apagado; lo que quería decir que la flota quedó navegando a la deriva en dirección a la Tierra, aunque había alcanzado ya una velocidad tal que, en virtud de las leyes de Einstein, resultaba por demás difícil y punto menos que superfluo lograr una aceleración mayor. Filtros de residuos aéreos: apagados; por lo tanto, las exhalaciones de los unoimedios comenzarían de inmediato a contaminar el aire que respiraban. Cargadores de transformadores: apagados. Haces de búsqueda: apagados; y también quedaron inactivos los instrumentos que supervisaban el funcionamiento de toda la maquinaria que no podía apagarse siquiera brevemente.

De súbito, la expedición había dejado de ser una flota de naves de guerra que avanzaban a plena marcha con rumbo a un lugar de conflicto para transformarse en una colección de aparatos abandonados a su suerte, casi impotentes y cercanos al punto en el que bien podían

embestir unos contra otros por causa del azar. Aquella situación no podía mantenerse mucho tiempo, aunque los unoimedios no necesitaban prolongarla demasiado: no bien anunció la tripulación que había quedado desconectado cuanto podía quedar inactivo, los ocupantes de las naves comenzaron a desprenderse de todas las piezas de las armaduras que los protegían y del resto de elementos que los ayudaban a vivir para dar rienda suelta a sus deseos sexuales del modo más desenfrenado que hubiese podido imaginar ninguno de los de su raza.

Y así estuvieron durante una hora aproximadamente. Entonces, aquellas pálidas criaturas orgánicas volvieron a encaramarse con precipitación al interior de sus protecciones, y la dotación técnica de cada una de las naves deshizo a la carrera los pasos que había seguido a fin de volver a activar cuanto había dejado apagado, poniendo así fin a la orgía.

¿Qué los había llevado a conducirse de ese modo? Algo que a la mayoría de los humanos no le habría costado entender. Pese a que el aspecto de los unoimedios, ya estuvieran revestidos de su coraza, ya desprendidos de ella hasta quedar al aire sus menudos cuerpos orgánicos atrofiados, no se asemejaba en nada al de los humanos, lo cierto es que unos y otros tenían algún que otro rasgo en común. Y así, ninguno de aquéllos quería morir sin dejar descendientes que ocuparan su lugar. En la contienda que los esperaba había probabilidades claras de que perdieran la vida algunos de ellos, si no todos, y de aquel apareamiento colectivo saldrían muchas (tal vez la mayoría, con un poco de suerte) hembras preñadas. Los quince años terrestres que faltaban para aquel conflicto final constituían el tiempo mínimo que iban a necesitar ellas para dar a sus desdichados engendros a las máquinas de cría, y éstos para crecer y madurar hasta alcanzar la pubertad.

Confiados en este hecho, sus padres podían permitirse lanzar el ataque. Los humanos, sin embargo, desconocían todo esto, y en consecuencia, cada uno de los nueve mil millones de almas que integraban su especie siguió inmersa en sus quehaceres diarios habituales, sin saber que quienes nacieran en adelante en su seno apenas podían albergar la esperanza de experimentar las primeras vislumbres de madurez sexual antes de que los barriesen de la faz de la

Tierra.

CAPÍTULO XXIX

Un episodio esperanzador

A la postre, Ranjit no dedicó el siguiente seminario a las hipótesis de Goldbach, dado que Myra le sugirió algo diferente, y él sabía cuánto le convenía escucharla.

El día que hubo de enfrentarse al alumnado, dedicó la mayor parte de la primera hora a cuestiones relacionadas con el funcionamiento del curso, y así, respondió a preguntas acerca del sistema de evaluación y los exámenes, anunció qué días no serían lectivos por causas de fuerza mayor y principió a trabar conocimiento con algunos de los estudiantes. A continuación, quiso saber:

—¿Cómo definiríais un número primo? Casi todos los presentes alzaron la mano. Media docena de ellos ni siquiera aguardó a tener la palabra para exponer en voz alta una de las diversas variantes de la definición: un número exactamente divisible sólo por uno y por sí mismo. Un comienzo prometedor.

—Muy bien —señaló—. En tal caso, dos es un número primo, y tres, también; pero cuatro puede dividirse, arrojando un cociente entero, no sólo por sí mismo y por uno, sino también por dos. Por lo tanto, no es primo.

»Y ahora os pregunto: ¿Cómo podemos generar números primos?

La inquietud cundió en el aula, aunque nadie levantó la mano de forma inmediata. Ranjit sonrió a la concurrencia.

—No es fácil dar una respuesta, ¿verdad? Se han propuesto algunos procedimientos más o menos rápidos, aunque para muchos de ellos es necesario usar ordenadores de gran rendimiento. Sin embargo, hay uno que no requiere más que un cerebro, una mano y algo con lo que escribir, y garantiza, no obstante, la obtención de todos los números primos existentes hasta el límite que se os antoje. Se trata de

lo que llamamos la criba de Eratóstenes. Todo el mundo puede hacerlo, siempre, claro está, que disponga de muchísimo tiempo.

Dicho esto, se volvió y comenzó a escribir, en la pizarra de plástico blanco, una fila de números que iba del uno al veinte, y a medida que los apuntaba, declaró:

—Existe un poema mnemotécnico que puede ayudaros a recordarlo:

Tacho el dos y tacho el tres,
y sus múltiplos suprimo;
con la criba de Eratóstenes
los que quedan son los primos.

»El método es el siguiente —siguió diciendo—: Mirad la hilera de números. Dejamos fuera el uno; entre los expertos en la teoría de los números hay una especie de pacto entre caballeros que permite fingir que el uno no pertenece a esta relación ni debería considerarse primo, ya que hay pocos teoremas que no se tambaleen en el momento en que se incluye. Así que el primero de la lista será el dos. En consecuencia, tendremos que recorrerla eliminando todos los números pares, es decir, todo número divisible por dos, que lo sigan: el cuatro, el seis, el ocho... —Y tras tacharlos, prosiguió—: De los restantes, el menor, después del dos original y del uno, que hemos hecho ver que no existe, es el tres. Por lo tanto, tendremos que suprimir el nueve y todos los que queden sin tachar y sean divisibles por tres. Eso nos deja el dos, el tres, el cinco, el siete, el once, el diecisiete y el diecinueve. Ya hemos creado una relación de los primeros números primos.

»Sólo hemos llegado hasta el veinte porque se me cansa la mano cuando escribo listas largas, aunque la criba funciona con cualquier cantidad de dígitos. Si tomásemos, por ejemplo, todos los números existentes del uno al noventa mil, más o menos, el último de los que quedaran sin tachar sería el milésimo número primo, y habríamos encontrado todos los anteriores.

»Ahora —dijo observando el reloj de la pared, tal como había visto hacer a tantos de sus profesores—, dado que tenemos sesiones de tres horas, voy a declarar una tregua de diez minutos. Estirad las piernas, visitad las instalaciones que necesitéis, charlad con vuestros

compañeros... Haced lo que queráis, pero, por favor, volved a vuestros asientos a la media en punto, porque vamos a abordar de lleno la materia del seminario.

Sin esperar a que se dispersaran, corrió a escabullirse por la puerta que daba a los despachos del profesorado, de cuyas instalaciones hizo cumplido uso (al decir de la leyenda, cierta reina de Inglaterra había aconsejado a sus súbditos: «Mead siempre que halléis ocasión»), y llamó sin demora a casa.

—¿Cómo está saliendo todo? —inquirió Myra.

—No lo sé —respondió él con la mano en el corazón—. Hasta ahora, han estado sosegados, y cada vez que he hecho una pregunta, ha levantado la mano un buen número de ellos. —Tras reflexionar unos instantes, sentenció—: Podría decirse que tengo motivos para mostrarme cautamente optimista.

—Yo no puedo decir lo mismo —aseguró ella—. Quiero decir que no veo motivos para ser cauta: estoy convencida de que los vas a dejar boquiabiertos. Cuando vuelvas a casa, vamos a tener que celebrarlo.

* * *

Todos habían ocupado ya sus asientos cuando regresó al estrado, pese a que aún faltaba un minuto para que la manecilla llegase al seis, y considerando tal hecho una señal esperanzadora, entró en materia de inmediato.

—¿Cuántos números primos hay? —preguntó sin preámbulos.

En esta ocasión, tardaron en alzarse las manos, aunque casi todas acabaron arriba. Ranjit señaló a una joven de la primera fila, que se puso en pie y contestó:

—Yo diría que son infinitos.

Sin embargo, cuando él quiso saber qué era lo que la llevaba a pensar tal cosa, agachó la cabeza y volvió a sentarse sin dar respuesta alguna. Entonces, uno de sus compañeros, varón y mayor que el resto, exclamó:

—¡Está demostrado!

—En efecto —convino el profesor—. Si tomamos una relación de números, podemos estar seguros, con independencia de cuál sea su longitud o el valor del mayor de ellos, de que siempre habrá otros

primos que no están incluidos en ella.

»Veamos un ejemplo concreto: vamos a suponer que no tenemos la más remota idea de números, y pensamos, por lo tanto, que el último de los de esta lista, diecinueve, es el mayor número primo que pueda concebirse. En consecuencia, hacemos una lista de todos los números primos menores de diecinueve, del dos al diecisiete, y los multiplicamos unos por otros: dos por tres por cinco, etc. Por torpes que seamos, siempre estaremos en condiciones de hacer tal cosa con la ayuda de una calculadora.

Dejó un tiempo para que acabaran de extinguirse las risillas, y prosiguió:

—Una vez hecha la multiplicación, sumamos uno al producto y obtenemos un número que llamaremos *N*. ¿Qué podemos decir de *N*? Sabemos que podría resultar ser primo, ya que, por definición, si lo dividimos por cualquiera de los que hemos tomado, siempre obtendremos un resto de uno. Y si resulta ser compuesto, no puedo tomar ninguno de los factores de esta lista, por razones idénticas.

»Con esto queda demostrado que, con independencia del número de primos que tengamos en una relación, siempre los habrá mayores que no estén incluidos en ella, y en consecuencia, su cantidad es infinita. —Tras una pausa, observó a los estudiantes y preguntó—: ¿Alguien sabe a quién debemos esta demostración?

Aunque nadie levantó la mano, hubo quien aventuró diversos nombres.

—¿Gauss?

—¿Euler?

—¿Lobachevski?

Hasta que uno de la última fila preguntó:

—¿Su coleguilla Fermat?

Ranjit sonrió.

—No: ni Fermat ni ninguno de los otros que habéis mencionado. La cosa viene de mucho más lejos, casi de tiempos de Eratóstenes, aunque no tanto. Lo probó Euclides, en torno al siglo IV antes de Cristo.

Levantó la mano en un gesto amigable de advertencia.

—Ahora, dejad que os enseñe algo más. Observad la nómina de los números primos, y mirad con cuánta frecuencia hallamos dos que sean impares consecutivos, o lo que es igual, primos gemelos. ¿Alguien se

atreve a adivinar cuántos hay?

Aparte de cierto rumor de excitación, no se oyó nada en el aula hasta que algún estudiante arrojado tanteó:

—¿Una infinidad?

—Exactamente —respondió Ranjit—: hay un número infinito de primos gemelos, y quiero que busquéis en casa una demostración.

La alegría que desplegó a la hora de cenar tenía una espontaneidad que hacía tiempo que no conocía Myra.

—Hacen chistes conmigo —comunicó a la familia—. ¡Esto va a funcionar!

—Claro que sí —corroboró su esposa—. Ni Tashy ni yo teníamos la menor duda.

Y de hecho, la pequeña, que ya compartía mesa con los mayores, parecía escuchar con atención desde su trona cuanto decían en el momento que entró el mayordomo.

—¿Sí, Vijay? —dijo *mevrouw* Vorhulst, alzando la vista—. Se te ve preocupado. ¿Hay algún problema entre el servicio?

El recién llegado meneó la cabeza.

—Entre el servicio no, señora; pero en las noticias han dicho algo de lo que me ha parecido oportuno venir a informarla. Se ha producido otro ataque con el Trueno Callado; esta vez en Sudamérica.

* * *

En esta ocasión no había sido un solo Estado el que se había visto postergado al período anterior a la electrónica, sino dos. Y así, tanto en Venezuela como en Colombia resultaba ya imposible oír sonar un teléfono, encender una luz apretando un interruptor o ver imagen alguna en un televisor. En consecuencia, durante el resto de la comida se habló poco del seminario de Ranjit o aun de la habilidad con que Natasha sostenía la cuchara. Todas las pantallas de la sala, que jamás se usaban estando todos a la mesa por considerarlo tía Beatrix un acto bárbaro, se hallaban encendidas.

Tal como había ocurrido en el caso de Corea, no se ofrecieron imágenes de ninguno de los países recién sometidos, ya que habían quedado inútiles todas las instalaciones nacionales. Lo único que podían verse eran escenas lacónicas de los aviones de carga de Pax per

Fidem (dotados de mecanismos de despegue y aterrizaje cortos, a fin de poder eludir a los aeroplanos que habían quedado inmovilizados en las pistas) que transportaban el mismo género de tropas y provisiones que habían atravesado la frontera en dirección a Corea del Norte. En la mayor parte de las televisiones sólo aparecían presentadores, periodistas y comentaristas que decían, poco más o menos, lo que habían dicho acerca de Corea, así como imágenes de archivo que mostraban los acontecimientos que habían provocado el desastre.

El siglo XXI no había sonreído a ninguna de las dos naciones. En Venezuela, por la política, y en Colombia, por las drogas, habían imperado la violencia y las frecuentes crisis gubernamentales, coronadas por la resolución, adoptada por los antiguos señores del narcotráfico, de hacerse con el negocio petrolero de sus vecinos, mucho más rentable que el suyo propio.

—Si Pax per Fidem embistió primero contra Corea del Norte fue porque no contaba con ningún aliado real —comunicó Ranjit a su esposa—, y esta vez ha acometido a dos naciones a la vez porque cuentan con amigos diferentes: Estados Unidos ha apoyado a Colombia desde la década de los noventa, y Venezuela tenía buenas relaciones con Rusia y con China.

—Pero ahora hay muchas menos muertes —refirió pensativa *mevrouw* Vorhulst—, y eso es muy bueno.

—¿Y crees que vamos a estar mejor cuando todo el mundo esté gobernado por Oceanía, Eurasia y Estasia? —repuso Myra tras soltar un suspiro.

CAPÍTULO XXX

Una noticia excelente

Acabado el seminario, ninguno de los participantes había logrado dar con una demostración rigurosa de la infinitud de los primos gemelos; pero Ranjit ya había contado con ello. Tampoco había abrigado esperanza alguna de que así fuera el doctor Davoodbhoy, quien, no obstante, se mostró, durante la reunión de evaluación que mantuvo con él, muchísimo más contento que en la anterior. Sonriendo de oreja a oreja, agitó ante aquél los comentarios del alumnado.

—Escucha esto —le dijo—: «He tenido la impresión de estar aprendiendo no sólo a hacer matemáticas, sino lo que siente de veras quien las hace». «Una gozada: en lugar de tratarnos como a niños, el doctor Subramanian hace que nos sintamos parte de su equipo de investigación.» «¿Puedo matricularme también en su próximo seminario?» Y ¿qué me dices —añadió, mirando la ficha una vez más— de la señorita Ramya Salgado?

—Sé quién es —respondió él con cierta turbación—: Ha sido de los que más han participado en el seminario. Quizá si necesitamos alumnos para rellenar la clase...

—¡Ja! —replicó el doctor Davoodbhoy—. Me parece que no vas a tener que preocuparte por eso. Porque querrás hacer otro seminario, ¿verdad? ¿Has pensado en el contenido? ¿La hipótesis de Riemann, tal vez?

—Ésa tiene ya sus demostraciones —le recordó Ranjit.

—Pero hay quien no las juzga convincentes. Acuérdate de que también existía una demostración del teorema de Fermat, la de Wiles, y eso no te impidió a ti dar con una mejor.

Tras meditarlo, Ranjit negó con la cabeza.

—Me temo que Riemann es demasiado complicado para que pueda

lidiar con él nadie que no sea un matemático profesional. ¿Cómo vamos a poner al alumno medio a tratar con el modo como se distribuyen los ceros en la función zeta de Riemann? No, no: hay otras conjeturas mejores. El planteamiento que hizo Euler de la de Goldbach, por ejemplo: ésa es una verdadera joya. «No hay número entero, positivo y par mayor que cuatro que no pueda expresarse como la suma de dos primos.» Seis es igual a tres más tres; ocho, a cinco más tres, diez, a cinco más cinco... o a siete más tres, si se prefiere. Es algo que puede comprender todo el mundo, pero que nadie ha demostrado... hasta el momento.

Tras pensarlo una fracción de segundo, Davoodbhoy concluyó:

—Adelante, Ranjit. Quizás hasta me tengas a mí de oyente durante una de las sesiones.

* * *

Con los años, Ranjit comenzó a darse cuenta de que le gustaba de veras la docencia. Con cada semestre llegaba una bandada nueva de estudiantes llenos de ilusiones, y además, tenía que ocuparse de las revisiones del escalafón que se hacían cada mes. Natasha, por su parte, iba pasando de niñita joven y prometedora a niñita algo mayor que prometía llegar a mucho. Si en todo el mundo había alguien que compartía las preocupaciones que albergaba Myra respecto de la posibilidad de que los tres valedores de Pax per Fidem se repartiesen el planeta entre ellos, lo cierto es que debía de guardárselas para sí. El Trueno Callado había hecho en Sudamérica un trabajo tan impecable como el de la península de Corea, y la relación de víctimas no había sido mucho mayor. El problema de alimentar y cuidar a la población que, de la noche a la mañana, se había visto privada de todos sus productos tecnológicos se había resuelto con rapidez, en tanto que el resto de los terrícolas observaba, entablaba debates y parecía inferir que Pax per Fidem había devenido en algo razonablemente positivo.

Ranjit no ignoraba que los resultados favorables se debían, en parte, al carácter meticuloso de la planificación previa. Semanas antes del ataque, se había embarcado en los dos portaaviones de que aún disponían los estadounidenses todo lo necesario para efectuar las labores pertinentes, suministrado en su mayor parte por Rusia y China.

Una vez bien pertrechadas las embarcaciones, las habían enviado al golfo de México (para llevar a término «misiones de adiestramiento», según el comunicado que había publicado el Departamento de Defensa), y de hecho, estaban en posición de comenzar a ofrecer ayuda de emergencia antes casi de que se hubiese extinguido el eco de las explosiones nucleares del Trueno Callado. Incluso Myra hubo de admitir que los efectos no habían sido del todo negativos.

Los tres se hallaban en el jardín, recreándose con un ocioso desayuno dominical. Ranjit estaba repasando en una pantalla algunas ideas para sus clases; Myra seguía sin demasiada atención las noticias en otra, y Natasha, a la que faltaba poco para cumplir doce años, perfeccionaba en la piscina su técnica de natación a espalda.

—Parece ser —anunció Myra a su esposo, levantando la mirada con un suspiro— que Kenia, Egipto y los demás países que dependen de las aguas del Nilo están llegando a un acuerdo.

—Sabía que lo harían —dijo Ranjit con una sonrisa de oreja a oreja. En realidad, había expresado con contundencia tal parecer seis meses antes a lo sumo, en el momento en que cada uno de los dos estados más prominentes había movilizado sus ingentes fuerzas militares a fin de intimidar al otro y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas los había obsequiado con una de sus advertencias, expresada en términos de gran firmeza.

—El miedo al Trueno Callado ha hecho que tengan más respeto al Consejo de Seguridad —reflexionó Myra.

Él demostró ser un marido inteligente al omitir un: «Te lo dije», y responder, en cambio, con un:

—Me alegra que lo estén solucionando. Oye —agregó a continuación—, ¿qué pensarías si te dijese que mi próximo seminario va a estar dedicado a la hipótesis de Collatz?

Ella adoptó una expresión perpleja.

—Creo que de ésa no he oído hablar nunca.

—Quizá no —convino él—; como la mayoría de la gente, de hecho. El bueno de Lothar Collatz jamás recibió la publicidad que merecía. Mira —y diciendo esto, orientó la pantalla de tal manera que quedase a la vista de los dos—. Di un número. Que tenga menos de tres dígitos: funciona también con números mayores, pero con ellos se alarga la cosa demasiado. ¿Lo tienes?

—Sí. ¿Qué tal el ocho? —tanteó ella.

—Estupendo. Ahora, divídelo entre dos, y sigue dividiéndolo mientras el resultado sea un número entero.

—Ocho, cuatro, dos, uno. ¿Así?

—Sí, exactamente. Espera, que lo escribo... Bien; esto es lo que vamos a llamar regla número uno: si se trata de un número par, deberá dividirse entre dos mientras se obtenga un número entero. Ahora, dime uno que sea impar.

—Mmm... ¿El cinco?

—De acuerdo —repuso él con un suspiro—: vamos a hacerlo con números facilitos. Aplicamos la regla número dos: si es impar, deberá multiplicarse por tres y sumar uno al resultado.

—Quince... Dieciséis —calculó Myra.

—Bien. Volvemos a tener un número par; de modo que podemos aplicarle la primera regla. Deja que lo escriba...

Mientras introducía con ligereza los números ocho, cuatro, dos y uno al lado del resultado, Myra arqueó las cejas.

—Ajá... —dijo—. La serie es casi idéntica.

Él respondió con una amplia sonrisa:

—Ahí está la gracia. Da igual el número que tomemos, que puede ser el mayor que seas capaz de imaginar; si seguimos esas dos reglas de dividirlo entre dos en caso de ser par y multiplicarlo por tres y añadir uno si impar, llegaremos al uno siempre al final. Da igual que el número con el que empieces sea enorme. Espera y verás.

Acto seguido, tecleó una secuencia de instrucciones e introdujo el número veintisiete para comenzar. Entonces, aplicando las reglas primera o segunda según la que procediese en cada momento, la pantalla fue mostrando lo siguiente: «81... 82... 41... 123... 124... 62... 31... 93... 94... 47... 141... 142... 71... 213... 214... 107...»; hasta que la apagó.

—¿Ves que los números van oscilando arriba y abajo? Resulta hermoso de ver, y en ocasiones se hacen de veras largos (en la Carnegie Mellon hay quien los ha obtenido de más de cincuenta mil dígitos); pero a fin de cuentas, siempre se resuelven en la unidad.

—Seguramente —señaló ella sin más—. ¿Por qué no?

Ranjit le lanzó una mirada encendida.

—Los matemáticos no traficamos con obviedades intuitivas.

¡Queremos pruebas! El bueno de Collatz formuló en 1937 la hipótesis según la cual todos los números, sean cuales sean, hasta el infinito, responden igual a estas dos reglas; pero jamás se ha llegado a demostrar.

Myra asintió con gesto ausente.

—Parece prometedor. —Y luego, colocando la palma de la mano a modo de visera mientras miraba hacia la piscina, alzó la voz para decir—: ¡Será mejor que hagas un descanso, Tashy! Si no, vas a acabar agotada.

Ranjit corrió a ofrecer una toalla a su hija, aunque sin apartar la vista de su esposa.

—Myra —dijo al fin—. Pareces distraída. ¿Te pasa algo?

Ella respondió con una mirada cariñosa y una carcajada.

—No; nada, Ranj. Es sólo... Bueno, todavía no he ido al médico; pero estoy casi segura de estar embarazada otra vez.

CAPÍTULO XXXI

El ascensor espacial

Para Myra de Soyza Subramanian, criar al segundo hijo fue aún más fácil que a la primogénita. Su marido, por ejemplo, ya no llegaba a casa deprimido por una ocupación que consideraba irrelevante: sus alumnos lo querían, y él quería a sus alumnos, y el doctor Davoodbhoy no cabía en sí de contento. También el mundo exterior se había vuelto más amable, y aunque seguía habiendo naciones que no abandonaban la costumbre de molestar a sus vecinos, ya apenas moría gente.

Además, a despecho de las protestas de Beatrix Vorhulst, habían acabado por mudarse a una casita propia (el diminutivo sólo se justifica en comparación con la mansión de su anfitriona), situada a pocos pasos de una de las playas de la isla, hermosa y extensa, y de aguas tan cálidas y acogedoras como siempre. Cuando se hubieron instalado en su nuevo hogar, el mundo exterior dejó de parecerles tan amenazador. El pequeño Robert chapoteaba en la parte menos honda de la piscina, en tanto que Natasha desplegaba en la más profunda sus considerables habilidades natatorias (y de cualquier otra índole), cuando no iba a aprender a navegar con un vecino dueño de un modesto velero Sunfish. Con todo, la circunstancia que más agradable hacía el hecho de vivir en su propia casa era que *mevrouw* Vorhulst se hubiera desprendido de su cocinera favorita y de la criada preferida de Natasha para evitar a Myra los inconvenientes propios de las labores domésticas.

Otro de los factores que hicieron diferente su segundo embarazo respondía al nombre de Natasha (o más frecuentemente, Tashy). Ésta no constituía problema alguno, pues cuando no estaba ganando medallas de natación (hasta entonces sólo en competiciones infantiles, aunque ya la habían visto observar las de adultos con los ojos

entrecerrados e intenciones más que evidentes), se ocupaba en hacer de ayudante, suplente y lugarteniente de su madre. Con semejante colaboración, Myra disponía de un gratificante número de horas al día para informarse de cuanto estaba ocurriendo en el ámbito de la inteligencia artificial y en el de las prótesis autónomas.

Todo parecía ir sobre ruedas, y cuando llegó el momento de comenzar a evaluar cada uno de sus dolores musculares con la esperanza de poder reincorporarse, ya estaba más que puesta al día. Sin embargo, huelga decir que tal situación no iba a durar: una vez nacido, destetado, habituado a hacer sus necesidades de forma autónoma y matriculado en la escuela el pequeño, Myra habría vuelto a quedar rezagada. Tal cosa resultaba inevitable.

Pero ¿se sentía furiosa por aquella ley tiránica de la maternidad, inicua a todas luces, que dictaba que cualquier mujer que desease tener un hijo había de aceptar el decreto inflexible de la Madre Naturaleza en virtud del cual debía relegar a un segundo plano, durante cierto período de tiempo nada desdeñable, las funciones cognitivas de su cerebro, amén de postergar su carrera profesional? Parecía injusto, y sin embargo, el mundo lo era, de manera crónica, de tantos otros modos más infaustos, que Myra de Soyza Subramanian no podía soportar perder el tiempo con resentimientos. Si la realidad era así de inamovible, ¿qué sentido podía tener quejarse? Llegaría el día en que los dos estuviesen en la universidad, y entonces podría sentirse tan libre como jamás hubiese sido ningún otro ser humano, y aún tendría ante sí veinte, treinta o quizás aún cincuenta años de vida productiva para desenmarañar los enigmas de la profesión que había escogido.

Lo consideraría una gratificación diferida. Se trataba de un juego cuyas reglas debía acatar, le gustasen o no, y en el que, de un modo u otro, podía incluso resultar vencedora.

* * *

Tanto Myra como Ranjit creyeron, de hecho, haber ganado el premio gordo cuando nació Robert Ganesh Subramanian. Después de aquellos dos hijos, no podían pedir más a la fortuna. Aquel recién nacido proclamaba a gritos su salud e iba adquiriendo peso y fuerza a la medida del deseo de sus padres. Trató de volverse en la cuna antes aún

que Natasha, y aprendió a ir al baño sólito teniendo casi los mismos meses que ella. Todos sus amigos declararon que era el niño más guapo que habían conocido, y es de reconocer que no mentían, pues Robert pertenecía al género de criaturas por cuya imagen habrían pagado con esplendidez los fabricantes de alimentos infantiles a fin de hacerla figurar en el etiquetado de sus productos.

Si había alguien que quisiese al chiquitín más aún que sus padres, se trataba, sin lugar a dudas, de la pequeña Natasha, quien ya apenas podía calificarse de tal y comenzaba a demostrar una aptitud considerable para el atletismo, los estudios y el arte de conseguir de sus padres cuanto pudiera proponerse. También, claro, su aprobación para cuidar a su hermano. No, por supuesto, en todas las situaciones, y menos todavía en las que olían mal de veras; pero sí a la hora de vestirlo, empujar la sillita de paseo, jugar con él... Natasha solicitó que le fuese concedido el privilegio de ocuparse de dichos quehaceres, y tras vacilar un tanto, Myra acabó por dar su consentimiento.

Y lo cierto es que no se le daban nada mal, y así, cuando Robert lloraba, o bramaba, era ella quien mejor sabía poner fin a sus protestas. Luego, cuando se lo llevaba su madre, siempre tenía cosas que hacer: si no estaba en el colegio ni acudía a su entrenamiento diario de natación, solía pasar el tiempo con sus amigos. Eso si no optaba, como solía, por combinar sus intereses, lo que suponía invitar a sus amistades a la piscina o dejar que Robert durmiese a su lado mientras estudiaba verbos ingleses o la historia de la India y sus naciones satélites.

Todo esto, huelga decirlo, resultaba muy beneficioso para Myra, pues al relevarla Natasha de buena parte del trabajo de criar a Robert, podía evitar quedarse atrás respecto de los más sabiondos del campo de la inteligencia artificial con tanta rapidez como había temido. Y si lo era para Myra, lo era también (¿qué duda cabe?) para Ranjit, quien profesaba a su esposa el mismo amor que el día de su casamiento y seguía teniendo, como entonces, la de vivir con ella por una experiencia emocionante por lo impredecible.

En general, la vida sonreía a Ranjit Subramanian. El doctor Davoodbhoy sólo le pedía que se hiciera cargo de un seminario al semestre; pero se había asegurado, de igual modo, de que fuera memorable. En consecuencia, mudó su aula por el mismo coliseo monumental en el que se había entusiasmado él con las historias de los

mundos que conformaban el sistema solar expuestas por Joris Vorhulst. Tampoco tenía ya a esas alturas veinte alumnos, sino un centenar, lo que, según el rector, le daba derecho a contar con una ayudante (que no era otra que Ramya Salgado, la joven que tanto había hecho por enriquecer su segundo seminario y que había obtenido ya la titulación que le permitía ejercer como tal) y con la libertad de llevar a término su propia «investigación» durante el resto de cada semestre. Davoodbhoy dio a entender que esta última medida tenía por objeto dejarle el tiempo necesario para obtener cierta ventaja sobre los alumnos del curso siguiente en cualquiera que fuese la demostración que tuviera pensado asignarles.

Ranjit no ignoraba que tenía ante sí la oportunidad perfecta de explorar su país nativo tal como había deseado hacer desde que Myra le había censurado su excesivo provincianismo. La idea resultaba más atractiva que años atrás, pues hasta el turismo exterior se había vuelto más seductor en el mundo que había surgido tras la irrupción del Trueno Callado. Tal circunstancia les permitía, por ejemplo, emprender un crucero por el Nilo, tal como había anhelado Myra desde los diez años, pues tanto Egipto como Kenia habían licenciado a buena parte de sus militares, en tanto que los ecologistas de todos los países que bebían del río habían dado con medios de reducir el gasto de agua. Los Subramanian tenían la oportunidad de llevar a sus hijos a Londres (o a París, Nueva York, Roma...) para enseñarles lo que era una gran ciudad. También podían decidirse por los fiordos noruegos, los montes suizos o las selvas de la Amazonia, o de hecho, por casi cualquier rincón del planeta. Sin embargo, aún estaban estudiando folletos de agencias de viaje cuando recibieron un texto de Joris Vorhulst que decía:

> Me he enterado por mi madre de que os dan vacaciones. Voy a estar en la terminal al menos una semana a partir del primero del mes que viene. ¿Por qué no venís a ver lo que estoy haciendo?

—Quizá resulte divertido —apuntó Myra, a lo que Natasha repuso:

—¡Y que lo digas!

Y hasta Robert, que escuchaba cada palabra aferrado a la silla de su hermana, dejó escapar un gritito que, al decir de ella, quería decir que sí. En consecuencia, los cuatro se dispusieron a emprender su

primer viaje largo en familia.

* * *

Además de la invitación de Vorhulst, Ranjit tenía dos motivos más para ansiar visitar la terminal del Skyhook. El primero era la junta consultiva a la que le había pedido que se uniese años antes. Hasta el momento, había sido una ocupación tan poco exigente como había prometido Joris, sin reuniones a las que ir y sin siquiera tener que hacer votación alguna, por cuanto, de haber asunto alguno lo bastante conflictivo para requerir una decisión al respecto, quienes se encargaban de tomarla en su lugar eran quienes llevaban, en realidad, las riendas del proyecto: los gobiernos de China, Rusia y Estados Unidos. Aun así, había recibido un informe mensual de los progresos logrados. En él también se hacía patente la onerosa mano de los tres grandes, ya que la mayor parte de su contenido debía mantenerse en el secreto más estricto, en tanto que aún era mayor la porción de lo que se eludía mediante el críptico procedimiento de denominarlo, sin más, *avance*. Sólo había visitado el lugar en un par de ocasiones, y de un modo más bien expeditivo. Y aunque ignoraba si una estancia más prolongada le iba a permitir conocer mejor el proyecto, no veía la hora de averiguarlo.

La otra razón que lo movía había sido una sorpresa para él. Los Subramanian no tenían coche propio: Ranjit y Myra iban en bicicleta a casi todas partes, acompañados en ocasiones de Natasha, que pedaleaba feliz delante de ellos, y Robert, que viajaba en un asiento fijado a la silla de su padre, y cuando necesitaban algo más, siempre podían recurrir a los taxis. Sin embargo, la universidad había prometido prestarles un automóvil para hacer el trayecto.

—Lo ha enviado expresamente para vosotros —le comunicó, sonriente, el doctor Davoodbhoy mientras le entregaba las llaves— Pax per Fidem. Se trata de un diseño nuevo de la Corea transparente: como los genios que fabricaban armas nucleares tienen ahora la posibilidad de dedicar sus cabezas a la creación de proyectos civiles, tienen de todo.

Cuando le explicó lo que era capaz de hacer aquel vehículo de cuatro plazas de aspecto atractivo, Ranjit no pudo por menos de regresar a casa con la misma sonrisa satisfecha del rector.

—Dame una jarra de agua —pidió a Myra tras parar el motor ante la casa.

Ella obedeció, aunque algo desconcertada, y quedó aún más perpleja cuando lo vio abrir con no poca ceremonia el depósito de combustible y verter el líquido en su interior. Su asombro llegó al máximo cuando él arrancó y escuchó con deleite el ronroneo del capó. A continuación, Ranjit le dio la misma explicación que había recibido de Davoodbhoy:

—Va con boro. Motor Ab Hamad lo llaman, aunque no me preguntes por qué; tal vez por el que lo inventó. ¿Sabías que el boro es un elemento tan sediento de oxígeno que es capaz de extraerlo de compuestos como el agua? Y si dejas sin oxígeno una molécula de agua, ¿qué te queda?

—Hidrógeno —respondió ella arrugando un poco la frente—; pero…

Ranjit, sonriendo de nuevo, llevó un dedo a los labios de su esposa.

—Pero el boro es carísimo, y quemar combustible carbónico resulta tan barato en comparación que nadie se había molestado siquiera en estudiarlo. Sin embargo, han acabado por dar con el modo de regenerarlo para que pueda volver a utilizarse una y otra vez, y como resultado, el coche que vamos a conducir no es que produzca pocas emisiones: ¡es que no emite nada en absoluto!

—Pero… —repitió ella, y esta vez, él la acalló sellándole los labios con los suyos propios.

—Ve por Natasha y Robert, ¿vale? —le pidió con voz melosa—. ¿Tienes el equipaje? ¡Venga! Vamos a ver cómo se le da a este fogón de hidrógeno.

El resultado fue, dicho sea de paso, excelente: aunque tuvieron que parar dos veces para rellenar de agua el depósito, lo cual provocó no pocas miradas de escándalo entre cuantos trabajaban en las gasolineras en las que se detuvieron, el cochecito se portó tan bien como cualquiera de los que empleaban combustibles fósiles.

Se hallaban aún a diez kilómetros de la terminal cuando Robert dejó escapar uno de aquellos alaridos suyos capaces de cortar el aliento al más pintado. Myra frenó en seco, aunque enseguida comprobaron que no había peligro alguno: el pequeño sólo estaba emocionado ante la escena que se desplegaba ante él.

—¡Araña! ¡Sube, sube! ¡Un montón, un montón, un montón! —

gritaba mientras agitaba los brazos al ver el cable del Skyhook, que apenas se vislumbraba como un hilo brillante que descendiera del sol.

Para quien sabía lo que debía esperar de aquella construcción, no resultaba difícil distinguir las cápsulas de transporte, que se sucedían en dirección al firmamento para desaparecer tras la primera capa de nubes.

—¡Ajá! —exclamó Ranjit—. Parece que han conseguido hacerlo funcionar, ¿no?

* * *

Sí: lo habían logrado. La carretera que desembocaba en la terminal corría paralela a una vía férrea, y de hecho, antes de llegar a ella los adelantó un tren de mercancías (dotado de cuarenta y dos furgones, según contó Natasha con entusiasmo) que no tardó en desaparecer en el interior de uno de los gigantescos muelles que conformaban la estación. La entrada de automóviles estaba custodiada por guardias que hicieron pasar con gesto amigable a los Subramanian y les indicaron cuál era el aparcamiento reservado a las personalidades.

Allí los recibió una mujer asiática de no poco atractivo que se presentó como ayudante de Joris Vorhulst.

—El ingeniero Vorhulst está deseando verlos —les comunicó—; pero no los esperaba hasta mañana. De todos modos, está por llegar. ¿Desean comer algo?

Ranjit abrió la boca para responder que le encantaba la idea; pero Myra se le adelantó.

—Más tarde, gracias. Si es que se nos permite antes echar una ojeada a las instalaciones…

Por supuesto que sí. Sólo se les advirtió que debían mantenerse alejados de los muelles de carga y descarga, y claro está, tener cuidado con los camiones y tractores que acarreaban de un lado a otro piezas inidentificables de objetos sin duda interesantes. Ranjit contempló con creciente perplejidad el ajetreo reinante.

—¡Lo que daría por saber lo que son algunos de estos trastos! —señaló.

La joven Natasha apretó los labios.

—Pues mira —anunció—: aquel bulto irregular es el propulsor de

un cohete iónico, y creo que el que hay a su lado es una lámina de nanotubos de carbono, supongo que parte de una vela solar…

—¿Por qué estás tan segura? —quiso saber él boquiabierto.

—Mientras estabais hablando con esa señorita —confesó la niña con una sonrisa—, Robert y yo hemos estado curioseando, y he leído los albaranes de embarque. ¡Yo diría que están construyendo naves espaciales!

—¡Y tienes toda la razón, Tashy! —dijo, procedente del muelle de descarga, una voz que conocían bien—. Ya tenemos un par de ellas funcionando.

* * *

Joris Vorhulst no estaba dispuesto a admitir objeción alguna: quería comer, disfrutar de un almuerzo ceilanés como estaba mandado. Y si ellos no tenían hambre, podían limitarse a mirar mientras él daba cuenta de todo. Porque, tal como les explicó, llevaba cinco semanas en el cuerpo mismo del montacargas espacial, y acababa de volver después de supervisar el funcionamiento de los aparatos cuya existencia había deducido Natasha.

—El ascensor está empezando a marchar como es debido —los hizo saber con gesto alegre.

Los dos cohetes autómatas que se hallaban ya en servicio estaban haciendo las veces de rebuscadores de basura, pues debían registrar la órbita terrestre baja en busca de astronaves abandonadas o incluso depósitos de combustible de vehículos espaciales rusos y estadounidenses. Cuando daban con alguno, les instalaban velas solares dirigidas por ordenador y las programaban para que los llevasen a la Gran Central, en donde debían ser transformados. Aquellos aparatos a la deriva, temidos hasta entonces por el peligro que suponían para las naves que surcaban el espacio, se habían convertido en la materia prima de la que surgiría cualquier cosa que hiciese falta construir.

—Podemos, claro, subir el material desde la superficie terrestre —declaró Vorhulst con la boca llena de un curri cuya excelencia hubo de admitir hasta Myra—; pero ¿qué sentido tiene desaprovechar lo que ya tenemos ahí arriba?

—¿Y eso es lo que estáis haciendo en la órbita terrestre baja? ¿Recoger desechos para construir cosas nuevas?

—En realidad —respondió el anfitrión con cierto embarazo—, lo que estaba haciendo yo ahora era asegurarme de que el tercer cohete estuviera listo para partir. Su destino será la Luna. ¿Sabías que hay allí robots exploradores desde hace varios años ya? Han encontrado un montón de túneles volcánicos de los que hablaba en mis clases.

—Pues no —protestó Ranjit—: los informes que recibimos los del consejo consultivo son más bien escuetos.

—Sí —reconoció Vorhulst—, ya lo sé. Tenemos la esperanza de que los tres grandes se relajen un tanto ahora, porque esos túneles lo van a cambiar todo. Uno de ellos se encuentra debajo justo del *sinus Iridum,* o bahía de los Arco Iris. Es impresionante. Tiene mil ochocientos metros de longitud, y el tercer cohete va a transportar la maquinaria necesaria para sellarlo, porque Explotaciones Lunares le tiene ya asignada una función. Los tres grandes quieren llevar turistas, ¿sabéis?

—¿Turistas? —preguntó Myra con gesto escéptico—. Lo último que he oído al respecto es que había unas once personas viviendo en la colonia lunar, y que estaba costando una fortuna el simple hecho de proporcionarles alimentación y aire que respirar.

—Eso era antes —sonrió Vorhulst—, cuando había que suministrarlo todo desde la superficie terrestre por medio de cohetes. Pero ahora tenemos el ascensor espacial. Habrá turistas. ¡Vaya, si los habrá! Además, para darles un buen motivo para subir allí arriba, los tres grandes han movido unos cuantos hilos... y han logrado que los del Comité Olímpico se avengan a hacer un acuerdo.

Natasha, que hasta aquel momento se había mantenido en silencio pese a su costumbre, se animó entonces.

—¿Qué clase de acuerdo? —quiso saber.

—Van a celebrar allí el género de acontecimientos que no pueden hacer sobre la faz de la Tierra, Tashy. ¿Sabes? La gravedad lunar es de sólo de un metro y seiscientos veintidós milímetros por segundo al cuadrado; así que...

Natasha levantó las manos.

—¡Por favor, doctor Vorhulst! —exclamó.

—Vale, vale: equivale aproximadamente a una sexta parte de la que hay en la superficie terrestre, lo que significa que en el instante mismo

en que a alguien se le ocurra practicar cualquier deporte de competición en la Luna, las plusmarcas de todos los corredores y saltadores serán agua pasada. Eso sí: no sé yo si el techo del túnel del *sinus Iridium* será lo bastante elevado para que los de salto de altura puedan pavonearse.

Ranjit no parecía muy convencido.

—¿Estás diciendo que la gente va a recorrer doscientos mil kilómetros para ver a un puñado de deportistas saltando a más altura?

—Sí —insistió Vorhulst—. En realidad, no lo digo yo, sino Explotaciones Lunares. Sin embargo, ésa no es la atracción principal, ¿Qué te parece una competición que no sea posible en la Tierra, como una carrera de aparatos voladores impulsados por humanos?

Si esperaba una respuesta de él, debió de quedar defraudado. Con un estrépito de platos y cubiertos, Natasha se puso en pie gritando:

—¡A mí me parece estupendo! ¡Yo quiero participar! Ya veréis: voy a ganar.

CAPÍTULO XXXII

El oro de Natasha

Y participó.

Aunque no de inmediato, claro: aún quedaba mucho camino antes de la celebración de los primeros juegos olímpicos lunares de la historia. Quedaba mucho por hacer en la Luna para que fueran posibles, y también en el ascensor espacial para que pudiese transportar pasajeros con cierta probabilidad de que llegasen vivos a su destino. Los textos informativos se habían vuelto más esclarecedores, y Ranjit los devoraba tan pronto los recibía, sintiendo renacer en su interior la fiebre de cadete espacial que había encendido en otro tiempo Joris Vorhulst.

Por fortuna para su paz espiritual, el mundo parecía haber mejorado. La segunda dosis de Trueno Callado había logrado refrenar a algunos de los dirigentes mundiales más revoltosos. Sus seminarios seguían siendo lo bastante prometedores para tener satisfecho al doctor Davoodbhoy, y su familia no había dejado nunca de ser una fuente inagotable de gozo; en particular, Natasha. El hecho de hallarse a escasos años de la universidad no parecía suponerle dificultad alguna, aunque los juegos olímpicos lunares que le había prometido el profesor Vorhulst eran otro cantar, pues el entrenamiento no era nada sencillo, y dejaba al de los atletas convencionales a la altura de los diez minutos de abdominales matinales destinados a mantener a raya los michelines.

Huelga decir que Natasha no era la única que se estaba preparando para aquella modalidad sin precedentes. En todo el planeta había deportistas jóvenes preguntándose si serían capaces de adquirir la forma física necesaria para participar en aquellas carreras de vuelo. Dado que los ejercicios preparatorios estaban sometidos a la tiranía de la inflexible gravedad terrestre, equivalente a *g*, se requería no poca

inventiva para llevarlos a cabo.

Había dos modos de abordar el problema del vuelo con propulsión muscular: los partidarios de la «globística» apoyaban el uso de bolsas de gas de varias formas que permitiesen al atleta mantenerse en el aire sin esfuerzo y concentrar toda su fuerza en accionar la manivela que hacía funcionar el propulsor, en tanto que los «aerociclistas» preferían hacerlo todo sin más ayuda que la de sus músculos. Los fabricantes de material deportivo habían creado para ellos toda una colección de artilugios dotados de hélices. Merced a los nanotubos de carbono-60, las mismas moléculas que habían trocado, en el caso del montacargas espacial, un sueño infundado en un medio eficaz de transporte, se habían construido aparatos tan ligeros que bastaba una mano para levantarlos aun estando en la Tierra (o un simple dedo en caso de estar en la superficie lunar).

De lo que no disponía ninguno de aquellos ambiciosos atletas era de un verdadero estadio de un sexto de la gravedad terrestre en el que practicar. En consecuencia, debían ingeniárselas como pudiesen, lo que por lo común comportaba el uso de equipos diseñados para contrarrestar la diferencia. Dicho de otro modo: a la inventiva había que añadir una buena cantidad de dinero. Aunque algo así excedía el poder adquisitivo de un profesor universitario con un margen considerable, lo cierto es que las necesidades de Natasha gozaban del apoyo de determinados ceilaneses situados en puestos de relieve, siendo así que aun quienes no mostraban un interés particular en los acontecimientos deportivos se sentían inclinados a hacer notar el hecho de que Sri Lanka se hubiese convertido en el umbral que comunicaba el planeta con el espacio exterior. Por consiguiente, se concedieron los fondos necesarios para construir un gimnasio de gravedad lunar de grandes dimensiones en los aledaños de Colombo, y en él pudo practicar aerociclismo a su gusto.

Comoquiera que las instalaciones se hallaban a diez minutos en coche de su casa, no era extraño que sus padres y su hermano estuviesen presentes en calidad de espectadores. De hecho, en ocasiones adoptaban una función más activa, pues Robert, a quien cautivaba observar a su hermana mayor abriéndose paso a través del «cielo» del gimnasio, aprovechaba el menor instante en que quedaba libre alguna de las máquinas para probar también él a volar.

Y es que, claro está, Natasha no era la única que podía hacer uso de aquel gimnasio de gravedad baja: de toda la isla se habían recibido solicitudes firmadas por aspirantes esperanzados que ansiaban la oportunidad de poner a prueba sus habilidades en aquellos aparatos, y el número de admitidos rebasaba la treintena. Sin embargo, ninguno de ellos superaba de forma sistemática a sus adversarios como ella.

Así, el día en el que se congregó, al fin, el equipo ceilanés en la terminal del ascensor espacial, las esperanzas de victoria de la isla descansaban sobre los hombros de Natasha Subramanian.

* * *

Myra no pudo por menos que exhalar un grito ahogado al examinar los precios que ofrecían las compañías de viajes para asistir a los juegos olímpicos lunares.

—¡Por Dios, Ranjit! —se quejó, con una mano en el corazón—. No podemos consentir que Tashy haga esa carrera sin tenernos delante; pero ¿cómo vamos a ir allí?

Él, que no había esperado menos, se apresuró a tranquilizarla comunicándole que las familias de los participantes disfrutaban de descuentos sustanciales, que sumados a los que se aplicaban a los integrantes del consejo consultivo al que pertenecía, hacían que el precio de los billetes no resultara tan exorbitante.

Por lo tanto, los dos se presentaron, junto con el pequeño Robert, en la terminal el día señalado. Como el resto de cuantos disponían de telepantalla (colectivo que incluía, casi con toda seguridad, a poco menos del total de los habitantes del planeta) habían visto los reportajes entusiastas con que los periodistas habían acompañado la evolución que había experimentado el montacargas espacial hasta ser apto para el transporte de pasajeros, sabían, por ende, cómo funcionaban las cápsulas, y lo que suponía ser lanzado al espacio a una cantidad considerable de metros por segundo.

Lo que no habían calculado en su totalidad era, sin embargo, el número de segundos que, aun a semejante velocidad, iban a tardar en ir de Sri Lanka al *sinus Iridum. Y* es que aquel viaje no era una escapada de fin de semana. Transcurridos los seis primeros días, aún no habían superado el más bajo de los cinturones de Van Allen. Los

Subramanian, como el resto de las familias de a bordo (a saber: los Kai, los Kosba y los Norwegian), tuvieron que meterse a la carrera en el refugio que los protegía de la peligrosísima radiación de la zona, lugar revestido de una pared triple y conformado por compartimentos sanitarios y de alojamiento. Estos consistían en los aseos (a los que se había asignado la risible denominación de *baños)* y veinte (ha entendido bien el lector: veinte) literas de una angostura extraordinaria dispuestas de cinco en cinco. Cuanto podía llevar consigo cada uno de los pasajeros en el momento de dirigirse a aquel lugar protegido era el exiguo atuendo especial proporcionado por la organización del ascensor espacial (por demás liviano, a fin de reducir al mínimo el peso de la nave, y tan sufrido como lo permitía la tecnología textil más avanzada, ya que no había posibilidad alguna de lavar la ropa) y la medicación que pudiese necesitar, amén de su propia persona. Y nada más; ni siquiera, claro está, el menor asomo de pudor.

A Robert no le gustaba el refugio, y lo demostraba llorando, igual que el nieto de los Kai. A Ranjit tampoco le hacía demasiada gracia, y cuando se hallaba en el interior, echaba de menos la libertad (mayor, pese a lo exiguo) que le ofrecía la parte menos protegida de la cápsula, que contaba con rincones oscuros, aparatos de ejercicio y ventanas, largas, estrechas y gruesas, aunque dotadas, pese a todo, de una transparencia gratificante. Sobre todo, ansiaba regresar a las literas normales, que disponían de su propia luz y sus propias pantallas, así como de tanto espacio para darse la vuelta como un ataúd medio. Cuando menos, permitían tener compañía de cuando en cuando, siempre que uno tuviera una relación extremadamente íntima con su visitante.

La primera pena de refugio les fue impuesta sólo por cuatro días, hasta que estuvieron otra vez en espacio abierto. Después de otros nueve, volvió a saltar la alarma y hubieron de internarse de nuevo a fin de ampararse de las radiaciones del cinturón superior de Van Allen.

Los viajes espaciales se habían vuelto asequibles para casi todos, aunque no más fáciles ni, por supuesto, demasiado agradables.

* * *

Al salir del cinturón superior ocurrió algo gracioso. Robert se había

precipitado a su lugar favorito: la franja de dos metros de plástico grueso que constituía su principal ventana al universo que se extendía en el exterior. Myra se había subido ya a las cintas de ejercicio y Ranjit estaba pensando en dirigirse a su litera para poder dormir un tanto sin que lo molestasen cuando el niño se acercó a ellos dando saltos y gritando emocionado. Sus padres fueron incapaces de entender otra palabra que *pez,* pues Robert no lograba, o no quería, decir nada con más claridad, y ellos no tenían a mano a Natasha para que hiciera las veces de intérprete. Aun así, la niña de tres años que acompañaba a una de las familias con las que compartían cápsula, tras observarlos en silencio mientras hablaba, se llevó a la criatura y, aún sin pronunciar palabra, le enseñó a hacer lo que Myra reconoció como movimientos de taichí.

Se trataba de la pequeña Luo, hija del matrimonio de Taipéi que figuraba entre el pasaje de la cápsula. La familia estaba conformada por seis integrantes, entre los que se incluían las ancianas madres del señor y la señora Kai. Ambos estaban vinculados al sector hotelero, lo que los había hecho ricos hasta extremos de escándalo. No podía esperarse menos de alguien que se había permitido el lujo de estar entre los primeros turistas con que contaban los organizadores de las olimpíadas. Otro tanto cabía decir de la familia surcoreana, y de la de Kazajistán. Los Norwegian no lo eran en particular, pero se habían beneficiado de la tarifa reducida al ser familia de uno de los saltadores de longitud de su nación.

Lo que dificultaba el trato con los diecisiete seres humanos con los que compartían cápsula era que ninguno de ellos hablaba inglés, y mucho menos, claro, tamil o cingalés. Como la señora Kai se expresaba con fluidez en francés, Myra al menos tenía alguien con quien conversar. Los otros, sin embargo, empleaban el ruso, el chino y otra lengua que, en opinión de Ranjit, debía de ser alemán. De cualquier manera, ninguna de ellas le resultaba de gran utilidad.

Cuando menos, al principio; porque si de algo disponían en abundancia era de tiempo. De hecho, hubieron de transcurrir semanas antes de que alcanzasen la mitad del trayecto, y a continuación algunas más hasta llegar a la recta final, tras lo cual aún fueron necesarios un día o dos hasta alunizar en el *sinus Iridum.* Los Subramanian pasaron aquella última fase pegados casi a las pantallas, pendientes de los

noticiarios que informaban de las pruebas eliminatorias que se estaban celebrando en la Luna. En la última carrera competirían, mano a mano, un volador alado y un globista. En total, habían viajado siete aerociclistas con la intención de participar en las pruebas, y cuando Ranjit y los suyos llegaban al final de aquella última fase, cuando el satélite de destino se mostraba ya gigantesco a través de las ventanas, oyeron anunciar el nombre de su hija en calidad de ganadora de las carreras de selección.

A esas alturas, todos los adultos sabían ya pronunciar al menos unas cuantas palabras de la lengua de origen del resto, y ninguno dudó en emplearlas para felicitar a los Subramanian.

* * *

Natasha fue a recibir a su familia al ascensor que bajaba de la superficie a la villa olímpica. Estaba feliz y no paraba de hablar. Su padre, además, tuvo oportunidad de sorprenderse al verla acompañada de un joven brasileño alto y de piel tostada como el café. Ambos vestían los atuendos exiguos propios de un lugar en el que la temperatura jamás se alejaba de los veintitrés grados centígrados.

—Éste es Ron —comunicó la atleta a su familia—; de Ronaldinho. Corre los cien metros.

Ranjit y Myra tuvieron que hacer el experimento de tratar de ver a su hija a través de los ojos de aquel tal Ronaldinho, procedente del Brasil, para darse cuenta de hasta qué punto podía parecer su niña de quince años una mujer adulta de no poco atractivo. La sorpresa de aquél se hizo aún mayor al ver que su esposa, lejos de dar muestra alguna de preocupación, estrechaba la mano del muchacho con una cordialidad a todas luces sincera. En cuanto a Robert, sólo reparó en el corredor para apartarlo de un empellón a fin de lanzarse a los brazos de su hermana mayor.

Tras cubrir de besos en la coronilla al pequeño, Natasha susurró algo al oído a su acompañante, quien, inclinando la cabeza en señal de asentimiento, se dirigió a los padres de ella diciendo:

—Ha sido un encanto conocerlos —y desapareció dando las zancadas lentas y alargadas a que parecía alentar la gravedad lunar.

—Tiene que entrenarse —anunció Natasha—. Mi carrera es

mañana, pero la suya no es hasta el miércoles. Va a llevaros el equipaje a vuestra habitación para que podamos ir a comer juntos algo decente.

Dicho esto, tomó a Robert de la mano y echó a andar delante de ellos. Con su ayuda, el chiquitín no tardó en adoptar un paso semejante al de Ron. Ranjit, menos afortunado, comprobó que, si bien era muy fácil dar saltitos de un lado a otro con movimientos pausados, el resultado distaba mucho de ser airoso.

No tuvieron que andar mucho, y lo cierto es que valió la pena. La comida era tan distinta del pienso extrudido que les habían dado en la cápsula del ascensor espacial como habría sido deseable: ensalada; carne de un tipo u otro, quizá jamón, picada y amasada para darle forma de croqueta, y fruta fresca de postre.

—La mayoría procede de la Tierra —los informó Natasha—, aunque las fresas y casi todas las verduras de la ensalada se cultivan en otro túnel volcánico.

De cualquier modo, lo que estaban comiendo no era lo que más interesaba a los recién llegados, que no veían la hora de saber de su hija: qué hacía, cómo estaba… Y ella, a su vez, quería conocer los detalles del viaje, detalles que escuchó con la paciencia gozosa del veterano que ya ha experimentado cuanto le están relatando. Le llamó la atención la anécdota de Robert gritando «¡pez!», aunque cuando interrogó a su hermano acerca de ello en el dialecto que ambos compartían, éste se mostró más interesado en dar cuenta de su porción de tarta que en darle una respuesta.

—Dice —pudo aclarar, sin embargo, Natasha— que vio por la ventana algo parecido a un pez. Es curioso, porque ya he oído a otros asegurar haber observado cosas durante el viaje.

Myra bostezó.

—Tal vez eran orines congelados de astronauta —aventuró con aire adormilado—. ¿Os acordáis de las historias que contaban que los del Apollo habían visto algo semejante a luciérnagas espaciales? Por cierto, ¿has dicho que tenemos habitación? ¿Con cama de verdad?

Sí, lo había dicho. Y sí, no sólo disponía de una cama, sino que ésta tenía más de noventa centímetros de ancho, lo que ofrecía a Myra y Ranjit sitio más que suficiente para dormir acurrucados. Al verla, no pudieron sustraerse a la tentación. «Sólo una cabezadita —se dijo Ranjit mientras rodeaba con un brazo a su esposa, dormida ya—. Luego, me

levantaré para dar una vuelta y explorar este lugar tan fascinante. Eso, claro, después de darme una ducha de verdad.»

Así estaba de veras resuelto a hacerlo, y no fue su intención el que, cuando al fin se despertó, fuese porque Myra estuviera agitándole el hombro mientras le decía:

—¿Ranj? ¿Sabes que llevas catorce horas durmiendo? Si te levantas ahora, vas a tener tiempo de desayunar como está mandado y echar un vistazo al túnel antes de ir a la carrera.

* * *

Acontecimientos olímpicos que contasen con cientos de miles de espectadores no han faltado; pero el auditorio presente en aquellos primeros juegos lunares era, en comparación, irrisorio y poco menos que invisible. Al estadio apenas había acudido el número de personas suficiente para ocupar los mil ochocientos asientos ligeros dispuestos en pendiente a lo largo de las paredes del túnel, y los Subramanian tuvieron la suerte de que los suyos estuvieran a menos de un centenar de metros de la línea de meta.

Cuando llegaron a ellos después de recorrer el pasillo, Ranjit se sentía como nunca: un sueño prolongado, una ducha rápida con agua de verdad, aunque, eso sí, reprocesada (en realidad, una rociada de sólo treinta segundos, tal como le había indicado el temporizador, si bien medio minuto bastaba para humedecerse por completo), y una breve visita a los alrededores habían marcado el principio de un día excelente. Lo sorprendió saber que la residencia no se encontraba en el túnel gigante que hacía las veces de estadio, sino en otro de dimensiones menores, unido a éste por una tercera galería, en esta ocasión de factura humana. Sea como fuere, ¡estaba en la Luna! Y acompañado de su amadísima esposa y su amadísimo hijo menor, durante el que bien podría ser el día más feliz de la vida de su amadísima hija mayor.

La atmósfera artificial de los túneles se hallaba sólo a la mitad de la presión verificable en la Tierra al nivel del mar, aunque había sido enriquecida con cantidades generosas de oxígeno. Tal circunstancia resultaba más relevante para Piper Dugan, el globista que competía contra Natasha, que para ésta, pese a que en la gravedad lunar, equivalente a la sexta parte de la terrestre, él necesitaba una capacidad

de menos de treinta metros cúbicos de hidrógeno para elevarse. El australiano (pues aquélla resultó ser su nacionalidad) hizo su aparición acompañado de tres ayudantes que, asidos a sendas cuerdas, impedían que escapase el cilindro aerodinámico que, relleno del citado gas, flotaba por encima de sus cabezas.

Al tiempo que entraba, una orquesta invisible interpretó *Advance Australia fair,* que constituía, según supo Ranjit por el programa, el himno oficial de su país, y entonces la mayor parte del público que ocupaba el extremo opuesto del estadio estalló en vítores.

—¡Vaya! —musitó Myra—. Dudo que haya aquí bastantes ceilaneses para recibir a Tashy de un modo comparable.

Por supuesto que no; pero en cambio sí había un buen número de gentes llegadas de la vecina India, así como una cantidad aún mayor de espectadores de toda nacionalidad que habían optado por brindar su apoyo a una competidora casi niña procedente de una isla diminuta. Cuando entró Natasha a fin de colocarse en su marca, lo hizo al lado de su único ayudante, que llevaba algo parecido a una bicicleta que tuviese por ruedas alas de aspecto poco menos frágil que una tela de araña. También al aparecer ella interpretaron una pieza musical (si era el himno de Sri Lanka, Ranjit acababa de enterarse, pues hasta la fecha había pensado que su nación no tenía), aunque su sonido quedó ahogado por la aclamación del auditorio que ocupaba el lado del túnel más cercano a ella. El griterío se mantuvo mientras los asistentes subían a los atletas a sus respectivas máquinas. Piper Dugan quedó así suspendido de su tanque de hidrógeno, con las manos y los pies libres a fin de poder pedalear, y Natasha, sentada en el sillín de su velocípedo, describiendo un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto de la vertical.

Al callar la música, fue reduciéndose la confusión de voces, y tras unos instantes de silencio casi absoluto, sonó el estampido agudo de la pistola del juez de salida. El dirigible de Dugan avanzó de inmediato en horizontal, en tanto que la aerocicleta de Natasha descendió unos seis metros antes de que la corredora consiguiese alcanzar cierta velocidad. Entonces, comenzó a rebasar a su competidor. Los dos voladores fueron casi parejos hasta el final mismo del estadio, acompañados de la sonora ovación del grupito presente en el túnel y de las decenas y centenas de millones de espectadores que los observaban desde cualquier punto del

sistema solar en que hubiese un ser humano ante una pantalla.

A veinte metros de la línea de meta, Natasha logró adelantar a su oponente, y desde ese momento hasta el instante en que la cruzó, aquélla dejó de ser una carrera reñida. Las voces, los gritos y los aullidos de los mil ochocientos espectadores presentes en el túnel se convirtieron entonces en el sonido más fragoroso que hubiese oído la Luna en muchísimos años.

* * *

Aunque el viaje de regreso a la Tierra fue tan largo y tan restringido como el de ida, al menos en aquella ocasión los acompañaba Natasha, quien a su vez llevaba consigo los galardones de la victoria, que, sumados, resultaban por demás impresionantes. Su pantalla personal no llegaba a apagarse jamás, pues tantos eran los mensajes de felicitación de todos y cada uno de sus conocidos, así como de un número ingente de extraños que recibía. Los presidentes de Rusia, China y Estados Unidos se contaban entre sus admiradores, por no mencionar a los dirigentes de casi todos los estados adscritos a las Naciones Unidas. También prodigaron parabienes el doctor Dhatusena Bandara, de parte de Pax per Fidem, sus antiguos profesores, sus amigos y los padres de éstos, y por supuesto, sus seres más queridos, como Beatrix Vorhulst y todo su servicio. Tampoco faltaron quienes se pusieron en contacto con ella para solicitar algo: periodistas en busca de entrevistas, representantes de varias docenas de movimientos y organismos benéficos que deseaban verla apoyando su causa… El mismísimo Comité Olímpico Internacional prometió a la recién laureada un puesto en la competición de aeronaves propulsadas por velas solares que tenía previsto celebrar tan pronto existiese en la órbita terrestre baja el número suficiente de éstas para destinar algunas a labores diferentes de las necesarias para colonizar el sistema solar.

—Eso es que están recibiendo más presión de los tres grandes —señaló Myra—. ¿Qué os apostáis? Quieren tenerlo todo en funcionamiento para sus propios fines.

Su marido le dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Y qué fines son ésos? —inquirió en tono condescendiente—. Según tú, ya les pertenece casi todo.

Ella arrugó la nariz.

—Ya verás —sentenció, sin explicitar nada más.

Estaban a punto de internarse ya en el cinturón superior de Van Allen cuando se redujo el número de llamadas lo bastante para que sus compañeros de viaje pudiesen ponerse en contacto telefónico con sus hogares. En aquella ocasión compartían cápsula con dieciséis personas: dos familias búlgaras acomodadas (cuya riqueza no había logrado entender del todo Ranjit de dónde procedía) y un puñado de canadienses poco menos acaudalados (en su caso, la gallina de los huevos de oro había sido el petróleo de las arenas bituminosas de Athabasca). Ranjit se sintió en la obligación de disculpar ante el resto de los pasajeros el modo como había acaparado su hija los circuitos de comunicación; pero todos estuvieron de acuerdo en que la joven no necesitaba dispensa alguna.

—¡Que Dios la bendiga! —exclamó la más anciana de los canadienses—. Cosas así no son frecuentes en la vida de una niña. Y de todos modos, los canales de noticias han estado disponibles todo el rato, aunque se han pasado casi todo el tiempo hablando de esa nueva avalancha de historias de platillos volantes. ¿Han oído lo de Egipto y Kenia?

Los Subramanian no sabían nada al respecto, si bien no tardaron en tener la oportunidad de regocijarse tanto como los demás al saber que las dos naciones, amén de avenirse a compartir de forma justa las aguas del Nilo, habían convocado un plebiscito a la carrera para unirse de forma voluntaria al pacto de transparencia.

—¡Eso es excelente! —señaló Ranjit.

Sin embargo, en aquel preciso instante saltaron las alarmas que avisaban de que había llegado el momento de volver a entrar en el refugio. En consecuencia, se prestó a acceder el primero con un suspiro, asiendo a Myra de la mano y seguido de Natasha, que conversaba con una de las jóvenes del Canadá.

Los veinte viajeros tardaron unos minutos en comprobar el estado de sus literas, y durante todo ese tiempo estuvieron sonando las alarmas. Ahuecando estaba Myra aquella ridiculez que tenían por almohada cuando, deteniéndose, miró a su alrededor y preguntó:

—¿Dónde está Robert?

—Hace un minuto —respondió una de las canadienses— estaba al

lado de la puerta.

Apenas había acabado de hablar cuando Ranjit, tras salir del refugio, comenzó a llamar a su hijo por encima del estrépito de los avisos. No le costó dar con él: estaba inmerso en la contemplación del borrón irisado del cinturón de Van Allen, que se mostraba a través de la ventana. Tampoco tardó en arrastrarlo al interior del refugio y cerrar la puerta una vez allí.

—Está bien —tranquilizó al resto de la familia, mientras los otros, preocupados también, se congregaban en torno a la entrada—. Le he preguntado qué diablos estaba haciendo, y me ha dicho sin más: «El pez».

Entre los suspiros de alivio de todos, se oyó a la abuela canadiense decir tras apretar los labios:

—¿Le ha parecido ver un pez? Según las noticias, los que han observado objetos volantes desde el ascensor espacial dicen haber visto formas metálicas que se estrechaban hacia los extremos. Supongo que una cosa así debe de asemejarse a un pez.

—Todo el mundo dice haber visto algo así —confirmó su yerno—. Pensaba que era otra de las locuras de la gente, aunque ahora no sé: es posible que se trate de algo real.

* * *

En aquellos instantes, los eneápodos, seres por demás reales, mantenían un debate de no poca consideración en el interior de sus naves de escaso porte y forma de canoa.

La de desconectar los escudos de invisibilidad para revelar su presencia a las criaturas primitivas que habitaban la Tierra había parecido una buena idea en principio. Sin embargo, una vez adoptada, todos ellos se habían lanzado a hablar al mismo tiempo por la red de rayos concentrados que les permitía comunicarse sin ser oídos por los humanos, al objeto de plantearse la misma pregunta: ¿Habían hecho bien?

Para tratar de dar una respuesta adecuada, todos examinaron el reglamento después de volver a hacerlo visible. Los expertos en comunicaciones entre su especie y los grandes de la galaxia pasaron largos períodos meditando antes de expresar su parecer. Dado que los

habían adiestrado desde su edad más tierna para comprender todos los matices de cada una de las instrucciones que pudiesen recibir de éstos, sus conclusiones resultaban poco menos que unánimes y sus congéneres las recibían con gran atención.

El fallo, expresado en los términos que emplearía un abogado terrícola, fue el siguiente en esta ocasión: si bien los grandes de la galaxia habían prohibido terminantemente a los eneápodos establecer comunicación alguna con la raza descarriada de los humanos, no habían dispuesto que se ocupasen de que los integrantes de la misma no recelaran de su presencia. Por consiguiente, los expertos llegaron a la conclusión de que, en justicia, sus señores no podían infligirles un castigo demasiado severo por lo que habían hecho. Además, coincidían en que existían sobrados testimonios de que los grandes de la galaxia poseían cierto concepto de justicia o, al menos, de algo semejante. En consecuencia, era probable que los reprendiesen y aun los penaran; pero parecía impensable que respondiesen exterminando la totalidad de su raza.

Al resto de las especies sometidas a los grandes jamás se le habría ocurrido correr semejante riesgo. A los unoimedios no, desde luego; ni a los archivados. Entre las razas satélites no había ninguna que poseyera un sentido del humor tan fino ni osase cometer tamaña transgresión. Hasta aquel momento, se entiende.

CAPÍTULO XXXIII

Pesares íntimos en un mundo alborozado

Todo parecía indicar que las aguas del Nilo no volverían a amenazar jamás la paz mundial, porque tanto Egipto como Kenia aprobaron con nota la votación de ingreso en Pax per Fidem. Incluso antes de que estuviesen apostadas las fuerzas militares de pacificación, se habían comenzado a destinar equipos de hidrólogos kenianos en las instalaciones de supervisión existentes en torno a la presa alta de Asuán, y las dos naciones habían dejado paso franco a las autoridades internacionales para que inspeccionasen los (raquíticos) emplazamientos de sus misiles. La transparencia no tardó en imponerse también en la industria pesada de ambas.

Su caso, además, no fue el último. Tres de los cuatro países del África subsahariana que habían estado disputándose las aguas de cierto lago de mediana extensión tuvieron oportunidad de ver lo que le ocurrió al que decidió enviar una fuerza militar con la intención de ahuyentar a sus rivales. Estos se unieron al organismo citado después de que su enemigo, tras hacer caso omiso de las advertencias pertinentes, sufriera en su propio territorio los efectos del Trueno Callado.

A todo esto hay que sumar un acontecimiento que supuso un avance de primer orden. La República de Alemania, tras mucho debatir y discutir, acabó por celebrar un colosal plebiscito en sus propios confines, y después de que los terribles recuerdos de violentas batallas perdidas que habían quedado grabados en la conciencia nacional se impusieran al sentido del destino germánico que tan problemático había resultado en ocasiones, el país se unió también al proyecto internacional, abriendo sus fronteras a las Naciones Unidas,

licenciando las fuerzas armadas simbólicas que habían conservado y suscribiendo el borrador de constitución mundial que había creado Pax per Fidem.

El planeta Tierra vivía tiempos gozosos. Y sin embargo, los Subramanian tenían dos motivos para templar su júbilo. El primero no era exclusivo de su familia, sino que afectaba a toda la humanidad, y no era otro que aquellas latosas apariciones que no dejaban de manifestarse en las ciudades por la noche, en el firmamento que se extendía sobre las embarcaciones que surcaban los mares aun a plena luz del día y también en el espacio (como el «pez» del pequeño Robert). Algunos los llamaban «plátanos de bronce»; otros, «submarinos volantes», y otros empleaban denominaciones que se prestan mucho menos a aparecer en letras de molde. Pero nadie sabía con exactitud qué eran. Los ufólogos los consideraban la prueba definitiva de la existencia real de los platillos volantes, y los más escépticos sospechaban que uno o más de los estados soberanos de la Tierra debía de estar desarrollando una arma misteriosa diferente de todo cuanto se había visto con anterioridad.

Sea como fuere, había algo en lo que todos tenían que estar de acuerdo, y era que ninguno de aquellos objetos había hecho daño palpable alguno a ningún ser humano. Esta circunstancia llevó a los humoristas a hacer chistes al respecto, y lo cierto es que el hombre nunca ha sido capaz de profesar un gran miedo a las cosas de las que ha aprendido a reírse.

Sin embargo, en el caso de los Subramanian quedaba aún otra causa de aflicción.

* * *

Aunque el pequeño Robert había comenzado a andar solo a una edad más temprana que la mayoría, desde que habían vuelto de la Luna, sus padres habían comenzado a percibir en él algo extraño. Los cuatro estaban disfrutando de aquel período dichoso de ocio, entre baños y sueños. En ocasiones, el chiquitín se soltaba de la rodilla de su madre para caminar hasta el lugar al que lo atraía con arrumacos su hermana mayor, y de pronto, sin aviso previo alguno, se desplomaba a la mitad del camino como un saco de patatas y permanecía tumbado, con los

ojos cerrados, hasta que, instantes después, volvía a abrirlos y, poniéndose en pie con equilibrio precario, seguía avanzando en dirección a Natasha, sonriente y murmurando para sí como de costumbre.

Aquellos breves episodios, de los que nunca antes habían tenido noticia, resultaban aterradores. Aun así, no parecían inquietar en absoluto a Robert, quien ni siquiera mostraba indicios de darse cuenta de ellos. No obstante, seguían produciéndose, y con una frecuencia alarmante, empañando así la felicidad, por lo demás casi ideal, de Myra y Ranjit. No puede decirse que hubieran perdido el sueño, ya que saltaba a la vista que el pequeño gozaba de una salud considerable en todos los demás aspectos; pero sí que estaban preocupados. Ranjit se sentía culpable por haber permitido que el niño eludiera la seguridad del refugio en el momento de entrar en el cinturón superior de Van Allen. Al fin y al cabo, ¿quién podía asegurar que la criatura no hubiese recibido la cantidad suficiente de radiación perniciosa para sufrir algún daño?

Myra no creía que tal cosa fuera posible, aunque era consciente de la inquietud que se traslucía en la mirada de su esposo. Así que ambos decidieron buscar ayuda profesional. Acudieron a los mejores y más experimentados facultativos que encontraron, y no fueron pocos. Adondequiera que llevasen a su hijo, los precedía la fama de Ranjit. El representante del personal médico que salía a recibirlos jamás era ningún joven de treinta años recién licenciado (y por lo tanto recién instruido en los últimos adelantos clínicos), sino un sexagenario ducho en las habilidades propias de otra generación y elevado, cuando menos, a jefe de un departamento. A todos los honraba sobremodo poder atender al célebre doctor Ranjit Subramanian en sus instalaciones (hospital, clínica, laboratorio...), y todos les ofrecían las mismas noticias desalentadoras.

Robert era un niño sano en casi todos los aspectos; de hecho, en todos menos uno: algo había ido mal en algún punto de su desarrollo.

—El cerebro es un órgano muy complejo —decían todos cuando no encontraban otro modo de enunciar las malas noticias.

Podía tratarse de una alergia de la que jamás hubiesen sospechado, alguna lesión que hubiera sufrido al nacer o una infección que no hubiesen llegado a detectar. A continuación, todos añadían lo

mismo, más o menos: no existía medicina, intervención quirúrgica ni ningún otro remedio que pudiese hacer de él una criatura «normal»; porque lo único en que habían coincidido todas las pruebas que se le habían efectuado era que el hijo de Ranjit Subramanian y Myra de Soyza había empezado a retrasarse de la noche a la mañana, y que su evolución intelectual avanzaba con más lentitud de lo esperado.

Llegado aquel momento, el matrimonio había visitado ya una larga relación de especialistas, de los cuales hubo uno, una pediatra experta en patologías del lenguaje, que logró infundirles verdadero terror.

—Robert ha empezado a suprimir consonantes —les comunicó—. Dice *añera* u *omida*, por ejemplo. ¿Han notado si pronuncia igual cuando se dirige a ustedes que cuando habla con sus compañeros de juego? —Al verlos asentir con la cabeza, prosiguió—: A estas alturas, la generalidad de los niños modifica sus pautas lingüísticas conforme a la identidad del receptor. Y así, puede ser que a ustedes les diga: «Dámelo», y a otros niños: «Ame-o». ¿Qué me dicen de la comprensión? Supongo que a ustedes no les cuesta entender lo que dice; pero a sus amigos y familiares ¿tampoco?

—A veces —reconoció Ranjit.

—La mayoría —corrigió su esposa—. A veces, él mismo se angustia por eso. ¿No hay ninguna posibilidad de que lo supere con el tiempo?

—Por supuesto —aseveró con rotundidad la doctora—. Albert Einstein hablaba mucho peor de niño. Sin embargo, tenemos que estar muy pendientes.

No obstante, cuando Myra formuló la misma pregunta al siguiente especialista, éste se limitó a contestar en tono compasivo:

—No debemos perder la esperanza, doctora De Soyza.

Y otro se mostró aún más piadoso al declarar:

—Hay veces en las que no nos es dado cuestionar la voluntad del Señor.

Pero a ninguno de ellos se le ocurrió decir:

—Aquí tienen una lista de cosas concretas que pueden hacer para ayudarlo a mejorar.

Si existían, la profesión médica parecía no tener noticia de ellas; y lo cierto es que por todas las «progresiones» que habían hecho en la comprensión del mal de Robert habían tenido que pagar un precio elevado en forma de varias docenas de episodios muy poco agradables,

entre los que se incluían el tener que atar al niño a unas parihuelas mientras le radiografiaban la cabeza, afeitarlo para que pudiesen envolverle el cráneo con pegajosa cinta magnética o sujetarlo a una camilla con ruedas que lo iba introduciendo, centímetro a centímetro, en un equipo de resonancia magnética; todo lo cual llevó al pequeño Robert Subramanian, quien jamás había temido a nada en su corta vida, a romper a llorar no bien se le acercaba alguien vestido de blanco.

A pesar de lo dicho, los médicos habían hecho algo positivo: proporcionarles fármacos que mantenían a raya las ausencias, tal como se conocían los accesos que sufría a fin de distinguirlos de la epilepsia, enfermedad que habían descartado sin lugar a dudas. Las caídas cesaron en consecuencia, aunque nadie supo dar con remedio alguno que hiciese su inteligencia comparable siquiera a la de sus amiguitos.

* * *

Una buena mañana llamaron a la puerta, y cuando Ranjit, que se estaba preparando para coger la bicicleta y dirigirse al despacho que le habían asignado en la universidad, fue a abrir se encontró de frente con Gamini.

—Te habría llamado para preguntar si podía venir a verte, Ranj —se explicó— si no hubiese temido que te negases.

Por toda respuesta, hizo pasar a su amigo del alma, al más antiguo de todos, con un abrazo tremendo.

—¡Si serás imbécil…! —exclamó—. Yo pensaba que era al contrario, que eras tú quien estaba enfadado con nosotros por haber rechazado la oferta que nos hiciste hace ya tanto.

Con evidente alivio, el recién llegado le dedicó una sonrisa compungida.

—En realidad —se disculpó—, no tengo muy claro que no tuvieseis razón. ¿Puedo entrar?

Por su puesto que sí. Dentro, recibió también sendos abrazos de Myra y del pequeño Robert. Este último se convirtió enseguida en el centro de su atención, por cuanto Gamini aún no había tenido oportunidad de conocerlo. Sin embargo, no tardó en irse con la cocinera a jugar con sus rompecabezas, en tanto que los adultos fueron a sentarse en la terraza.

—No he visto a Tashy —señaló el invitado mientras aceptaba una taza de té.

—Se ha ido a navegar —anunció Ranjit—. Últimamente es una actividad que practica mucho, según ella con vistas a una gran carrera en la que quiere participar. Pero dime, ¿qué es lo que te trae a Sri Lanka?

Gamini apretó los labios.

—Sabéis que se acercan los comicios presidenciales de la isla, ¿no? Pues bien, mi padre está pensando renunciar al puesto que ocupa en el consejo de Pax per Fidem para presentarse. Tiene la esperanza de poder hacer que la nación entre en el organismo en caso de salir elegido.

A Ranjit la noticia le resultó muy grata.

—¡Ojalá tenga suerte! Podría ser un gran presidente.

Dicho esto se detuvo, y fue Myra quien formuló la pregunta que él no se atrevía a hacer.

—No se te ve muy convencido —observó—. ¿Pasa algo?

—Puedes estar segura —respondió él—. Se trata de Cuba.

* * *

No hizo falta que dijera mucho más, pues, como no podía ser de otro modo, Myra y Ranjit estaban al tanto de cuanto había ocurrido allí, y sabían que los cubanos estaban a punto de celebrar su propio referendo en lo tocante a Pax per Fidem.

Todo apuntaba a que la respuesta del pueblo iba a ser afirmativa. Cuba no había tenido que vivir los horrores propios del tercer mundo, pues por considerable que hubiese sido el daño causado, había que reconocer que Fidel Castro había hecho cosas muy positivas por su gente, y así, la nación podía presumir de tener una población culta; un buen número de médicos, enfermeras y demás profesionales de la salud bien formados, y un cuerpo nada desdeñable de expertos en lucha contra las plagas, a lo que había que sumar más de medio siglo sin un solo caso de muerte por desnutrición.

Sin embargo, el dirigente también había exaltado las pasiones partidistas, y entre los hijos y nietos (e hijas y nietas) de los cubanos que habían salido al extranjero y habían muerto por la revolución mundial en una docena de países distintos, los había que no estaban

dispuestos a olvidar. Algunos de los combatientes seguían, de hecho, con vida, y por más que fuesen cuando menos octogenarios, aún eran perfectamente capaces de apretar un gatillo o prender la mecha de un explosivo. Su número, no obstante, era demasiado escaso para condicionar el resultado del plebiscito, y de hecho, el cómputo de votos demostró que quienes deseaban el desarme, la paz y una nueva constitución representaban más del ochenta por ciento del electorado. Sin embargo, los viejos defensores del socialismo, que a despecho de la edad no habían olvidado cómo disparar una arma, habían atacado a doce miembros de Pax per Fidem y alcanzado a nueve, de los cuales habían muerto dos.

—Una noticia trágica, sin duda —resolvió Ranjit tras unos instantes—; pero ¿qué tiene que ver con Sri Lanka?

—Tiene que ver con Estados Unidos —respondió con rabia su amigo—, y con Rusia y China, que no hacen nada por evitar que los estadounidenses envíen a Cuba unas seis compañías de soldados de su ejército. ¡Soldados! Con armas de repetición y seguro que también con tanques. ¡Cuando Pax per Fidem se rige por el principio fundamental de no servirse jamás de instrumentos mortales!

Los tres guardaron silencio unos momentos.

—Entiendo —dijo Myra al fin, para volver a callar a continuación.

Fue Ranjit quien finalmente habló:

—Vamos, Myra; tienes todo el derecho del mundo a decir: «¡Mira que os lo advertí!».

CAPÍTULO XXXIV

Pentominós y coches

Natasha Subramanian estaba practicando con las ondas que alzaba el viento en las aguas de escaso braceaje que se extendían en los aledaños de la residencia familiar cuando vio aquel automóvil amarillo de apariencia extraña. Avanzaba por una de las vías que desembocaba en la playa, y parecía dudar en cada una de las intersecciones. Cuando al fin se decidió, fue para enfilar la calle de los Subramanian. Desde donde se encontraba, de pie en su tabla de vela, no alcanzaba a ver la casa, aunque sí el cruce que había tras ella, y dado que no vio aparecer el coche, dedujo que debía de haberse detenido en una de las viviendas de su manzana, y no pudo por menos de preguntarse si no habría sido en la suya.

Como quiera que, además, se acercaba la hora de comer, determinó que aquél parecía un momento propicio para salir del agua. Al llegar a casa, pudo comprobar que el vehículo amarillo se hallaba, en efecto, aparcado frente a la entrada... Sin embargo, en el lapso que había tardado ella en llegar allí, el coche había experimentado una transformación peculiar: buena parte del asiento delantero, incluido el espacio reservado para el conductor, había desaparecido. Al entrar en la cocina, se encontró con un hombre viejo, muy viejo, con atuendo monacal que, sentado a la mesa, observaba a Robert hacer uno de sus rompecabezas. A su lado descansaba la fracción que le faltaba al automóvil, colocada en equilibrio sobre dos ruedas de goma mientras emitía un suave zumbido.

Aunque llevaba años sin ver al anciano religioso, lo reconoció de inmediato.

—Tú eres Surash, el monje que le cambiaba los pañales a mi padre. Creí que estabas moribundo.

Su madre le lanzó una mirada asesina, pero el visitante se limitó a sonreír mientras saludaba a Natasha con una palmadita en la cabeza.

—Y lo estaba —afirmó—. En realidad, lo sigo estando, como lo estamos todos, aunque ya no estoy confinado. Y todo desde que me dieron esto. —Bajando a Robert de su regazo, señaló el aparato con ruedas que tenía tras el respaldo de su silla—. He prometido enseñar a tus padres cómo funciona. Ven, Natasha.

Fue al trasladarse al asiento de aquel chisme de dos ruedas cuando la hija de los Subramanian reparó en lo frágil y tambaleante que se mostraba en realidad el anciano. Sin embargo, una vez allí, giró el volante con mano firme e hizo avanzar el vehículo de un modo enérgico en dirección a la puerta que su padre se había apresurado a abrir.

Cuando Surash acopló aquel aparato en el vacío que había quedado en el vehículo aparcado, todos pudieron percibir un ruido rápido de engranajes. De la sección principal del automóvil surgieron entonces poderosas pinzas que anclaron al conjunto aquella silla de dos ruedas, y una vez completa la operación, el motor emitió un silbido apagado que coincidió con la salida de una nube de color blanco inmaculado por el tubo de escape.

—Si queréis, podéis poner un dedo delante —les dijo—. Todo lo que lleva este cacharro por carburante es, sencillamente, hidrógeno.

—Ya conocemos los coches de hidrógeno —le hizo saber Ranjit.

El monje asintió con un gesto benigno.

—Y esto ¿también lo conocéis? —preguntó mientras hacía una demostración de cómo, una vez fundidas las dos partes, aquel conglomerado se había convertido en un vehículo capaz de circular por carretera y transportarlo con comodidad conforme a su voluntad.

Myra insistió en que había llegado la hora de comer. Y también de conversar, y mucho. Surash no quería dejar pasar un solo detalle relativo al trabajo de Ranjit en la universidad, así como de las esperanzas que albergaba Natasha de emplear parte de sus habilidades náuticas en la gran carrera espacial de naves propulsadas por velas solares que iba a celebrarse en poco más de un año; de la sorprendente habilidad que había adquirido Robert para hacer rompecabezas, y del afán con que Myra estaba tratando de no quedarse atrás respecto de los numerosos profesionales de su gremio. Asimismo, estaba deseando

ponerlos al corriente de cuanto había ocurrido en el gran templo de Trincomali, de los lugares que había visitado gracias a su coche nuevo (de hecho, se jactó de haber recorrido buena parte de la isla a fin de completar la peregrinación que llevaba años deseando hacer a los templos hindúes más célebres del país) y, por encima de todo, de cómo se había comportado el vehículo.

Al preguntarle por la procedencia de aquella maravilla, no dudó en responder:

—Viene de Corea. Acaban de sacarlo al mercado, y uno de los nuestros ha conseguido hacerse con éste para mí. ¡Qué gozada!, ¿verdad? ¿No es fantástico que, ahora que dedicamos mucho menos tiempo a declarar guerras y prepararnos para las que puedan estallar, podamos hacer tantas cosas más en otros terrenos? Cosas como ese chisme que llaman «detector de resonancia nuclear cuadripolar» y que sirve para encontrar minas enterradas, o eso otro que es como un robot que anda sobre orugas y las desentierra para evitar que puedan dañar a nadie. A estas alturas, han despejado ya casi todos los antiguos campos de batalla de alrededor de Trinco. Además, están usando ese insecticida de hormonas creadas por empalme genético para que coincidan con el ADN de los mosquitos portadores de la artritis epidémica para acabar con ellos fumigándolos con avionetas autónomas, y muchas otras cosas. ¡Debemos tanto a ese Trueno Callado...!

Ranjit hizo un gesto de asentimiento mientras miraba a su esposa, quien sacudió la cabeza diciendo:

—Yo nunca he dicho que fuese malo. ¿O sí?

* * *

Después de que Surash se hubiera marchado, dejando un reguero de vapor por donde pasaba su peculiar vehículo, Ranjit volvió a entrar en la casa.

—Es un anciano maravilloso —comentó Myra.

Él convino con ella sin dudarlo.

—¿Sabes adonde lo ha llevado ese cacharro? Ha estado en el templo de Naguleswaram, al norte de Jaffna. No sé cuántos más debe de haber visitado, aunque al encontrarse en Munneswaram, justo al norte de Colombo, no ha podido visitar la ciudad sin venir a vernos.

Ahora se va al sur, a Katirkamam, aunque hoy en día es más normal que quienes usen ese templo sean los budistas. Tengo entendido que también va a ir a ver la terminal del Skyhook. —Tras vacilar unos instantes, añadió en tono pensativo—: Le interesa mucho la ciencia, ¿verdad?

Myra lo miró de hito en hito.

—¿Qué te pasa, Ranjit?

—Mmm… —dijo, encogiendo los hombros como si quisiese eludir la respuesta sin quererlo—. Lo primero que ha hecho al despedirse ha sido recordarme que tengo aún la antigua casa de mi padre, y que sigue allí vacía.

—Pero el trabajo lo tienes aquí —adujo ella.

—Sí, es lo que le he contestado yo. Entonces me ha preguntado si no me sorprendía oírlo hablar con tanta soltura de avances científicos como su coche nuevo. Y luego me ha dicho:

»—He aprendido mucho de tu padre, Ranjit; se puede creer en la religión y amar la ciencia a un tiempo.

»Entonces, se ha puesto muy serio y me ha preguntado:

»—¿Qué opinas de lo contrario?; ¿se puede amar la ciencia y cumplir con Dios? ¿Qué me dices de tus hijos, Ranjit? ¿Qué clase de educación religiosa les estás ofreciendo?

»No esperaba que le contestase, claro, porque conocía tan bien como yo la respuesta.

—Ajá… —dijo Myra, pues sabía también que oírla habría herido a Surash.

Hacía mucho que había hablado de aquel asunto, y los dos eran del mismo parecer. En aquella ocasión, él había citado a cierto filósofo poco conocido del siglo XX.

—Todas las religiones son un invento del demonio, concebido para negar al hombre la contemplación de Dios.

A lo que ella había respondido:

—La mayor tragedia de toda la historia de la humanidad es quizás el secuestro de la moral por parte de la Iglesia, quien no sabe qué hacer con ella, porque piensa que está definida por la voluntad de un ser inexistente.

Con todo, sabía bien el aprecio que su esposo profesaba a aquel anciano religioso, y ante la falta de ideas que pudiesen resultar

satisfactorias, optó por cambiar de tema.

—¿Has visto lo que estaba haciendo Robert para Surash cuando has entrado?

—No —contestó él parpadeando—. Espera: estaba con uno de sus rompecabezas, ¿no?

—Sí, pero con uno de quinientas piezas. Lo ha hecho en la cocina, y ha estado entretenido en algo más.

Al llegar aquí se detuvo sonriente, y Ranjit no dudó en entrar al trapo.

—¿Vas a decirme de qué se trata? —le exigió.

—Mejor te lo enseño. Vamos a su dormitorio —dijo, sin intención de pronunciar una sola palabra más antes de llegar allí.

Cuando entraron, el niño, que se hallaba sentado ante las imágenes de animales que presentaba la pantalla, alzó la mirada con una gran sonrisa dibujada en el rostro.

—Robert, cariño —le pidió su madre—, ¿por qué no le enseñas a papá tus pentominós?

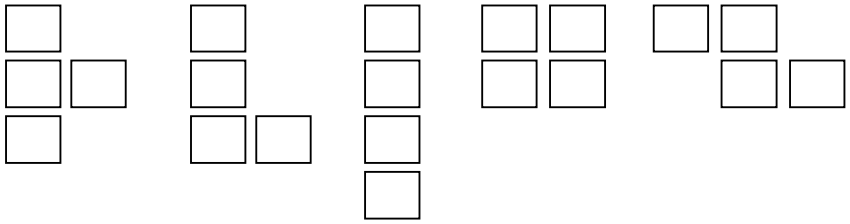
* * *

La noticia de que su hijo estuviese interesado en semejantes figuras geométricas no supuso demasiada conmoción para Ranjit, pues él mismo se había sentido fascinado por ellas con cinco o seis años, y había sido, en consecuencia, uno de los primeros que habían tratado de hacérselos atractivos a la criatura, explicándole con paciencia las formas que podía crear con fichas cuadradas.

—Sabes cómo es un dominó, ¿verdad? Las piezas consisten en dos cuadrados unidos. Por eso, cuando juntamos tres cuadrados, lo llamamos *triominó,* y puede adoptar dos formas diferentes: una semejante a una *I,* y otra, a una L. ¿Lo ves?

Sin embargo, pese a haber observado con gravedad la demostración, Robert no había conseguido comprenderla del todo. Aun así, Ranjit había optado por proseguir su explicación.

—Si utilizamos cuatro cuadrados, obtendremos un tetrominó, que tiene cinco formas. —Y lo ilustró de inmediato—:



»Las rotaciones y reflexiones no cuentan —añadió, tras lo cual aclaró el significado de la frase—. Ninguna de las formas del tetrominó resulta emocionante en particular; pero cuando tomamos cinco cuadrados, la cosa cambia ¡y empiezan a ocurrir cosas interesantes!

Las formas posibles eran, en este caso, doce, que colocadas unas junto a otras daban como resultado una superficie de sesenta cuadrados; lo que suscitaba la pregunta de si era posible revestir un rectángulo de, por ejemplo, cinco por doce o uno más larguirucho de dos por treinta usando los doce pentominós sin que sobrara ni faltase un solo cuadrado.

La respuesta, que había fascinado a Ranjit cuando tenía cinco años, era que no sólo resultaba posible, sino que cabía hacerlo nada menos que de tres mil setecientas diecinueve maneras diferentes, siendo así que los rectángulos de seis por diez permitían dos mil trescientas treinta y nueve soluciones; los de cinco por doce, mil diez, y así sucesivamente.

Lo que no había podido determinar era qué proporción de cuanto había expuesto a Robert había atravesado de veras la máscara de jovial afecto con que lo había estado mirando su hijo. Éste, obediente, había cargado el programa correspondiente en su ordenador didáctico, y se había puesto a crear diversas configuraciones de pentominó: primero, las de cinco por doce; a continuación, las de seis por diez, y así sucesivamente hasta el final.

Al entrar en su dormitorio, Ranjit quedó sobresaltado y encantado a partes iguales al ver que aquel hijo suyo «retrasado» había identificado y representado todas y cada una de las combinaciones, labor a la que él mismo había renunciado hacía muchísimos años.

—Es... Es... ¡Eso es formidable, Robert! —exclamó mientras corría a abrazarlo.

Entonces, se detuvo con los ojos clavados en la pantalla. El

ordenador había acabado de mostrar todas las combinaciones posibles de pentominós; pero, en lugar de apagarse como él había esperado, dio un paso más y siguió buscando configuraciones correspondientes a las piezas de hexominó.

Ranjit jamás había llegado a hablar de ello al pequeño, pues lo consideraba demasiado complicado para que Robert pudiese llegar a entenderlo. Al cabo, había treinta y cinco formas diferentes, que juntas cubrían una superficie de doscientas diez unidades. Y esta circunstancia había bastado para decepcionar al joven Ranjit durante su infancia, pues cualquier persona racional pensaría que los treinta y cinco hexominós podían cubrir una cantidad de veras astronómica de rectángulos de doscientas diez unidades. Sin embargo, quien tal cosa supusiera erraba de medio a medio, pues no había un solo rectángulo, fuera cual fuere la proporción de sus lados, que pudiese revestirse con tales piezas, colocadas del modo que fuese, sin dejar, cuando menos, cuatro espacios vacíos de manera irreparable.

Era evidente que una cosa así habría resultado demasiado difícil y frustrante para un niño retrasado como el pequeño Robert. Sin embargo, el pequeño Robert no se había dejado desalentar: mientras en la pantalla de su ordenador iban apareciendo, una tras otra, las distintas combinaciones, había resuelto no darse por vencido y comprobarlas todas, hasta el final. Cuando Ranjit lo abrazó, con un ímpetu que casi habría bastado para romperle las costillas, el niño se revolvió rezongando, aunque no sin cierto deleite.

Quienes, supuestamente, habían estado ayudando a Myra y Ranjit a lo largo de los años con «el problema de Robert» habían recurrido siempre al mismo consuelo, que poco tenía de satisfactorio:

—No lo consideren un niño discapacitado, sino un niño «dotado de capacidades diferentes».

Aun así, Ranjit jamás le había visto pies ni cabeza a semejante argumento; hasta aquel día, pues había descubierto algo que sabía hacer mejor que casi nadie que él conociese.

Cuando la familia se dirigió a la planta baja a fin de ocuparse en los quehaceres diarios que habían postergado y adentrarse de nuevo en el mundo real, pudo comprobar que tenía las mejillas húmedas de lágrimas de gozo, y por primera vez en su vida, estuvo a un paso de desear que hubiese un Dios (cualquier género de dios) en el que creer

para tener alguien a quien dar las gracias.

* * *

Fue en aquel momento cuando *Bill,* de regreso a casa, se detuvo unos instantes en las inmediaciones de aquel planeta un tanto molesto cuyos habitantes llamaban Tierra, y aunque breve, aquel lapso de tiempo le bastó para quedar expuesto a una avalancha de miles de billones de datos relativos a cuanto estaban haciendo en aquel momento los desdichados habitantes de aquel astro y, lo que resultaba aún más relevante, a la atrocidad que se habían atrevido a perpetrar los eneápodos, representantes de los grandes de la galaxia en aquella región.

En realidad, no es fácil determinar si la acción de los eneápodos era lo bastante grave para inquietar a sus señores. Al fin y al cabo, nada tenían éstos que temer de unos cuantos miles de millones de mamíferos humanos de escaso valor, pertrechados con armas irrisorias como las bombas atómicas que derribaban cuanto se erigía a su alrededor o esos otros ingenios nucleares que generaban impulsos electromagnéticos destinados a interferir de forma destructiva en los del enemigo. Cosas tan rudimentarias carecían de significación para ellos, y les resultaban tan temibles como la maldición de una gitana para un general humano que tuviese a su disposición los mandos de una bomba de hidrógeno.

Así y todo, al dejar que los terrícolas supiesen de su existencia, los eneápodos habían hecho algo que, si bien no les estaba estrictamente prohibido, tampoco se les había permitido de forma explícita. Saltaba a la vista que iban a tener que tomar medidas y adoptar ciertas decisiones. *Bill* se preguntó por vez primera si debía hacerlo en solitario o volver a unirse al resto de los grandes de la galaxia para reflexionar sobre las consecuencias que podían tener dichas resoluciones.

CAPÍTULO XXXV

La utilidad de las vacunas

El doctor Dhatusena Bandara renunció, en efecto, al puesto que ocupaba en el consejo de Pax per Fidem a fin de poder presentar su candidatura a la presidencia de Sri Lanka, y Ranjit no pudo por menos de maravillarse al conocer la identidad de quien fue a sustituirlo: Gamini Bandara, su amigo de infancia, quien se convirtió así en parte integrante del equipo que manejaba el Trueno Callado.

Y si aquella noche se fue asombrado a la cama, cuando se despertó lo aguardaba una nueva sorpresa. El olor que le llegó de la cocina no era el del desayuno del que gustaba Myra habitualmente. Más extraño aún le resultó oír, tras salir de la ducha y comenzar a vestirse, a su esposa cantando lo que daba la impresión de ser algún himno aprendido de pequeña en la escuela dominical. Totalmente desconcertado, se puso la camisa y se dirigió con paso decidido a la cocina.

Al verlo entrar, Myra, quien, efectivamente, estaba canturreando para sí con aire feliz, se detuvo y, juntando los labios para darle los buenos días con el gesto de un beso, lo invitó a sentarse a la mesa.

—Ve tomándote el zumo —le pidió—. Enseguida te preparo los huevos.

—¿Huevos revueltos? —preguntó él al reconocer lo que estaba removiendo ella—. Salchichas, patatas fritas... ¿Qué te pasa, Myra? ¿Echas de menos California?

—No —respondió ella sonriendo de oreja a oreja—, pero sé que te gusta comer cosas de éstas de vez en cuando, y tengo algo que celebrar. Me he levantado con una idea en la cabeza: ¡sé cómo hacer feliz a Surash sin que se resientan nuestros principios!

Ranjit apuró el zumo y observó complacido a Myra mientras ella

disponía en el plato de él la parte más consistente del menú.

—Si eres capaz de hacer una cosa así, voy a decirle a Gamini que te meta en el consejo de Pax per Fidem.

Ella se limitó a sonreír mientras preguntaba:

—¿Podrás comerte cuatro salchichas? Tashy ni las ha tocado, ha dicho que ya comería cualquier cosa en la universidad.

Él le devolvió la sonrisa mientras fruncía el ceño con gesto burlón.

—¡Myra! Deja de hablar de comida y cuéntame cómo vamos a contentar a Surash.

—Bueno —respondió ella, sentándose a su lado y sirviéndose una taza de té—. Hoy tengo que llevar a Robert a que le pongan la dosis de recuerdo de la vacuna, y esta noche he soñado que él estaba en casa, jugando con su ordenador, y tenía el cuerpo lleno de dardos de papel enrollado. Entonces, al arrancarle uno de los que tenía en el hombro, descubrí que lo que había escrito en ellos eran versículos de la Biblia.

Ranjit arrugó aún más el sobrecejo.

—No tiene nada de raro que te preocupe la inmunización de nuestro hijo, ni que todo eso se traduzca en sueños.

—Ya lo sé, cariño —repuso ella en tono afectuoso—; pero dime, ¿contra qué se estaba protegiendo? Cuando vacunamos a los niños contra la viruela, les inoculamos el virus para que creen sus propias defensas y no corran el riesgo de ser atacados por la enfermedad cuando crezcan. Por tanto, si les inoculamos versículos de la Biblia de pequeños... y estoy pensando en el género de escuela dominical a la que iba yo siendo una niña... ¿no estaremos...?

—¿Inmunizándolos contra la religión para cuando crezcan? —exclamó él, y poniéndose en pie, la tomó entre sus brazos—. ¡Eres la mejor esposa que pueda uno imaginar! —sentenció— ¡Es una idea excelente! —Entonces vaciló—. ¿Tú crees que Natasha va a querer robar tiempo a su apretada agenda para ir a catequesis?

—Ya —reconoció ella—; ya sé que no va a ser fácil. Lo más que podemos hacer es tratar de convencerla.

* * *

Natasha volvió exultante de las instalaciones universitarias en que se entrenaba en el manejo de la vela solar.

—¡Lo tengo! —gritó, agitando un impreso ante el rostro de sus padres—. ¡Me han admitido en la carrera!

Ranjit, que jamás había pensado que pudiese ocurrir lo contrario, se levantó y la alzó del suelo con un gran abrazo. No tardó en soltarla, pues su hija, además de sacarle ya tres centímetros de altura, tenía el cuerpo compuesto principalmente por masa muscular. Myra la felicitó con un beso antes de ponerse a examinar el documento que llevaba el sello oficial del Comité Olímpico Internacional.

—Sois diez los admitidos —observó—. ¿Quién es este R. Olsos, de Brasil? También es piloto de vela solar, y me suena mucho.

Natasha respondió con una risita:

—Es Ron, Ronaldinho Olsos, el corredor de cien metros que os presenté en la Luna.

Su madre la miró con gesto interrogativo.

—¿Y cuándo ha dejado el atletismo para hacerse piloto de vela solar?

—Pues... —respondió ella al descuido— podría ser que yo tuviese algo que ver. Siempre había sentido envidia por lo que estaba haciendo yo. Hemos estado en contacto desde entonces.

—Ya veo —dijo Myra, que no había tenido noticia alguna al respecto. Sin embargo, comoquiera que ella también había sido adolescente, y no había olvidado lo poco que le gustaba que sus padres metieran las narices en las relaciones experimentales que mantenía con los chicos, optó por no seguir indagando. Entonces mandó a la criada a la mejor pastelería de los alrededores para que adquiriese una tarta que, sin ser de cumpleaños, sirviera para celebrar aquella noticia, digna de ser solemnizada por todo lo alto, y tras decorarla con sus manos con un dibujo aproximado de la vela solar que iba a gobernar su hija, convirtió la cena en una verdadera fiesta.

Los Subramanian estaban acostumbrados a ocasiones así; de hecho, podían considerarse expertos en ellas. En consecuencia, una vez que Natasha hubo soplado las velas y pensado el deseo de rigor (que no debía revelar a nadie, y menos aún a sus padres), todos se hallaban imbuidos de un espíritu de lo más jovial, cálido y afable cuando Robert se abrazó a su hermana mayor y le susurró algo al oído. Ella, con ademán sobresaltado, no pudo por menos de volverse hacia sus padres y preguntar:

—¿Es verdad eso? ¿Vais a hacer que vaya a la iglesia?

—No; a la iglesia, no —respondió su padre—, sólo a la escuela dominical. Hemos estado estudiándolo, y tienen una clase que le podría ir bien. Aprenderá historias de Jesús y su sermón de la montaña, y todo eso. Surash se alegrará de saber que los nietos de mi padre no están creciendo sin el menor contacto con la religión…

Natasha meneó la cabeza con gesto de enfado.

—A mí no me importa crecer de espaldas a la religión. ¡Robert dice que también queréis que vaya yo! Decidme la verdad: ¿no creéis que ya tengo bastantes cosas que hacer? Las clases, los entrenamientos…

—Será sólo una tarde a la semana —le hizo saber su madre—. En tu caso, no hemos dicho nada de catequesis: irías con un grupo de adolescentes que, sí, hablan de la Biblia de vez en cuando; pero dedican la mayor parte del tiempo a trabajar en proyectos encaminados a hacer del mundo un lugar más agradable.

—Lo que, por ahora —añadió Ranjit—, comporta, fundamentalmente, apoyar la campaña presidencial de Bandara padre. Puedo asegurarte que te gustará ayudar en este proyecto.

Ni Natasha ni el resto de la familia ponía en duda tal extremo. De hecho, había sido el padre de Gamini quien había persuadido a la universidad para que creara el laboratorio de simulación que le había permitido entrenarse para la carrera de vela solar que estaba por venir, lo cual no hacía más que aumentar sus esperanzas de salir vencedora. Aquellas instalaciones resultaban mucho menos costosas que la cámara de gravedad lunar que había necesitado para estar en forma para competir con la aerocicleta, pues apenas consistían en una sala cuyos seis paños estaban conformados por pantallas. Aun así, los programas informáticos que debían emplearse eran complejos… y muy caros. Suponían un desembolso considerable para la universidad, un gasto que la familia Subramanian no habría podido afrontar en solitario.

—Además —añadió su madre mientras le acercaba su pantalla personal—, tengo una foto que tomaron hace unas semanas, durante una fiesta que celebraron en la playa. Me da en la nariz que son de la clase de chicos que vas a querer conocer.

—Ajá… —dijo Natasha mientras estudiaba a la veintena aproximada de jóvenes que se mostraba en la imagen.

No hizo comentario alguno acerca del hecho de que entre los de

sexo varón hubiese al menos cuatro muy bien parecidos, ni tampoco su madre, si bien estaba por demás segura de que aquel tal Ron, el brasileño que acababa de reaparecer en sus vidas de forma inesperada, no era, ni por asomo, tan agraciado.

—Por supuesto —aclaró—, la decisión es sólo tuya; si de veras crees que no...

—Bueno... —concluyó su hija—. Supongo que podría probar a ir una o dos veces. Si, como decís, eso hace feliz a Surash...

* * *

Cuando *Bill* regresó para unirse de nuevo al conjunto de los grandes de la galaxia, quedó maravillado por el torrente de gozo que le proporcionó aquella experiencia. Siempre que se destacaba a fin de ocuparse de sus diversos quehaceres, se convertía en algo que no era parte de su vivencia previa: un ser solitario. Y cuando, al fin, volvía a hacerse uno con sus compañeros, podía regocijarse por dejar de sentirse en soledad.

Le resultaba difícil tener que volver a desprenderse de ellos. Con todo, huelga decir que no tenía elección. El grupo había compartido sus preocupaciones y su necesidad de ser justo. Y lo cierto es que había quedado impresionado y perturbado por el Trueno Callado, que lo había llevado a pensar que tal vez los seres insignificantes y malhadados que conformaban la especie humana no supusiesen ya, a la postre, amenaza alguna para la paz de la galaxia. En tal caso, resultaba quizás inicuo exterminarlos.

Los grandes de la galaxia eran gentes severas y, en ocasiones, despiadadas; pero jamás habían querido ser injustos. En consecuencia, *Bill* no dudó en coger el camino que lo llevaba a los aledaños de aquel solecito amarillo en torno al cual giraba el planeta de aquéllos y envió dos mensajes. El primero tenía por destinatario la flota de los unoimedios, que a esas alturas se hallaba a un año luz escaso del astro que debía arrasar.

—Cancelad instrucciones de aniquilación —rezaba—. Deteneos. No sigáis avanzando. Emplead medidas de emergencia si es necesario.

Y el segundo, dirigido tanto a ellos como a los eneápodos, se limitaba a prohibir que nadie volviera a ofrecer manifestación alguna de su presencia a los humanos de la Tierra. Aquello supuso un problema

nada baladí para los archivados que ejercían de navegantes de las ciento cincuenta y cuatro naves de la flota, quienes, habiendo comprendido las órdenes, eran muy conscientes de que resultaba mucho más fácil cursarlas que acatarlas: en lo que tocaba a los vehículos espaciales, resultaba imposible pisar a fondo el freno en caso de emergencia. En primer lugar, se hacía necesario aumentar la potencia del fuego de desaceleración, cosa que hicieron enseguida. Aquello comportaba, por descontado, un desperdicio terrible de energía eléctrica y combustible líquido; pero tal circunstancia tenía una significación secundaria, pues aquellas materias, como todo cuanto tenía de observable el universo, pertenecían a los grandes de la galaxia, y si eran éstos quienes optaban por despilfarrarlas, allá ellos.

Era la segunda parte de las instrucciones lo que más preocupaba a los unoimedios, pues en ella se les pedía que evitasen ser vistos por la especie que constituía su objetivo. Dejando a un lado el que los eneápodos se hubieran dejado ver ya, cuando ellos comenzasen a echar gigajulios de energía por sus tubos de escape y aquellas ciento cincuenta y cuatro antorchas gigantescas empezaran a brillar a un tiempo con el fulgor de los gases ionizados, ¿cómo iban a poder pasar inadvertidos?

CAPÍTULO XXXVI

Listos para la carrera

Tal vez podía haberse esperado que la fiesta destinada a despedir a los participantes de la carrera de vela solar se celebrara en algún auditorio gigante de la ciudad de Nueva York, de Pekín o de Moscú; pero no fue así. Cierto es que estuvieron presentes no pocas cámaras, y que cuanto ocurrió ante su objetivo pudo verse en las pantallas de todo el mundo. Sin embargo, el lugar en que estaban instaladas no era sino el modesto salón de actos de la terminal, en el que, contando a todos los asistentes, incluidos los siete competidores, sus entrenadores, sus familiares más cercanos y un puñado de personalidades invitadas, apenas se llegaba a las doscientas personas.

Myra tenía su propia teoría acerca del motivo. Según sus sospechas, ninguno de los tres grandes estaba dispuesto a dejar que otro se hiciera cargo de semejante acontecimiento. Aun así, optó por no decir nada. Miró a su hija, de pie, grave y alta, al lado de sus seis rivales, mientras el arbitro les recordaba cuáles eran las reglas de la carrera.

—¡No me digas que no tiene un aspecto imponente! —susurró a su esposo, aunque conocía de antemano la respuesta.

Ranjit, sin embargo, se la dio: no tenía la menor duda de que Natasha, además de ser la más elegante y prometedora de todos los pilotos de vela solar, parecía muy madura para sus dieciséis años, hasta extremos sorprendentes y aun un tanto alarmantes. Centró su atención en la parte que más le angustiaba de la escena que tenía ante sí.

—Ese que está a su lado —hizo ver a Myra— es el tal Olsos, el brasileño.

—No te preocupes por Ron —repuso ella mientras apretaba su

mano, con la sabiduría propia de quien ha sido en otro tiempo una adolescente de dieciséis años—. ¡Vaya! Hola, Joris.

Abrazó al recién llegado, quien estrechó, a continuación, la mano de Ranjit y les anunció:

—Van a empezar dentro de un minuto. Sólo quería saludaros... e informaros de que hemos hecho una pequeña apuesta entre los ingenieros del ascensor espacial, y que yo he apostado por Natasha.

—¿Por eso habéis formado ese revuelo hace un rato? —inquirió Myra.

—¡Ah, eso! —respondió él con un guiño—. ¡No, qué va! Era por el mensaje que hemos recibido de Massachusetts, del Centro de Acontecimientos Espaciales. Acaban de observar en Centauro una supernova la mar de brillante que tiene ciertos rasgos curiosos. —Y sonriendo, agregó—: Casi me arrepiento de haber dejado la astronomía. —Entonces, cuando el hombre que presidía aquella celebración subió al estrado y los del auditorio comenzaron a buscar sus asientos, exclamó—: ¡Hasta luego!

* * *

Sólo hubo un orador en la ceremonia: el presidente, recién elegido, de la República de Sri Lanka: Dhatusena Bandara. Si bien nadie podía negar que ofrecía una imagen imponente, lo que en parte se debía a su rostro severo y provecto y a su figura esbelta, propia de un hombre que jamás se hubiera dejado ablandar, lo cierto es que adoptó un tono informal, punto menos que festivo.

—Ha habido varias naciones —hizo saber al selecto grupo de oyentes que lo escuchaba— que deseaban celebrar este acontecimiento en una gran ciudad. Sin embargo, estáis aquí, y no porque mi país lo merezca más que cualquier otro, sino simplemente porque el azar de la geografía ha querido que Sri Lanka sea el lugar en que se encuentra el Skyhook. Sin él, habría sido imposible celebrar esta competición. Es él el que va a transportar a estos siete maravillosos jóvenes de uno y otro sexo a la órbita terrestre baja; el que ha llevado allí, pieza a pieza, cada una de las naves que van a emplear. Ya tenéis montados casi por completo los vehículos que vais a manejar durante esta carrera, la más grandiosa de cuantas se hayan concebido. Que Dios os bendiga a todos,

y quiera que volváis sanos y salvos una vez acabada la prueba.

Y aquello fue todo, a excepción de los abrazos y besos de despedida que se prodigaron antes de que los pilotos y sus entrenadores se dirigieran al muelle de carga del ascensor espacial. Ranjit observó, sin desagrado, que, en tanto que aquel tal Ronaldinho Olsos embarcaba en la primera cápsula, Natasha se encontraba entre quienes habían de subir en la tercera. Después de despedirse de ella por cuarta o quinta vez, y tras lograr despegar a Robert de su hermana mayor, los Subramanian regresaron, como el resto del auditorio, a los autobuses.

Allí, cortándoles el paso, se encontraba Joris Vorhulst, sin compañía y hablando con agitación por su pantalla de bolsillo.

—¡Joris! —exclamó Myra al llegar a su lado—. ¿Qué es lo que te preocupa ahora? ¿Han encontrado otra supernova?

El tono jocoso con que había formulado la pregunta contrastaba con la expresión de Vorhulst, quien cerró de golpe la pantalla mientras meneaba la cabeza.

—No; no es precisamente eso. Ahora que los telescopios espaciales están preparándose para verlo mejor, parece ser que podría no tratarse de una supernova. Además, está mucho más cerca de lo que cabe esperar de una estrella de esa clase. Hasta es probable que se encuentre en la nebulosa de Oort.

Myra se detuvo, llevándose la mano al pecho.

—No será peligroso para los competidores, ¿verdad?

Él lo negó con un gesto.

—No hay de qué preocuparse. ¡Qué va! Los velistas van a correr en la órbita terrestre baja, y esa cosa, sea lo que sea, está muchísimo más lejos. Pero me encantaría saber lo que es.

* * *

Los mecánicos que, más arriba, tenían casi montadas ya las velas solares, no estaban solos. Ninguno de ellos había advertido la presencia de las naves diminutas de los eneápodos, dado que hacía tiempo que habían vuelto a activar el transformador de fotones. Sin embargo, las dotaciones de estas últimas estaban casi tan estupefactas como el propio Joris Vorhulst, si bien por algo totalmente distinto. ¿Para qué podían ser aquellos siete vehículos casi completos? No parecían montar

armamento alguno... Y aunque esto último aliviaba en parte su preocupación, seguían sin tener la menor idea de cuál podía ser el objeto de aquellas naves espaciales, y no les hacía mucha gracia tener que informar de ello a sus señores, los grandes de la galaxia.

CAPÍTULO XXXVII

La carrera

La nave de Natasha Subramanian llevaba el nombre de *Diana* por decisión de la propia corredora, y por fin estaba lista para efectuar su primera carrera, pues nunca antes había volado. Estaba amarrada junto con su nodriza, y tenía desplegado el colosal disco de su velamen, tenso contra el aparejo por estar ya henchido del viento intenso y silencioso que soplaba entre los planetas. La carrera estaba a punto de comenzar.

—Quedan dos minutos —anunció la radio de su cabina—. Confirmen el funcionamiento correcto de los mecanismos.

Uno a uno, los pilotos fueron respondiendo. Natasha reconoció las voces de todos (unas, tensas; otras, dotadas de una calma punto menos que sobrehumana), pues eran las de sus amigos y sus rivales. En todas las regiones habitadas por el hombre había apenas una veintena de personas que poseyesen las habilidades necesarias para gobernar una embarcación solar, y todas estaban allí, orbitando a treinta y seis mil kilómetros del ecuador terrestre, bien en la línea de salida, como Tashy bien a bordo de las naves de escolta.

—¡El número uno, *Gossamer,* está listo!

—¡El número dos, *Woomera,* listo!

—¡Número tres, *Sunbeam*! ¡Todo bien!

—¡Número cuatro, *Santa María*! ¡Todo funciona según lo previsto!

Natasha sonrió. Aquél, claro está, era el vehículo de Ron Olsos, por quien se sentía muy atraída, aunque menos, a su juicio, que él por ella. La frase con que había respondido constituía un homenaje a los albores de la astronáutica, muy propio de su afición por lo teatral.

—¡Número cinco, *Lébedev*; listos! —Ése era el ruso, Efremi.

—¡Número seis, *Arachne*, también lista! —Quien hablaba era Hsi

Liang, joven nacida en cierto pueblo del norte de Chengdu, a la sombra del Himalaya.

Entonces llegó el momento en que Natasha, situada al final de la línea de salida, tenía que pronunciar las palabras que se oirían en todo el mundo, en cualquier rincón en que hubiese un ser humano.

—¡Número siete, *Diana*, lista para ganar!

«¡Chúpate ésa, Ronaldinho!», pensó mientras comprobaba por última vez la tensión del aparejo. Desde el diminuto habitáculo en que flotaba ingrávida, el velamen del *Diana* daba la impresión de ocupar todo el universo. Y no era para menos: ahí fuera, listos para liberarla de las cadenas de la gravedad terrestre, había más de cinco millones de metros cuadrados de vela, unidas a su cápsula de mando por casi un centenar de kilómetros de cordaje de carbono alotrópico. Aquella vastísima extensión de plástico aluminizado podía, pese a tener un grosor de escasas millonésimas de centímetro, ejercer la fuerza suficiente para llevarla en primer lugar a la línea de meta de la órbita lunar (o al menos, eso esperaba ella).

—Quedan diez segundos —oyó por el altavoz—. ¡Enciendan todos los instrumentos de grabación!

Con los ojos fijos aún en el ancho mar de su velamen, Natasha pulsó el interruptor que ponía en marcha todas las cámaras y demás equipo de registro. La vela era lo que ocupaba en aquel momento su imaginación: si a su mente le costaba tomar conciencia de algo tan gigantesco y, al mismo tiempo, tan frágil, aún parecía más difícil creer que aquella película azogada pudiera atoarla a gran velocidad a través del espacio sin más energía que la de la luz solar que fuese capaz de captar.

—... cinco, cuatro, tres, dos, uno, ¡fuera!

A esta señal, siete cuchillas con filo de diamante guiadas por ordenador cortaron sendos cabos, y los veleros quedaron en libertad. Hasta aquel instante, éstos y las naves de apoyo habían orbitado como una sola unidad en torno a la Tierra, unidos con firmeza. A continuación, comenzaron a dispersarse como semillas de diente de león llevadas por el viento a la deriva.

Y el primero que rebasase la órbita de la Luna sería el ganador.

* * *

A bordo del *Diana*, ninguno de los sentidos del cuerpo de Natasha percibió cambio alguno. De hecho, tampoco había esperado que ocurriese nada: lo único que daba muestras de la existencia de cierta propulsión era la esfera del panel de mandos, que había registrado una aceleración de casi una milésima parte de la gravedad terrestre.

Se trataba, claro está, de una medida ínfima, rayana en lo absurdo. Y aun así, superaba lo que hubiese alcanzado hasta aquel momento ningún velero solar guiado por el hombre, tal como habían prometido los diseñadores y constructores del *Diana.* Aceleraciones así sólo se habían logrado con maquetas a escala… hasta entonces. A aquel ritmo (según calculó a la carrera, sonriendo al ver aparecer el resultado en el panel), sólo iba a necesitar dar dos vueltas a la Tierra a fin de ganar la velocidad suficiente para abandonar la órbita terrestre baja y poner rumbo a la Luna. Entonces, podría contar con toda la fuerza de la radiación solar.

Toda la fuerza de la radiación solar…

Natasha seguía sonriente mientras pensaba en todas las veces que se había afanado en exponer los principios de aquel género de navegación a un público formado por potenciales patrocinadores y gentes que, sin más, tenían interés en la materia.

—Tended las manos en dirección al Sol con las palmas hacia arriba —les pedía—. ¿Qué sentís? —Entonces, al no recibir más respuesta que un ocasional: «Calorcito», les encajaba los fundamentos de aquella disciplina—: Pero hay algo más: presión. No mucha; de hecho, tan poca que no podemos percibirla. Quizá las palmas de nuestras manos están recibiendo un empuje de mucho menos de un miligramo; pero mirad lo que es capaz de hacer.

Y dicho esto, sacaba unos cuantos metros cuadrados del material con el que estaba confeccionado el velamen y lo lanzaba hacia el auditorio. Aquella película argéntea ascendía a la deriva como una voluta de humo en dirección al techo por acción de la columna de aire cálido formada por la temperatura corporal de los presentes.

—Como podéis ver —proseguía—, la lámina es ligerísima: el kilómetro cuadrado que hará navegar el velero no llega a pesar una tonelada; pero basta para recoger dos kilos de presión procedente de la radiación solar. Estos impulsarán el velamen y harán avanzar al *Diana*

con él. La aceleración, claro, será diminuta, pues ni siquiera alcanzará la milésima parte de un *g*. Sin embargo, resulta sorprendente lo que puede llegar a hacer un empuje tan insignificante.

»Durante el primer segundo, el *Diana* avanzará, más o menos, medio centímetro. Ni siquiera eso, en realidad, ya que la jarcia se estirará lo suficiente para que ese primer movimiento resulte imposible de medir.

A continuación, se volvía en dirección a la pantalla instalada en el lienzo de la sala para encenderla haciendo chasquear los dedos. En ella aparecía entonces la extensión semicilíndrica de la vela, vastísima aunque casi impalpable, y el plano general se transformaba en un primer plano de la cápsula del pasajero, no mucho mayor que el habitáculo en que se hallaba instalada la ducha de un hotel de carretera, que haría las veces de hogar de Natasha durante semanas.

—Después de un minuto, sin embargo, el movimiento se volverá bastante fácil de detectar. A esas alturas, habremos recorrido veinte metros y alcanzado una velocidad de poco menos que un kilómetro por hora. Tras lo cual sólo nos quedarán unos cuantos centenares de miles más para alcanzar la órbita lunar.

Llegados a ese punto, sonreía con cordialidad ante la risita que solía elevarse entre el público y esperaba a que la sala volviese a estar en silencio para continuar:

—Aunque pueda parecer lo contrario, no está nada mal: tras la primera hora, estaremos a sesenta kilómetros del punto de partida, y viajaremos ya a cien kilómetros por hora. No olvidéis que se trata del espacio, y que allí la fricción es nula. Una vez que imprimimos movimiento a un objeto, éste seguirá avanzando de forma indefinida, sin más desaceleración que la que pueda comportar la gravedad de los objetos distantes. Os sorprenderá saber que, transcurrida su primera jornada, nuestro velero habrá alcanzado una velocidad de casi tres mil kilómetros por hora, gracias a la aceleración de una milésima de *g* propiciada por el empuje casi imperceptible de la presión de la luz solar.

Al final, habían acabado por convencerse. En realidad, todo el mundo se había convencido, o al menos todos cuantos ocupaban puestos de relieve y tenían, por lo tanto, capacidad de decisión. Fundaciones, particulares y los erarios de tres grandes naciones (así como de docenas de otras más modestas) se habían unido a fin de

sufragar tan oneroso acontecimiento. No obstante, semejante empeño económico iba a quedar amortizado con creces, pues la carrera de vuelo libre que se había celebrado en aquel túnel de lava volcánica había conseguido abrir la espita del turismo lunar, y aquella nueva competición contaba ya con la mayor expectación de la historia. Por otra parte, los peces gordos habían comenzado a encargar naves de prospección a fin de investigar la abundancia de materias primas del sistema solar, y muchas de ellas avanzaban por obra de velas solares.

Y en medio de todo ello se encontraba la joven Natasha de Soyza Subramanian.

* * *

El *Diana* había empezado la carrera con buen pie, y Natasha pudo permitirse dedicar cierto tiempo a otear a sus oponentes. De entrada, se despojó de buena parte de su vestimenta, toda vez que no había nadie en los alrededores que pudiese observarla. Entonces, con movimientos muy cautos, pues si bien la nave disponía de sistemas de amortiguación entre la cápsula de mando y el delicado aparejo del velamen, no tenía intención de correr riesgo alguno, se situó ante el periscopio.

Allí estaban los demás, como extrañas flores de plata crecidas en los oscuros campos del espacio. El *Santa María*, velero sudamericano montado por Ron Olsos, se encontraba a sólo ochenta kilómetros de distancia, semejante a una cometa que midiese más de mil metros de lado. Más allá navegaba el *Lébedev,* de la corporación rusa Cosmodine. Tenía una forma cercana a la de una cruz de Malta, puesto que, como no ignoraba Natasha, los ingenieros habían dividido el velamen en cuatro gruesos brazos a fin de facilitar su gobierno. Por el contrario, el *Woomera,* proveniente de Australia, consistía en un sencillo paracaídas redondo de los antiguos, aunque de cinco kilómetros de circunferencia. El *Arachne,* de la General Spacecraft, era idéntico, tal como podía colegirse por el nombre, a una tela de araña, y de hecho, estaba construido conforme a los mismos principios. Para ello se habían empleado autómatas lanzadera que habían recorrido la estructura en espiral partiendo desde el centro. El *Gossamer* de Eurospace poseía el mismo diseño, aunque un tamaño algo menor. Y el *Sunbeam* de la República Popular de China estaba conformado por un anillo plano con

una abertura central de un kilómetro de ancho, que giraba con lentitud a fin de aprovechar la fuerza centrífuga. La idea no era nueva, aunque hasta aquel momento nadie había logrado hacerla funcionar. Natasha, de hecho, estaba convencida de que la nave asiática iba a tener problemas cuando comenzase a girar.

Para ello, eso sí, había que esperar aún seis horas más. Transcurridas éstas, los siete veleros solares habrían completado la primera cuarta parte de las veinticuatro horas de su órbita geosincrónica. En aquel estadio inicial de la carrera, los participantes avanzaban en dirección contraria al Sol, pues navegaban viento solar en popa. Cada uno de ellos debía sacar el mayor partido posible de aquella primera vuelta antes de que las leyes del movimiento orbital los llevasen a girar alrededor de la Tierra. Alcanzado aquel punto, quedarían encaminados directamente hacia el Sol, y entonces habría que poner en juego la competencia de los pilotos.

Pero aún no había llegado ese momento, y nada había que pudiese preocupar a Natasha en lo referente a la navegación hasta entonces. Con ayuda del periscopio, examinó el velamen con cuidado, comprobando cada uno de los puntos por los que se unía al aparejo. Los obenques, angostas bandas de película plástica sin platear, habrían sido invisibles de no haber estado recubiertos con pintura fluorescente. A través de la lente de Natasha, se mostraban como líneas tirantes de luz de color que se hacían más pequeñas a medida que recorrían los cientos de metros del velamen. Cada uno de ellos disponía de un tensor eléctrico no mucho mayor que el carrete de la caña de quien practica la pesca con mosca. Manejadas por el ordenador, se hallaban en constante movimiento a fin de tensar o soltar la obencadura mientras el piloto automático orientaba las velas al Sol.

Para Natasha, resultaba por demás hermoso observar el jugueteo de la luz del astro con la gran superficie espejada que impulsaba su nave, y que ondulaba con majestuosidad mientras reflejaba innúmeras imágenes de aquél que la atravesaban hasta desvanecerse en los extremos. Semejantes oscilaciones no constituían, por supuesto, contrariedad alguna, pues no pasaban de ser vibraciones calmosas, y por lo común inofensivas, inevitables en una estructura tan vasta y ligera. Aun así, Natasha las escrutaba con atención, siempre alerta ante cualquier indicio que pudiese hacer pensar que iban a trocarse en las

ondas catastróficas conocidas como serpenteos, capaces de rasgar una vela hasta hacerla añicos. Sin embargo, el ordenador la tranquilizó al garantizar que en aquel momento no existía peligro alguno.

Cuando, al fin, estuvo segura de que todo se hallaba en orden, y no antes, se permitió acceder a su pantalla personal. Dado que cuanto llegaba a su nave había pasado antes por la de apoyo, y la dotación de ésta se afanaba por no hacerle llegar más mensajes que los que coincidieran con la nómina de remitentes que había elaborado con anterioridad, podía confiar en que no tendría que hacer frente al aluvión inacabable de correspondencia destinada a desearle suerte o solicitar de ella un favor u otro. En consecuencia, sólo recibió una nota de su familia, otra de Gamini y otra de Joris Vorhulst. Y se acabó. Le alegró recibirlas, y ninguna de ellas requería contestación.

Por un momento, sopesó la idea de irse a dormir: aunque la carrera no había hecho más que empezar, debía racionar bien las horas de sueño. El resto de veleros contaba con una tripulación de dos personas, que bien podían turnarse para gobernar la nave; pero Natasha no tenía a nadie que la relevase. Ella misma lo había querido así, pensando en Joshua Slocum, aquel otro navegante solitario que había dado la vuelta al mundo en su diminuta balandra *Spray*. Si él había podido hacerlo, ella no iba a ser menos. Además, tenía otra buena razón para intentarlo: el rendimiento de un velero solar era inversamente proporcional a la masa que hubiera de trasladar, y una segunda persona, más todos sus pertrechos, habría supuesto añadir trescientos kilogramos a la carga, peso que bien podía representar la diferencia entre ganar y perder.

Tras ceñirse la cintura y las piernas con las bandas elásticas del asiento de la cabina, vaciló unos instantes, considerando que podía ser una buena idea echar un vistazo a algún noticiario, sobre todo por ver si había habido algún astrónomo capaz de explicar la aparición de aquel fenómeno que, sin ser una supernova, se había manifestado con un resplandor pasmoso en el cielo meridional para volver a desaparecer, sin más, a continuación.

El sentido de la disciplina, sin embargo, pudo más, a la postre, que la curiosidad. Natasha, por tanto, aplicó a su frente los electrodos del inductor de sueño, y programando el temporizador para tres horas, se dispuso a relajarse. Comenzó a sentir entonces, con gran suavidad, las

pulsaciones hipnóticas que palpitaban en los lóbulos frontales de su cerebro, y tras sus párpados cerrados empezaron a expandirse en dirección al infinito espirales de luz de colores. Y luego, nada.

* * *

La sacó del sueño el clamor de latón de la alarma, y en un instante se vio despierta, examinando con la vista el cuadro de mandos. Habían pasado sólo dos horas, pero sobre el acelerómetro parpadeaba una luz roja. Algo estaba fallando, y el *Diana* había empezado a perder empuje.

El adiestramiento hizo que venciese la disciplina sobre el pánico, y sin embargo, Natasha tenía el corazón en un puño cuando se desembarazó del cinturón de seguridad para actuar. Lo primero que pensó fue que debía de ocurrirle algo al velamen. Tal vez habían fallado los mecanismos que evitaban que se enroscara el aparejo. Los medidores que daban cuenta de la tensión de la obencadura arrojaban datos nada corrientes, pues si la lectura resultaba normal en uno de los lados, los valores del otro no dejaban de descender.

Entonces lo entendió. Asiendo el telescopio para escudriñar con el gran angular todo el ancho de la vela, dio enseguida con el problema, que sólo podía tener un origen. La enorme sombra aguzada que había empezado a deslizarse por la brillante plata del velamen del *Diana* resultaba por demás elocuente. Sobre una de las secciones de la nave de Natasha se extendía la oscuridad como si entre ella y el Sol se hubiese interpuesto una nube y, negándole su luz, hubiera puesto fin a la presión insignificante que la impulsaba.

Pero en el espacio no había nubes. Natasha sonrió al tiempo que dirigía la lente hacia el astro. Los filtros ópticos saltaron automáticamente con un leve chasquido a fin de evitarle la ceguera instantánea que habría sufrido de lo contrario, y lo que vio entonces no fue sino lo que esperaba ver: la silueta de una gigantesca cometa de juguete volando ante la faz del Sol. Reconoció la forma de inmediato: a treinta kilómetros a popa se hallaba el *Santa María*, el velero sudamericano, tratando de provocarle un eclipse artificial.

—¡Ajá! ¡*O senhor* Ronaldinho Olsos! —masculló— ¡Qué truco más viejo!

Cierto: era tan antiguo como legítimo. Ya en los tiempos de las

competiciones oceánicas, los capitanes de los veleros se desvivían por privar del viento a sus oponentes.

Sin embargo, sólo los incompetentes podían arredrarse ante semejante ardid, y Natasha de Soyza Subramanian no se contaba entre ellos. Su minúsculo ordenador, que pese a tener el tamaño de una caja de cerillas, poseía el equivalente al cerebro de un millar de lumbreras matemáticas, consideró el problema durante una breve fracción de segundo antes de indicarle cómo corregir el rumbo.

Natasha sonrió, pensando en el desquite, y desconectando el piloto automático, hizo los ajustes necesarios en la orientación del aparejo. No hubo respuesta: los diminutos tensores parecían congelados, como si, de pronto, hubiesen decidido dejar de acatar las órdenes, tanto las procedentes del ordenador de a bordo como las del ser humano que debía haber estado al mando de todo. El velero solar *Diana* ya no estaba en franquía, y su descomunal velamen había comenzado a inclinarse... luego a doblarse..., y a continuación, las ondulaciones del tejido se fueron transformando en oleadas grandes e irregulares. Y la tenue película que constituía la vela alcanzó, y aun superó, la tensión máxima que era capaz de soportar.

* * *

El comodoro advirtió al punto que el *Diana* se hallaba en apuros. De hecho, todos se percataron enseguida, y la disciplina radiotelefónica se desvaneció con igual rapidez. Ron Olsos fue el primero en exigir una embarcación auxiliar de propulsión química que le permitiese salir de su propia nave y ayudar a buscar a Natasha entre el manojo de pecios en que se estaba transformando lo que había sido su velero espacial, y no fue el único: antes de que transcurriese una hora, la carrera se había disgregado en más de una veintena de naves de toda clase que se arremolinaban en torno a la amalgama de velamen y demás aparejo que poco antes había sido la hermosa *Diana*, y hacían cuanto estaba en su poder por evitar chocar entre sí. Los vehículos que poseían los mecanismos pertinentes para hacer salir a sus tripulantes al espacio equiparon con el traje necesario a cuantos pudieron pertrechar para colaborar en la búsqueda.

Registraron cada pliegue de aquel vastísimo velamen, convertido en

algo semejante a una bola de papel, a simple vista, con instrumentos ópticos y aun con visores de infrarrojos capaces de captar de inmediato la insignificante señal del calor corporal de un ser humano en cualquier lugar de aquella vela destrozada. También inspeccionaron las inmediaciones espaciales de lo que quedaba del aparejo del *Diana*, por si Natasha había salido despedida por causa de algún accidente desconocido...

Por encima de todo, buscaban la cápsula minúscula del velero, y no necesitaron mucho tiempo para dar con ella. Dado que a bordo sólo viajaba ella, no era necesario que el habitáculo ofreciese garantía alguna para la intimidad de su ocupante; de modo que apenas disponía de unos cuantos metros cúbicos de espacio, sin lugar alguno en el que poder esconderse.

Sin embargo, Natasha no estaba allí. Aquélla fue la única conclusión a la que pudieron llegar cuantos trataban de encontrarla: Natasha de Soyza Subramanian no estaba allí; en ningún sitio.

CAPÍTULO XXXVIII

A la caza de Natasha Subramanian

Las tres cuartas partes de la familia que habían quedado en tierra se habían resuelto a llevar una vida tan normal como les era posible teniendo al otro cuarto de jarana por el espacio cislunar dentro de un cacharro de plástico y carbón alotrópico. En consecuencia, después de enviar el último mensaje a Natasha para desearle buena suerte, Ranjit había cogido la bicicleta para dirigirse a su despacho, y Myra había aprovechado la oportunidad que se le ofrecía de dedicar una hora entera, o quizá dos, a la tarea de tratar de informarse de los últimos avances logrados en el ámbito de la inteligencia artificial y la ortopedia de entre el montón de revistas que había ido acumulando. Lo de disponer de unas cuantas horas para sí no era algo muy frecuente. Sólo ocurría cuando Robert estaba durmiendo, cuando se encontraba en su colegio de educación especial o cuando, como en aquel momento, se hallaba sumido en la labor de seguir sumisamente a la criada para «ayudarla» a hacer las camas y arreglar los dormitorios a primera hora de la mañana.

Así que, mientras se enfriaba la taza de té que había dispuesto en la mesa a la que se había sentado, y con la pantalla de la habitación encendida, claro está, para estar al día de cualquier cosa que pudiese ocurrir en la carrera en la que participaba Natasha, estaba intentando entender el contenido de algunas de las publicaciones cuando oyó sollozar con desconsuelo a su hijo.

Alzando la vista, vio a la empleada entrar con él en la sala.

—No sé qué le ha pasado, señora —dijo ésta con cierta turbación— Estábamos vaciando las papeleras cuando se ha sentado y se ha puesto a llorar. ¡Y él nunca llora, señora!

Myra lo sabía tan bien como ella. Sin embargo, el chiquillo seguía

deshaciéndose en lágrimas. En consecuencia, hizo lo que han hecho incontables millones de madres desde tiempos de los australopitecos: tomarlo en brazos y acunarlo mientras le susurraba al oído en tono tranquilizador, y aunque no consiguió acallarlo, el llanto se fue resolviendo en sollozos. Su madre se estaba preguntando si aquel hecho, extraño y preocupante, aunque, sin duda, no tanto para que tuviese que temer por la vida del pequeño, justificaba una llamada al despacho de su esposo cuando un fuerte alarido de la criada la hizo alzar la vista.

La pantalla mostraba la imagen del velero solar de su hija, casi idéntica a la que habían visto una hora antes, de no ser por la inclinación que manifestaba uno de sus lados, y bajo ella, sobre fondo rojo, podían leerse los siguientes titulares: «¿Accidente en la competición lunar?». Cuando subieron el volumen, en los agitados comentarios del locutor no había rastro alguno de los signos de interrogación: al *Diana* le había ocurrido algo malo, y lo peor de todo era que su piloto (es decir: su amadísima hija) no respondía a la llamada del comodoro. Todo apuntaba a que, fuera lo que fuese, lo que le había pasado a la nave había hecho desaparecer, de un modo u otro, a su ocupante.

* * *

Si la terrible consternación que sentía Myra Subramanian era, quizá, la más personal que pudiese experimentar ser humano alguno, lo cierto es que no estaba sola. Cuanto más hurgaban las naves auxiliares en el rompecabezas de lo que había podido ocurrir al *Diana,* tanto más insoluble parecía.

Los servicios de emergencia del velero del comodoro llevaban tiempo equipados y habían llegado ya a la cápsula de mando del *Diana.* Lograron acceder al interior y, tras registrarlo de arriba abajo, fueron incapaces de dar con indicio alguno de su piloto. Y aún había algo más inquietante: tras examinar minuciosamente los elementos del habitáculo, descubrieron que el registro del sistema que garantizaba la estanquidad del lugar daba fe, de forma inequívoca, de que la cabina no se había abierto desde el momento en que había entrado Natasha para comenzar la carrera; lo que daba a entender que no sólo había

desaparecido, sino que jamás había abandonado el puesto de mando.

Todo ello, por supuesto, resultaba imposible y, al mismo tiempo, constituía una verdad indiscutible. También huelga decir que el comodoro y el personal a él subordinado tenían otros muchos problemas que resolver de inmediato. Así, por ejemplo, los seis veleros restantes, que habían dejado de navegar en buen orden, corrían peligro de chocar entre sí por estar pendientes sus pilotos de cuanto había podido ocurrir al séptimo del grupo. En consecuencia, se dio orden de que aferrasen las velas y aguardaran a que fueran a recogerlos. Tal maniobra convertiría las naves en seis motitas de materia que habrían de ser conducidas, de un modo u otro, a órbitas de estacionamiento en las que no fuesen a suponer amenaza alguna para el resto del tránsito espacial. Sin embargo, esto último podía esperar; cuando hubiese tiempo para ello, se abordaría cada uno de los problemas de manera metódica.

No era este último un adjetivo que pudiese aplicarse a lo que había sucedido a Natasha Subramanian. Su desaparición, dadas las circunstancias, se presentaba, sin más, como algo imposible. Y si semejante circunstancia era negativa para todo el que tuviese alguna relación con ella, lo cierto es que aún habría de empeorar.

* * *

El resto de la familia Subramanian pasó las treinta y seis horas siguientes reunido en la cocina con la criada y la cocinera. Cuando Robert se levantó de la siesta, más calmado, fue incapaz de decir a sus padres por qué había llorado, y al preguntarle si tenía algo que ver con su hermana, respondió:

—*Atasha ta ormida y eliz.*

A la hora de la cena, comió con ganas, a diferencia del resto. Los demás tampoco fueron capaces apenas de conciliar el sueño, y se limitaron a dormitar en sus asientos o a tenderse media hora en el diván situado bajo las ventanas de la cocina. Ninguno de los adultos se atrevió a alejarse de las pantallas más de un par de minutos, no fuera que de pronto ofreciesen una explicación del suceso.

Tal cosa no ocurrió. Noticias no faltaron, por descontado. De hecho, recibieron una muy preocupante de los equipos de rescate de la

órbita terrestre baja, quienes aseguraban estar rodeados por varias docenas de aquellos objetos de color cobre que habían dado al mundo la primera indicación sólida de la existencia de los platillos volantes o de algo muy parecido. Sin embargo, todos se preguntaban si de veras se hallaban allí y, en caso afirmativo, qué era lo que podían querer, y dado que, pese a lo profuso de las conjeturas, nadie ofrecía una explicación plausible, el planeta volvió la cabeza hacia otros asuntos, como el lugar de la nebulosa de Oort en la que los astrónomos habían visto algo que, pareciendo una supernova, no lo era. Las fotografías de exposición prolongada, efectuadas uniendo grupos de telescopios más potentes, demostraban que, en efecto, existía en aquel punto cierta radiación de baja intensidad que, sin lugar a dudas, había estado ausente en estudios anteriores de la zona. El público se interesaba también por los remolcadores que, de forma gradual, habían reunido a los siete veleros (los seis que seguían intactos y la pelota de material arrugado en que había quedado convertido el *Diana* de Natasha) para conducirlos a órbitas seguras, o volvía la mirada a las capitales del mundo y al resto de ciudades de relieve, poseedoras todas de una colección considerable de «expertos» capaces de debatir hasta la saciedad lo que estaba ocurriendo, sin lograr, no obstante, aclarar nada.

Entonces, comenzó a sonar el teléfono. Nada mejoró al día siguiente, ni tampoco al otro.

* * *

Lo último que quería hacer Myra Subramanian era perder de vista al único hijo que le quedaba a su lado. Sin embargo, no dudó en convenir con Ranjit que sería aún peor disgustar más a Robert. Al día siguiente era domingo, y el pequeño seguía asistiendo a catequesis. Aquel día no fue diferente, aunque Myra pasó en una sala cercana todo el tiempo que él, reunido con el resto del grupo especial de niños que sufrían algún retraso, escuchaba con educación los relatos bíblicos que les leía la mujer encargada de servir al pastor y coloreaba dibujos de Jesús o, como lo llamaba la niña que había sentada a su lado, de «el Tachado» (por lo de la cruz). El lunes tenía el taller que les había recomendado uno de sus asesores. En él, Robert Subramanian, la criatura que había descubierto los hexaminós sin ayuda de nadie, aprendía, con paciencia

y, al parecer, con no poco deleite, a rellenar con un lápiz de cada color las cajas de adorno que se vendían en la modesta tienda de artículos de regalo del taller.

Al menos, se habían acabado los lloros. Aun así, en sus padres no habían cesado la preocupación, la perplejidad y el dolor terrible de la pérdida. Tampoco habían dejado de recibir llamadas, de todos sus conocidos y de un número increíble de gentes de las que jamás habían tenido noticia. No faltaban los pelmazos, como era el caso de Ronaldinho Olsos, quien no dejaba de pedir disculpas por si pensaban que había tenido algún género de responsabilidad, o el de T. Orion Bledsoe, de Pasadena, que se ponía en contacto con ellos para ofrecer sus condolencias y, sobre todo, al objeto de preguntar si Ranjit tenía la menor idea de lo que podía haber ocurrido a su hija, aunque por cualquier motivo no hubiese considerado oportuno hacérsela saber a las autoridades.

Y a todo ello hay que sumar a los periodistas. Ranjit se había equivocado al pensar que era imposible sufrir una invasión de su intimidad mayor que la que había tenido que soportar tras publicar la demostración del último teorema de Fermat en la revista *Nature.* La que se le vino encima tras la desaparición de Natasha fue aún peor. Por más que Bandara, el presidente electo, hubiese dispuesto que la policía custodiara los accesos al hogar de los Subramanian, una vez que su bicicleta salía del cordón de seguridad, Ranjit se convertía en un blanco legítimo. En consecuencia, sólo acudía a la universidad cuando no tenía más remedio. Después de cenar, dejaba a Myra estudiando sus artículos y a Robert colocando canicas en el suelo a su lado y se retiraba al dormitorio principal a planificar su siguiente seminario.

En ello estaba, precisamente, cuando ocurrió. Myra alzó la mirada de su pantalla frunciendo el ceño. Había oído algo, algo semejante a un chirrido electrónico remoto, y al mismo tiempo había visto un destello dorado por debajo de la puerta. Lo siguiente que llegó a sus oídos fue la voz de su esposo, entre feliz y aterrorizada.

—¡Por Dios bendito! —gritó él— ¿Eres tú de verdad, Tashy?

Tras escuchar aquello, no había nada que pudiese impedir a Myra de Soyza Subramanian irrumpir en la habitación contigua. Abrió la puerta con precipitación y vio a su marido mirando de hito en hito a alguien que había de pie al lado de la ventana. Era una joven que

llevaba puesto lo mínimo que vestiría alguien que supiese a la perfección que no iba a encontrarse al alcance de la vista de terceras personas.

Se trataba de un atuendo que su hija había usado con muchísima frecuencia cuando estaba en casa. Como un eco, repitió la exclamación de Ranjit:

—¡Tashy! —Y como habría hecho cualquier otra madre en circunstancias tan absurdas como aquélla, se lanzó hacia su hija tratando de envolverla con los brazos.

Pero tal cosa resultó ser imposible. A un metro de la figura de la joven notó algo que la hizo refrenarse y que, un palmo más allá, la detuvo en seco. No fue nada semejante a un muro ni, de hecho, nada tangible. Acaso podría decirse que fue algo comparable a una brisa cálida e irresistible. Fuera lo que fuere, Myra quedó inmóvil a sólo un brazo de distancia de cualquiera de los miembros de aquella imagen que poseía el rostro de la niña a la que había dado a luz, criado y amado. Y que en aquel momento ni siquiera la miraba. Tenía los ojos clavados en Ranjit, y comenzó a hablar diciendo:

—No tiene sentido ponerse a debatir quién soy, doctor Subramanian. Lo importante es que debo formularle un buen número de preguntas, y que usted tiene que responder a cada una de ellas.

Y sin intención alguna de oír lo que él pudiese tener que decir, sin más explicaciones ni gesto alguno de cortesía, dio comienzo al interrogatorio.

* * *

En efecto, las preguntas fueron muchas. Se sucedieron de forma inacabable (durante casi cuatro horas, en realidad), y lo abarcaban todo: «¿Por qué están destruyendo sus armas muchas de las tribus de su planeta?». «¿Ha vivido alguna vez en paz su especie?» «¿Qué significa el término *demostración* aplicado a la investigación relativa al teorema de Fermat que llevó usted a cabo en el pasado?» Y también las hubo más extrañas: «¿Por qué copulan los especímenes masculinos y femeninos de su especie aun en períodos en los que a estos últimos les es imposible concebir?». «¿Han llegado a calcular cuál sería la población ideal del planeta?» «¿Por qué la excede de forma tan marcada el número

de los seres que viven en él?» Y otras más: «En su planeta hay áreas de kilómetros y kilómetros cuadrados con una densidad demográfica insignificante. ¿Por qué no las han colonizado con personas procedentes de los centros urbanos más poblados?».

Myra asistió petrificada a semejante interpelación, viéndolo todo, pero incapaz de moverse. Fue testigo del afán con que su esposo trataba de hacer frente al cuestionario a despecho de la perplejidad que lo atenazaba, y anheló ayudarlo. ¡Y qué preguntas!

—A veces —formulaba aquel ser, fuera cual fuere su sexo, con una voz modulada de tal manera que bien podría haber salido de un cadáver reanimado—, usan ustedes la palabra *país* para referirse a determinado colectivo humano, y otras prefieren *nación.* ¿Cuál es la diferencia entre ambos conceptos: el tamaño, acaso?

El padre putativo de aquella figura meneó la cabeza.

—No, en absoluto; hay países con centenares de miles de habitantes, y otros, como China, que tienen casi dos mil millones. Sin embargo, aquéllos y éste son estados soberanos; o sea, naciones —se corrigió.

El visitante guardó silencio unos segundos antes de proseguir.

—¿Cómo se tomó la decisión de aniquilar todos los sistemas electrónicos de Corea del Norte, Colombia, Venezuela y otras naciones, países o estados soberanos?

Ranjit dejó escapar un suspiro.

—Supongo que fue el consejo de Pax per Fidem. Si quiere una respuesta segura, más le vale preguntar a uno de sus integrantes. A Gamini Bandara, por ejemplo, o a su padre. —Al ver callar de nuevo a su inquisidor, añadió nervioso—: Lo que sí puedo hacer yo, claro, es conjeturar. ¿Quiere que lo haga?

Aquellos ojos, que no eran los de Natasha, lo miraron un largo rato antes de que la figura contestase:

—No.

Entonces, desapareció con un nuevo chasquido electrónico penetrante y cierta agitación del aire.

* * *

Myra recuperó la movilidad, y la aprovechó para correr al lado de su

marido y rodearlo con los brazos. Los dos se sentaron en silencio, abrazados, hasta que los sobresaltó un violento golpe procedente de la puerta. Cuando la criada fue a abrir, irrumpieron en la casa una docena de policías en busca de algo que arrestar. El capitán, sin aliento, se disculpó entre resuellos.

—Perdonen, el agente de guardia vio a través de una ventana lo que estaba ocurriendo y nos avisó; pero al llegar aquí, nos ha sido imposible acercarnos al edificio. Ni siquiera hemos sido capaces de tocar el muro. Lo siento.

Dicho esto, se llevó su pantalla al oído mientras Myra aseguraba a los recién llegados, que registraban con diligencia hasta el último rincón de la casa, que nadie había sufrido daño alguno.

—Doctor Subramanian —dijo al fin el capitán tras devolver al cinturón la pantalla de bolsillo—, ¿ha mencionado usted a Gamini Bandara, el hijo del presidente electo, durante la conversación que ha mantenido con ese...? —Se detuvo, tratando, en vano, de dar con el nombre adecuado para completar la frase— ¿... con eso? —concluyó.

—Sí, creo que sí.

—Me lo imaginaba —dijo el policía en tono apesadumbrado— Ahora lo están sometiendo a un interrogatorio idéntico al suyo. Y lo está haciendo la misma persona.

* * *

Ningún ser humano poseedor de una pantalla o con acceso a una quedó ajeno a estas noticias. Con todo, nada de lo dicho aclaró mucho a lo que quedaba de la familia Subramanian ni al resto de la especie humana. Tampoco a la multitud de unoimedios que, atrapada en sus vehículos militares, navegaba a la deriva a través de la nebulosa de Oort.

En realidad, éstos tenían preocupaciones mucho más acuciantes que las de los terrícolas. Para ellos no suponía dificultad alguna la orden de diferir la aniquilación de los humanos; pero las instrucciones que les habían hecho llegar los grandes de la galaxia no parecían tener en consideración todo lo que comportaba su acatamiento. Se trataba, sin más, de un asunto de números. El de los que habían embarcado en un principio ascendía a ciento cuarenta mil, aproximadamente, y si bien tal cantidad se había mantenido inmutable durante casi tres

lustros, al final, los unoimedios se habían abandonado a la lujuria durante aquella exaltación fugaz y violenta de entrega sexual.

A esas alturas, semejante bacanal había dado ya sus frutos, y éstos, de hecho, habían llegado casi a la adultez. Sin embargo, la flota no disponía de los pertrechos necesarios para mantener con vida un número tan elevado de ocupantes durante un período tan prolongado. Los aparatos mecánicos que se habían instalado a fin de que proporcionasen aire, agua y alimento a los ciento cuarenta mil unoimedios habían tenido que doblar casi su capacidad, y tamaña tensión los había dejado al borde del desmoronamiento. Tal condición estaba llamada a provocar no poca escasez y acarrear, en breve, la muerte de muchos de ellos.

¿Y qué iban a hacer al respecto los grandes de la galaxia?

CAPÍTULO XXXIX

Interrogatorios

Aquella noche, la familia Subramanian apenas pegó ojo; en realidad, fueron pocos quienes lograron conciliar el sueño con independencia del huso horario al que perteneciesen, ya que la mayor parte del mundo se hallaba suspendida ante su pantalla sin hacer caso del reloj. Lo que vieron en primer lugar fue la escena en la que Gamini Bandara, cubierto sólo con una colosal toalla y sentado en el borde de la bañera, respondía a las preguntas que le formulaba la misma copia de Natasha Subramanian que había interrogado a su padre, sin que hubiese explicación inmediata alguna de cómo había ocurrido tal cosa.

El asunto en torno al que giraban las más de las cuestiones no era otro que la fundación de Pax per Fidem, el desarrollo del Trueno Callado y la estructura de mando de los grupos que planeaban y ejecutaban sus misiones. Gamini contestó lo mejor que pudo a cada una de ellas, aunque cuando éstas se centraron en los detalles técnicos del arma no pudo por menos de cabecear y dar el nombre de uno de los ingenieros del equipo que la había construido. En cuanto a la historia interna de cómo se había puesto en marcha el proyecto, se remitió al secretario general de las Naciones Unidas. Cuando se abordó el asunto de la eterna propensión de la especie humana a entablar guerras con sus semejantes, no pudo sino disculparse. Aquella tendencia era, según informó a la figura, tan antigua como la humanidad misma; pero él había suspendido el único curso de historia antigua al que había asistido en su vida. Aun así, la profesora responsable seguía dando clases en la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres.

Así era. Sin embargo, en aquel momento se encontraba pasando un año sabático en el minúsculo estado de Belice. El inquisidor la encontró en un conjunto de ruinas llamado Altún Ha. Allí, a plena luz

de un día de los que hacen sudar, con un centenar de antropólogos, turistas, guías y, al fin, la policía beliceña viendo y escuchándolo todo, aunque incapaces de acercarse siquiera a los interlocutores, la falsa Natasha exigió y consiguió un sumario de la historia militar de la especie humana. La profesora le dio cuanto le pedía, comenzando con las primeras naciones de las que se tiene constancia escrita: las de los sumerios, acadios, babilonios e hititas que habitaron antes de que se desbordara lo que llamamos «civilización» en el Creciente Fértil, situado entre los ríos Tigris y Éufrates, para conquistar Egipto, China, Europa y, al cabo, el mundo entero. Fueran donde fuesen, quienesquiera que fuesen sus vecinos y con independencia de lo ricas que pudiesen ser sus vidas, los seres humanos seguían empeñando su ración acostumbrada de guerras sangrientas y homicidas.

En total, el simulacro de Natasha Subramanian entrevistó a poco menos de una veintena de personas, que respondieron, si bien no siempre a la primera, a todas y cada una de sus preguntas. El que más tardó en hacerlo fue cierto ingeniero diseñador de bombas atómicas de la ciudad tejana de Amarillo, quien se negó en rotundo a dar detalle alguno de la construcción del arma nuclear que hacía funcionar al Trueno Callado. Ni siquiera cuando le impidieron comer, beber agua o usar el baño..., hasta que, al final, accedió a hablar si recibía el permiso del presidente de Estados Unidos. A éste apenas le hicieron falta veinte minutos para hacerse cargo de cuál era la situación y cuáles las consecuencias que podía tener para él y su bienestar.

—¡Al carajo! —exclamó al fin—. Dígale lo que quiera saber.

Después de los interrogatorios, que tuvieron una duración total de cincuenta y una horas, aproximadamente, el duplicado de Natasha desapareció sin más. Cuando Ranjit y Myra compararon las grabaciones del último interrogatorio con las del primero, tuvieron ocasión de maravillarse al comprobar que no se le había movido un solo rizo. Ni su rostro ni su voz manifestaban indicio alguno de fatiga, y en su escueta indumentaria no se apreciaba mancha alguna de las que suelen resultar inevitables al comer (¿comer qué, si no se le había visto probar bocado?) o al rozarse de forma involuntaria con un muro polvoriento.

—No es real —declaró Ranjit con asombro.

—No, no es real —coincidió su esposa—, pero ¿dónde está la de verdad?

* * *

Dado que Myra y Ranjit eran, a la postre, simples humanos, y necesitaban descansar, ella dio órdenes estrictas al servicio de que no los molestasen antes de las diez de la mañana a no ser que se acercara el fin del mundo.

Cuando abrió un ojo y vio el semblante preocupado de la cocinera al lado del suyo, descubrió que sólo eran las siete y no dudó en despertar a su marido con un codazo en las costillas, ya que, si de veras se estaba acabando el mundo, no quería que él se lo perdiese.

Y lo cierto es que todo parecía apuntar a dicha contingencia. De hecho, la noticia que había ido a comunicarles la cocinera era que la «supernova» de la nebulosa de Oort había vuelto a revelarse, aunque en esta ocasión sólo desplegaba una fracción diminuta de la energía detectada con anterioridad. A medida que aumentaba el número de telescopios de gran porte que trataban de obtener imágenes más nítidas del fenómeno, fue descubriéndose, además, que aquella nueva radiación no tenía un solo origen, sino más de ciento cincuenta. Por otra parte, tal como participó el locutor a los espectadores en tono a un tiempo inquieto y muy confundido, el estudio del efecto Doppler mostraba que se hallaban en movimiento, y lo que era más desazonador aún, avanzaban en dirección a la región interna del sistema solar, y más concretamente, a la mismísima Tierra.

* * *

Ranjit no pudo dar una respuesta más suya. Fijando la mirada en el firmamento durante un buen rato, dijo:

—Ajá... —Y se dio la vuelta, posiblemente con la intención de seguir durmiendo.

Myra consideró la idea de hacer otro tanto, aunque tras efectuar una breve prueba, concluyó que tal cosa iba a resultarle imposible. Por lo tanto, no sin esfuerzo, se dispuso a seguir el ritual de cada mañana, que culminó en la cocina, en donde aceptó la taza de té que le ofreció la cocinera, aunque no su conversación. Entonces, a fin de evitar esto último y poder reflexionar, se dirigió al patio con la infusión.

Reflexionar era una actividad que solía dársele muy bien a la doctora Myra de Soyza Subramanian; pero aquella mañana le resultaba bastante difícil. Tal vez fuese porque la cocinera tenía puestas las noticias, y aun desde fuera de la casa percibía las voces apagadas, por más que éstas no dijesen nada de interés, pues nada de interés sabían los periodistas que no hubiesen comunicado ya durante el primer boletín informativo; quizá fuera porque en lo que de veras quería pensar era el rompecabezas de la inexplicable aparición de aquel ser idéntico a su hija que, sin embargo, no era Tashy. O tal vez se debiera a la acción que estaba teniendo sobre su cansancio aquel sol cálido de la mañana.

Myra se quedó dormida. No pudo determinar cuánto tiempo estuvo sumida en el sueño, tendida en la tumbona bajo la brillante luz solar. Cuando se despertó, se percató enseguida de que el astro se hallaba mucho más alto, y las dos domésticas se encontraban en la cocina, haciendo tanto ruido que rayaba casi en lo absurdo. Entonces llegó a ella la tenue voz del noticiero que había provocado semejante alboroto. Se trataba de una transmisión que había captado por casualidad uno de los monitores instalados en la órbita terrestre baja, y que procedía de la agrupación errante de veleros espaciales en que se habían convertido los participantes de la primera carrera de vela solar de la historia. La voz era una que conocían muy bien Myra y Ranjit.

—Necesito ayuda —decía—. ¡Que alguien me saque de esta cápsula antes de que se agoten las reservas de oxígeno de emergencia! —Y acababa con un dato que resultaba por demás innecesario para Ranjit y Myra—: Al habla, Natasha de Soyza Subramanian, antigua piloto del velero solar *Diana.* No tengo la menor idea de lo que hago aquí.

CAPÍTULO XL

Galería de retratos

Veinticuatro horas antes, Myra Subramanian habría jurado que sólo había una cosa que necesitase en el mundo: saber que su hija se encontraba sana y salva contra todo pronóstico. Y al fin había recibido la noticia que tanto anhelaba. No sólo eso: pudo conocer también el informe de los servicios de rescate que habían acudido de inmediato a la llamada de socorro de Natasha. Por radio, comunicaron al mundo expectante que la joven perdida no sólo estaba viva y, hasta donde podían determinar ellos, en buen estado de salud, sino que, a esas alturas, también estaba a salvo, por cuanto había embarcado ya en su cohete y se dirigía con ellos a la terminal del Skyhook en la órbita terrestre baja.

A Myra, sin embargo, ya no le bastaba con eso: lo que quería era tener a su hija entre sus brazos, y no a miles de kilómetros de distancia; pero no había posibilidad física alguna de tenerla en casa antes de las semanas que tardaría en llevarla allí el ascensor espacial.

Entonces, aquella noche, mientras examinaba los canales de noticias con la esperanza de dar con algún asunto que no fuese ni atemorizador ni incomprensible, exhaló un grito que hizo a su marido acudir a su lado a la carrera.

—¡Mira! —exclamó mientras señalaba con gesto agitado la imagen que se mostraba en la pantalla.

Ranjit también estuvo a punto de chillar al ver lo que estaba observando ella, que no era otra cosa que su hija, Natasha, y no aquel remedo irreal de su Tashy que había pasado más de cincuenta horas interrogando a todos aquellos miembros de la especie humana.

Sin saber ni importarle siquiera en aquel momento lo que estaba diciendo la recién rescatada, Ranjit se dirigió a su estudio acompañado

de Myra, dejando ambos tras de sí la pantalla que transmitía su imagen. No perdió el tiempo tratando de poner una conferencia telefónica con la cápsula del montacargas espacial en que viajaba la Natasha verdadera, la que volvía al fin a casa, pues en calidad de integrante de la junta consultiva del Skyhook gozaba de ciertos privilegios, y no dudó en hacer uso de los canales reservados a los que tenía acceso dada su condición. No había transcurrido un minuto cuando tuvo ante sí a su auténtica hija, que los miraba desde la diminuta litera del compartimiento protegido contra la radiación. Algo más de tiempo necesitó Natasha para convencer por entero a su madre de que aquella joven de cabellos despeinados y con el sujetador manchado, tan diferente de la otra Natasha inmaculada, era la que tanto había ansiado ver ella.

También logró que, al fin, se convencieran de que estaba viva e ilesa, por más que fuese incapaz de explicar cómo había acabado dentro de la cápsula en la que, sin lugar a dudas, no habían hallado rastro alguno suyo durante el registro efectuado tras el accidente.

Aunque todo aquello resultaba maravilloso, no lo era lo suficiente para satisfacer a Myra, quien ya había perdido a su hija en una ocasión, de un modo aterrador y en apariencia irremediable, y no estaba dispuesta a renunciar a aquel contacto. De hecho, habría estado hablando horas enteras con Natasha si no hubiese sido precisamente su hija quien puso fin a la conversación. Alzando la vista de la cámara, primero irritada, sobresaltada a continuación y al fin punto menos que aterrorizada, gritó:

—¡Dios mío! ¿Ésa es la copia de mí misma de la que hablan todos? ¡Mirad las noticias!

* * *

Eso hicieron, y acto seguido regresaron al principio del mensaje que había emitido aquel ser. Sin más introducción que un fogonazo, la figura con forma de Natasha comenzó a hablar, diciendo:

—Hola, sujetos de la especie humana de la Tierra. Tenemos tres asuntos que comunicarles, que son los siguientes:

»En primer lugar, el miembro de los grandes de la galaxia que hasta hace poco se encontraba en los alrededores se ha ausentado de

esta área astronómica, con la intención, según suponemos, de reunirse de nuevo con sus iguales. No se sabe cuándo volverá ni lo que hará tras su regreso.

»En segundo lugar, los integrantes del órgano ejecutivo han llegado a la conclusión de que probablemente les resultará más fácil conversar con nosotros si conocen nuestro verdadero aspecto. Por consiguiente, mostraremos imágenes de las cincuenta y cinco razas más activas de cuantas están sometidas a los grandes de la galaxia, para lo cual comenzaremos con la nuestra, la de los eneápodos.

»En tercer y último lugar, a los unoimedios les resulta imposible regresar a su planeta natal en el presente por causa de la escasez de suministros, y dado que los archivados prefieren no partir sin ellos, se ha decidido que ambas especies se instalen en el planeta de ustedes, la Tierra. Las tres especies mencionadas son las únicas a las que se ha encomendado la misión de resolver los problemas que ustedes han generado. Aun así, no tienen por qué alarmarse: los grandes de la galaxia han revocado la orden de esterilizar su planeta. De cualquier modo, cuando lleguen los unoimedios, tienen previsto ocupar zonas que ustedes no usan. Con esto acaba la presente comunicación.

Y así fue. La pareja se miró con aire perplejo.

—¿Qué zonas crees que piensan ocupar? —quiso saber Myra.

Ranjit ni siquiera intentó responder, pues tenía una pregunta más acuciante que formular.

—¿Qué crees que quieren decir cuando hablan de «esterilizar» nuestro planeta?

* * *

Las criaturas que se habían dado a conocer como eneápodos, lejos de limitarse a mostrar, hasta la saciedad y en todas las pantallas del mundo, a cada uno de los seres que habían prometido presentar a los terrícolas, tuvieron a bien añadir sendos comentarios a las imágenes.

—Nosotros recibimos el nombre de eneápodos —anunció la voz— porque, como pueden ver, poseemos nueve extremidades. Las cuatro que tenemos a cada lado se emplean, sobre todo, con fines ambulatorios, en tanto que la trasera nos sirve para todo lo demás.

Todas las pantallas mostraron una imagen de la criatura así

descrita.

—¡Parece un escarabajo! —exclamó la cocinera.

Y razón no le faltaba, si bien aquel ser tenía cada uno de los cuatro pares de miembros unido por una faja de brillante tejido metálico. Tal como refería el narrador, disponía de uno más, el noveno, en un extremo del cuerpo. A Myra le pareció similar a la trompa de un elefante, aunque más delgada y lo bastante larga para llegar al extremo delantero, en el que daba la impresión de tener ojos y boca.

Si el aspecto de los eneápodos ya era raro (porque, reconozcámoslo, resultaban extravagantes de veras, se miraran por donde se mirasen), los siguientes en ocupar la pasarela no tenían mucho que envidiarles en este sentido. La segunda de las especies en cuestión hacía pensar en un gazapo desollado que hubiese adoptado una enfermiza coloración cerúlea en lugar de la rosada a que estaban acostumbrados los humanos (el comentario que acompañaba a la imagen se refería a ella como la de los unoimedios, aunque aún habría de pasar un tiempo antes de que ningún humano supiese el porqué). La tercera era, de todas las razas que acababa de conocer la humanidad en cuanto compañeras de galaxia, la que más se asemejaba a su propia especie, aunque el parecido era, de cualquier modo, escaso. Algunas de las que se mostraban a continuación llegaban a poseer una docena de extremidades o aun tentáculos (no era fácil determinarlo) en número mucho mayor; pero los seres de aquella tercera raza, a la que habían asignado la extraña denominación de archivados, tenían dos brazos, dos piernas y una cabeza. No había modo alguno de inferir la escala de las imágenes; así que bien podían tener el tamaño de un tití o el de un gigantón de circo. Con todo, no cabía dudar de que pertenecían a la clase de criaturas con las que nadie querría topar en la oscuridad de la noche. Eran seres espantosos, de hecho, los comentaristas de todo el mundo no fueron capaces de dar con un adjetivo más amable que el de *diabólico* para describirlos.

Los que se mostraron a continuación eran más grotescos aún. Los había de todos los colores concebibles, y a menudo chocaban en su piel colores diversos en manchas semejantes a diseños de camuflaje que hacían daño a la vista. Algunos tenían escamas; otros, un plumaje ralo y desgarbado. También la disposición de sus miembros resultaba variopinta en extremo. Y eso, tomando sólo en consideración las formas

cuya estructura se basaba en el carbono, pues había otras especies, comparables quizás a caimanes achaparrados embutidos en trajes de buzo anticuados, que no resultaban tan comprensibles, hasta que se supo que provenían de mundos dotados de una atmósfera tan cruel como la del fondo marino de la Tierra, motivo por el cual su estructura biológica tenía por fluido activo dióxido de carbono supercrítico.

La presentación de las cincuenta y cinco razas más avanzadas de la galaxia no se detuvo después de que cada una de ellas hubiese disfrutado de su momento de gloria en las pantallas terrícolas. Una vez concluida esta primera parte, volvía a comenzar la sucesión de especies, de nuevo a partir de los eneápodos. En esta ocasión, sin embargo, se mostraba a cada uno de los especímenes en su contexto, acompañado por su nave con forma de plátano y rodeado por otros elementos de su mundo, en tanto que el comentario explicativo también era diferente.

Todo ello resultaba, por descontado, muy instructivo. Concluida la tercera secuencia, los Subramanian habían llegado a la conclusión de que, puesto en relación con el tamaño de uno de sus vehículos espaciales, el eneápodo medio no debía de medir más de dieciocho o veinte centímetros. En cuanto a los archivados, la información que acompañaba a su segunda imagen hacía pensar que no eran más que lo que daba a entender su nombre. Los cuerpos biológicos que presentaba la pantalla eran sólo un dato histórico, pues en el presente, tales seres sobrevivían almacenados en sistemas electrónicos. Eso fue lo que dijo Myra a Ranjit cuando éste volvió de acostar a Robert, que se había quedado dormido.

—Ajá...—respondió él mientras volvía a instalarse en su sillón preferido—. La verdad es que debe de resultar muy útil: de ese modo, uno puede vivir casi para siempre, ¿no?

—A lo mejor —convino ella—. Voy a prepararme una taza de té; ¿quieres una?

Ranjit asintió. Cuando Myra volvió con las dos tazas, vio en la pantalla a uno de los eneápodos que, tras despojar a otro del tejido que tenía entre dos de las articulaciones de la cadera, le frotaba con la novena extremidad la piel que había quedado expuesta.

—¿Qué está haciendo? —preguntó mientras colocaba la infusión ante su marido—. ¿Lavarlo?

—O cambiarle el aceite —respondió Ranjit—. ¡Vete tú a saber!

Escucha, todo esto es una grabación. ¿Por qué no la apagamos y volvemos a ponerla cuando nos apetezca?

—Buena idea —respondió ella, alargando el brazo para hacer lo que su marido había sugerido—. De todos modos, hay algo que quiero preguntarte: ¿qué es lo que no nos han enseñado en todo este desfile?

Ranjit movió la cabeza con gesto de aprobación.

—Te refieres a los seres a los que llaman *grandes de la galaxia,* ¿no?

—Parece que son gente importante, y sin embargo, aún no nos han mostrado cómo son.

CAPÍTULO XLI

La vuelta a casa

Era de esperar que cuando Natasha, la verdadera, estuviese descansando, por fin, en su cama de la casa familiar de Colombo, haría ya tiempo que habría concluido la prolija presentación que había ofrecido al mundo la falsa Natasha. Y sí, en parte era eso lo que había ocurrido. Dicho de otro modo, si bien aquel documental de sesenta y dos horas dejó de emitirse después de haberlo repetido tres veces, los eneápodos volvieron a hacer sesiones de recuerdo cada vez que transcurrían unos cuantos días, por razones que sólo ellos podían conocer.

La especie humana no tuvo tal cosa por maná caído del cielo. La voz que acompañaba a las imágenes no sólo se expresaba en inglés, sino que repetía el texto en casi todas las lenguas y dialectos hablados por cualquier grupo demográfico lo bastante nutrido para disponer de un hueco en los canales de transmisión. El número de colectivos así no era escaso; de hecho, era lo bastante extenso para paralizar buena parte de las conexiones vía satélite en detrimento de las comunicaciones humanas.

Por otra parte, aquella circunstancia ofreció a Natasha tiempo de sobra para estudiar cada detalle de aquella réplica de sí misma que mostraba la pantalla, incluidos la escueta camiseta sin mangas ni espalda y el rizo que, inmutable, caía descuidado sobre la oreja izquierda. Tampoco ella disfrutaba con aquel espectáculo.

—Me da escalofríos —reconoció ante sus padres—. Eso de verme ahí, diciendo cosas que sé que nunca he dicho… Sin embargo, ¡soy yo!

—No, no eres tú, cariño —replicó, no sin razón, su madre—. Tuvieron que hacer una copia de tu persona, aunque vete a saber cómo. Supongo que lo que buscaban era un portavoz que no pareciese sacado

de una pesadilla.

—Entonces, ¿dónde estaba yo mientras hacían eso? ¡No me acuerdo de nada! Vi a Ron Olsos tratando de privarme del viento solar, y de pronto, sin saber cómo, me encuentro en... ¡En fin, no sé dónde! Como en la nada. Sólo sentía que estaba en un lugar cálido y muy agradable, tan a gusto, supongo, como cuando estaba dentro de ti, mamá.

Myra meneó la cabeza con gesto de desconcierto.

—Robert nos dijo que dormías plácidamente.

—Creo que sí. Lo siguiente que recuerdo es que estaba sentada a los mandos, pidiendo ayuda a gritos y rodeada de los restos del *Diana.*

Su madre le dio una palmadita en el brazo.

—¡Vaya si te ayudaron, cielo! Si no, no estarías aquí. Por cierto, ahora que mencionas al muchacho brasileño: han llegado cuatro mensajes suyos más mientras dormías. En todos se deshace en disculpas y pregunta si puede verte para pedirte perdón en persona.

Aquello la hizo sonreír al fin.

—Claro que puede —contestó—. Aunque, de momento, mejor que no. Y ahora, ¿qué hay para desayunar?

* * *

Si para la mayor parte de la humanidad, aquellas repeticiones sin sentido de la nómina alienígena constituían un despilfarro terrible de tiempo e instalaciones de comunicación, no puede decirse que todos los que la conformaban opinaran lo mismo. El reducido colectivo de los adeptos a Satanás había quedado convencido, tras ver las imágenes que representaban a los archivados antes de su almacenamiento electrónico, de que aquel humanoide de pelaje erizado era, sin lugar a dudas, el mismísimo diablo. Y aunque entre los espectadores había varios millones que habían sentido lo mismo, ellos lo tuvieron por motivo de celebración, pues el señor de los infiernos merecía ser adorado, no abominado. Así lo revelaban las Escrituras a quien estuviese dispuesto a interpretarlas cabalmente, por cuanto Luzbel había sido expulsado del Cielo a causa de la difamación de ángeles rivales.

—¡Él no es nuestro enemigo —proclamaba extático uno de sus

prelados—, sino nuestro rey!

Lo que quisiese creer la escuálida plantilla de dicha Iglesia, cuyos integrantes se concentraban, sobre todo, en el sudoeste de Estados Unidos, no habría supuesto preocupación alguna para el resto de la especie humana de no haber sido por dos factores. El primero era aquel inquietante comentario relativo a la «esterilización» de la Tierra. Tal cosa implicaba que aquellos engendros extraterrestres tenían el poder de aniquilar a la especie humana en caso de desearlo, y algo así no resultaba fácil de olvidar. Por otro lado, los fieles de Lucifer dejaron de ser un puñado de chiflados, pues hasta el menos cuerdo de los humanos sabía reconocer una oportunidad cuando ésta llamaba a su puerta, y ellos no dudaron en aprovecharla. En consecuencia, todo el que poseía un puesto que estuviese por encima del encargado de limpiar los bancos de sus templos corrió a presentarse en el primer programa de entrevistas que se mostrara dispuesto a invitarlo, con la esperanza de que el planeta estuviese plagado de chalados como ellos que no se hubieran prestado hasta el momento a rendir culto a Satán por no haber logrado convencerse de su existencia real. En tal caso, confiaban en que la visión de aquellos archivados de aspecto demoníaco acabaría por persuadirlos de lo contrario.

Y no se equivocaban: en cuanto apareció tres veces en las pantallas la imagen de aquellas monstruosas criaturas, había ya casi cien mil nuevos conversos suplicando que les permitiesen acceder a los sacramentos del diablo. Llegada la primera reposición, la Iglesia de Satán contaba ya por millones sus adeptos, e incluso tenía que pugnar con dos congregaciones rivales, o lo que es igual, heréticas. También prosperaron otras sectas y pseudorreligiones, aunque ninguna tanto como la de los adoradores del demonio.

Huelga decir que todos ellos estaban majaretas.

—O peor —dijo Ranjit a Gamini Bandara cuando éste lo llamó—. ¿Por qué te preocupas?

—Porque cualquier loco puede apretar un gatillo, Ranj. ¿O es que no ha recibido Natasha amenazas de muerte?

Su amigo reflexionó un momento antes de responder. Su hija había hecho mucho hincapié en la importancia de que no se lo revelaran a nadie, y aun así…

—Sí —reconoció—. Pero son estupideces, y ella no se las ha

tomado en serio.

—Pues yo sí —le hizo saber Gamini—, y mi padre también. Ha dado orden de custodiar vuestra casa las veinticuatro horas y de acompañar a cualquiera de vosotros que salga de ella.

Ranjit meneó la cabeza.

—No creo que sea necesario… —comenzó a decir.

—Lo que tú creas es lo de menos —respondió el otro en tono jovial—. El presidente es mi padre, y es él quien manda. De todos modos, si no fuesen los nacionales, serían otros. Tu colega Joris Vorhulst también está amenazado, y ya le han asignado un puñado de agentes armados para que lo acompañen en las instalaciones del Skyhook. Se está planteando hacer que las fuerzas de seguridad del ascensor espacial protejan a todo aquel que tenga algo que ver con el proyecto, y eso te incluye a ti.

Ranjit abrió la boca para protestar, no tanto por ser incapaz de soportar la idea de verse vigilado a todas horas como por imaginarse cuál iba a ser la reacción de Natasha; pero Gamini no le dio la oportunidad.

—Ya ves, Ranj —concluyó con aire de sensatez—, no tienes escapatoria; así que ¿para qué vas a resistirte? Además, puede ser que os salven la vida.

Su interlocutor suspiró.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar así? —preguntó.

—¡Uf! Por lo menos hasta que lleguen los unoimedios esos —respondió Gamini en tono pensativo—. Después, ¿quién sabe?

Ranjit tuvo que admitir para sí que la pregunta era por demás acertada. Con todo, aún quedaba pendiente otra cuestión: la de cómo comunicar la noticia a Myra y a Natasha.

No tardó en presentarse una oportunidad propicia para ello. Tras despedirse de Gamini, buscó al resto de la familia y lo encontró en el porche trasero, a oscuras, estudiando con los binoculares la constelación que contenía buena parte de la nebulosa de Oort. Tras dar los gemelos a Natasha, Myra anunció a su marido.

—Se están acercando. Tashy, déjaselos.

Ella obedeció, y a Ranjit no le costó dar con el brillante roción de luz procedente, según los expertos, de los cohetes de desaceleración de la flota de los unoimedios. No era la primera vez que los veía, pues aun

antes de que se anunciara que aquellos seres tenían la intención de instalarse en la Tierra, los telescopios gigantes de todo el planeta habían proporcionado imágenes mucho más relucientes y detalladas a los noticiarios de todo el mundo. Pero en aquella ocasión se estaban acercando.

Bajó los prismáticos y se aclaró la garganta.

—El que ha llamado era Gamini —apuntó, y a continuación les participó el contenido de la conversación.

Sin embargo, si había dado por supuesto que su hija se opondría de lleno a que interfirieran de aquel modo en su vida, se equivocaba de medio a medio; lo único que dijo ella tras escucharlo con paciencia fue:

—Los agentes van a protegernos de esos satánicos chiflados, ¿no? De acuerdo, pero —añadió mientras abarcaba con un gesto los tenues dibujos que trazaban las estrellas en el firmamento— ¿quién va a protegernos de ellos?

Eso era lo que se estaba preguntando toda la especie humana, y también lo que estaba tratando de averiguar de boca de los invasores mismos, pues la mitad de las personalidades de más relieve del mundo había comenzado a formular, por medio de micrófonos y en dirección a aquellas naves, que no dejaban de aproximarse, numerosos interrogantes relativos a las intenciones que albergaban, los motivos que los habían llevado a viajar a la Tierra... Muchas, muchas preguntas, expresadas en una multitud de lenguas por un grupo nutridísimo de gentes de toda entidad.

Todas quedaron sin responder, y a la especie humana no le resultó fácil afrontar semejante realidad. En todo el planeta Tierra, en los túneles de lava de la Luna, en la órbita terrestre baja y en todos los lugares en los que había llegado a establecerse el hombre se hacía evidente la tensión que estaba provocando lo que estaba por venir. También los Subramanian se vieron afectados por esta incertidumbre. Myra había vuelto a morderse las uñas, cosa que creía superada desde los albores de la adolescencia, y Ranjit pasaba horas conversando por teléfono con casi todos los personajes importantes que conocía (lo que equivalía a un número nada desdeñable de gente), con la esperanza de que alguno de ellos pudiese compartir con él alguna idea que aún no se le hubiera pasado por la cabeza. No se dio el caso. Entre tanto, Natasha se había obsesionado con tratar de enseñar a leer en portugués al

pequeño Robert. Entonces, una mañana, mientras desayunaban juntos, oyeron un vocerío repentino en el exterior, y cuando Ranjit abrió la puerta se topó con cuatro de los vigilantes que, pistola en mano, apuntaban a una docena de desconocidos. En realidad, no todos lo eran. La mayoría estaba constituida por jóvenes ceñudos que mantenían las manos en alto; pero en el centro de ellos se hallaba alguien a quien no le costó reconocer pese a que había envejecido desde la última vez que se habían visto.

—¡Coronel Bledsoe! ¿Qué está usted haciendo aquí?

* * *

La situación requirió ciertas negociaciones. Al teniente coronel (en la reserva) Orion Bledsoe se le permitió entrar en la casa, aunque sólo si consentía en tener al lado en todo momento al capitán de los guardaespaldas con el arma desenfundada. Su propia escolta hubo de permanecer en el exterior, sentados en el suelo con las manos en la cabeza, en tanto el resto del destacamento ceilanés se ocupaba de garantizar que se mantenían en esta postura.

Podría pensarse que Bledsoe debía de sentirse en desventaja dadas las circunstancias; pero no.

—Gracias por dejarme entrar y hablar con usted —dijo—. No quería tener que ordenar a mis muchachos que se encargaran de sus custodios.

Ranjit, sin saber bien si considerar divertido o enojoso el comentario, optó por no perderse en ambages.

—¿Y de qué quiere que hablemos? —preguntó.

El recién llegado inclinó la cabeza.

—Bien, mejor no perder ni un instante. Estoy aquí en representación del presidente de Estados Unidos, quien ha resuelto que la especie humana no puede permitirse dejar que esos asesinos alienígenas lleguen a la Tierra.

Ranjit quiso preguntar cómo se había propuesto evitar tal cosa el presidente de Estados Unidos; pero su esposa se le adelantó.

—¿Y qué le hace pensar que puede hablar en nombre de toda la humanidad? —inquirió Myra—. ¿Es que Rusia y China, por poner dos ejemplos, no tienen nada que decir al respecto?

Ranjit no pudo por menos de sorprenderse al comprobar que la pregunta no cogió desprevenido a Bledsoe.

—Está usted anclada en el pasado, señora Subramanian. Actúa como si aún existiesen los tres grandes, cuando ya no es así. Rusia y China no son más que tigres de papel: puede que den miedo, pero ya no son capaces de hacer daño a nadie. ¿Para qué vamos a tenerlos en cuenta?

A continuación reveló, en tono desdeñoso, que las dos naciones estaban tratando de resolver numerosos problemas internos que hacían lo posible por mantener en secreto.

—A la República Popular de China —disertó— se le están escapando las riendas de la provincia de Jilin, que van a acabar, de un momento a otro, en manos del movimiento Falun Gong, y eso es algo que no pueden permitirse. Posiblemente no hayan oído hablar nunca de esa región, ¿verdad? Sin embargo, de allí obtiene el Gobierno chino no sólo buena parte de su grano, sino también de sus automóviles y sus vagones de tren. ¿Se han dado cuenta? ¡Agricultura e industria! Y Falun Gong no deja de extenderse más allá de la frontera de Mongolia Interior.

Meneó la cabeza con un gesto que habría sido compasivo de no ser por la sonrisa de satisfacción que se hacía evidente en la comisura de sus labios.

—Y ¿qué decir de los rusos? —prosiguió—. Su situación es menos envidiable aún. Chechenia es una llaga que aún no ha cicatrizado. En ella hay musulmanes, y a ella están acudiendo en bandada, desde el último rincón del mundo, todos los partidarios de la guerra santa que siguen empeñados en matar herejes con la intención de empuñar una arma. Y por allí corren algunos de los oleoductos más importantes de Rusia. Si Chechenia se desmanda, no van a faltar regiones dispuestas a seguir su ejemplo.

—Se diría que se alegra —señaló Myra.

Bledsoe apretó los labios.

—En realidad, no. ¿Qué me importan a mí los quebraderos de cabeza que puedan tener los chinitos y los rusos? Pero es verdad que facilita mucho las cosas cuando hay que entrar en acción y el presidente no quiere tener que preocuparse de llevarlos a bordo. Y aquí es donde entran usted y los suyos, señor Subramanian: el presidente tiene un plan, y usted forma parte de él.

Si la actitud de Ranjit y su familia respecto de aquella visita a quien nadie había invitado no había pasado de tibia en ningún momento, en aquel instante se enfrió como hielo quebradizo del Antártico.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó el anfitrión en un tono que hacía pensar que, fuera cual fuese la propuesta, iba a ser difícil que no la rechazase.

—Muy sencillo —respondió Bledsoe—: quiero que su hija, Natasha, comparezca ante las cámaras para asegurar que, siendo prisionera de los alienígenas, la informaron de que «esterilizar» la Tierra quería decir matar a todos los seres humanos a fin de que los de su especie pudieran apoderarse de ella.

Natasha intervino de inmediato.

—¡Pero si no ha ocurrido nada de eso, señor Bledsoe! Yo no recuerdo haber estado encarcelada.

Su padre alzó una mano.

—Cariño —le comunicó—, él ya sabe que es mentira. Y dígame, señor Bledsoe, ¿por qué quieren fomentar el odio a esas criaturas?

—Porque, más tarde o más temprano, vamos a tener que exterminarlas. ¿Qué más motivos quiere? Por supuesto, vamos a dejar que aterricen, y luego usted, señor Subramanian, saldrá en todas las pantallas diciendo que su hija le ha confiado una serie de cosas que, en su opinión, debería saber todo el mundo. Entonces aparecerá Natasha y contará su historia.

Daba la impresión de estar encantado con semejante idea.

—Y luego, ¿qué? —exigió saber Ranjit.

El antiguo militar se encogió de hombros.

—Los borramos del mapa. Primero los atacamos con el Trueno Callado para evitar cualquier reacción, y después caemos sobre ellos con todas las fuerzas aéreas estadounidenses y todas las bombas y cohetes que puedan transportar. También lanzaremos misiles balísticos intercontinentales, con cabezas nucleares y todo. Le puedo garantizar que, cuando acabemos, no quedará de ellos un solo pedazo mayor que la punta del dedo meñique.

Myra dejó escapar un bufido, aunque fue su esposo quien habló.

—Bledsoe —le dijo—, está usted como una cabra. ¿Qué cree, que esa gente no tiene sus propias armas? Lo único que va a lograr es hacer

que maten a unos cuantos miles de aviadores, además de enfurecer a los alienígenas.

—Se equivoca por partida doble —contestó el otro en tono de desprecio—. Todos los aviones que van a emplearse se manejan a distancia: los tripulantes estarán en tierra, sanos y salvos. En cuanto a que esas cosas puedan montar en cólera, ¿sabe lo que decimos en Estados Unidos, Subramanian? Si no eres libre, ¿para qué vives? ¿Es que no cree usted en eso?

Myra abrió la boca para responder por todos, pero Ranjit se le adelantó.

—En lo que no creo —replicó— es en lo de mentir y provocar así la muerte de nadie, sea o no de nuestro mundo. No vamos a hacer lo que nos está pidiendo, Bledsoe. En mi opinión, deberíamos hablar ante las cámaras, sí, pero para poner en conocimiento del planeta lo que acaba usted de proponernos.

Bledsoe le lanzó una mirada asesina.

—¿Y cree usted que eso cambiará algo? ¡Demonios, Subramanian! ¡No me irá a decir que no sabe lo que es una persona impugnable! Yo, por ejemplo. Si sale a la luz algo de esto, el presidente sólo tiene que menear la cabeza y decir:

»—Pobre coronel Bledsoe: ha hecho lo que él estimaba conveniente, pero por propia iniciativa. Yo jamás he autorizado semejante proyecto.

»A lo mejor después de eso tengo que bregar con los periodistas durante un tiempo; pero en ese caso basta con que no les diga nada para que se olvide todo enseguida. Como dirigente de la potencia predominante de este planeta, el presidente tiene la obligación de defender a los estados más débiles, y está convencido de que no hay mejor opción que la de atacar. Yo sólo soy un mandado. ¿Qué tiene usted que decir al respecto?

Poniéndose en pie, Ranjit concluyó:

—Es verdad que yo quiero vivir en libertad; pero no es de eso de lo que estamos hablando, ¿verdad? Si tengo que elegir entre pasar mis días en un mundo gobernado por gente como usted o en uno en el que quienes estén al mando sean monstruos verdes con escamas venidos del espacio... ¡Qué diablos! Me quedo con los últimos. Y ahora, salga de mi casa.

CAPÍTULO XLII

Una gran depresión

Cuando la flota de los unoimedios llegó por fin a la faz de la Tierra, lo hizo acompañada de un colosal espectáculo de pirotecnia que, sin embargo, no respondía a las mismas razones que habrían motivado algo similar durante el regreso de un grupo de naves espaciales tripuladas por humanos. Cuando las cápsulas del proyecto Mercury y del Soyuz y los transbordadores espaciales entraban en la atmósfera al volver a casa, lo hacían envueltos en un resplandor de fuego que dañaba la vista por un motivo muy simple: porque no tenían más remedio. Necesitaban reducir la velocidad para volver a entrar en ella, y el único medio de hacerlo en grado suficiente para garantizar un aterrizaje seguro era la fricción con la capa de aire que envolvía al planeta.

Las aeronaves de los unoimedios, por su parte, no requerían tal rozamiento, dado que el mecanismo empleado para disminuir su descenso era totalmente distinto. Lo único que tenían que hacer era poner en marcha sus cohetes iónicos, a máxima potencia y dirigidos hacia delante, a fin de que hicieran las veces de freno. El aterrizaje se hacía así menos brusco, y resultaba más sencillo determinar con precisión el lugar de destino. Y si bien es cierto que este método requería una cantidad muchísimo mayor de energía, también lo es que aquélla había dejado de ser una preocupación prioritaria para los unoimedios.

Uno de los problemas a los que se enfrentaban los observadores humanos era adivinar la ubicación en que había elegido posarse la flota. Al principio se dio por hecho que se habrían decantado por alguna región del desierto de Libia, quizá por una de sus playas mediterráneas. Poco después, se pensó en algún punto situado más al nordeste, tal vez

en las provincias despobladas de las áreas del noroeste de Egipto. Los expertos de los canales de noticias no necesitaron mucho tiempo para dar con el topónimo definitivo: la depresión de Qatāra.

Menos aún tuvieron que dedicar Myra y Ranjit para hallar con sus buscadores información relativa al lugar.

—Parece que es la quinta de las depresiones más marcadas del planeta —anunció ella mientras leía los textos que mostraba su pantalla—. Está nada menos que a ciento treinta y tres metros por debajo del nivel del mar.

—Y a sólo cincuenta y seis kilómetros de la costa —añadió Ranjit sin apartar la vista de la suya—. ¡Espera! En cierto sentido, es la mayor concavidad terrestre que hay en el mundo, pues tiene más de cuarenta mil kilómetros cuadrados bajo el nivel del mar.

Los dos supieron al mismo tiempo que no tenía más habitantes que las tribus errantes de beduinos y los rebaños que las acompañaban, ni poseía valor evidente alguno para nadie…, o al menos, para ningún ser humano. Lo único destacable al respecto para el hombre parecía haber sido la gran importancia que había revestido durante un puñado de semanas en el marco de una de las guerras del siglo XX: la que entablaron alemanes y británicos. Aquel terreno intransitable había dejado a los primeros, inmovilizándolos, a merced de los segundos, quienes les habían infligido un número elevado de víctimas en lo que se conoció como la batalla de El Alamein.

Llegados a este punto, Myra y Ranjit abandonaron la búsqueda por considerarla improductiva.

—No creo que sea ése el motivo por el que han elegido el lugar esos alienígenas —declaró al fin él—. Me refiero al hecho de que sea fácil de defender frente a un ejército atacante.

—¿Entonces…? —quiso saber ella.

Su marido frunció el ceño sin ofrecer respuesta alguna. Pasaron el cuarto de hora siguiente inventando razones cada vez más inverosímiles, hasta que los interrumpió el noticiario. El locutor les comunicó que acababa de llegar de El Cairo el primer comunicado oficial, formulado en un tono por demás beligerante.

Quizá no sea éste el mejor modo de presentar la realidad de aquel suceso, pues si bien la transmisión procedía de la capital egipcia, el emisor no era cairota, sino el mismo embajador estadounidense. Según

informó al mundo, el Gobierno de Egipto le había rogado que expresase en su nombre la respuesta oficial. La región conocida como depresión de Qatāra era, según manifestó, parte integrante del Estado soberano de la República Árabe de Egipto. Los intrusos, por ende, no tenían derecho alguno a estar allí, motivo por el cual se les conminaba a abandonar aquellas tierras en el acto si no querían sufrir las consecuencias.

Era evidente que se habían mantenido ciertas reuniones secretas, y las palabras que pronunció a continuación el legado diplomático no dejaban lugar a dudas acerca de cuál había sido el asunto que se trató en ellas.

—La República Árabe de Egipto —proclamó— es uno de los aliados más antiguos y queridos de Estados Unidos. Los intrusos, por lo tanto, habrán de hacer frente no sólo a su poderío militar, sino también al de las fuerzas armadas estadounidenses.

—¡No, por todos los santos! —masculló Ranjit—. Esto lleva el sello de T. Orion Bledsoe.

—¡Que Dios nos coja confesados! —exclamó aquella mujer irreligiosa a su esposo, aún más ateo que ella.

* * *

Habría facilitado mucho las cosas el que los seres que acababan de instalarse en el planeta se hubieran molestado en anunciar lo que pensaban hacer a largo plazo. Sin embargo, no ofrecieron explicación alguna al respecto. Tal vez aquellos extraterrestres fueran incapaces de hacer más de dos cosas al mismo tiempo (o pensasen tal cosa de la especie primitiva que poblaba la Tierra), pues no se cansaban de cumplir, una y otra vez, su promesa de mostrar a la humanidad cada una de las variadas razas que existían en la galaxia.

Aquel catálogo detallado, que había resultado interesante las primeras veces, se había convertido ya en parte del pasado, y si alguien seguía pendiente de su emisión eran sólo los productores de películas de miedo de bajo presupuesto, ansiosos por dar con ideas con las que iluminar a los encargados de maquillaje, y lo que quedaba del cuerpo, cada vez menos nutrido, de taxonomistas del planeta, de los cuales no había uno solo que no hubiese quedado embriagado de pronto por la

fabulosa posibilidad de erigirse en el nuevo Linneo del siglo XXI, especialista en biota extraterrestre.

Huelga decir que nada de esto suponía un motivo de preocupación para la especie humana. Sin embargo, sí que planteaba cierta dificultad, que además, constaba de dos partes. En primer lugar, las emisiones suponían una carga por demás onerosa al ancho de banda de las comunicaciones humanas. El problema no radicaba tanto en la simple transmisión de la nómina de seres racionales de la galaxia como en la atenta costumbre de los alienígenas de emitir cuanto querían comunicar en una porción considerable de las más de seis mil novecientas lenguas del mundo. A esta circunstancia, que apenas causó molestias a otro colectivo que al que se vio privado de la contemplación de su programa concurso favorito, hay que unir una mucho más seria: las interferencias que sufrieron las comunicaciones, y en particular, las que hacían posibles las negociaciones que emprendió entre bastidores una porción considerable de las fuerzas militares del planeta.

* * *

Una rápida llamada a Gamini Bandara fue a confirmar lo que Ranjit ya sabía de sobra: las jactanciosas declaraciones del embajador estadounidense no respondían a ninguna decisión que hubiese adoptado de manera voluntaria el Gobierno egipcio. Hamīd al-Zasr, viejo amigo de Dhatusena Bandara convertido en legado diplomático de Egipto en Sri Lanka, se lo había explicado todo.

—Se las ingenió para establecer una llamada telefónica personal con mi padre. Al parecer, no han podido hacer nada frente a la presión de Estados Unidos. Se ve que hay mezclado en ello un tipo norteamericano con aspiraciones de matón, según me ha dicho mi padre.

—¡Pues claro que sí! Ten por seguro que es tu amiguito el coronel Bledsoe.

—Quizás estés en lo cierto —señaló Gamini algo sobresaltado—. De todos modos, al-Zasr dice que Egipto no ha olvidado las obligaciones contraídas con Pax per Fidem, aunque aún no las ha puesto en práctica del todo. Todavía no se ha completado la transición, y el país es demasiado pobre para andar a malas con Estados Unidos. Parece ser

que hay en juego miles de millones de dólares.

—¡Dios santo! —exclamó Ranjit.

Lo mismo dijo Myra cuando éste la informó de la conversación.

—Debíamos haberlo imaginado —añadió—. Esperemos que la cosa no empeore.

CAPÍTULO XLIII

Los inmigrantes recién aterrizados

De cuantos componían la familia Subramanian, tal vez fuera el pequeño Robert quien se viera afectado en menor grado por los espeluznantes acontecimientos de que fue testigo el planeta en el que vivían. Aquellos días lloró algo más; cierto es. Sin embargo, todo hacía pensar que lo que lo entristecía era, más que el estado en que se encontraba su mundo, la angustia que se hacía patente en sus padres. El modo que tuvo de abordar aquel problema consistió en mostrarse especialmente bueno, y así, no paraba de acariciarlos y abrazarlos, y aun daba cuenta sin protestar de toda la verdura que le servían y se iba a la cama sin rezongos cuando llegaba el momento. Además, trataba de animarlos repitiendo palabras y frases aprendidas en la escuela dominical.

—*Egla d'oro* —decía en tono tranquilizador—: *ata* al *ójimo*...

Es evidente que oír lo que recordaba Robert de la catequesis en lo tocante a la ética de la reciprocidad no suponía ningún consuelo para Ranjit y Myra. Tampoco se disgustaron cuando comenzó a interesarse por las cosas que mostraban los noticiarios internacionales, una vez, claro está, que dio con un canal que no había sido invadido por los pintorescos moradores de la galaxia.

En aquéllos se daba razón de lo que estaban haciendo los unoimedios ocupantes en la depresión de Qatāra. Todo satélite de reconocimiento que no había quedado inutilizado por las incesantes reposiciones del bestiario galáctico tenía la mira puesta en aquel rincón del mundo casi olvidado.

No bien hubo aterrizado la flota de los unoimedios quedó claro por qué habían empleado cohetes para frenar en lugar de la simple fricción del aire, siendo así que ésta habría despedazado sus naves espaciales.

Dichos vehículos no poseían un diseño aerodinámico, y de hecho, ni siquiera consistían en simples formas tubulares como los minúsculos aparatos en que viajaban los eneápodos. Por el contrario, se asemejaban más a árboles de navidad cargados de cubos, bolas y polígonos que pendían del cuerpo principal describiendo cualquier ángulo imaginable respecto de él. Aquello explicaba su interés por gastar combustible a fin de desacelerar, pues cualquier otra entrada habría convertido sus vehículos en las estrellas fugaces más brillantes que se hubieran contemplado desde la Tierra, para fragmentarlos a continuación en numerosos restos al rojo desperdigados en una extensión de miles de hectáreas.

Una vez que hubieron tomado tierra siguiendo un orden establecido, los unoimedios hicieron manifiesta la utilidad de tan grotescos aditamentos. Algunos, semejantes a tentáculos, se separaban de sus naves y, después de agitarse con ademán indeciso unos instantes, se alejaban retorciéndose a fin de explorar aquel nuevo entorno. Otros, tras unirse entre sí, se dirigían a las aguas salobres de los oasis.

—Espero —aseguró Ranjit, que no tenía la menor idea de cuáles eran sus intenciones— que se percaten de que esa agua no es potable.

Myra estudió el gesto de su marido.

—¿Sabes? —dijo con aire pensativo—. Pareces más alegre desde que llamó Joris para decir que los dinamiteros han cejado en su propósito. Ahora te preocupa que esos unoimedios tengan qué beber.

Como quiera que su esposa estaba en lo cierto, no hizo nada por llevarle la contraria.

—Es lo que repite Robert: *ata al ójimo* como quieres que el *ójimo te ate* a ti. Y a mí, personalmente, no me hace ninguna gracia que el prójimo me dispare.

Ella sonrió antes de que atrajeran su atención las imágenes de la pantalla. Algunos trozos de maquinaria de los alienígenas se habían dedicado, tras desprenderse de la nave y encaramarse a una duna, a horadarla.

—Están excavando un túnel —se maravilló—. ¿Qué crees que quieren hacer? ¿Alguna clase de refugio por si los atacan?

Ranjit no contestó. Aquellos extraterrestres debían de saber que era muy probable que los acometiesen con armas; pero no acababa de

atreverse a expresarlo en voz alta.

Ni falta que hacía, porque todos los canales de noticias que aún se hallaban en manos de la especie humana oscurecieron de pronto, para mostrar a continuación a una presentadora que, aturdida, informó a la carrera a su auditorio de que el presidente de Estados Unidos había solicitado tiempo de emisión para hacer un anuncio de «importancia mundial».

—Éstas han sido las palabras del presidente —comunicó nerviosa la mujer que había irrumpido en la pantalla de los Subramanian—. Desde aquí no podemos decir mucho más, aparte de que se trata de un hecho casi sin precedentes en... ¿Cómo?

Se dirigía a alguien invisible, aunque la respuesta fue obvia. Sólo tuvo tiempo de decir:

—Señoras y señores, el presidente de...

Entonces, la pantalla volvió a ennegrecerse. Cuando volvió la imagen, fue para mostrar a un grupo de personas de uno y otro sexo de aspecto importante (y también preocupado) arracimado en torno a una mesa sembrada de micrófonos. Ranjit contempló la escena con cierta perplejidad: el lugar en que se hallaban no era ni la Rosaleda de la Casa Blanca ni el Despacho Oval, ni ningún otro de los que solía preferir el dignatario. Cierto es que detrás de los presentes, que se encontraban de pie, podía verse una bandera estadounidense de grandes dimensiones, tal como exigía de un modo punto menos que indefectible el presidente. Sin embargo, en la sala en la que estaban había algunos elementos poco habituales: paredes que carecían de ventanas, y la dura luz de unos focos por toda iluminación; también aparecía un cuerpo de guardia de infantes de la Marina de Estados Unidos en posición de firmes y con los dedos apoyados en los gatillos de sus armas.

—¡Por Dios bendito! —susurró Myra—. ¡Si ése es su refugio nuclear!

Ranjit, no obstante, apenas le prestó atención, pues acababa de descubrir algo más.

—Mira al hombre que hay entre el presidente y el embajador egipcio. ¿No es Orion Bledsoe?

* * *

Sí, era él. Con todo, no tuvieron tiempo de formular comentario alguno al respecto, ya que el dirigente había comenzado a hablar.

—Amigos —dijo—, me apena tener que presentarme ante todos ustedes para informar de que la invasión (la invasión, sí: no existe otro modo de describir lo que acaba de ocurrir) de nuestro planeta por parte de esos seres venidos del espacio ha colmado el vaso de lo tolerable. El Gobierno de la República Árabe de Egipto ha conminado a quienes han cometido este atropello a poner fin a sus preparativos bélicos y abandonar el territorio egipcio, y los agresores no sólo han omitido acatar tal requerimiento, totalmente conforme al derecho internacional, sino que ni siquiera han tenido la cortesía de acusar recibo de la admonición.

»En consecuencia, el Gobierno de nuestra aliada la República Árabe de Egipto está preparando una columna acorazada para cruzar con ella el desierto y expulsar de su suelo a los invasores. Además, su presidente ha hecho un llamamiento a Estados Unidos para que cumpla con lo convenido en virtud de los tratados existentes y apoye la empresa militar destinada a rechazarlos.

»Comprenderán que no tengo más opción que satisfacer dicha solicitud. En consecuencia, he dado órdenes a las fuerzas aéreas sexta, duodécima, decimocuarta y decimoctava de destruir el campamento alienígena. —Dicho esto, se permitió esbozar una sonrisa—. En la mayoría de los casos, ésta sería una decisión altamente secreta; pero estoy convencido de que el despliegue de las fuerzas destinadas a hacerles frente persuadirá a los invasores extraterrestres de la necesidad de abandonar de inmediato sus provocaciones y declarar su intención de desalojar el territorio egipcio que han ocupado.

El presidente volvió la mirada hacia su propia pantalla en el momento mismo en que las de todo el mundo comenzaban a mostrar su promesa hecha realidad: de todas partes surgieron aviones en perfecta formación de cuño listas para convergir en un mismo punto: la depresión de Qatāra. Ranjit reconoció algunos de ellos: alas volantes supersónicas; viejos B-52 de inmenso porte, que aún no habían caído en desuso desde la guerra de Vietnam; diminutos cazabombarderos furtivos... Contó al menos una docena de clases distintas de aeroplano, todas ellas con el mismo punto del mapa por objetivo.

Entonces, de pronto y sin previo aviso, mudaron el rumbo. Ranjit

no pudo por menos de pensar en las «cercas invisibles» para perros, consistentes en una instalación eléctrica enterrada que propina una descarga al animal cada vez que trata de rebasar cierto punto. Lo mismo hicieron los aviones: en el instante mismo en que trataron de atravesar el perímetro de una circunferencia que tenía por centro la depresión de Qatāra, las pulcras formaciones de vuelo se desbarataron cuando, uno a uno, fueron perdiendo potencia los aparatos que la conformaban. No hubo explosiones, ni fogonazos, ni indicio alguno de acción hostil. Simplemente, en los propulsores de aquella imponente flota aérea dejó de verse llama alguna. Se habían apagado.

Perdido todo impulso, los pilotos hicieron cuanto estuvo en sus manos, que no fue mucho, por planear hasta el suelo. Pocos minutos después, las pantallas se llenaron de piras funerarias que, en número de quinientas o seiscientas, marcaban cada uno de los puntos en que había dado en tierra un integrante de aquella imponente fuerza aérea y había hecho explosión el combustible que aún tenía en el depósito.

Dentro del perímetro del campamento de los invasores, los afanosos pedazos de maquinaria siguieron ejecutando sus enigmáticas labores sin prestar la menor atención a cuanto ocurría a su alrededor.

* * *

Para los unoimedios, la depresión de Qatāra constituía un verdadero paraíso. En particular les encantó el agua de aquel oasis salobreño, más pura que cualquiera de las que hubiesen podido beber en su planeta durante generaciones. Por supuesto que había en su composición algún que otro elemento químico que era necesario depurar; pero apenas poseía contaminantes radiactivos, ¡y no había ni rastro de emisores de positrones!

¡Y el aire...! Pero ¡si casi podía respirarse sin necesidad de filtros! Cierto es que resultaba un tanto cálido, pues rondaba los cuarenta y cinco grados centígrados, o tal vez los ciento diez grados Fahrenheit, conforme a los diversos modos, tan propensos a provocar confusiones, de que se servía la población humana para medir la temperatura. Sin embargo, una vez que acabasen el túnel que iba de aquella depresión al mar, dispondrían de la suficiente cantidad de refrescante agua del Mediterráneo para hacer llevadero aquel clima.

Podría decirse, en efecto, que se hallaban tan felices como cabía pensar de una raza de seres esclavizados y en gran medida ortopédicos, salvo por un detalle enojoso. Como de costumbre, eran los eneápodos los causantes. Éstos habían dado su consentimiento a la destrucción de los aeroplanos atacantes porque tal acción no ponía en peligro la vida de ningún ser racional de la Tierra, pues sabían que todos los aviones de guerra estaban pilotados a distancia. Sin embargo, pese a todo, el ataque había provocado la pérdida de más de una existencia humana, circunstancia que resultaba exasperante. Quiso el azar que, en el lugar en que fue a estrellarse uno de los bombarderos estadounidenses, hubiera trabajando un equipo de expertos en prospección petrolera, y aunque es cierto que sólo habían muerto once personas (menos de un 0,0000001 por ciento de toda la especie humana, algo por lo que apenas cabe pensar que debiera inquietarse ningún ser dotado de una mente racional), los eneápodos habían puesto el grito en el cielo, pues no ignoraban, gracias a las conversaciones relativas a toda actividad humana de relieve, y a un buen número de las secundarias que habían escuchado de modo subrepticio, que los humanos poseían un concepto de la justicia y la compensación muy distinto del suyo. Al final, el consejo de los unoimedios acabó por ceder.

—¿Qué podemos hacer para arreglar la situación? —preguntaron— Excepto, claro está, abandonar este lugar tan acogedor para regresar a nuestro planeta, cosa que no tenemos intención de hacer.

—Ofrecerles una indemnización —resolvieron de inmediato los expertos eneápodos—. Tenéis que pagarles. Por lo que sabemos por nuestro programa de escuchas, casi todo lo que se tuerce en los asuntos de esos seres humanos puede repararse mediante un resarcimiento en forma de dinero. ¿Estáis dispuestos a hacer algo así?

Los dirigentes de los unoimedios no necesitaron mucho tiempo para contestar:

—¡Claro que sí! ¿Qué es *dinero*?

CAPÍTULO XLIV

Desacuerdos internacionales

Al día siguiente, a una distancia considerable de Qatāra, los Subramanian estaban acabando de desayunar cuando Natasha y Robert, vestidos ya con el traje de baño, se disponían a aguardar el período de treinta minutos de rigor que debía mediar, por imposición materna, entre el final de una comida y el momento en que se les permitía ponerse en marcha en dirección a la playa. Ranjit observaba la pantalla con gesto ceñudo mientras dejaba que se enfriase la taza de té que sostenía en la mano. Las noticias mostraban las imágenes de la ajetreada colonia de los unoimedios que había captado uno de los escasos satélites que aún manejaban los humanos, y Ranjit estuvo un rato con la mirada fija en ellas y la frente arrugada.

Myra se preguntó qué debía de encontrar tan apasionante su marido; pero enseguida volvió a fijar su atención en la variada correspondencia de aquella mañana.

—Los de Harvard quieren saber si estás interesado en hacer otra vez el discurso inaugural. ¡Vaya! También ha escrito Joris. Dice que no han dejado de recibir amenazas, pero que si de veras hay satanistas interesados en atacar el Skyhook, tienen que estar a más de veinte kilómetros de la base. Y... ¿qué pasa?

Al alzar la vista, pudo ver lo que había provocado la exclamación de sobresalto de su esposo y que la había llevado a dejar a medias la frase. La vista aérea había desaparecido después de que los extraterrestres hubiesen vuelto a acaparar el satélite para sus propios fines, y en la pantalla volvía a tomar forma la figura que tanto conocían.

—¡Vaya por Dios! —espetó la hija de ambos—. Otra vez yo.

En efecto, se trataba de aquella Natasha falsa indestructible del rizo que caía sobre la oreja izquierda, la misma que se había aparecido

con tanta frecuencia desde que el mundo había comenzado a desmoronarse.

—Ojalá hubieses llevado algo más de ropa —suspiró Myra.

El doble le ahorró la respuesta fulminante de su hija.

—Me dirijo a ustedes —recitó— para hacerles llegar un mensaje procedente de los seres identificados como unoimedios, instalados en el presente en la llamada depresión de Qatāra, sita en el planeta que ustedes denominan Tierra. Su contenido es el siguiente:

> Lamentamos de veras la pérdida de vidas humanas a que ha dado lugar la defensa contra el ataque del que nos habían hecho víctimas. Es nuestra intención compensarlo con el pago de mil toneladas métricas de oro puro al 99,99999 por ciento, si bien debemos disponer de noventa días para procesar el metal a partir de agua del mar. Les rogamos que, de aceptar la oferta, se sirvan hacérnoslo saber.

»Y aquí concluye el mensaje.

Dicho esto, desapareció sin más para dar paso, de nuevo, a las brillantes estructuras de la colonia. Ranjit se volvió a fin de clavar la mirada en las de su esposa y sus hijos.

—Supongo —señaló con incredulidad— que deben de tener una copia de Tashy para ofrecer sus comunicados.

Myra esbozó una sonrisa poco confiada.

—No lo sé, pero ¿has oído lo que ha dicho? No me parece del todo mal, ¿no? Si están dispuestos a resarcir a la humanidad por lo ocurrido, es que hay cierta esperanza.

Ranjit asintió con un gesto pensativo.

—¿Sabes? —dijo asombrado—. Hace tanto que no oíamos buenas noticias que no sé cómo celebrarlo. ¿Os apetece una copa?

—Es muy temprano —repuso Natasha como movida por un resorte—. De todos modos, Robert no bebe, y yo, no mucho. Haced lo que queráis, nosotros nos vamos a la playa.

—Yo creo que voy a llamar a la universidad. Me gustaría saber lo que opina Davoodbhoy —concluyó mientras besaba la mano de su esposa.

—¡Ea! —exclamó ella—. Pues marchaos todos. —Tras meditar en

silencio unos instantes, exhaló un suspiro y, sirviéndose otro té, se dispuso a disfrutar de lo que parecía querer volver a ser un mundo normal.

Aunque todavía no se habían borrado de su memoria los pensamientos de destrucción y desastre, en aquel momento le parecían tan soportables como la punzada de dolor que sentimos en una muela y nos recuerda que debemos pedir cita con el dentista, no quizá para el mes que viene, aunque sí para el siguiente. En consecuencia, retomó la lectura de los textos recibidos. Había uno firmado por su sobrina Ada Labrooy. En él señalaba que el estado «archivado» del que hablaban las criaturas del espacio parecía asemejarse mucho a la inteligencia artificial en la que llevaba trabajando ella misma lo que parecía ya toda una vida, y preguntaba si no poseía la verdadera Natasha modo alguno de pedirles más detalles. Había, además, una docena de remitentes que, como ella, albergaban la vana esperanza de que su hija tuviese la posibilidad de recibir, de un modo u otro, un mensaje de los alienígenas. Y también un texto preocupante del templo de Trincomali en el que se informaba de que, si bien el anciano monje Surash había salido bien de su última operación, los resultados a largo plazo resultaban, cuando menos, inciertos.

Con los labios fruncidos por la pesadumbre, volvió a leer aquellas palabras alarmantes mientras recordaba que había sido el religioso mismo quien había llamado para anunciarles que iba a someterse a una nueva intervención, que presentó como equivalente a una operación de vegetaciones. Sin embargo, aquel texto hacía pensar en algo mucho más serio. Respirando hondo, pasó al siguiente…

Y en cuanto se puso a leerlo, no pudo evitar arrugar el sobrecejo. El texto, dirigido personalmente a Ranjit, procedía de Orion Bledsoe:

> El motivo de la presente —decía— no es sino recordarle las obligaciones que, en virtud de la Ley del Servicio Militar de 2014, tiene contraídas con la nación la ciudadana estadounidense Natasha de Soyza Subramanian, quien deberá apersonarse en cualquiera de las instalaciones del ejército a fin de ser evaluada. De no hacerlo en el plazo de ocho días, se le reclamará la sanción pertinente.

Ya era demasiado tarde para alcanzar a Natasha a fin de ponerla al tanto de aquella nueva propuesta relativa a su carrera profesional. Así que dio una voz a Ranjit, quien tras colgar el teléfono, leyó el texto que ella le entregaba y reaccionó con un:

—Ajá... —A lo que añadió, a fin de dejar fuera de duda el significado de la interjección—: ¡Mierda!

Así fue como la familia Subramanian tuvo algo nuevo e inesperado de lo que preocuparse. Ni Ranjit ni Myra habrían podido imaginar jamás que la circunstancia, meramente geográfica, de que su hija hubiese nacido en suelo estadounidense pudiese dar a la superpotencia derecho alguno a reclutarla. Sólo se les ocurrió un modo de buscar una solución, y no dudaron en servirse de él.

Ranjit llamó a la carrera a Gamini Bandara, y su amigo lo hizo esperar, primero un momento, y después, disculpándose, durante un período mucho más prolongado. Cuando, al fin, retomó la conversación, parecía, sin embargo, menos preocupado.

—¿Ranjit? Sigues ahí, bien. He estado hablando con mi padre, que tiene todavía al teléfono a sus asesores legales. Quiere que vengas. —Se detuvo unos instantes, y cuando prosiguió, lo hizo en un tono que daba a entender que se sentía un tanto violento—. Se trata de ese indeseable de Bledsoe. Tenemos que hablar de él, Ranj. Mi padre va a enviarte un avión. Tráete a Myra y a Natasha. Y a Robert también, claro. Os esperamos.

* * *

El aeroplano que fue a recogerlos aquella tarde no era, ni por asomo, tan espacioso como el que había rescatado a Ranjit de su cautiverio. Sólo tenía una azafata, cuya belleza no podía compararse a la de las otras; pero en él los aguardaba, a modo de compensación, algo inesperado: un viejo amigo que fue a recibirlos en la entrada misma. Myra hubo de posar dos veces la vista en él antes de exclamar sonriente:

—¡Doctor De Saram! ¡Qué sorpresa!

Nigel de Saram, el hombre que había ejercido en otro tiempo de abogado de Ranjit y que a la sazón ocupaba el cargo de ministro de Asuntos Exteriores del presidente Bandara, se dejó abrazar antes de

invitarlos a todos, con un gesto abarcador, a ocupar una serie de asientos dispuestos en torno a una mesa alargada.

—Tenemos cosas de las que hablar durante el viaje —anunció mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. En tanto el aparato recorría la pista de despegue, leyó el texto que le había llevado Myra; de modo que, cuando alcanzaron la altitud de crucero, ya sabía cuanto le era necesario conocer.

—Creo —dijo dirigiéndose a Natasha— que está claro lo que hay que hacer. Viniendo para acá, he consultado todos los fallos emitidos por los tribunales de justicia de Estados Unidos en torno a esta cuestión. Lo primero que debe hacer es renunciar a la ciudadanía estadounidense. Cuando lleguemos a mi despacho, nos tendrán preparados todos los documentos necesarios. Sería mejor, claro, si lo hubiésemos hecho hace unos años. Lo siento —añadió—: tenía que haberme asegurado de que así fuese.

—¿Eso es todo lo que hay que hacer para arreglarlo? —preguntó Ranjit con incredulidad. La nación más poderosa del mundo estaba tratando de obligar a su hija a sentar plaza en el ejército, y él no estaba dispuesto a correr riesgos.

—¡Por supuesto que no! —El anciano letrado puso gesto de asombro—. Con eso, haremos que toda la causa se resuelva en el foro norteamericano. Sin embargo, una cosa así va a tardar años, y no sé si lo saben, pero se acercan las elecciones presidenciales, y todo apunta a que no va a ganarlas el equipo de Gobierno actual. Esperemos que las actitudes políticas del siguiente sean distintas. Entre tanto, le pido por favor que se mantenga alejada de Estados Unidos.

Natasha se lanzó a sus brazos para susurrarle al oído:

—Gracias.

Su padre, un tanto azorado, le mostró también su reconocimiento y añadió:

—Creo que, después de todo, no hacía falta hacerlo venir hasta aquí.

—Bueno —repuso él—, eso es harina de otro costal. El presidente Bandara quiere hablarle de ese antiguo infante de marina estadounidense llamado Orion Bledsoe.

—Sí —intervino Myra—, el que tuvo la dichosa idea de reclutar a Tashy.

El abogado meneó la cabeza.

—No está claro que la iniciativa fuese suya: puede ser que viniera de más arriba. Lo que sí puedo asegurarles es que, en este momento, se encuentra en Bruselas a fin de tratar con los del Banco Mundial.

—¿De qué? —quiso saber Myra con gesto más preocupado.

—Tiene por misión —contestó en tono grave— comunicarles las instrucciones de su Gobierno. Mañana por la mañana van a hacer pública una declaración en la que aseguran que tamaña afluencia de oro está abocada a acabar con el equilibrio de la estructura financiera del planeta, motivo por el cual debe ser rechazada.

Ranjit arrugó la frente al tiempo que apretaba los labios.

—Podría ser —reconoció—. Una cosa así equivaldría a poner en circulación, de la noche a la mañana... ¿Cuánto? Billones de dólares de capital nuevo. Semejante acción tendría repercusiones muy serias, por no hablar de lo que supondría para el precio del oro en los mercados mundiales. —Encogiéndose de hombros, concluyó—: No me dan ustedes la menor envidia; yo no tendría ni la más remota idea de cómo enfrentarme a problemas así.

—Creo que el presidente no está de acuerdo —aseveró De Saram, volviendo a cabecear—. Al menos, tiene la esperanza de que pueda usted ser de ayuda. Mejor dicho, todos ustedes. Su intención es reunirse con todos en breve para saberlo todo acerca de ese tal Bledsoe y después tratar de dar con alguna solución.

* * *

El primer ministro de Sri Lanka no fue el único dirigente mundial que optó por reunir algo semejante a un grupo de sabios. De hecho, las personas más inteligentes e informadas del planeta se hallaban batallando con las mismas cuestiones. Pax per Fidem había convocado sus propios congresos, y en su cuartel general estaban deliberando qué satélites podían emplearse para hacerse con las voces mejores y de más erudición.

¿Quién sabe? Tal vez podían haber salido victoriosos, si Estados Unidos no hubiese tenido un as en la manga. Se trataba de una declaración presentada como un asunto de trámite por la portavoz habitual del Gobierno, aunque sus efectos fueron demoledores.

—El presidente desea que se entienda —señaló aquélla, mirando a la cámara con la misma sonrisa de persona afable que la había ayudado a hacer público un centenar de anuncios desagradables— que Estados Unidos también está en su derecho de reclamar la indemnización correspondiente a los daños, tan graves como innecesarios, que se han infligido a su flota de pacificación.

CAPÍTULO XLV

En busca de una solución

Cuando Nigel De Saram acompañó a los Subramanian al despacho presidencial, Ranjit tuvo ocasión de maravillarse ante el marcado envejecimiento que había sufrido Dhatusena Bandara. En realidad, era algo que había esperado en parte, pues el presidente debía de frisar en los noventa. Aun así, parecía mucho más frágil que la última vez que lo había visto de cerca, durante la ceremonia de investidura. Sea como fuere, les dio la bienvenida con voz clara y vigorosa. Besó a Myra y a Natasha, y saludó a Ranjit y a Robert con un apretón de manos por demás juvenil. Su hijo hizo otro tanto, si bien él optó por abrazar a los varones.

—Gracias por venir —dijo este último—. Van a traer té para los adultos —añadió guiñando un ojo a Natasha, quien correspondió con una sonrisa a semejante ascenso de categoría— y zumo para Robert. Si te cansas de oírnos hablar, al lado de la ventana tienes una máquina de juegos.

—Estupendo —señaló Myra—, le encanta echar partidas de ajedrez en tres dimensiones.

—Perfecto. ¿Ha resuelto Nigel vuestros problemas con el reclutamiento?

—Eso creo. O al menos, eso espero —respondió Ranjit.

—Entonces, vamos a ponernos manos a la obra. El bueno de Orion Bledsoe nos está dando un montón de problemas. Si queréis, empezamos por lo que está haciendo con vosotros.

Nigel De Saram ofreció, con concisión y rapidez, toda la información que tenía al respecto, y Gamini, inclinando la cabeza, preguntó a los Subramanian:

—¿Habéis observado, por casualidad, de dónde procedía su

mensaje?

Myra negó con un gesto, y Ranjit frunció el ceño.

—La verdad es que me llamó la atención que no viniese de Washington, ni tampoco de su despacho californiano. Creo que debieron de enviarlo desde algún lugar de Europa.

Gamini miró a su padre, quien asintió con gravedad.

—Desde Bruselas —confirmó el presidente— El Banco Mundial, presionado por Estados Unidos, ha ordenado a los egipcios que rechacen la oferta del oro. Y el encargado de apremiarlo ha sido, precisamente, el coronel Bledsoe.

—Ha sido culpa mía —declaró su hijo—. Me pareció que era el hombre más indicado para gestionar la habilitación de seguridad que necesitabas para unirte a Pax per Fidem. No hace falta que te diga que todo era cosa del Gobierno de Estados Unidos, quien no estaba dispuesto a permitir participar en el proyecto del Trueno Callado a nadie que no ofreciese las máximas garantías. Y Bledsoe daba la impresión de ser capaz de despejar toda duda que pudiesen albergar acerca de ti. —Meneando la cabeza con aire sombrío, concluyó—: Fue una mala decisión; tenía que haber recurrido a una vía diferente, porque desde entonces no nos ha dado más que problemas.

—Ya no tiene ningún sentido hablar de responsabilidades —aseguró su padre—. Lo que hay que resolver ahora es si hay algo que pueda hacerse. Es evidente que Egipto necesita dinero.

Myra había arrugado el entrecejo.

—¿Por qué tienen que hacer caso al Banco Mundial en vez de aceptar la oferta de esos seres del espacio?

—¡Ay querida Myra! —exclamó con pesar el presidente—. Ojalá pudiesen. El banco no dejaría de tomar represalias, lo que supondría cancelar fondos, retener ayudas y entorpecer todo lo demás siempre que tuviese potestad para ello. Por desgracia, a los estadounidenses no les falta razón en lo tocante a los efectos que tendría semejante introducción de capital nuevo. Algo así causaría problemas terribles en los mercados internacionales. A nosotros nos llevaría a la bancarrota.

A continuación, bajó la mirada. Natasha, sentada a su lado, en el suelo y con las piernas cruzadas, mostraba signos de angustia.

—¿Querías decir algo, cariño? —preguntó el anciano.

—La verdad es que sí —confesó ella—. A ver, ¿por qué es pobre

Egipto? Yo pensaba que la presa alta de Asuán lo había enriquecido.

El presidente esbozó una sonrisa triste.

—Y no eres la única. Es verdad que esa construcción es capaz de producir una gran cantidad de energía eléctrica; pero no puede hacer dos cosas al mismo tiempo. Si aumenta al máximo la producción energética, se vuelve muy perniciosa para la agricultura, lo que aumenta las necesidades alimentarias del país. El dinero podría hacer maravillas por Egipto. Con él podrían construirse centenares de centrales nuevas, por ejemplo.

—¿Y por qué no pueden hacerlo de todos modos?

Dhatusena Bandara la miró con indulgencia.

—Ya les gustaría; pero no es posible. No tienen el dinero necesario desde hace muchísimo tiempo; así que lo único que les ha permitido crear más centrales ha sido el proceso que llaman Construcción, Usufructo, Explotación y Traspaso, mediante el cual las industrias privadas costean las obras y las emplean para obtener beneficios durante cierta cantidad de años antes de ponerlas en manos del Estado. Sin embargo, a esas alturas se han convertido ya en instalaciones anticuadas, que tal vez no cumplen las normas de seguridad como debieran. —Volvió a menear la cabeza—. De todo esto me ha informado, con gran reserva, mi amigo Hamīd, quien tiene mucho que perder si los estadounidenses llegan a enterarse de que ha puesto en mi conocimiento tales datos.

Natasha soltó un suspiro.

—¿Y qué podemos hacer, entonces?

La respuesta le llegó de un lugar inesperado. Alzando la cabeza de la pantalla en que estaba concentrado, Robert dijo en ademán reprobatorio:

—*Egla d'oooro.*

Nigel de Saram le regaló una mirada afectuosa.

—Quizá no andes descaminado, Robert —afirmó.

—¿Que no ande descaminado? —Gamini Bandara dejó caer el sobrecejo.

—Al invocar la regla de oro; ya saben, trata al prójimo como quieres que él te trate a ti. Se trata de la descripción más sencilla que conozco de un mundo en paz. Si todos actuásemos en conformidad con ella (nosotros, los estadounidenses, los alienígenas del espacio…, todos),

estoy convencido de que serían muchos los problemas que desaparecerían sin más.

Gamini observó sin demasiado convencimiento a aquel amigo de toda la vida de su padre.

—No se ofenda, señor mío; pero ¿de veras cree que esos unoimedios van a dejarse llevar por un antiguo dicho sacado de las creencias supersti..., religiosas, quiero decir, de un pueblo primitivo?

—Por supuesto —respondió con firmeza el abogado—. Esa regla de oro no es sólo un concepto religioso: hay otras muchas personas que han expresado lo mismo con otras palabras, sin necesidad de recurrir a la autoridad sobrenatural. Piense, por ejemplo, en Immanuel Kant, la mismísima encarnación de lo racional. —Tras cerrar los ojos un instante, repitió el fragmento que había aprendido al dedillo mucho tiempo atrás—: «Obra sólo de acuerdo con la máxima por la cual puedas al mismo tiempo querer que se convierta en ley universal». ¿No es lo mismo que la regla de oro de Robert? Kant lo llamó *imperativo categórico*, porque consideraba que todo ser humano (y supongo que, si hubiese llegado a imaginar cosas así, también toda criatura del espacio exterior) debía tenerla por ley fundamental de comportamiento, sin excepción. —Alborotó el cabello del pequeño con gesto cariñoso—. Ahora, Robert, lo único que tienes que hacer es conseguir que tu padre demuestre ese teorema concreto si quieres que el mundo se convierta en un lugar más agradable.

Alzó la vista para dirigirse al aludido, quien se había colocado en otro extremo de la sala, ante la pantalla en la que podían observarse las numerosísimas actividades de los unoimedios, y le preguntó:

—¿Le gustaría intentarlo?

Cuando Ranjit apartó al fin la mirada del aparato, tenía impresa en el rostro una expresión angélica. Con todo, no fue a Nigel de Saram a quien se dirigió.

—Gamini —dijo en cambio—, ¿te acuerdas de cuando, hace ya años, estuvimos hablando tú y yo de la clase a la que había asistido casi por casualidad? En ella habían expuesto la idea del proyecto hidrosolar que habían tenido los israelíes, con la intención de obtener energía del mar Muerto.

El interpelado apenas necesitó medio segundo para rebuscar en su memoria.

—No —concluyó—. ¿De qué estás hablando?

—¡Ya sé lo que puede haber llevado a los unoimedios a excavar ese túnel! —exclamó triunfante—. ¡Deben de estar creando una central eléctrica! Es verdad que los estadounidenses no van a dejar que los extraterrestres entreguen a los egipcios todo ese dinero; pero no pueden oponerse a que compartan con ellos la energía que tanto necesita la nación.

CAPÍTULO XLVI

Negociaciones

Dado que cumplía tomar decisiones de relieve, se congregaron unos dieciocho o veinte de los visitantes del espacio, entre los que se incluían representantes de los eneápodos y de los unoimedios, y aun unos cuantos de los archivados, que ejercían de prácticos de la flota. El lugar en el que celebraban el encuentro era algo análogo al puente de mando del almirante de aquella fuerza invasora, transformado entonces en un elemento comparable al Kremlin o al Despacho Oval. Aquella reunión no era, precisamente, plato de buen gusto para los unoimedios, quienes, dotados sólo de la protección mínima, se hallaban más expuestos que nunca a los sonidos, la visión y los olores de las demás criaturas

De entre todos los unoimedios, el que menos feliz podía sentirse ante una afluencia sensorial tan poco grata era la encargada de hacer más suave aquel trago a sus congéneres. Tenía el título oficial de «responsable de identificación de consecuencias poco deseables», aunque de ordinario se referían a ella como *la Reparona.* Lo que más odiaba ésta era verse obligada a aguantar los discursos sobre los anticuados avances tecnológicos de la humanidad que pronunciaba el mediador jefe de los eneápodos. No le hacía ninguna gracia tener que mantener relación alguna con estos últimos, y en particular si tal cosa comportaba tocar siquiera alguna de sus nueve repulsivas extremidades. Sin embargo, en ocasiones no tenía más opción.

El artilugio terrícola del que iban a tratar en aquella ocasión revestía una gran importancia para el hombre, y lo cierto es que no carecía de ingenio, tal como hubo de reconocer para sí la Reparona. Gracias a él, el agua procedente del mar caía al suelo de la depresión de Qatāra y, haciendo girar una serie de turbinas, producía electricidad.

—¿Y eso es lo que quieren esas criaturas? ¿Energía eléctrica? —preguntó al ponente.

—Eso es —respondió el eneápodo— lo que le habéis prometido. Tengo aquí un ejemplar del acuerdo, por si alguien quiere verlo.

De hecho, mientras tal anunciaba, sostenía en el miembro que usaba para manipular objetos un cilindro de datos. La Reparona se estremeció sin poder evitar retraerse. Aun así, dado que no quería que se rompieran las negociaciones, ofreció, en cambio, un comentario más constructivo.

—Cuando nos hicisteis vuestra propuesta —señaló—, creí que teníais pensado enseñarlos a emplear la energía del vacío como hacemos nosotros, y lo cierto es que me alegro de que sea otra cosa, porque algo así podría haber hecho que los grandes de la galaxia montasen en cólera a su regreso.

Ante la falta de respuesta del eneápodo, la Reparona insistió:

—¿Y eso que llaman *imperativo categórico?*

El otro reprimió un bostezo.

—Es el modo como desean gobernar su planeta esas criaturas. Quieren que nosotros hagamos lo mismo, y de hecho —y diciendo esto señaló con su novena extremidad a uno de los prácticos, que seguía la conversación con su propio traductor de la lengua de los eneápodos—, ya hemos comenzado a transferir parte de nuestros conocimientos tecnológicos.

La Reparona, que ya sabía de sobra esto último, dejó escapar un suspiro.

—Y cuando vuelvan los grandes de la galaxia, ¿qué vamos a decirles?

El eneápodo siseó con impaciencia.

—Puede ser que regresen de un momento a otro, o tal vez de aquí a diez mil años. Ellos no tienen el mismo concepto del tiempo que nosotros. Ya conoces a los grandes de la galaxia.

Ella, en silencio, clavó la mirada en el eneápodo unos segundos, y a continuación, sintiendo un escalofrío dentro de la armadura, respondió:

—En realidad, los de mi especie no los conocemos en absoluto; pero no habiendo otra opción, debemos aceptar la propuesta. Con suerte, cuando lleguen habremos muerto todos.

* * *

Antes de volver al centro de mando, la Reparona insistió en que lo fumigaran con gases ionizados, y aun así, no dudó en detenerse en el umbral a fin de oliscar antes de acceder al interior.

Su actitud llevó al resto de los ocupantes a intercambiar lo que sería el equivalente a una sonrisa divertida entre los unoimedios. Con todo, quien habló fue el ser al que llamaban *Administrador.*

—Ya se han ido, Reparona —le anunció—. Ni siquiera queda ya su olor: no hay nada de qué preocuparse.

La Reparona lo miró con gesto de reprobación mientras tomaba asiento. Aun así, quien se había dirigido a ella no sólo era su superior en la escala jerárquica de los unoimedios, sino también, cuando era posible, su pareja.

—Sabes que no temo a los eneápodos —declaró, dirigiéndose más al resto de los presentes que a él—. ¿Quieres que te diga lo que no me gusta de ellos?

El Administrador contestó sumiso:

—Sí, por favor.

—No tiene nada que ver con el hedor tan desagradable que desprenden, ni con su novena extremidad, que además de servirles para maniobrar, constituye su órgano sexual. ¡Son de lo más asqueroso! A veces hasta emplean ese miembro para tocarme, y es verdad que resulta repugnante. Sin embargo, no pueden evitar tener esa morfología. ¿Tengo razón?

—Sí, Reparona, no pueden —confirmó el Administrador, y los otros emitieron estridentes silbidos de aprobación.

—Pero sí tienen la posibilidad de hacer algo respecto del modo como podemos instruir y aconsejar a los aborígenes de este planeta para que evolucionen hasta alcanzar el grado de civilización que poseemos nosotros. No debemos seguir aceptando que toda comunicación que tengamos con ellos se establezca a través de los eneápodos por ser ellos los únicos que conocen su idioma.

Los demás callaron de pronto. El mismísimo Administrador enmudeció un momento antes de aventurar:

—Nuestros superiores no quieren que tengamos la capacidad

necesaria para hablar directamente con otras especies. Por eso han autorizado sólo a los eneápodos para poseer tal facultad.

—Pero nuestros superiores no están aquí en este momento —replicó ella con resolución—. Sólo podemos hacer una cosa si queremos afrontar el futuro como debe ser: ponernos a aprender de inmediato las lenguas terrícolas. ¿O preferís que, cuando evolucionen los seres humanos, lo hagan a imagen de los eneápodos?

CAPÍTULO XLVII

La partida

Había transcurrido mucho tiempo desde el último encuentro cuando Ranjit y Myra volvieron a ver a Surash: dos operaciones quirúrgicas, por emplear la unidad de medida que había comenzado a usar el viejo monje. A esas alturas, su mundo (y el de cualquier otro habitante del planeta Tierra) se hallaba sumido en una transformación constante.

—No se trata sólo de los adelantos tecnológicos —hizo saber Ranjit a su esposa—, sino también de algo más... algo más amigable. Lo único que deseaban los egipcios era una parte de la energía obtenida en la depresión de Qatāra: los unoimedios no tenían por qué cedérsela toda.

Dicho esto, le lanzó una rápida mirada al ver que no ofrecía una respuesta inmediata. Ella tenía la vista clavada en las aguas de la bahía de Bengala, con el rostro iluminado por lo que daba la impresión de ser una leve sonrisa, que amplió al advertir que su esposo la observaba.

—Ajá —dijo al fin.

Ranjit, riendo, volvió a fijar la atención en la carretera.

—Cariño, eres una caja de sorpresas —aseveró—. ¿Se te han acabado las cosas de las que sospechar?

Tras considerarlo, Myra contestó:

—Supongo que no, aunque en este momento no se me ocurre ninguna de importancia.

—¿Ni siquiera los estadounidenses?

—Ahora —comentó ella apretando los labios— que ese odioso Bledsoe se encuentra huido de la justicia, no. Dudo mucho que el presidente vaya a causar problemas durante un tiempo, ahora que no tiene a nadie a quien hacer cargar con la culpa.

Él la escuchó en silencio, o más bien, hizo ver que la escuchaba,

pues en realidad estaba pensando en otra cosa; sobre todo, en la propia Myra, y en la increíble suerte que tenía de poder contar con ella. Tan absorto estaba en ello que apenas oyó lo siguiente que dijo su esposa.

—¿Qué?

—Que si crees que tiene posibilidades de salir elegido otra vez.

Antes de responder, Ranjit giró para tomar la carretera en pendiente en que aguardaba Surash.

—No, aunque no creo que eso importe. Ha estado representando el papel de tipo duro mientras le ha sido posible, y ahora querrá mostrarse más humanitario.

Myra tampoco contestó hasta después de que Ranjit hubiera aparcado el vehículo. Entonces, posando la mano en el hombro de él con ademán afectuoso, comentó:

—¿Sabes, Ranj? Me siento muy relajada. De veras.

* * *

El anciano religioso se había despedido ya de sus días de libertad. Se hallaba tendido en un catre angosto, con el brazo izquierdo inmovilizado a fin de que no supusiera estorbo alguno al bosque de tubos que descendía desde el ramillete multicolor de bolsas de medicamentos que descansaba sobre la cabecera hasta las venas de la muñeca.

—¡Hola, queridos míos! —exclamó al verlos entrar, con la voz imprecisa y metálica que emitía el micrófono de contacto que llevaba adherido a la laringe—. Os agradezco mucho que hayáis venido. Tengo que tomar una decisión, Ranjit, y no sé qué hacer. Si tu padre viviese, se lo preguntaría a él; pero como ya no está entre nosotros, me ha parecido oportuno recurrir a ti. ¿Dejo que me almacenen en una máquina?

Myra contuvo el aliento.

—Ada ha estado aquí —dijo.

Al anciano le fue imposible asentir con la cabeza, aunque logró hacerlo con un ligero movimiento de la barbilla.

—Sí —confirmó—. Fui yo quien invitó a la doctora Labrooy. La medicina no puede hacer ya nada que no sea dejar que un aparato respire por mí mientras yo continúo soportando este dolor insufrible. En las noticias decían que Ada Labrooy había dado con otra posibilidad.

Ella asegura que puede hacer lo que le han enseñado esas gentes del espacio para permitirme abandonar mi cuerpo y vivir para siempre en forma de programa informático. Ya no sufriría daño alguno. —Dicho esto, guardó silencio hasta reunir la fortaleza necesaria para proseguir—. Sin embargo, tendría que pagar un precio nada desdeñable, pues se me negaría, supongo, el camino de salvación consistente en hacer buenas obras, el *karma yoga* o «vía de la acción»; aunque siempre tendría a mi disposición *jnāna yoga* y el *bhakti yoga,* las del «conocimiento» y la «devoción». De cualquier modo, ¿sabes a qué me suena todo eso?

Ranjit meneó la cabeza.

—Al nirvana: mi alma quedaría liberada del ciclo de la eternidad.

El visitante se aclaró la garganta.

—Pero eso es lo que busca todo el mundo, según decía mi padre. ¿No lo deseas?

—¡Con todo mi corazón! Pero ¿y si no se trata sino de un engaño? ¡No puedo mentir al brahmán!

Volvió a apoyar todo su cuerpo en el lecho, clavando sus viejos ojos en Myra y Ranjit con expresión implorante. Este último arrugó la frente, aunque fue su esposa quien habló, colocando una mano sobre la muñeca encogida de él.

—Querido Surash, sabemos que no harías nada llevado de un motivo abyecto. Por eso, deberías hacer, sin más, lo que consideres correcto, pues seguro que lo es.

Y con ello concluyó la conversación.

Ya fuera, Ranjit respiró hondo.

—No sabía que Ada estuviese en disposición de intentar archivar a un ser humano.

—Yo tampoco —respondió Myra—. La última vez que hablamos, me dijo que estaban a punto de archivar una rata.

—En eso —apuntó él con una mueca de estremecimiento— va a acabar reencarnado Surash de no estar en lo cierto.

—Si llega a renacer convertido en otro ser (idea que yo rechazo, por cierto), estoy segura de que no será en algo malo. —Tras enmudecer unos instantes, sonrió—. ¡Vamos a ver cómo va nuestra casa!

* * *

La vivienda que había pertenecido al padre de Ranjit comenzaba a mostrar el resultado de las reformas ideadas por Myra, que incluían un dormitorio de matrimonio de grandes dimensiones donde antes había habido dos más pequeños, y tres cuartos de baño (además de un aseo para los invitados en la planta baja) en lugar de uno. Aun así, no había nada acabado, y esquivar los montones de tejas, baldosas, sanitarios y demás material se convirtió en una labor fatigosa.

—¿Qué te parece —propuso ella— si nos damos un chapuzón?

Ranjit tuvo que reconocer enseguida que la idea era excelente. Veinte minutos después, estaban pedaleando, con los bañadores puestos, en dirección a la balsa que había amarrada al lado del peñón de Svāmi.

Dado que el braceaje de las aguas de los alrededores aumentaba hasta alcanzar un centenar de metros a escasa distancia de la costa, no dudaron en llevar consigo su equipo de submarinismo, que incluía el último modelo de botellas de fibra de carbono, capaces de soportar una presión de mil atmósferas. En principio, no tenían la intención de alcanzar tamaña profundidad, aunque las profundidades de aquel mar les permitían estudiar la brutal historia de la región. Allí fue donde, poco menos de cuatro siglos antes, estando dominada Trincomali por los invasores portugueses, cierto capitán de barco luso había hecho destruir el templo por un acceso de furia religiosa (el hecho de que parte de sus ancestros se hubiera contado entre aquellas gentes desalmadas no hizo nada por mermar el interés de Myra). El lecho marino que se extendía alrededor del peñón seguía sembrado de columnas talladas cuyas formas resultaban aún reconocibles.

Una vez bajo el agua, la pareja se detuvo a examinar un umbral de intrincado diseño. Ranjit estaba bromeando con su esposa, haciendo ver que la reprendía con un movimiento de cabeza mientras recorría con un dedo la grieta que había dañado los relieves de flores de loto, cuando la luz que les llegaba de arriba se atenuó de improviso. Al alzar la mirada, vio una forma colosal que atravesaba, por encima de sus cabezas, aquellas aguas clarísimas.

—¡Un tiburón ballena! —exclamó por el transmisor, tan alto, que su voz, distorsionada, se asemejó a la del viejo monje a través del micrófono faríngeo—. ¿Nos hacemos sus amigos?

Myra sonrió mientras asentía con una inclinación de cabeza. No era la primera vez que los dos topaban con aquellos comedores de plancton, tan grandes como inofensivos, en las aguas de Trincomali. Aquellos acorazados de diez metros de largo navegaban acompañados por un séquito de rémoras, que viajaban adheridas a ellos gracias al órgano de succión cuando no nadaban en las proximidades de sus gigantescas fauces con la esperanza de darse un festín con sus sobras.

Ranjit comenzó a inflar su estabilizador y a elevarse lentamente por encima del cabo de guía, pensando que Myra lo seguiría al mismo ritmo, y se sorprendió al oírla decir, con voz serena, aunque tensa a todas luces:

—A mi chaleco le pasa algo. Enseguida estoy contigo.

Entonces, se oyó un violento silbido al llenarse de pronto su cámara de flotación. Ranjit se vio despedido hacia un lado al tiempo que ella ascendía con brusquedad. Momentos así podían hacer que se dejara llevar por el pánico el buceador más avezado, y Myra cometió el funesto error de contener la respiración. Cuando su marido la alcanzó, ya en la balsa, era demasiado tarde. De su boca salía un hilo de sangre, amén de unas últimas palabras, apenas un susurro, que Ranjit no estuvo seguro de haber entendido bien.

El las estuvo repitiendo hasta el momento en que se encontró en uno de los patines de aterrizaje del helicóptero de rescate, que había llegado justo a tiempo para confirmar lo que ya sabía.

—Nos vemos en el mundo que viene —le había susurrado ella.

Se inclinó para besar la frente helada de Myra, y a continuación se dirigió al piloto.

—Déjeme usar su teléfono, necesito hablar de inmediato con la doctora Ada Labrooy —pidió.

CAPÍTULO XLVIII

El alma enlatada

Si había una paciente por la que la doctora Ada Labrooy habría echado toda la carne en el asador, se trataba, sin lugar a dudas, de su queridísima tía Myra. Aun así, no todo dependía de ella. Por fortuna, tenía al alcance de la mano los aparatos encargados de hacer el trabajo, pues se estaban preparando para transformar al viejo Surash en el compendio de sí mismo que viviría para siempre en el interior de las máquinas. Sin embargo, aún no le había dado tiempo a ensamblar las piezas. Algunas se hallaban almacenadas en la sala que había ante la habitación de hospital del religioso; otras, en palés colocados en el patio, y un par de ellas seguían cargadas en los camiones que las habían transportado desde el ascensor espacial. Montarlas todas no iba a ser coser y cantar, todo necesitaba su tiempo.

Y mientras tanto, los inexorables agentes encargados de la descomposición se afanarían por hacer inservible el cuerpo de Myra. Tenían que ganar tiempo, y sólo había un modo de hacerlo. Cuando, a base de intimidaciones, logró abrirse paso hasta la sala en la que estaban tratando lo que quedaba de su esposa, Ranjit entendió al fin por qué habían querido impedir su entrada con tanto ahínco. Myra no estaba en una cama de hospital, sino sumergida en un tanque de agua en cuya superficie flotaban cubos de hielo a medio derretir. En el cuello y el bajo vientre le habían colocado sendas bandas de goma a fin de poder aplicarle las técnicas de conservación pertinentes, fundadas en la inyección de algún líquido helado en el cuerpo de la paciente, en tanto que su sangre escarlata iba cayendo a un... ¿a un inodoro? ¡Sí, allí era adonde estaba yendo a parar!

A sus espaldas, oyó una voz que decía:

—Ranjit.

Aún llevaba el horror impreso en el rostro cuando se dio la vuelta. La doctora Ada Labrooy lo miró con un gesto severo que contrastaba con el tono amable que había empleado para llamarlo.

—No deberías estar aquí. Nada de esto es muy agradable. —Entonces, tras examinar un cuadrante, añadió—: Creo que aún estamos a tiempo, pero deberías salir de aquí y dejarnos trabajar.

Ni siquiera replicó; ya había visto cuanto era capaz de soportar. A lo largo de un matrimonio tan largo como feliz, había admirado un número incontable de veces el cuerpo desnudo de su esposa, rosado y rebosante de salud. Sin embargo, le resultaba imposible volver a mirar aquella sombra violácea de lo que había sido.

El tiempo de espera se le hizo infinito, hasta que, por fin, llegó a su final. Ranjit se hallaba sentado en una antesala, con la mirada fija en el vacío, cuando entró la doctora Labrooy con gesto arrebatado y aun feliz.

—Todo está saliendo bien, Ranjit —aseguró mientras tomaba asiento a su lado—. Hemos conseguido colocar todas las interfaces; de modo que sólo queda esperar a que se complete la transferencia de datos.

El intentó traducirlo a algo más inteligible para sí mismo.

—¿Eso quiere decir que la estáis archivando en la máquina? ¿No tendría que haber alguien presente mientras se lleva a cabo la operación?

—Estoy yo, Ranjit. —Levantando el brazo, dejó ver una pantalla de pulsera—. Así superviso todo el proceso. Tenemos suerte de que los grandes de la galaxia posean la costumbre de almacenar unas cuantas muestras de cada una de las especies que exterminan: los archivados ya se estaban preparando para hacerlo antes de llegar aquí.

Ranjit arrugó la frente.

—¿Qué quieres decir con «almacenar»? ¿Vais a usar algo así como... no sé... alguna clase de ataúd o urna?

Ella le devolvió el gesto ceñudo.

—¿No has estado viendo las noticias, Ranjit? No tiene nada que ver con eso. Va a quedar en un estado semejante al de los archivados, que son lo que podríamos llamar *máquinas de estadio dos.* El estadio uno consiste en hacer copias exactas de las personas y guardarlas para obtener muestras, y el dos, en darles vida en el interior de la máquina. ¡Espera! —exclamó al percibir un sonido casi inaudible semejante al de

una campana—. Con la mirada fija en las noticias de la pantalla, alzó el brazo y se puso a hablar por el artilugio que llevaba en la muñeca. Acto seguido, se apagó la pantalla. Cuando volvió a encenderse, Ranjit sintió que el corazón dejaba de latirle al ver en ella a su esposa tal como la había contemplado por última vez, con el traje de buceo, aunque inmóvil en una mesa de operaciones…

¿Inmóvil? ¡No! Estaba abriendo los ojos, y adoptando un gesto asombrado aunque lleno de interés mientras levantaba una mano y la giraba a fin de examinar los dedos.

—La estás viendo sumida en su simulación —le comunicó Ada con satisfacción—. Más tarde, aprenderá a configurar cualquier entorno que desee, y a interaccionar con otros. —Volvió a susurrar algo al cacharro de pulsera, y la pantalla se oscureció de nuevo—. No es justo que le hagamos esto; mejor será que respetemos su intimidad mientras se hace a la idea de lo que le ha ocurrido. Mientras, ¿por qué no nos tomamos una taza de té e intento responder a todas tus preguntas, si es que tienes alguna?

* * *

Claro que las tenía. Olvidado, su té fue enfriándose mientras trataba de comprender cuanto había ocurrido. Al final, sonó un nuevo aviso casi imperceptible que arrancó una sonrisa a Ada.

—Creo que ya puedes hablar con ella —anunció señalando con un movimiento de cabeza la pantalla, en la que había vuelto a aparecer la paciente—. Hola, tía Myra. ¿Te ha dicho ya el programa informativo todo lo que necesitas saber?

—Casi. —Se llevó la mano a los cabellos, desatendidos desde el momento en que había salido del agua que la había matado—. Me gustaría saber cómo puedo arreglarme un poco, pero no podía esperar más. Hola, Ranjit. Gracias por salvarme la… ¿la metavida? Bueno, lo que sea.

—No hay de qué —fue lo único que supo decir él, y cuando Ada se levantó para dejarlos hablar en privado, dijo a su sobrina—: Espera un segundo. ¿Hace falta estar muerto para que lo almacenen a uno así? Quiero decir: si quisiera, ¿podrías meterme ahí con ella para que seamos, otra vez, como personas de carne y hueso?

—Pues... sí —respondió Ada con gesto alarmado.

Y antes de que pudiese proseguir, intervino Myra para decirle:

—Ranjit, tesoro, quítatelo de la cabeza. Por mucho que quiera tenerte aquí conmigo, no sería lo mejor. No sería justo para Tashy, ni para Robert. Ni... ¡Qué diablos! Hablando en plata: no sería justo para el planeta.

Él miró a la pantalla.

—Ajá... —dijo, y tras un momento de reflexión, protestó—: Pero ¡es que ya te echo de menos!

—Pues claro, y yo a ti también. De todos modos, no es que no vayamos a volver a vernos. Según el programa informativo, podemos hablar con tanta frecuencia como se nos antoje.

—Ajá... —repitió Ranjit—. Pero no podemos tocarnos, y yo bien podría durar años...

—Espero que muchísimos, cariño. Así tendremos algo que desear.

PRIMER EPÍLOGO

La dilatadísima existencia de Ranjit Subramanian

Aquí termina nuestra historia de Ranjit Subramanian, aunque eso no quiere decir que no viviera (de un modo u otro) muchísimo tiempo; primero, de forma convencional, y después, archivado en una máquina. Aún es más, en aquella «vida» que conoció después de morir, convertido en una colección de patrones electrónicos, le ocurrieron muchas cosas fascinantes y curiosas. De la mayoría de ellas, sin embargo, no vamos a ocuparnos aquí, no porque no sean de interés, sino por ser muchas, y tenemos otras más importantes que hacer que narrar cuanto sucedió a la porción incorpórea del Ranjit orgánico original que quedó almacenada al objeto de seguir viviendo durante un número dilatado de años.

Pero hay algo en lo que cabe detenerse. Tuvo lugar mucho después de lo referido, una vez que Ranjit, aun en forma de ser archivado, hubo completado buena parte de las actividades turísticas que siempre había querido hacer (lo que suponía explorar casi toda la superficie de Marte y su interesantísima red de cuevas, así como la mayor parte de los demás planetas y los satélites de mayor relieve del sistema solar y cierto número de los objetos de más entidad de la nebulosa de Oort). Myra se hallaba de viaje, porque siempre había querido ver de cerca un agujero negro, y él había decidido pasar los pocos miles de años que iba a estar ausente ella abandonándose en la ladera de una montaña virtual de lana de vidrio (para relajarse, nada mejor que rumiar el teorema de *N* es igual a *NP,* que llevaba ya entreteniéndolo un buen número de décadas, aunque aún no había vislumbrado siquiera el final). Comoquiera que había creado la elevación que lo rodeaba al objeto de estar solo, no pudo evitar sorprenderse al ver a alguien que la subía con esfuerzo hacia el

lugar que ocupaba él.

El intruso poseía, además, un aspecto muy extraño. Tenía los ojos minúsculos y la estructura ósea del rostro muy marcada, y medía por lo menos tres metros. Al llegar al afloramiento en que aguardaba Ranjit, se dejó caer en una tumbona (que no había existido hasta aquel momento), hizo un par de inspiraciones hondas hasta la exageración y apuntó:

—Veamos: «¡Menuda cuesta!, ¿eh?». ¿No es lo que debería decir?

Ranjit, a quien habían molestado ya muchos desconocidos en los últimos milenios, se ahorró toda fórmula de cortesía, y sin responder a la pregunta, se limitó a hacer la siguiente de su parte:

—¿Quién es usted y qué desea?

El recién llegado se mostró sorprendido y contento a partes iguales.

—Ya veo que es usted de los que van directos al grano. Estupendo. En tal caso, supongo que debo decir: «Me llamo…».

Con todo, en lugar de pronunciar nombre alguno, emitió una sucesión de sonidos inarticulados, a la que añadió:

—Pero puede llamarme, sin más, *Estudiante,* ya que lo que me trae aquí es la observación de los procesos que gobiernan su pensamiento y cualquier otra particularidad de éste.

Ranjit consideró la idea de expulsar a aquel intruso del entorno privado que con tanto celo había creado para sí, aunque lo cierto es que había algo en él que le resultaba divertido.

—Está bien. De acuerdo, estúdieme cuanto quiera. ¿Y para qué quiere hacer algo así? El extraño infló los carrillos.

—¿Cómo podría explicárselo? —se preguntó—. Digamos que se trata de conmemorar el regreso de los grandes de la galaxia.

—¿Quiere decir que, al final, han vuelto?

—¡Por supuesto que sí! Después de… déjeme ver… según sus cómputos, unos trece mil años; lo que no es mucho tiempo para ellos, aunque sí lo bastante para que se hayan producido cambios de relevancia en la fisonomía de los seres humanos como yo. Bueno, claro, y como usted —añadió con gentileza—. Por lo tanto, hemos proyectado reconstruir todos aquellos acontecimientos, y como usted desempeñó una modesta función en algunos de ellos, yo he elegido recrearlo a usted.

—¿Me está diciendo que van a hacer algo así como una película de

aquello, y que usted va a representar mi papel?

—Mmm... Exactamente no es una película; pero sí: yo voy a «representar» su papel.

—Ajá... Últimamente no he prestado demasiada atención a la realidad. ¡Ni siquiera sabía que hubiesen regresado los grandes de la galaxia!

El extraño pareció maravillarse.

—Pues ¡claro que han vuelo! Habían dicho a los eneápodos y a los unoimedios que se ausentarían durante un tiempo no muy prolongado. Y aunque trece mil años no es mucho para ellos, nosotros no podemos decir lo mismo. Al parecer, los ha sorprendido ver la rapidez con la que hemos evolucionado. Jamás habían dejado que una especie racional evolucionara a su propio ritmo, pues tenían la costumbre de frenar el proceso en todas las que descubrían. Sin embargo, no creo que les haya importado verse exonerados de semejante carga. —Dicho esto, ensayó diversos movimientos con los labios antes de solicitar a su interlocutor—: ¿Le importa volver a decir *ajá* para que lo practique?

—Ajá —respondió él, no tanto por satisfacer su petición como por ser incapaz de contestar de otro modo a lo que acababa de oír—. ¿Qué quiere decir con lo de «verse exonerados de semejante carga»?

—Me refiero a la responsabilidad de dirigirlo todo —aclaró el desconocido mientras estudiaba el semblante de Ranjit y trataba de reproducirlo—. No es que lo que hacían no fuese positivo las más de las veces; pero se equivocaban al querer detener el desarrollo de tantas especies interesantes. Y aunque, en general, acertaban con los aspectos técnicos, hay que reconocer que lo que hicieron con la constante cosmológica resulta, simple y llanamente, vergonzoso.

Ranjit se incorporó.

—Y si los grandes de la galaxia han dejado de dirigir las cosas, ¿no debería haber alguien al mando en su lugar?

—Por supuesto —respondió el extraño con impaciencia—. Pensaba que ya sabría que somos nosotros.

SEGUNDO EPÍLOGO

Reconocimientos varios

Tal como ha señalado uno de nosotros en otro lugar, existe cierta definición de *caballero* que lo describe como «aquel que nunca se muestra grosero por accidente». Del mismo modo, creemos que un escritor de ciencia ficción que se precie jamás debería falsear de manera fortuita una verdad científica.

Es decir: que puede cometerse semejante transgresión caso de ser necesario, pues se dan ocasiones en las que la elaboración de un relato perteneciente a este género obliga al autor a tomarse alguna licencia si quiere obtener el resultado esperado. Así, por ejemplo, aunque todos sabemos que resulta imposible viajar a una velocidad mayor que la de la luz, si no permitimos que nuestros personajes lo hagan de un modo u otro, jamás podremos escribir toda una serie de narraciones interesantes.

Es justo, por tanto, que un escritor reconozca haberse tomado ciertas libertades si lo ha hecho, tal como ha ocurrido en tres ocasiones durante la presente obra:

1. Verdad es que en los albores del siglo XXI no existe aeronave alguna como la que, viajando a gran velocidad, visita la nebulosa de Oort según Joris Vorhulst, por deseable que resulte el poder disponer de una.

2. Tampoco hay ninguna demostración de cinco páginas del último teorema de Fermat como la que firma Ranjit Subramanian en esta novela, y uno de nosotros considera posible que jamás pueda darse con ninguna, pues cabe pensar que tal vez sea un problema irresoluble en lo formal.

3. Por último, la terminal terrestre del ascensor espacial nunca habría podido ubicarse en Sri Lanka, puesto que no se encuentra en el

ecuador. Uno de nosotros resolvió el problema en una obra anterior trasladando la isla hacia el sur. Aquí, por no repetir, hemos optado por un recurso algo diferente: dado que, a la postre, no es más que una línea imaginaria, hemos trasladado el ecuador unos cuantos centenares de kilómetros más al norte.

Quisiéramos, finalmente, expresar nuestro agradecimiento por la ayuda que nos han brindado diversas personas, como la aclaración ofrecida por el doctor Wilkinson, integrante del Math Forum de la Universidad de Drexel, de lo que ha logrado en realidad Andrew Wiles con su demostración, expuesta en un artículo de ciento cincuenta páginas, o como la generosa asistencia que nos otorgaron nuestro amigo Robert Silverberg y, por mediación suya, el orador principal de la Universidad de Oxford.

TERCER EPÍLOGO

El último teorema de Fermat

A nuestro parecer, resulta quizá de utilidad ofrecer más detalles de la tesis de Fermat, aunque no hemos dado con lugar alguno del relato en el que poder exponerlos sin dañar, de forma punto menos que irremediable, el ritmo narrativo. Por consiguiente, hemos decidido incluirlo aquí, al final de la obra. Y lo cierto es que, si forma parte el lector de la nutrida fracción de la humanidad que no lo sabe todo ya, pensamos que tal vez considere que valía la pena esperar.

La historia del problema más célebre de las matemáticas comenzó con una rápida anotación debida a un abogado francés nacido cerca de Toulouse en el siglo XVII. La ciencia del derecho no ocupaba todo el tiempo de este personaje, que respondía al nombre de Pierre de Fermat y que coqueteaba con las matemáticas en calidad de aficionado; aunque, para ser justos, hay que decir que cumple incluirlo entre los más egregios matemáticos de todos los tiempos.

Aquel famosísimo problema se conoce como *el último teorema de Fermat*, y tiene entre sus mayores atractivos el hecho de no ser, en absoluto, difícil de entender. El caso es que, para la mayoría de cuantos conocen por vez primera su planteamiento, resulta arduo creer que la demostración de algo tan elemental que puede probarse con sólo contar con los dedos haya traído de cabeza a todos los matemáticos del mundo desde hace más de trescientos años. En realidad, sus orígenes se remontan a una fecha muy anterior, pues fue el mismísimo Pitágoras quien lo definió, en torno al siglo V a. C, con la exposición del único teorema matemático que se ha trocado en tópico: «El cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de sus catetos».

Los que no poseemos más conocimientos matemáticos que un estudiante que ha completado la educación secundaria podemos imaginar un triángulo tal y representar el teorema de Pitágoras como:

$$a^2 + b^2 = c^2$$

No bien había hecho su afirmación el de Samos, comenzaron otros matemáticos a estudiar asuntos relacionados con ella (pues a tal cosa se dedican quienes cultivan esta disciplina). Se descubrió así que eran muchos los triángulos rectángulos que tenían por lados números enteros. Una figura así cuyos catetos constasen de cinco y doce unidades, verbigracia, tendría una hipotenusa de trece unidades. Y por supuesto, $5^2 + 12^2$ equivale, en efecto, a 13^2. Hubo quien consideró otras posibilidades, preguntándose, por ejemplo, si existiría un triángulo constituido por números enteros que guardase una relación similar respecto de los cubos de sus lados; es decir: si cabía la posibilidad de que $a^3 + b^3$ fuera igual a c^3 en tal caso. ¿Y si se elevaban los valores de los lados a la cuarta potencia, o a cualquier otro exponente distinto de dos?

En los días que precedieron a la invención de las calculadoras mecánicas, no ya a la de las electrónicas, los estudiosos dedicaron vidas enteras a derrochar hectáreas de papel con los cómputos necesarios para tratar de dar con respuestas adecuadas a semejantes preguntas. Eso fue lo que ocurrió con este problema, sin que nadie hallase la solución. Aquella graciosa ecuacioncilla funcionaba con cuadrados, pero no con otros exponentes.

Entonces, todo el mundo dejó de buscar, porque Fermat los frenó con una sola frase garrapateada en la que aseguraba que la encantadora igualdad que era posible establecer con cuadrados no resultaba realizable con otras potencias. Sin lugar a dudas. Los más de los matemáticos habrían optado por dar a conocer semejante declaración en una publicación periódica especializada. Fermat, en cambio, era, en determinados aspectos, un bicho raro, y se limitó a consignar, en una anotación marginal de su ejemplar del libro de matemáticas de la Grecia antigua titulado *Aritmética*, la siguiente aseveración: «He descubierto una prueba de veras notable que tan angosto margen me impide detallar aquí».

* * *

Lo que dotó de importancia a esta frase escrita a vuelapluma fue la palabra mágica que contenía: *prueba,* medicina por demás poderosa de los matemáticos. La necesidad de obtener una prueba, o lo que es igual, una demostración lógica de que determinada afirmación debe ser cierta, siempre y de manera necesaria, es lo que los distingue de la mayoría de los científicos. Los físicos, por ejemplo, lo tienen más fácil. Si uno de ellos lanza un puñado de protones a alta velocidad contra una diana de aluminio diez o cien veces y hace siempre con ello que salga disparada la misma mezcla de partículas diferentes, se puede permitir dar por sentado que cualquier otro colega suyo que efectúe el mismo experimento en otro laboratorio obtendrá la misma selección de partículas.

La labor del matemático no es tan sencilla: sus teoremas no son estadísticos; deben ser categóricos. A ninguno de ellos se le permite que asevere la «verdad» de una proposición matemática hasta que ha construido, sirviéndose de una lógica impecable e incuestionable, una prueba que demuestre que siempre será así, tal vez mostrando que, de no serlo, llevaría a una contradicción obvia y absurda.

Ahí comenzó la verdadera búsqueda; lo que trataron de alcanzar los matemáticos fue la demostración que Fermat había asegurado poseer. De entre los más egregios, fueron muchos (Euler, Goldbach, Dirichlet, Sophie Germain...) los que se afanaron por dar con tan esquiva prueba, y también los hubo a centenares entre otros menos conocidos. De cuando en cuando, uno de ellos, fatigado, se ponía en pie de un salto para gritar emocionado que había dado con la solución. Así fueron acumulándose cientos de supuestas demostraciones, que se convirtieron en millares durante un período de sólo cuatro años a principios del siglo XX.

Cada uno de ellos, sin embargo, hubo de volver a agachar la cabeza ante las burlas de otros matemáticos que encontraron en sus obras errores fundamentales en los datos o los mecanismos lógicos empleados. El mundo de las matemáticas comenzó entonces a dar por sentado, de forma irremediable, que el gran Fermat debía de haber hablado con demasiada ligereza, y que, en realidad, nadie iba a dar

jamás con la prueba de lo verdadero de su anotación. Aun así, no estaban del todo en lo cierto.

* * *

Tocaba a su fin el siglo XX cuando se demostró, al fin, aquel teorema. Ocurrió entre 1993 y 1995, cuando un matemático británico por nombre Andrew Wiles publicó, mientras trabajaba en la Universidad de Princeton, en Estados Unidos, una prueba definitiva, completa y exenta de errores de la conjetura que había apuntado Fermat sesenta lustros antes. El problema había quedado resuelto.

Aun así, pocos se sentían del todo satisfechos. En primer lugar, la demostración de Wiles pecaba de ser extensa en extremo (ocupaba ciento cincuenta planas repletas de información), y lo que es aún peor: había partes para cuya comprensión se hacía necesaria toda una vida dedicada al estudio de las matemáticas, elemento sin el cual, además, resultaba imposible confirmar que estaba libre de errores si no era con un programa informático. Por si todo esto no bastase, la demostración de Wiles no podía ser la que decía haber encontrado Fermat, dado que se fundaba en pruebas y procedimientos desconocidos para éste y para cualquiera de cuantos vivieron en torno a su tiempo. Por todo esto, fueron muchísimos los matemáticos de relieve que se negaron a aceptarla.

Entre ellos, como acabamos de ver, se incluía uno soberbio de veras, aunque, eso sí, ficticio. Nos referimos a uno cuya existencia transcurrió muy lejos de la de Fermat, tanto en el tiempo como en el espacio; uno que respondía al nombre de Ranjit Subramanian y cuya vida se expone en el presente libro.

CUARTO EPÍLOGO

Acerca de los autores

Tanto sir Arthur C. Clarke como Frederik Pohl han obtenido un buen número de galardones por su obra. Ambos han sido proclamados Maestros Egregios de la Ciencia Ficción por la Science Fiction Writers of America (SFWA), la organización oficial de autores de ficción científica, y aunque a lo largo de su vida han colaborado con otros escritores, nunca habían escrito una novela juntos.

Esta edición de *El último teorema*,
de Arthur C. Clarke y Frederik Pohl,
se terminó de imprimir en Liberdúplex,
el 29 de marzo de 2010.